Buick 8, Un Coche Perverso
Stephen King



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Surendra y Geeta Patel

AHORA: SANDY

El año después de quedarse huérfano de padre, el hijo de Curt Wilcox iba mucho por el cuartel (y cuando digo mucho, es mucho), pero sin que le echara nadie, ni le preguntaran a qué puñeta volvía. Todos entendíamos su intención: no perder el recuerdo de su padre. De psicología del dolor sabemos mucho los polis; la mayoría, más de lo que nos gustaría.

Entonces Ned Wilcox asistía al último curso de secundaria en el instituto de Statler. Debía de haberse dado de baja del equipo de fútbol americano; a la hora de elegir, prefirió nuestro cuerpo, Troop D. Parece raro que un adolescente elija hacer trabajitos sin cobrar y renuncie a los partidos del viernes por la noche y las fiestas del sábado por la noche, pero es lo que hizo. Dudo de que le convenciera alguno de nosotros, pero la decisión le granjeó nuestro respeto. Ned había decidido que ya era hora de no seguir jugando, y punto. Decisiones así no siempre saben tomarlas los adultos. Ned la tomó antes de tener edad para comprar alcohol. Por no poder, legalmente no podía ni comprarse tabaco. Yo creo que su padre habría estado orgulloso. No es que lo crea, es que lo sé.

Estando Ned tan a menudo en el cuartel, supongo que era inevitable que viera lo del cobertizo B y le preguntara a alguien qué era y por qué estaba allí dentro. A quien tenía más posibilidades de preguntárselo era a mí, que había sido el mejor amigo de su padre, al menos entre los que seguíamos en el cuerpo. Hasta es posible que tuviera ganas de que me lo preguntara. O te cura o te mata, como se decía antes. Démosle una buena dosis de satisfacción a este gato tan curioso.

Lo que le pasó a Curtis Wilcox fue muy sencillo. Se murió por culpa de un borracho veterano del condado, a quien conocía y había arrestado seis u ocho veces. El borracho, que se llamaba Bradley Roach, no quería hacer daño a nadie, como sucede normalmente entre borrachos. Claro que eso no te quita las ganas de patearles su culo dormido hasta Rocksburg.

A finales de una tarde calurosa de julio del año cero uno, Curtis paró a uno de esos camiones de dieciséis ruedas que viajan por todo el país. El conductor se había salido de la autopista porque tenía ganas de comer algo casero, no el típico Burger King o Taco Bell de la I-87. Curt estaba parado en la parte asfaltada de la gasolinera Jenny abandonada, que hay en el cruce de la estatal 32 de Pensilvania y Humboldt Road; en el sitio exacto, por lo tanto, aunque con muchos años de diferencia, donde había aparecido en nuestra parte del universo conocido aquel maldito Buick Roadmaster. Se puede llamar coincidencia, aunque yo, que soy poli, no creo en las coincidencias, sino en las cadenas de hechos que se van haciendo más largas y frágiles hasta que las rompe la mala suerte o, sin ir más lejos, la mezquindad de las personas.

El padre de Ned siguió al camión porque tenía un neumático en mal estado. A1 verlo pasar se dio cuenta de que le colgaba un trozo de goma de una de las ruedas traseras, como un molinete negro gigante. Camioneros independientes que tiren de recauchutaje hay los que quieras (la verdad es que yendo como va la gasolina casi no tienen más remedio), y a veces se les pelan y se cae el trozo. La interestatal está llena de cosas negras, o en la calzada o en los laterales, como si fueran pellejos de serpientes prehistóricas gigantes. Ir detrás de un vehículo en esas condiciones es peligroso, sobre todo en una carretera de dos

carriles como la SR 32, el tramo de interestatal que va de Rocksburg a Statler; un trozo de carretera bonito, pero que no lo cuidan. Curt debía de querer que el camionero arreglase el neumático antes de que el trozo se soltara y acabase en la cara del siguiente conductor desprevenido. Dependiendo del tamaño, hasta podía romper el parabrisas. Aunque no se diera la circunstancia, el conductor que fuera detrás, correría el peligro de quedarse en la cuneta, chocar con un árbol o, en caso extremo, saltarse el terraplén y acabar en el Redfern, cuyo cauce coincide punto por punto durante diez kilómetros con la 32.

Curt puso la sirena, y el camionero fue buen chico y paró. Curt aparcó justo detrás y, como paso previo, comunicó su 20 y la razón de haber parado al camión. Esperó la confirmación de Shirley. Luego salió y fue caminando hasta el camión.

Si hubiera ido directamente a donde se asomaba el conductor para mirarle, quizá en el día de hoy aún estuviera en el planeta Tierra, pero se paró a echarle un vistazo al trozo suelto de la rueda trasera exterior y hasta le pegó un tirón para ver si podía arrancarlo. El camionero lo vio todo, y declaró en el juzgado. Lo de pararse Curt fue el penúltimo eslabón de la cadena que llevó a su hijo a Troop D y acabó convirtiéndole en parte integrante de lo que somos. Para mí que el último fue que Bradley Roach se inclinara para coger otra lata del pack de seis que llevaba en el suelo de su Buick Regal (en efecto, otro Buick, que no el Buick; parece mentira, pero en los desastres y las historias de amor, vistos en retrospectiva, siempre se ve todo alineado como los planetas en las cartas de los astrólogos). Menos de un minuto después, Ned Wilcox y sus hermanas se habían quedado sin padre, y Michelle Wilcox sin marido.

El hijo de Curt empezó a rondar por el cuartel de Troop D a poco del entierro. Ese otoño yo llegaba para el turno de tres a once (o simplemente a ver cómo iba todo, porque siendo el perro que gobierna el trineo cualquiera se desentiende), y tenía muchas posibilidades de encontrarme al chaval antes que a nadie. Mientras sus amigos estaban en el campo Floyd B. Clouse, el de detrás del instituto, echándose un partido, practicando con los tackling dummies y haciendo chocar las palmas, Ned, con su chaqueta verde y oro del instituto bien abrochada, amontonaba hojas secas en el césped de delante del cuartel. Él me saludaba con la mano, y yo le devolvía el saludo: qué pasa, chaval. A veces, después de haber aparcado, salía a darle un poco de palique. Según cómo, me contaba las últimas tonterías de sus hermanas, pero aunque se riera le notabas el cariño que les tenía. Otras veces entraba por detrás y le preguntaba a Shirley cómo estaba el panorama. Sin Shirley Pasternak los cuerpos de seguridad del oeste de Pensilvania serían un desastre. Eso está más claro que el agua.

En invierno te encontrabas a Ned en el aparcamiento, donde los troopers, los polis del estado, aparcan sus vehículos personales, dándole al quitanieves. En principio se encargan los hermanos Dadier, dos granujillas de por aquí, pero Troop D está en zona amish, al borde de las Short Hills, y cuando hay una tormenta fuerte no sirve de casi nada haber pasado el quitanieves, porque enseguida viene el viento y te llena el aparcamiento de nieve. A mí los montones siempre me recuerdan una caja torácica blanca y gigante, pero Ned no se amilanaba. Aunque estuviéramos a trece bajo cero, y bajara un vendaval de las montañas, lo tenías allí con su uniforme de quitanieves, la chaqueta verde y oro del instituto encima, guantes de piel de los de la policía y una mascarilla de esquiar en la cara. Yo le saludaba con la mano, él me devolvía el saludo y seguía engullendo nieve con la máquina. Luego, dependiendo de los días, entraba por café o una taza de chocolate caliente, y se acercaba alguien a preguntarle por el colegio y si tenía a raya a las gemelas (me parece que en invierno de 2001 las niñas tenían diez años). Le preguntaban si su madre necesitaba algo. A veces yo también participaba en la conversación si nadie gritaba

demasiado o si el papeleo no era excesivo. Nunca se hablaba de su padre y sólo se hablaba de su padre. Ya me entiendes.

En realidad, el encargado de rastrillar las hojas y evitar que la nieve se apoderara del aparcamiento era Arky Arkanian, el vigilante, pero era de los nuestros y en esas cuestiones nunca se ponía agresivo ni defendía su territorio. ¡Caray, si en lo de pasar el quitanieves seguro que le daba gracias a Dios por que estuviera el chaval! Entonces Arky tendría... sí, unos sesenta años, y ya le quedaba muy lejos la época de jugar a fútbol americano. Y la de poder pasarse una hora y media a diez o doce bajo cero (o veinticinco, con el factor viento) casi sin notarlo.

Luego el chico empezó con Shirley, técnicamente agente de comunicaciones Pasternak. Para cuando empezó la primavera, Ned cada vez pasaba más tiempo con ella en el cubículo donde estaban los teléfonos, el TDD para sordos, la tabla de localización de agentes (también llamada mapa D) y la consola de ordenador, punto caliente que constituye el eje de todo ese mundillo a presión. Shirley le enseñó los teléfonos (el más importante es el rojo, nuestra terminal del 911). Le explicó que el equipo de rastreo había que probarlo semanalmente, la manera de hacerlo y que había que confirmar diariamente la lista de turnos, para saber quién patrullaba las calles de Statler, Lassburg y Pogus City, quién tenía que ir al juzgado y quién no estaba de guardia.

-Mi pesadilla es perder a un agente sin que él sepa que está perdido -oí que le decía a Ned,

-¿Ha pasado alguna vez? -preguntó Ned-. ¿Perder a uno así?

-Una -dijo ella-. Antes de entrar yo. Mira, Ned, te he hecho una copia de los códigos de llamada. Ya no tenemos que usarlos, pero los troopers siguen haciéndolo. Para llevar la radio hay que sabérselos.

Después Shirley repasó las cuatro cosas básicas del trabajo: saber la localización, saber las características del incidente, las de las heridas (si las hay) y qué unidad disponible queda más cerca. Localización, incidente, heridas y unidad disponible: era su manera. Yo pensé: Pronto lo llevará él. Shirley piensa dejarlo en sus manos. Le da igual que la despidan si viene el coronel Teague o alguien de Scranton y ve a Ned.

Maldita sea, a la semana teníamos a Ned sentado a la mesa de la agente Pasternak, en el cubículo de comunicaciones. A1 principio sólo estaba cuando ella iba al lavabo, pero cada vez se quedaba más tiempo, y ella aprovechaba para ir por café al fondo de la sala o incluso para salir a fumar.

La primera vez que Ned se dio cuenta de que yo le veía solo en los teléfonos, se sobresaltó y puso una sonrisa culpable, como cuando a un chico le sorprende su madre en el cuarto de jugar con la mano en la teta de su novia. Yo le saludé con la cabeza y seguí con lo mío sin darle más vueltas. Shirley había confiado las comunicaciones de la división D de la policía estatal de Statler a un chaval que aún no tenía edad para afeitarse más de tres veces por semana, había casi una docena de agentes pendientes del instrumental de aquel cubículo y yo ni siquiera aminoré el paso. Claro, seguíamos hablando de su padre. Shirley, Arky, yo y los demás uniformados con quienes había estado de servicio Curtis Wilcox durante más de veinte años. No siempre se habla con la boca. De hecho hay veces en que ni siquiera importa lo que se dice con la boca. Hay que expresar.

Pero cuando él ya no me veía sí que paré. Y me quedé escuchando. Al fondo, delante de las ventanas que dan a la carretera,

-Recibido, Statler. -Laconismo total-. ¿Tiene el plastificado en regla? -Quería saber si el carnet de conducir de Frady era válido.

-Ah...

Ned buscaba como loco entre las letras blancas de la pantalla azul. ¡Lo tienes delante. ¿No lo ves? Contuve la respiración. Luego:

-Afirmativo, l2. Se lo devolvieron hace tres meses.

Dejé de contenerla. Lo mismo hizo Shirley, que estaba al lado. Para Eddie también era buena noticia. Como Frady estaba en regla, tenía menos posibilidades de estar loco. A1 menos la norma general es esa.

-12 acercándose -transmitió Eddie-. ¿Recibido? -Recibido. 12 acercándose -contestó Ned.

Oí un clic y un suspiro largo y entrecortado. Entonces le hice a Shirley una señal con la cabeza y ella volvió a caminar. Me pasé la mano por la frente y no puedo decir que me sorprendiera encontrarla perlada de sudor.

-¿Qué, cómo va? -preguntó Shirley con serenidad y el tono más normal del mundo, indicando que en lo que la atañía a ella no había novedad en el frente.

-Ha llamado Eddie Jacubois -dijo Ned-. Está en un 10-27. -En cristiano, un rutinario control de carretera. Para el trooper también tiene otro significado: que nueve veces sobre diez hay que poner una multa. Un poco sí le temblaba la voz a Ned, pero ¿y qué? Ahora ya podía entrecortársele lo que quisiera-. Está en la 99 con un tío en un Jetta. He contestado yo.

-Explícame cómo --dijo Shirley-. Repite los pasos uno a uno, Ned, y todo lo deprisa que puedas.

Me marché. En la puerta de mi despacho me interceptó Phil Candleton y señaló el cubículo de comunicaciones con un gesto de la cabeza.

-¿Cómo le ha salido?

-Muy bien --dije, y entré en el mío.

Solo me di cuenta de que las piernas se me habían puesto como un flan al sentarme y notar que me temblaban.

Sus hermanas, Joan y Janet, eran gemelas. Se tenían la una a la otra, y en ellas su madre tenía un poco de su marido muerto: los ojos azules y un poco achinados de Curtis, su pelo rubio y sus labios carnosos (Curtis, en el anuario, figuraba con el apodo Elvis debajo del nombre). También tenía a su marido en su hijo, a quien se le notaba todavía más el parecido. Unas cuantas arrugas en los ojos y Ned podría haber pasado por su padre en la época en que Curtis ingresó en la policía.

Ellas tenían todo eso. Ned nos tenía a nosotros.

Un día de abril llegó al cuartel con una sonrisa de lo más efusiva. Le rejuvenecía, y le endulzaba la cara, pero pensé que a todos nos pasa lo mismo: siempre nos rejuvenece y dulcifica sonreír sinceramente, con la sonrisa de cuando somos felices de verdad, no de cuando intentamos participar en algún tonto juego social. El hecho de que me llamara tanto la atención se debía a que Ned no sonreía a menudo, y menos tan efusivamente. Hasta entonces no me había dado cuenta, porque era educado, responsable y rápido de reflejos. Vaya, que daba gusto estar con él. Solo te dabas cuenta de lo serio que era los pocos días en que le veías poner cara de felicidad.

Se plantó en medio de la sala y todas las conversaciones se interrumpieron. Tenía un papel en la mano, con un sello dorado y complicado en el membrete.

-¡Pitt! -dijo levantándolo con las dos manos, como los jueces de las olimpiadas enseñando la tarjeta de la puntuación-. ¡Tíos, que he entrado en Pitt! ¡Y me han dado una beca! ¡Casi todo pagado!

Todos aplaudimos. Shirley le dio un beso en plena boca, y él enrojeció hasta el cuello. Huddie Royer, que no estaba de servicio y sólo había venido a estudiar un caso donde tenía que testificar, salió y volvió con una bolsa de galletas L'il Debbie. Arkie usó su llave para abrir la máquina de refrescos, e hicimos una fiesta. No duró más de una hora,

pero estuvo bien. Todos felicitaron a Ned, la carta de aceptación de Pitt circuló por toda la sala (creo que dos veces) y un par de polis vinieron a casa sólo para decirle cuatro cosas y felicitarle.

Hasta que, como era de esperar, intervino la realidad. El oeste de Pensilvania es una zona tranquila, pero no muerta. Había un incendio en una granja de Pogus City (que tiene tanto de ciudad como yo de archiduque Fernando) y una calesa amish volcada en la carretera 20. Los amish se las arreglan solos, pero en casos así, agradecen una mano del exterior. El caballo estaba bien, que era lo importante. Los peores accidentes de calesa pasan los viernes y sábados por la noche, que es cuando la juventud vestida de negro tiende a emborracharse detrás del establo. A veces le piden a alguien «mundano» que les compre una botella o una caja de cerveza Iron City, y otras se beben lo que hacen ellos, un whisky de maíz que no se lo desearías ni a tu peor enemigo. Forma parte del contexto. Es nuestro mundo, y en general nos gusta, incluidos los amish con sus granjas limpias y grandes, y los triángulos naranjas en la parte trasera de sus calesas igual de limpias.

Además de que siempre hay papeleo, los típicos montones de duplicados y triplicados que tengo en el despacho. La verdad, me gustaría saber cómo se me ocurrió ser jefe. Pasé el examen que me daba el grado de sargento jefe por recomendación de Tony Schoondist, o sea que algún motivo debía de tener, pero ya se me ha olvidado.

Hacia las seis salí detrás a fumar. Tenemos un banco que da de cara al aparcamiento, con una vista muy bonita del oeste. En el banco estaba sentado Ned Wilcox con la carta de aceptación de Pitt en una mano y lágrimas en la cara. Me miró furtivamente y se frotó los ojos con la palma de la mano.

Yo me senté al lado, pensé en la posibilidad de pasarle un brazo por la espalda y decidí que no. Las cosas así, cuando se tienen que pensar, suelen salir forzadas. Nunca he estado casado; lo que sé acerca de ser padre cabría escrito en una cabeza de alfiler, y aún quedaría sitio para un padrenuestro. Encendí un cigarrillo y fumé un poco.

-Ned, que no pasa nada -acabé diciendo. Era lo único que se me ocurría, pero sin saber qué quería decir.

-Ya, ya lo sé -contestó él con voz de no querer llorar, y añadió como si fuera otra parte de la misma frase, una continuación de la misma idea-: No, no es asín.

Oyéndole usar aquella palabra, aquel asín, me di cuenta de que lo estaba pasando fatal, de que se le había clavado algo en el estómago. Era la típica palabra de la que seguro que se había inhibido hacía mucho tiempo, para que no le metieran en el mismo saco que a todos los garridos del condado de Statler, los catetos de furgoneta y motonieve de pueblos como Patchin y Pogus City. Probablemente hasta sus hermanas, a quienes llevaba ocho años, ya no dirían asín y en gran medida por la misma razón.

Fumé y no dije nada. Al fondo del aparcamiento, cerca de uno de los montones de sal para las carreteras, había un grupo de construcciones de madera pendientes o bien de repaso o de derribo.

Era donde antes estaban los vehículos. Hacía diez años que el condado de County había trasladado todos los quitanieves, niveladoras, bulldozers y apisonadoras a la misma carretera pero dos kilómetros más abajo, a un edificio nuevo de ladrillo que parecía la unidad de aislamiento de una cárcel. Sólo quedaba un montón grande de sal (que íbamos usando nosotros, desde que no era montón sino montaña) y un par de cobertizos de madera hechos polvo, entre ellos el cobertizo B. Las letras pintadas en negro sobre la puerta (que era de esas anchas de garaje que se levantan con raíles) estaban borrosas, pero aún se leían. En ese momento, sentado al lado del chico con ganas de pasarle el brazo por la espalda pero sin saber cómo, ¿pensaba yo en el Buick Roadmaster de dentro? No lo sé. Supongo que es posible, pero no creo que sepamos todo lo que pensamos. Freud la habrá cagado en muchas cosas, pero en esa no. No sé si existe el subconsciente, pero lo que hay en la

cabeza es un pulso como el del corazón, un pulso que transporta pensamientos no formados y no verbales que la mayoría de las veces ni siquiera se pueden descifrar, y que suelen ser los importantes.

Ned movió la carta.

-Yo al que quiero enseñársela es a él, que es el que de joven quería ir a Pitt pero no tenía bastante dinero. ¡Jo, si me preinscribí por él! -Una pausa, y luego, casi inaudible-: Sandy, esto es una mierda.

-¿Tu madre qué ha dicho al enseñársela?

La respuesta fue una risa, llorosa pero sincera.

-¿Decir? Nada. Se ha puesto a chillar como si le hubiera tocado un viaje a las Bermudas en un concurso de la tele. Y luego ha llorado. -Ned se giró hacia mí. A él ya no le corrían lágrimas por la cara, pero tenía los ojos rojos e hinchados. En ese momento aparentaba muchos menos años de sus dieciocho. Reapareció fugazmente la sonrisa dulce de antes-. La verdad es que ha reaccionado genial. Han estado geniales hasta las dos jotas. Como vosotros. Lo de que me haya dado un beso Shirley... se me ha puesto la piel de gallina, tío.

Me reí, pensando que a Shirley quizá también se le hubiera puesto un poco de carne de gallina. Ned le caía bien, era guapetón, y es posible que le pasara por la cabeza la idea de hacer de señora Robinson. Ya llevaba casi veinte años sin marido.

A Ned se le borró la sonrisa y volvió a enseñar la carta de aceptación.

-Al sacarlo del buzón ya sabía que era un sí. No sé cómo, pero lo sabía. Y he vuelto a echarle de menos igual que al principio. Mucho, tío.

-Ya lo imagino -dije; pero ¡qué iba a imaginármelo, si aún tenía vivo a mi padre! Setenta y cuatro años, el hombre, y estaba como un roble, campechano y malhablado. Mi madre, a los setenta, como una rosa, el no va más.

Ned suspiró mirando las montañas.

-Es que, ... qué manera más tonta de morirse -dijo-. Si tengo hijos, ni siquiera podré decirles que a su abuelo lo mataron en un tiroteo con ladrones de banco, o con unos de la milicia paramilitar que querían poner una bomba en el juzgado. Ni eso ni nada parecido.

-No, es verdad -reconocí.

-Ni siquiera puedo decir que fuera por despistarse. Él tan tranquilo, y viene un borracho y...

Inclinó el torso y jadeó como un viejo con calambres en la barriga. Esta vez sí le puse la mano en la espalda. Algo es algo. Lo que me afectó fue que se esforzara tanto por no llorar; por ser hombre, en el sentido que pudiera darle alguien de dieciocho años.

-Tranquilo, Ned.

Él sacudió con fuerza la cabeza.

-Si Dios existiera, habría una razón -dijo. Miraba el suelo. Yo, que no le había quitado la mano de la espalda, la notaba subir y bajar como si acabara de correr una carrera-. Si Dios existiera habría un hilo conductor, pero qué va. Yo al menos no lo veo.

-Si tienes hijos, Ned, les dices que su abuelo murió en acto de servicio. Luego les traes aquí y les enseñas su nombre en la placa, al lado de todos los demás.

Me pareció que no me oía.

-Siempre tengo la misma pesadilla. -Se quedó callado, pensando cómo decirlo, y se lanzó-. Sueño que todo ha sido un sueño. ¿Sabes?

Asentí.

-Me despierto llorando, miro mi habitación y hace sol. Cantan los pájaros. Es por la mañana. Huelo a café en el piso de abajo y pienso; «Está bien. ¡Gracias, Dios! ¡Papá está bien! ». No es que le oiga hablar ni nada, pero lo sé. Y pienso que a quién se le ocurre que pudiera estar junto a un camión por un neumático pelado y que se lo cargara un borracho

porque sí, que ideas así, solo se tienen en los sueños, cuando parece todo tan real,.. luego empiezo a bajar las piernas de la cama... a veces veo que el sol me da en los tobillos... hasta tengo sensación de calor... y de repente me despierto de verdad, está todo oscuro y tengo la manta hasta arriba pero tiemblo de frío. Entonces sé que lo que soñaba era el sueño.

-Qué horror -dije, acordándome que de pequeño había tenido una versión del mismo sueño. En mi caso era sobre mi perro. Se me ocurrió contárselo, pero decidí que no. No es lo mismo un perro que un padre.

-Sería mejor soñarlo cada noche. Yo creo que entonces ya sabría que ni huele a café ni es por la mañana, incluso durmiendo. Pero pasa una noche y nada... otra y tampoco... y de repente vuelve a pillarme por sorpresa. Estoy tan contento, tan aliviado, que hasta se me ocurre hacerle algún detalle, como comprarle el hierro del cinco que quería para su cumpleaños. Luego me despierto. Siempre caigo. -Quizá volvieran a saltársele las lágrimas porque pensaba en el cumpleaños de su padre, que ese año no se había celebrado, ni volvería a celebrarse-. Es lo peor. Como cuando vino el señor Jones y me sacó de clase de historia universal para darme la noticia, pero peor. Porque al despertarme de noche estoy solo. El señor Grenville, que es el psicólogo del cole, dice que el tiempo lo cura todo, pero casi ha pasado un año y sigo soñando lo mismo.

Asentí. Estaba acordándome de cuando a Ten-Pound le pegó un tiro un cazador. Era un día de noviembre, con el cielo blanco, y cuando lo encontré ya estaba poniéndose tieso en un charco de sangre. El cielo blanco prometía una buena nevada invernal. En mi sueño, siempre que me acercaba resultaba que era otro perro, no Ten-Pound, y la sensación de alivio siempre era la misma. Al menos hasta despertarme. El recuerdo de Ten-Pound despertó brevemente el de la mascota que habíamos tenido en el cuartel. Se llamaba Mr. Dillon, como el sheriff de la serie de televisión que interpretaba James Arness. Un buen perro.

-Esa sensación ya la conozco, Ned. -¿Sí?

Me miró esperanzado.

-Sí, y con el tiempo mejora. Hazme caso. De todos modos era tu padre, no un compañero de colegio ni un vecino. Es posible que sigas soñándolo dentro de diez años, solo que muy de vez en cuando.

-Pues qué horror.

-No -dije-, es la memoria.

-Si hubiera una razón... -Me miraba muy serio-. Una razón, puñeta... ¿Me entiendes?

-Sí, claro.

-¿Y tú crees que hay alguna?

Pensé en decirle que yo de razones no sabía nada, solo de cadenas y de su manera de formarse a partir de la nada eslabón a eslabón, de enlazarse con el mundo. A veces se puede coger una y usarla para salir de un sitio oscuro, pero para mí que en general te enredas con ellas. Sí tienes suerte sólo tropiezas. Si no... coño, te estrangulan.

Volvió a desviársele la mirada hacia el aparcamiento, y hacia el cobertizo B. Viéndolo, pensé que si yo podía acostumbrarme a lo que estaba guardado en su oscuro interior, Ned Wilcox podía acostumbrarse a vivir sin padre. La gente puede acostumbrarse a casi todo. Supongo que es lo mejor de la vida. Claro que también es lo más horrible.

-¿Sandy? Hay alguna? ¿Tú qué crees?

-Pues creo que no sé si lo preguntas a la persona indicada. Yo solo sé del trabajo, de la esperanza y de ir guardando para la JD.

Sonrió. En Troop D hablaban todos muy en serio de la JD, como si fuera una compleja subdivisión de las fuerzas de seguridad, cuando en realidad eran las siglas de

«jubilación dorada». El primero en usarlas, al menos que yo sepa, había sido Huddie Royer.

-También sé cómo se protege el nexo entre las pruebas para que no venga ningún abogado listo, te lo desmonte todo y te deje como un tonto en el juzgado. Aparte de eso, soy como cualquier otro varón americano perplejo.

-Al menos eres sincero -dijo él.

¿De veras? ¿No estaría eludiendo el problema? Yo entonces no tenía la sensación de estar siendo especialmente sincero, sino la de alguien que no sabe nadar mirando a un chaval que lucha por no hundirse en aguas profundas. Volvió a írseme la mirada hacia el cobertizo B. ¿Aquí dentro hace frío?, había preguntado el padre de aquel chico en otros tiempos, tiempos remotos. ¿Aquí dentro hace frío o me lo invento?

No, no se lo inventaba. -¿Qué piensas, Sandy?

-Nada que valga la pena repetir -dije yo-. ¿Este verano qué harás?

-¿Eh?

-Que qué harás este verano.

Tenía muy claro que no se iría a jugar a golf a Maine ni a navegar por el lago Tahoe. Al margen de que le hubieran concedido una beca, a Ned iban a hacerle falta todos los billetitos verdes que pudiera conseguir.

-Supongo que otra vez en Parques y Jardines -dijo sin ningún entusiasmo-. Es donde trabajé el verano pasado hasta que... eso.

Hasta lo de su padre. Asentí.

-La semana pasada me escribió Tom Clannahan diciendo que me guardaba una plaza. Comentaba algo sobre hacer de entrenador de los pequeños, pero sólo es la zanahoria en la punta del palo. Más que nada será darle a la pala y plantar aspersores, como el año pasado. No es que no sepa usar la pala, ni que me dé miedo ensuciarme las manos, pero Tom...

Se encogió de hombros sin acabar la frase.

Yo sabía qué le impedía decir su discreción. Hay dos clases de alcohólicos en estado de trabajar, los demasiado capullos para caerse tiesos y los tan buenos que, de tanto disimular para protegerse, la gente acaba perdiendo el sentido común. Tom era de los malos, el último retoño de un árbol familiar lleno de politiquillos y sicarios que se remontaba al siglo xix. Los McClannahan habían colocado a un senador, dos diputados a escala nacional, media docena en Pensilvania y, en el condado de Statler, tantos chupópteros que no se podían ni contar. Tom tenía fama de ser un jefe con mala leche pero sin ambición para escalar por el tótem político. Lo que le gustaba era decirles a chavales como Ned, que estaban educados para la discreción y el respeto, dónde tenían que hacer flexiones. Por descontado que para él nunca las hacían bastante bien.

-Todavía no contestes -dije-. Antes quiero hacer una llamada.

Preví que tendría curiosidad, pero se limitó a asentir. Viéndole así, con la carta en las rodillas, no me pareció la imagen de un chico a quien le ofrecen una buena beca para estudiar en la universidad que quiere, sino al revés, la del que se queda sin plaza. Me lo pensé mejor. Sin plaza, pero no solo en la universidad, sino en la vida. No era verdad (como lo demostraba, entre muchas otras cosas, la carta que había recibido de Pitt), pero no me cabe duda de que entonces Ned tenía esa sensación. No sé por qué, pero el caso es que el éxito, a menudo, te deja más chafado que el fracaso. Ademas, hay que tener en cuenta que solo tenía dieciocho años, la edad hamletiana por antonomasia.

Volví a mirar el aparcamiento y el cobertizo B, pensando en lo que había dentro. En el fondo no lo sabía ninguno de nosotros.

A quien llamé a la mañana siguiente fue al coronel Teague, que está en Butler, la jefatura regional. Le expliqué la situación y esperé a que él hiciera otra llamada, supongo que a Scranton, que es donde están los peces gordos. Teague tardó poco en volver a

llamarme, y con buenas noticias. Luego hablé con Shirley; simple formalidad, por otro lado, puesto que si el padre le había caído bien, con el hijo se le caía la baba.

Por la tarde, cuando Ned vino del cole, le pregunté si prefería pasarse el verano aprendiendo a llevar la radio {pero con sueldo) u oyendo rezongar a Tom McClannahan en Parques y Jardines. A1 principio puso cara de sorpresa, como si se hubiera quedado paralizado; luego expresó su entusiasmo con una sonrisa de oreja a oreja, y tuve la impresión de que iba a echárseme encima. Yo creo que para abrazarme solo faltó que el día antes por la tarde mi idea de pasarle el brazo por la espalda se hubiera convertido en acto. Optó por apretar los puños, ponérselos a ambos lados de la cara y decir:

-¡Ssssí!

-Shirley está de acuerdo en tenerte de aprendiz, y cuentas con el visto bueno oficial de Butler. Claro que no es lo mismo que darle a la pala para McClannahan, pero...

Esta vez sí me abrazó, riendo, y me gustó. No me importaría que me lo hicieran más a menudo.

Cuando se dio la vuelta, Shirley estaba con un agente a cada lado: Huddie Royer y George Stankowski. Los tres llevaban el uniforme gris, y una seriedad de infarto. Con gorra, Huddie y George parecían medir unos dos metros y medio.

-¿En serio que te parece bien? -le preguntó Ned a Shirley. -Te enseñaré todo lo que sé -dijo ella.

-¿Ah, sí? -dijo Huddie-. Y ¿qué hará después de la primera semana?

Shirley le propinó un codazo que dio en el blanco, justo encima de la culata de la Beretta. Huddie soltó un ¡u f! exagerado y se tambaleó.

-Chaval, que tengo algo para ti -dijo George con calma, clavando en Ned su mejor mirada de ibas a cien por hora por delante de un hospital. Tenía una mano en la espalda.

-¿Qué? -preguntó Ned, y a pesar de lo feliz que se le veía delató cierto nerviosismo en la voz.

Detrás de George, Shirley y Huddie se habían reunido unos cuantos agentes más.

-Como lo pierdas... -dijo Huddie, con la misma calma y seriedad que George.

-¿Qué, tíos, qué es?

El nerviosismo iba en aumento.

George sacó una cajita blanca de detrás de la espalda y se la dio. Ned la miró, miró al grupo de agentes que le rodeaba y la abrió. Contenía una estrella grande de plástico, con la leyenda DErurY Dnws, el sheriff tonto de los dibujos animados. -Bienvenido a Troop D, Ned -dijo George.

Intentó conservar la gravedad de su expresión, pero no pudo. Se le escapó la risa, y en cuestión de segundos todo eran risas y esperar turno para darle la mano a Ned.

-Muy gracioso -dijo este-. Para morirse de risa. Sonreía, pero me pareció que volvía a estar al borde del llanto. Más que vérsele se le notaba, casi como un olor que desprendiera su piel. Yo creo que Shirley Pasternak también se dio cuenta. Luego dijo que iba un momento al lavabo, y adiviné que lo hacía para recuperar la compostura o cerciorarse de que no volvía a soñarlo. A veces, cuando alguien lo pasa mal, le ayudan más personas de las que esperaba. Y a veces, aun así, no es suficiente.

Fue un placer tener a Ned en verano. Le caía bien a todo el mundo, y él también estaba a gusto. Lo que más disfrutaba eran las horas con Shirley, dedicadas a repasar códigos, pero sobre todo a aprender las respuestas correctas y a recibir varias llamadas a la vez. En poco tiempo lo tenía todo dominado: dar la información solicitada a las unidades de carretera, pulsar el teclado del ordenador como un piano de garito y, en caso de necesidad, enlazar con otros troops, como una tarde de finales de junio en que el oeste de Pensilvania quedó expuesto a una serie de tormentas. Por suerte no hubo tornados, pero sí mucho viento, granizo y rayos.

La única vez que estuvo al borde del pánico fue uno o dos días después, al presentarse un tío a juicio en el tribunal de Statler, volverse loco y empezar a correr por la sala quitándose la ropa y pegando berridos sobre Jesús Pene. Le llamaba así; lo tengo en un informe, no sé dónde. Llamaron cuatro agentes, cada uno por su lado; dos que estaban allí y dos que iban a todo gas para llegar. Mientras Ned intentaba encontrar la manera de solucionarlo, llamó un agente de Butler diciendo que estaba en la 99 persiguiendo a toda mecha a... ¡pof! Corte en la transmisión. Ned supuso que el coche patrulla había volcado, y supuso bien (el agente, un novato, se salvó, pero el coche se le hizo chatarra y el sospechoso escapó). Ned empezó a implorar que viniera Shirley y se apartó del ordenador, los teléfonos y el micro como si de repente quemaran. Ella se hizo cargo muy deprisa, pero antes de ocupar el asiento que había dejado vacío Ned tuvo tiempo de darle un abrazo rápido y un hesito en la mejilla. No hubo muertos, ni siquiera heridos graves; en cuanto al loco que corría en pelotas, se lo quedaron en observación en el Statler Memorial. Es la única vez que he visto a Ned perdiendo los papeles, pero lo superó. Y le sirvió de lección.

En general me impresionó.

A Shirley también le gustaba mucho enseñarle. La verdad es que no fue ninguna sorpresa, puesto que ya se había jugado el empleo haciéndolo sin permiso oficial. Ya sabía (como todos) que Ned no tenía ninguna intención de hacer carrera en la policía (nunca nos había dado el menor indicio en ese sentido), pero le daba igual. Además de que a Ned le gustaba estar en el cuartel, y eso también lo sabíamos. Le gustaba la presión y la tensión. Se crecía con ellas. Tuvo un fallo, ya lo he dicho, pero fue el único, y confieso que me gustó presenciarlo. Me alegró ver que no se lo tomaba como un jueguecito más de ordenador. Se daba cuenta de que lo que se movía por su tablero de ajedrez electrónico era gente de carne y hueso. Además, ¿si lo de Pitt no le salía bien? Ya lo hacía mejor que Matt Babicki, el predecesor de Shirley.

A principios de julio (a saber si el mismo día del primer aniversario de la muerte de su padre) el chico vino a preguntarme por el cobertizo B. Oí llamar a mi puerta (que suelo dejar abierta) y, al levantar la cabeza, le vi con una camiseta sin mangas de los Steelers de Pittsburgh y unos vaqueros viejos con dos trapos de limpiar, uno en cada bolsillo. Enseguida supe de qué iba la cosa, no sé si por los trapos o por la mirada de Ned.

-Pensaba que hoy era tu día libre.

-Sí -dijo él, y se encogió de hombros-, pero es que tenía pendientes algunas faenillas, y... nada, que cuando salgas a fumar quería preguntarte una cosa. -Ponía voz de estar bastante impaciente.

-Pues por mí ahora mismo. -¿Seguro? Porque si tienes trabajo... -No, qué va -mentí-. Venga, vamos.

Empezaba la tarde del típico día de mediados de verano de la región amish de las Short Hills: nublado, caluroso y con una humedad viscosa que acentuaba el bochorno, enturbiando el horizonte y haciendo que nuestra parte del mundo, que suele parecerme grande y generosa, se vea pequeña y borrosa, como una foto vieja que ha perdido casi todo el color. Al oeste se oían truenos dispersos. Quizá a la hora de la cena volviéramos a tener tormenta (parecía que desde mediados de junio hubiera tres días de lluvia semanales), pero de momento solo había calor y una humedad que en cuanto salías del aire acondicionado empezaba a exprimirte el sudor.

Delante de la puerta del cobertizo B había dos cubos de plástico, uno con agua y jabón y el otro solo con agua. Sobresalía de uno el mango de una escobilla de goma. El hijo de Curt era un trabajador concienzudo. En ese momento, el banco de fumar estaba ocupado por Shirley y Phil Candleton, que al pasar yo y Ned hacia el aparcamiento me miraron con la misma cara de complicidad.

-Estaba limpiando las ventanas del cuartel -me explicaba Ned-, y al terminar he llevado allá los cubos para vaciarlos. -Señaló la zona de residuos que había entre los cobertizos B y C, con un par de palas oxidadas de quitanieves, otro de neumáticos viejos de tractor y muchos hierbajos-. Luego he pensado: ¿sabes qué?, que antes de tirar el agua les doy un repasito a las ventanas de los cobertizos. Las del C estaban hechas una porquería, pero las del B estaban bastante limpias.

No me sorprendió. Las ventanitas de la fachada del cobertizo B las habían cuidado dos (y puede que hasta tres) generaciones de troopers, desde Jackie O'Hara hasta Eddie Jacubois. Me acuerdo de cuando se ponían delante de la puerta corredera como niños en una barraca de feria de terror. Shirley había esperado turno, igual que Matt Babicki, su predecesor; acercaos, acercaos a ver al cocodrilo vivo. Observad cómo le brillan los dientes.

Una vez había entrado el padre de Ned con una cuerda en la cintura. Yo también había estado dentro. Yo y Huddie, claro, y Tony Schoondist, el jefe de antes, Cuando Ned entró a trabajar oficialmente en el cuartel, Tony, cuyo apellido nadie sabía escribir a causa de su extraña pronunciación («Sheindinks»), llevaba cuatro años en una institución de asistencia. En el cobertizo B habíamos entrado mucha gente. No porque quisiéramos, sino por que de vez en cuando no había más remedio. Curtis Wilcox y Tony Schoondist se hicieron expertos, verdaderos licenciados, no en Rhodes sino en Roadmaster. El que colgó el termómetro redondo con números grandes que se leían desde fuera fue Curt. Para verlo bastaba con apoyar la frente en un cristal de los que cruzaban la puerta corredera a una altura aproximada de un metro sesenta y cinco y poner una mano a cada lado de la cara para protegerse de la luz. Era la única limpieza que debían de haber recibido esas ventanas antes de aparecer el hijo de Curt: el contacto de las frentes de los que querían ver al cocodrilo. 0, siendo literales, el bulto tapado que casi parecía un Buick de ocho cilindros. Tapado porque le habíamos echado encima una lona, como una sábana sobre un cadáver. De vez en cuando, sin embargo, resbalaba. No había ninguna razón, pero resbalaba. Lo de dentro no era ningún cadáver.

-¡Fíjate! -dijo Ned cuando llegamos, poniendo el acento en la última sílaba como un niño pequeño entusiasmado-. Qué cochazo, ¿eh? ¡Así de bonito no es ni el Bel-Aire de mi padre! Es un Buick. Se reconoce por las salidas de ventilación y la rejilla. Parece de mediados de los cincuenta, ¿no?

De hecho, según Tony Schoondist, Curtis Wilcox y Ennis Rafferty, era un modelo del cincuenta y cuatro; más o menos, porque en realidad de 1954 nada de nada. Como tampoco de Buick. Ni de coche. Era otra cosa, como decíamos en mi desaprovechada juventud.

Ned, mientras tanto, seguía hablando como una cotorra. -Aunque está como nuevo, ya se ve desde aquí. ¡Ha sido rarísimo, Sandy! Miro y al principio solo veía un bulto, porque tenía encima la lona. Empiezo a limpiar las ventanas...- en realidad lo dijo con el acento de esta parte del mundo- y de repente se oye un ruido, o mejor dicho dos: uno como de resbalar algo, y luego un golpe. ¡La lona ha resbalado justo cuando limpiaba las ventanas! ¡Como si quisiera dejarse ver! ¡No me negarás que es raro!

-Sí, bastante -dije.

Apoyé la frente contra el cristal (como tantas veces) y me hice pantalla con las manos para eliminar el poco reflejo que pudiera haber en un día nublado. En efecto, parecía un Buick de los de antes, pero casi como nuevo, tal como había dicho el chaval. La típica y reconocible rejilla Buick de los cincuenta, que me recordaba la boca de un cocodrilo metálico. El adorno de los guardabarros traseros, que siempre nos parecía «tan guapo». La franja blanca en los neumáticos. Con lo oscuro que estaba el interior del

cobertizo B, cualquiera habría dicho que era negro. En realidad era azul oscuro, lo que se llama «azul medianoche».

Es verdad que en 1954 Buick fabricaba Roadmasters en azul oscuro -lo había verificado Schoondist-,pero no de ese modelo exacto. A la pintura se le veía una especie de textura irregular, como de coche repintado de adolescente.

Aquí dentro es zona de terremotos, dijo Curtis Wilcox.

Me llevé un susto tan grande que retrocedí. Llevaba un año muerto, pero me había hablado directamente en el oído izquierdo. O él o algo.

-¿Qué pasa? -preguntó Ned-. Pareces haber visto un fantasma.

Estuve a punto de decir he oído uno, pero mi respuesta fue otra:

-Nada.

-¿Seguro? Has dado un brinco.

-Es que me ha dado un escalofrío. Pero no me pasa nada. -Bueno, y ¿del coche qué me dices? ¿De quién es?

Vaya preguntita. -No lo sé -dije.

-Pues ¿por qué está aquí dentro tan a oscuras? ¡Anda, que si tuviera yo un modelito así, con tantos accesorios, lo iba a dejar en esta porquería de barraca! ¡Encima antiguo! -Se le ocurrió algo-. ¿Qué pasa, es el coche de algún delincuente? ¿Es una prueba de algún caso?

-Se podría decir que está embargado. Robo de servicios. Era el argumento que habíamos usado nosotros. No mataba, pero ya había dicho el propio Curtis que para colgar el sombrero sólo se necesita un clavo.

-¿Qué servicios?

-Siete dólares de gasolina.

No tuve el coraje de decirle quién la había puesto en el depósito.

-¿Solo siete dólares?

-Hombre -dije yo-, para colgar el sombrero sólo se necesita un clavo.

Me miró con cara de perplejidad. Yo también le miré, pero no dije nada.

-¿Podemos entrar? -acabó preguntando-. Para verlo más de cerca.

Volví a apoyar la frente contra la ventana y leí el termómetro colgado en la viga, redondo y soso como la luna. Lo había comprado Tony Schoondist en el Tru-Valer de Statler, y lo había pagado de su propio bolsillo, no con la calderilla del cuartel. El padre de Ned lo había colgado de la viga. Como un sombrero en un clavo.

A pesar de que fuera, donde estábamos nosotros, había como mínimo treinta grados, y ya se sabe que en los cobertizos mal ventilados siempre hace más calor, la aguja roja del termómetro estaba justo entre el uno y el tres de 13.

-No, ahora no -dije.

-¿Por qué? -y añadió, como dándose cuenta de que era una respuesta un poco descortés, por no decir ligeramente grosera-. ¿Qué pega hay?

-Ahora mismo no es seguro.

Me observó varios segundos, en el transcurso de los cuales se le borró de la cara el interés y la curiosidad y volvió a ser el mismo niño a quien tantas veces había visto yo en el cuartel, y nunca más claro que el día de conseguir plaza en Pitt. El niño sentado en el banco de fumadores con lágrimas en las mejillas, y ganas de saber lo que quiere saber cualquier niño del mundo cuando le arrebatan a un ser querido: ¿Por qué ha pasado? ¿Por qué me ha pasado justo a mí? ¿Hay alguna razón o sólo es una especie de ruleta desquiciada? Si tiene algún sentido, ¿cómo reacciono? Si no, ¿cómo lo aguanto?

-¿Tiene algo que ver con mi padre? -preguntó-. ¿Era su coche?

Su intuición daba miedo. No, no había sido el coche de su padre... ¿Cómo iba a serlo, si en realidad ni siquiera era un coche? Pero sí, había sido el coche de su padre. Y mío... de

Huddie Royer... de Tony Schoondist... de Ennis Rafferty.., Quizá de Ennis del que más. De Ennis en un sentido que nunca habíamos podido entender ninguno de los otros. Ni querido Ned había preguntado de quién era el coche. Supuse que la auténtica respuesta era que de Troop D, de la policía estatal de Pensilvania. Pertenecía a todos los polis, de antes y de ahora, que estaban al corriente de lo que guardábamos en el cobertizo B. Sin embargo, durante casi todos los años que había estado en nuestra custodia, el Buick había sido propiedad especial de Tony y del padre de Ned. Eran sus conservadores, los eruditos del Roadmaster.

-No es que fuera de tu padre -dije, consciente de haber dudado demasiado-, pero él estaba al tanto.

-¿Al tanto de qué? ¿Y mi madre? También lo sabía? -Ahora sólo lo sabemos nosotros -dije.

-Quieres decir Troop D.

-Exacto. Y seguirá siendo así. -Tenia un cigarrillo en la mano, pero casi no me acordaba de haberlo encendido. Lo tiré al asfalto y lo aplasté-. No es cosa de nadie más.

Respiré hondo.

-Ahora, que si tienes muchas ganas de saberlo te lo cuento. Ya eres de los nuestros. Aunque te falte un poco de rodaje. -Era una frase habitual de su padre, de esas que se te pegan-. Hasta puedes entrar y mirar.

-¿Cuándo?

-Cuando suba la temperatura.

-No lo entiendo, ¿Qué tiene que ver la temperatura que haga dentro?

-Hoy salgo a las tres -dije, y señalé el banco-. Si no llueve, quedamos aquí; si llueve, en el piso de arriba, o si tienes hambre en el Country Way. Supongo que tu padre habría querido que lo supieras.

¿Era verdad? Confieso que no tenía ni idea, pero mi impulso de contárselo era bastante fuerte para merecer el calificativo de intuición, y a saber si de orden directa del más allá. No soy religioso, pero vaya, que en esas cosas un poco sí que creo. Y me acordé de lo que se decía antes: o te cura o te mata; démosle una buena dosis de satisfacción a este gato tan curioso.

¿Saber satisface? En general, que yo sepa, no, pero no quería que Ned se fuera a Pitt en septiembre estando igual que en julio, con un carácter alegre que se encendía y se apagaba como las bombillas mal enroscadas. Me pareció que tenía derecho a conocer algunas respuestas. Ya sé que a veces no las hay, pero tuve ganas de intentarlo. Me pareció que estaba obligado, a pesar de los riesgos.

Terremotos -me dijo al oído Curtis Wilcox-. Cuidado, que aquí dentro es zona de terremotos.

-¿Qué, Sandy, otro escalofrío? -me preguntó el chaval. -Sí, parece que sí -dije.

No llegó a llover. Cuando salí a reunirme con Ned en el banco que está de cara al aparcamiento y al cobertizo B, encontré a Arky Arkanian fumándose un cigarrillo y hablando con él de béisbol. Al aparecer yo hizo ademán de marcharse, pero le dije que se quedara.

-Voy a contarle a Ned lo del Buick que guardamos allí dentro -dije, señalando el desvencijado cobertizo con la cabeza-. Así, si se le ocurre avisar a los de blanco porque el sargento jefe de Troop D ha perdido la chaveta, me respaldas tú, que por algo también estabas.

A Arky se le borró la sonrisa. Se había levantado una brisa caliente que le alborotaba el pelo gris.

-Sargento, ¿seguro que es buena idea?

-La curiosidad mató al gato -dije-, pero...

-... la satisfacción lo resucitó -terminó Shirley a mi espalda-. Como decía el agente Curtis Wilcox, «con una buena dosis.

-¿Se puede, o está reunido el club de los hombres?

-En el banco de fumadores no hay discriminación de sexos --dije-. Siéntate, por favor.

Shirley, como yo, acababa de terminar el turno, y la había relevado Steff Colucci en comunicaciones.

Se sentó al lado de Ned, le sonrió efusivamente y se sacó del bolso una cajetilla de Parliament. Corría el año 2002, estábamos informados desde hacía mucho tiempo y seguíamos suicidándonos sin más. Increíble. Claro que, teniendo en cuenta que vivimos en un mundo donde los borrachos pueden atropellar a polis del estado justo al lado de un camión de dieciocho ruedas, y donde de vez en cuando aparecen Buicks falsos en gasolineras de verdad, tampoco es tan increíble. El caso es que entonces, para mí, tanto daba.

Entonces tenía una historia que contar.

ENTONCES

En 1979 aún estaba abierta la gasolinera Jenny del cruce de la SR 32 y Humboldt Road, pero trampeaba; al final, todas las pequeñas se las comió la OPEC. El mecánico, y dueño, era Herberg «Hugh» Bossey, y ese día, en concreto, se había ido a Lassburg para que le hicieran una revisión dental; y es que a Hugh Bossey le pirraban las barras Snickers y la RC Cola. En la ventana del garaje había un cartel pegado con celo donde ponía: No xAY MECÁNICO DE SERVICIO POR DOLOR DE MUELAS. El encargado de poner la gasolina se llamaba Bradley Roach. Había dejado a medias los estudios y apenas salía de la adolescencia. Era el mismo que veintidós años -y a saber cuántos miles de cervezas- después, mataría al padre de un chico que entonces aún no había nacido, aplastándole contra un tráiler Freuhof, haciéndole girar como una peonza, desmontándole como una carraca, haciéndole rodar por los hierbajos casi sin piel y dejando en la carretera su ropa ensangrentada, al revés, como en un truco de magia. Pero bueno, todo eso está por llegar. Ahora estamos en el pasado, en el país mágico de «entonces».

Hacia las diez de una mañana de julio, Brad Roach estaba sentado en el despacho de la gasolinera Jenny con los pies en la mesa y leyendo Inside View. La portada era una imagen de un platillo volante colocado ominosamente sobre la Casa Blanca.

Sonó el timbre del garaje. A1 mismo tiempo, los neumáticos de un vehículo rodaron por el asfalto y pasaron por encima de la manguera del aire. Al levantar la cabeza, Brad vio que el coche (el mismo que pasaría tantos años en la oscuridad del cobertizo B) frenaba al lado del segundo de los dos surtidores de la gasolinera, el que llevaba el indicativo nLro ocrnrrnlE. Era un Buick azul oscuro muy bonito, viejo (tenía la rejilla grande cromada y la hilera de salidas de ventilación) pero en perfecto estado. La pintura relucía, el parabrisas relucía, la barra cromada del lateral de la carrocería relucía, y antes de que el conductor abriera la puerta, Bradley Roach ya supo que tenía algo raro, pero no sabía el qué.

Dejó en la mesa la revista (que, de no ser porque el jefe estaba fuera, pagando el precio de su afición a los dulces, no habría podido ni sacar del cajón) y se levantó justo cuando el conductor del Roadmaster abría la puerta opuesta a los surtidores y salía.

Durante la noche había llovido mucho, y seguían mojadas las carreteras (¡qué digo mojadas! En algunas partes bajas del oeste del municipio de Statler estaban inundadas), pero hacia las ocho había salido el sol y a las diez el día era luminoso y cálido. A pesar de ello, el hombre que bajó del coche llevaba gabardina negra y un sombrero grande del mismo color. «Parecía un espía de película antigua», le dijo Brad más o menos una hora

después a Ennis Rafferty, permitiéndose lo que para él era un arranque de fantasía poética. De hecho la gabardina era tan larga que casi la arrastraba por los charcos del asfalto, y se hinchó por detrás al dirigirse el conductor del Buick al lateral de la gasolinera y el fragor del arroyo Redfern, que quedaba detrás. El fragor era mayor que de costumbre. Los chaparrones de la noche anterior habían producido un notable incremento de caudal.

Como Brad suponía que el de la gabardina negra y el sombrero negro de ala blanda iba al váter, le dijo:

-Está abierto. Oiga, ¿cuánto quiere de este combustible de avión?

-Lleno -dijo el cliente.

A Brad Roach no le gustó mucho la voz. Más tarde les diría a los agentes que parecía hablar con la boca llena de gelatina. Está claro que tenía el día poético. Quizá el motivo fuera la ausencia de Hugh durante toda la jornada.

-¿Le miro el aire? -preguntó.

Para entonces el cliente ya había llegado a la esquina de la gasolinera, blanca y pequeña. A juzgar por su rapidez de movimientos, Brad supuso que tenía prisa por descargarse de algo.

El hombre, aun así, se detuvo y se giró un poco hacia Brad, lo justo para que este viera la curva pálida de una mejilla, casi como de cera, un ojo oscuro y con forma de almendra donde no se veía nada blanco y un rizo de pelo negro y lacio al lado de una oreja de forma extraña. Lo que más se le grabó a Brad en la memoria, de lo que se acordaba con mayor claridad, fue de la oreja. Tenía algo que le puso muy nervioso, y hasta es posible que le horrorizara, pero no consiguió explicar qué. Se le acabaron las reservas de poesía, y lo mejor que le salió fue: No sé, como deshecha, como si hubiera estado en un incendio.

-¡Sólo gasolina! -dijo el de la gabardina y el sombrero negros con aquella voz sorda, y desapareció por la esquina con un revoloteo final, murcielaguesco, de tela oscura. Aparte de las características de la voz (de su sonido desagradable y mucoso, como de gelatina), tenía un acento que a Brad Roach le recordó cuando emitían por la tele los dibujos animados de Rocky y Bullwinkle, y salía aquel ruso, Boris Badinoff diciendo a Natasha: ¡Debemos atrapag al gatón y a la agdilla!

Brad se acercó al Buick y recorrió sin prisa el lateral más cercano a los surtidores (el conductor había aparcado con descuido, dejando mucho espacio entre el coche y el surtidor), pasando una mano por el relieve cromado y la superficie de la pintura. Fue una caricia más de admiración que de descaro, aunque bien pudo tener su pizca de inocente descaro, porque entonces Bradley era muy joven y tenía la alegría de los jóvenes. Llegó a la parte trasera, y al agacharse hacia la tapa del depósito quedó en suspenso. Había tapa, pero no había matrícula trasera. Por no haber, donde tendría que haber estado la matrícula, ni siquiera había hueco ni agujeros para los tornillos.

Gracias a ello, comprendió qué le había extrañado nada más oír el timbre y ver el coche por primera vez. No había adhesivo de inspección. Claro que no era asunto suyo que no llevara matrícula en la trasera ni adhesivo en el parabrisas, Ya lo pararían los polis del pueblo, o alguno de Troop D, que tenían el cuartel al lado de la carretera. O no. Tanto daba. Lo que tenía que hacer Brad Roach era poner gasolina.

Giró la manivela lateral del surtidor de alto octanaje para poner a cero la numeración, metió el pitorro en el agujero y encendió el llenado automático. Empezó a sonar la campanilla de dentro, miéntras Brad finalizaba el circuito del coche por el lado del conductor. Miró por las ventanillas de la izquierda y quedó sorprendido por la desnudez del interior, poco en consonancia con un coche que en los años cincuenta había sido casi de lujo. El tapizado de los asientos era marrón, al igual que la tela del techo. El asiento trasero estaba vacío, y el de delante, y en el suelo no había absolutamente nada, ni un miserable papel de caramelo, mapa o cajetilla arrugada. El volante parecía de marquetería. Bradley se

preguntó si el modelo salía así de fábrica o si era un extra. Daba un toque lujoso. ¿Y por qué era tan grande? Solo le faltaba estar erizado de barritas para parecer el timón de un yate de ricacho. Para cogerlo había que separar las manos casi tanto como la anchura del torso. Debía de estar hecho a medida, Brad dudó que fuera cómodo para largas distancias. Qué va.

El salpicadero también tenía algo raro. Parecía de nogal texturizado, y tanto los controles como los accesorios (calefacción, radio, reloj), todos cromados, se veían normales... o al menos en su sitio... También lo estaba la llave de contacto (¡anda, qué confiado!, pensó Brad), pero el efecto general llamaba la atención por algo. Pero ¿qué?

Brad volvió hacia el morro del vehículo, admiró la rejilla cromada, de mueca despectiva (puro Buick; como mínimo la rejilla era como tenía que ser hasta el último detalle), y comprobó que no había adhesivo de inspección, ni de Pensilvania ni de ninguna otra zona. De hecho el parabrisas no tenía ninguna pegatina. Por lo visto el dueño del Buick no era miembro de ninguna asociación o club, como la Triple A, los Elks, los Lions o los Kiwanis. No era hincha ni de Pitt ni de Penn State (al menos en grado suficiente para pegar un adhesivo en un cristal del Buick), y su coche no estaba protegido por Mopar ni por el bueno de Rusty Jones.

Pero vaya cochazo... aunque el jefe le habría dicho que menos admirar carrocerías y más llenar deprisa los depósitos.

El Buick se bebió siete dólares, hasta que se cortó el suministro; mucha gasolina para una época en que se podía comprar la de alto octanaje a menos de veinte centavos el litro. Una de dos, o el del abrigo negro había salido de casa con el depósito casi vacío o venía de muy lejos.

Bradley decidió que la segunda opción tenía que ser necesariamente falsa. ¿Por qué? Pues hombre, porque las carreteras todavía estaban mojadas, con las cunetas a rebosar, pero en la piel azul y tersa del Buick no había la menor mancha o salpicadura de barro. Los neumáticos (unos señores neumáticos, con franja blanca), igual de inmaculados. Y eso a Bradley Roach le pareció ni más ni menos que imposible.

Claro que no era de su incumbencia, pero podía mencionar la falta de adhesivo en regla (jo, si en la esquina del parabrisas, por no haber, no había ni uno caducado). Quizá le dieran propina, y le llegara para unas cervecillas. Aún le faltaban seis u ocho meses para tener edad de comprar alcohol, pero esforzándose siempre había una manera, y Bradley en eso se esforzaba.

Volvió al despacho, se sentó, cogió el Inside View y esperó el regreso del de la gabardina negra. Mucho calor para ir vestido así, eso clarísimo, pero Brad consideraba que ese misterio ya lo tenía desentrañado, Era un PG, un poco diferente de los de la zona de Statler, pero no mucho. Por lo visto su secta permitía ir en coche, A los amish, Bradley y sus amigos los llamaban PG. Eran las siglas de paletos gilipollas.

Pasado un cuarto de hora, cuando Brad, una vez concluida la lectura de «¡Nos han visitado!» por el experto en ovnis Richard T. Rumsfeld (militar retirado), hubo prestado toda su atención a la rubia de la página cuatro (recogida en el acto de pescar con caña en un río de montaña en bragas y sostén), se dio cuenta de que todavía esperaba. Por lo visto aquel tío no había ido al váter para hacer un depósito de calderilla. Era, evidentemente, un millonario del cagadero.

Brad, con la sonrisa de imáginárselo en la letrina debajo de las cañerías oxidadas, a oscuras (hacía un mes que se había fundido la única bombilla y todavía no se habían decidido a cambiarla ni Bradley ni Hugh) y con el abrigo negro desparramado, mojándose y recogiendo cacas de ratón, volvió a coger la revista y la abrió por la página de chistes. Le dio para otros diez minutos. Algunos eran tan cómicos que Brad los leía tres y hasta cuatro veces con una risa sorda. Volvió a dejarla en la mesa y miró el reloj de encima de la puerta.

Fuera, al lado de los surtidores, el Buick Roadmaster reflejaba el sol. Había pasado casi media hora desde que su conductor había contestado «¡Solo gasolina!» con aquella voz de estrangulado, antes de esfumarse por la esquina del edificio con un remolino de tela negra. ¿Era un PG o no? ¿Los PG iban en coche? A Brad le pareció que no, que los PG pensaban que cualquier cosa con motor era obra de Satanás.

Señal de que no debía de serlo. Bueno, que fuera lo que quisiera, pero tpor qué no volvía?

De repente ya no le pareció tan graciosa la imagen del cliente sentado a oscuras en la taza descolorida, al lado del surtidor de diésel. Mentalmente seguía viéndole con la gabardina desparramada por el linóleo sucio y los pantalones a la altura de los tobillos, pero ahora le veía con la cabeza inclinada, la barbilla en el pecho y el sombrero de ala ancha (que bien pensado no parecía de amish) tapándole los ojos. Sin moverse. Sin respirar. Sin cagar, sino muerto, infarto, embolia cerebral o algo por el estilo. Posible era. ¡Joder! Si el rey del rock era capaz de palmarla haciendo aguas mayores, podía todo el mundo.

-Qué va -dijo en voz baja Bradley Roach-. No, qué va... no puede ser... ¡Qué va!

Cogió la revista, intentó leer lo de los ovnis que nos vigilaban y no logró convertir las palabras en ideas coherentes. La dejó y miró por la puerta. El Buick seguía donde antes, reflejando el sol. Del conductor ni rastro.

Media hora... no, ya llevaba treinta y cinco minutos. ¡Mecachis! Pasaron cinco minutos más, y le venció el impulso de arrancar tiras de la revista y dejarlas caer en la papelera, donde formaban montones nerviosos de confeti.

-Cago en... -dijo, y se levantó.

Cruzó la puerta, y después la esquina del cubo blanco de cemento donde llevaba trabajando desde dejar el instituto. Los servicios quedaban en la parte trasera, la que daba al este. Brad aún dudaba entre adoptar un registro serio (Oiga, ¿se encuentra bien?) o humorístico (Oiga, que si quiere tengo un petardo), pero tal como fueron las cosas no llegó a pronunciar ninguna de las dos frases, elaboradas con tanto esfuerzo.

La puerta del lavabo de hombres tenía suelta una bisagra, y si no la cerraban por dentro corría el peligro de abrirse al primer golpe de aire. Por eso Brad y Hugh siempre metían un trozo doblado de cartón en la rendija, para que se quedara cerrada no habiendo nadie dentro. Si el del Buick estaba en el lavabo, el trozo de cartón estaría o bien dentro, con él (dejado, con toda probabilidad, al lado de uno de los grifos mientras él iba a lo que iba), o bien tirado al pie de la puerta, en la plaquita de cemento de la entrada. La opción más frecuente, como poco después explicaría Brad a Ennis Rafferty, era la segunda. Él y Hugh estaban cansados de volver a meter el cartoncito al marcharse los clientes. También solía ser necesario tirar de la cadena. Fuera de casa, la gente pasaba mucho de hacerlo. Hablando claro: fuera de casa, la gente no se comportaba.

En ese momento, la cuña de cartón estaba en su sitio, asomando por la rendija entre la puerta y el marco, justo encima del pestillo, que era donde surtía mayor efecto. A pesar de todo, Brad abrió la puerta para comprobarlo, y recogió al vuelo el cartoncito con tanta habilidad como la que, corriendo el tiempo, adquiriría en el arte de abrir botellas de cerveza con el tirador de la puerta izquierda de su propio Buick. El cubículo, tal como intuía, estaba vacío. No se apreciaba ninguna señal de uso de la taza, ni se había oído ruido de tirar de la cadena mientras Brad leía la revista en el despacho. Tampoco había gotas de agua en la pila oxidada del agua.

Entonces se le ocurrió que el cliente no había rodeado la gasolinera para ir al lavabo, sino para ver el arroyo Redfern, cuya belleza, para quien no lo conociera, bien merecía un vistazo (y hasta darle al botón de la Kodak); con los Statler Bluffs dominando la orilla norte, y tantos sauces encima, cuyas verdes ramas parecían cabelleras de sirenas (fijo que

el chico tenía alma de poeta, de Dylan McYeats en potencia),.. Sin embargo, detrás tampoco había ni rastro del conductor del Buick. Lo único que había eran piezas sueltas de coche y un par de ejes de tractor del año de la castaña, tirados en los hierbajos como huesos oxidados.

El arroyo estaba ancho, con mucha espuma y cantando a pleno pulmón. Naturalmente que el aumento de caudal solo era provisorio (en el oeste de Pensilvania las inundaciones son cosa de la primavera), pero el Redfern, por un día, se había despertado de su habitual somnolencia y era un señor torrente.

A1 ver lo profunda que estaba el agua, el cerebro de Bradley Roach vio dibujarse una posibilidad espantosa. Calculó la distancia de la cuesta (que era empinada) hasta el agua. La hierba aún estaba mojada por la lluvia, y probablemente muy resbaladiza, sobre todo para un PG paseándose con zapatitos de suela de cuero. A1 darle vueltas en su cerebro, la posibilidad cuajó en casi certeza. No había ninguna otra explicación para el lavabo sin usar y el coche parado en el surtidor de alto octanaje, con el depósito a tope y la llave de contacto puesta. El tío del Buick Roadmaster había rodeado la gasolinera para echarle una miradita al Redfern, se había atrevido, tonto de él, a meterse por la cuesta de la orilla para verlo más de cerca... y ¡zas! Se acabó.

Lentamente, Bradley bajó hasta el agua; a pesar de sus Georgia Giants resbaló un par de veces, pero sin caerse, porque cada vez que perdía el equilibrio se cogía a alguna pieza de desguace.

En la orilla no había ni rastro del hombre, pero al mirar el agua vio algo enganchado cerca de un abedul caído, a unos doscientos metros de donde estaba él. Subía y bajaba con la corriente. Negro. Podía ser perfectamente la gabardina del tío del Roadmaster.

-Mierda --dijo, y se apresuró a volver al despacho para llamar a Troop D, que quedaba unos tres kilómetros más cerca que la comisaría local. Que fue como

AHORA: SANDY

intervinimos nosotros --dije-. El predecesor de Shirley se llamaba Matt Babicki, y fue el que le pasó el aviso a Ennis Rafferty... -A ver, Ned, por qué a Ennis? -preguntó Shirley-. Venga, deprisa.

-UDMC. La unidad disponible más cercana ---contestó él. Pero pensaba en otra cosa, y ni siquiera la miró. A quien miraba, y fijamente, era a mí.

-Ennis tenía cincuenta y cinco años y ya pensaba en la jubilación, aunque al final no llegó a verla --dije.

-Y mi padre estaba con él, ¿no? Patrullaban juntos. -Sí -contesté.

Había muchas más cosas que contar, pero primero Ned tenía que digerirlo. Yo me quedé callado y le dejé acostumbrarse a la idea de que su padre y Roach, el culpable de su muerte, hubieran estado hablando como dos personas normales; Curtis escuchando a Bradley Roach, abriendo la libreta y empezando a anotar una secuencia temporal. Ned, entonces, ya estaba al corriente de cómo abordábamos los casos nuevos.

Intuí que al chaval se le quedaría grabado eso, con indiferencia de lo que me quedara a mí por contarle y de lo descabellado que pudiera llegar a ser el relato: la imagen de un homicida y su víctima, juntos a menos de cuatro minutos a buen paso de donde, veintidós años después, volverían a chocar sus vidas, esta vez con un golpe mortal.

-¿Qué edad tenía? -dijo Ned, casi susurrando-. Ese día que dices, ¿mi padre qué edad tenía?

Supongo que podría haberlo calculado él, pero estaba demasiado afectado.

-Veinticuatro -dije. Era fácil. Las vidas cortas no presentan complicaciones de cálculo-. Llevaba más o menos un año en el cuartel. Funcionaba igual que ahora: dos

agentes por coche solo en el turno de once a siete, menos si eran novatos. Como tu padre aún lo era, de día iba con Ennis.

-¿Te encuentras bien, Ned? -preguntó Shirley.

La pregunta era oportuna. El chaval había ido perdiendo todo el color de la cara.

-Sí, sí-dijo. La miró a ella, luego a Arky y finalmente a Phil Candleton, y a todos con la misma mirada, medio perpleja y medio acusadora-. ¿Vosotros lo sabíais?

-Sí -dijo Arky. Hablaba un poco como los del norte, con una cantinela peculiar-. No era ningún secreto. Entonces tu padre y Bradley Roach se llevaban bien. Y después también. Curtis le arrestó tres o cuatro veces en los años ochenta...

-¡Qué va! ¡Cinco o seis! -dijo Phil con voz grave-. Casi siempre era su turno. Mínimo cinco o seis. Una vez cogió al muy gilipollas, le llevó directo a una reunión de Alcohólicos Anónimos y le obligó a quedarse, aunque no sirvió de nada.

-Así como tu padre trabajaba de poli estatal -dijo Arkie-, a mediados de los ochenta el trabajo de Brad era beber, y a jornada completa. Solía beber conduciendo por caminos. Le encantaba. Como a tantos. -Arkie suspiró-. Total, chaval, que con esos dos trabajos era casi seguro que de vez en cuando coincidieran.

-De vez en cuando -repitió Ned, fascinado.

Era como si para él el concepto de tiempo hubiera adquirido una dimensión nueva. Supuse que sí.

-Pero bueno, cuestiones de trabajo, Lo único que no era de trabajo puede que fuera lo del Buick. Durante años estuvo entre los dos. -Señaló el cobertizo B con la cabeza-. El Buick colgaba entre los dos como ropa tendida, Ned. No es que lo haya querido mantener nadie en secreto, al menos a conciencia, pero supongo que es eso, un secreto.

Shirley asentía. Tendió el brazo y cogió la mano de Ned, que se la dejó coger.

-La mayoría de la gente se comporta como si no existiera -dijo-. Es la típica reacción de cuando no se entiende algo, al menos mientras se puede.

-A veces no te puedes permitir ignorarlo -dijo Phil-. Lo supimos en cuanto... bueno, que lo cuente Sandy.

Me miraron, él y todos. La mirada más brillante era la de Ned. Encendí un cigarrillo y empecé a hablar.

ENTONCES

Ennis Rafferty encontró los prismáticos en la caja de aparejos, que durante la temporada de pesca le acompañaban de coche en coche. Una vez los tuvo en su poder, él y Curt Wilcox bajaron al arroyo Redfern con el mismo objetivo con que el oso de la canción subía a la montaña: ver qué había detrás.

-¿Y yo qué hago? -preguntó Brad al verles alejarse. -Vigila el coche y piensa en tu versión -dijo Ennis. -¿Versión? ¿Por qué voy a tener una versión?

Se le notaba cierto nerviosismo en la voz. Ni Ennis ni Curt contestaron.

Mientras descendían por la cuesta, listos ambos para coger al otro al menor resbalón, Ennis dijo:

-El coche no es normal. Lo sabe hasta Bradley Roach, que no tiene precisamente un coeficiente de doscientos.

Antes del final de la frase, Curt ya asentía.

-Es como los dibujos del libro de actividades que tenía yo de niño. DESCUBRE LAS DIEZ DIFERENCIAS EN ESTA IMAGEN. -¡Anda, es verdad!

Ennis se quedó con la idea. Le caía bien el joven con quien le habían emparejado, y preveía que cuando estuviera un poco más curtido sería buen trooper.

Ya habían llegado al borde del arroyo. Ennis cogió los prismáticos, que se había colgado del cuello.

-No tiene pegatina de inspección. ¡Hostia, ni matrícula! ¡Y qué volante! Curtis, ¿tú has visto lo grande que es?

Curt asintió.

-Tampoco hay antena de radio -continuó Ennis-, ni barro en la carrocería. ¿Cómo puede ser que haya venido por la 32 sin salpicarse? ¡Si nosotros no hemos parado de pisar charcos! Tenemos sucio hasta el parabrisas.

-No sé. ¿Has visto las salidas de ventilación?

-¿Eh? Sí, claro, pero es lo que tienen todos los Buicks de antes.

-Ya, pero estas están mal. En el lado del copiloto hay cuatro, y en el del conductor solo tres. ¿Tú crees que Buick ha sacado algún coche al mercado con más salidas de ventilación en un lado que en el otro? Yo no.

Ennis miró a su compañero con cara de perplejidad, se puso los prismáticos y enfocó el arroyo. Encontrar y enfocar la cosa negra que había motivado la rauda llamada telefónica de Brad fue cuestión de segundos.

-¿Qué es? ¿Un abrigo? -Curt se protegía la vista, bastante superior a la de Bradley Roach-. No, ¿verdad?

-No -dijo Ennis sin bajar los prismáticos-. Parece.., un cubo de la basura. De esos de plástico que venden en el pueblo, en el Tru-Value. Mira tú, que igual la cago.

Le pasó a Curt los prismáticos, y no, no la cagaba. Lo visto por Curtis era efectivamente un cubo negro de la basura. Debía de haberse caído del camping para autocaravanas que había encima de los Bluffs, cuando más arreciaba el chaparrón de la noche anterior. Ni era un abrigo negro ni llegó a aparecer ninguno, como tampoco apareció un sombrero negro ni el hombre de la cara blanca y el rizo de pelo negro y lacio al lado de una oreja extraña. De cara a los troopers, la existencia del hombre en cuestión podía ser objeto de duda (en el momento de llevar al despacho al señor Roach para hacerle más preguntas, Ennis Rafferty no dejó de fijarse en el número de Inside View de encima de la mesa), pero no la del Buick. Aquel Buick tan raro estaba fuera de cualquier duda. Formaba parte del escenario, justo al lado de los surtidores. Solo que cuando apareció la guía del condado para llevárselo, ni Ennis Rafferty ni Curtis Wilcox se creían que fuera un Buick.

Entonces no sabían qué era.

Los polis de cierta edad tienen derecho a las corazonadas, y Ennis, al volver con su compañero a donde se había quedado Brad Roach, tuvo una. Brad estaba de pie al lado del Roadmaster de las tres salidas de ventilación en un lado y las cuatro en el otro (todas perfectamente cromadas). La corazonada de Ennis consistía en que las irregularidades que les habían llamado la atención solo eran la nata del sundae. En ese caso, cuanto menos viera el señor Roach menos podría contar. Tal fue el motivo de que Ennis, a pesar de su extrema curiosidad por el coche abandonado (curiosidad que pedía a gritos una buena dosis de satisfacción), se lo dejara a Curt, mientras él iba con Bradley al despacho. Cuando estuvieron dentro, Ennis pidió una grúa para llevar el Buick al cuartel, donde de momento podrían guardarlo en el aparcamiento trasero. También quería interrogar a Bradley mientras estuvieran relativamente frescos sus recuerdos. Ennis contaba con que ya le llegaría la hora de poder inspeccionar a fondo y sin prisas la extraña captura.

-Para mí que está un poco modificado. No creo que haya que darle más vueltas -se limitó a decirle a Curt antes de meterse en el despacho con Bradley.

Curt puso cara de escepticismo. Bien estaba modificar, pero aquello era de locos. ¿Quitar una salida de ventilación y darle a la superficie un acabado tan perfecto que no se viera la marca? Sustituir el volante normal de un Buick por algo que parecía salido de un yate? ¿Eso eran modificaciones?

-Tú échale un vistazo mientras yo hago cuatro cosas -dijo Ennis.

-¿Puedo mirar el motor?

-Tú mismo. Pero no toques el volante, por si hace falta tomar las huellas. Y ten un poco de sentido común. Intenta no dejarlo todo embadurnado con las tuyas.

Volvían a estar al lado de los surtidores. Brad Roach miró con ansiedad a los dos polis, el que mataría en el siglo xxi y el que esa misma tarde desaparecería sin dejar rastro.

-¿Qué, tíos, qué os parece? -preguntó-. ¿Está muerto en el río? ¿Se ha ahogado? Es eso, ¿no?

-Pues... como no se haya metido en el cubo de basura que hay al lado del árbol caído y se haya ahogado dentro,... -dijo Ennis.

Brad se quedó boquiabierto. -Cago en... ¿Solo es un cubo?

-Pues me parece que sí. Y un adulto estaría muy estrechito. Agente Wilcox, ¿quiere preguntarle algo a este joven?

Dado que aún estaba en fase de formación, y Ennis formándole, Curtis hizo unas cuantas preguntas, más que nada para cerciorarse de que Bradley no estuviera barracho ni mal de la cabeza. Luego hizo una señal con la suya a Ennis, que le dio a Bradley una palmada en el hombro, como si fueran colegas de toda la vida.

-Oye, tú, ¿entramos? -propuso-. Así me pones un cafelito y procuramos sacar algo en claro.

Y se llevó a Brad. El brazo que amistosamente sujetaba la espalda de Bradley Roach tenía mucha fuerza, y siguió empujándole en dirección al despacho mientras el agente Rafferty hablaba a míl por hora.

En cuanto al agente Wilcox, dispuso de unos tres cuartos de hora de Buick antes de que apareciera la grúa del condado con la luz naranja encendida. Cuarenta y cinco minutos no son mucho tiempo, pero fue suficiente para que Curtis se licenciara de por vida en Roadmaster. Como decía mi madre, el amor de verdad siempre es un flechazo.

Volvieron al cuartel conduciendo Ennis, detrás de la grúa y el Buick, que iba con el morro en alto y el parachoques trasero casi rozando la carretera. Curt íba en el asiento del copiloto, tan alborotado y cambiando tanto de postura que parecía un niño con ganas de hacer pipí. Entre los dos, la radio Motorola, llena de rasguños y golpes, víctima de a saber cuántas duchas de café y cola pero con resistencia de roca, cotorreaba por el canal 23: Matt Babicki y los agentes de servicio, enzarzados en el toma y daca que formaba la banda sonora constante de sus vidas. Era un ruido presente, pero que ya no oían ni Ennis ni Curt, salvo que saliera el número de ellos.

-Lo primero es el motor-dijo Curt-. No, supongo que lo primero es el cierre del capó. Está muy hacia el lado del conductor, y no se saca, se empuja...

-Es la primera vez que lo oigo -rezongó Ennis.

-Espera, espera -dijo su joven compañero-. Resulta que lo encuentro, abro el capó y el motor... tío, el motor...

Ennis le miró de reojo con la expresión de cuando se ha tenido una idea de una verosimilitud demasiado horripilante para negarla. El resplandor amarillo de la luz giratoria de la grúa le pasaba por la cara como ictericia.

-No te atrevas a decirme que no tiene -dijo-. No te atrevas a decirme que sólo tiene un cristal luminoso o alguna chorradita de platillo volante.

Curtis rió. Fue una risa al mismo tiempo alegre y alocada. -No, no, sí que hay motor, pero está todo mal. En los dos lados del bloque principal pone smcx 8 en letras grandes cromadas, como si el que lo hizo hubiese temido olvidarse de qué era. Hay ocho bujías, cuatro por lado; eso es correcto (ocho cilindros, ocho bujías), pero no hay tapa del distribuidor, ni distribuidor. Tampoco hay dinamo ni alternador.

-¡Venga ya!

-Te lo juro por mi vida, Ennis.

-Y ¿adónde están conectados los cables de las bujías? -Por lo que he visto, cada uno da una vuelta y vuelve a meterse en el bloque del motor.

-¡Anda, tío!

-¡Que sí! ¡Tú escucha!

En otras palabras, no me interrumpas más y déjame hablar. Curtis Wilcox cambió de postura en el asiento pero sín quitarle la vista al Buick que remolcaban delante.

-Vale, Curtis, ya te escucho.

-Tiene radiador, pero no he visto que hubiera nada dentro. Ni agua, ni anticongelante. Tampoco hay correa del ventilador. Lógico, porque por no haber no hay ni ventilador.

-¿Y gasolina?

-Hay cárter, y la varilla del nivel es normal, aparte de que no hay marcas. Hay batería, una Delco, pero oye, Ennis: no está conectada con nada. No hay cables.

-Describes un coche que no podría funcionar de ninguna manera -dijo Ennis rotundamente.

-¡A quién se lo cuentas! He sacado la llave del contacto y tiene una cadena normal, pero aparte de la cadena, ni placa con iniciales ni nada de nada.

-¿Hay alguna llave más?

-No, y la del contacto no es de verdad, solo una lengua de metal más o menos así de larga.

Curt separó el pulgar y el índice lo que medía una llave. -¿Qué quieres decir? ¿De esas sin cortar que tienen los cerrajeros?

-No. No tiene ningún parecido con una llave. Solo es una tirita de acero.

-¿La has probado?

Curt, que hasta entonces hablaba casi compulsivamente, tardó un poco en contestar.

-¡Tío -dijo Ennis-, que soy tu colega! ¡No te voy a morder!

-Vale, pues sí, la he probado. Quería ver si siendo tan raro el motor funcionaba.

-Tendrá que funcionar, digo yo. Lo conducía alguien, ¿no? -Es lo que dice Roach, pero al mirar debajo del capó me ha entrado la duda de si estaba mintiendo o hipnotizado. En todo caso, la pregunta sigue abierta. Lo que hace de llave no gira. Como si estuviera bloqueado el contacto.

-¿Ahora la llave dónde está?

-He vuelta a meterla en el contacto. Ennis asintió.

-Muy bien. ¿Al abrir la puerta se ha encendido la luz del techo? ¿0 no hay?

Curtis se lo pensó.

-Sí, había y se ha encendido. Debería haberme fijado. ¿Cómo puede haberse encendido? ¡Si no está enchufada la batería!

-A lo mejor está alimentada con un par de pilas. -Pero no se lo creía ni él. ¿Qué más?

-Me he dejado lo mejor para el final -dijo Curtis-. He tenido que toquetear un poco, pero he usado un pañuelo y sabía dónde tocar, o sea que no me toques tú los huevos.

Ennis no dijo nada en voz alta, pero su mirada decía que si tenía que tocarle los huevos se los tocaría.

-Todos los controles del salpicadero son falsos. Pura fachada. Los de la radio no giran, y el de la calefacción tampoco. La palanca del desempañador no se mueve. Es como un palo en un bloque de cemento.

Ennis siguió a la grúa por el camino de entrada al cuartel, que estaba en la parte trasera.

-¿Algo más?

-Más que algo, todo. Está jodido de la rehostia. -Ennis se sobresaltó, porque Curtis no solía decir palabrotas-. ¿Sabes el volante, aquel tan grande? Pues para mí que también

es de mentira. Lo he movido (solo con el dorso de la mano, que no te dé una hemorragia), y gira un poco, tanto a la izquierda como a la derecha, pero solo un poco. No digo que no esté puesto algún seguro, y en el contacto igual, pero...

-Pero a ti no te lo parece. -No.

La grúa aparcó delante del cobertizo B. Con un pitido hidráulico, el Buick abandonó su postura de morro en alto y volvió a descansar en los neumáticos de franja blanca. La grúa la conducía Johnny Parker, que la rodeó para desenganchar el Buick, jadeando a través de un cigarrillo Pall Mall. Ennis y Curtis se quedaron en el coche patrulla, mirándose.

-Qué coño ha pasado? -acabó preguntando Ennis-. Un coche que no se puede conducir, con un volante que no gira, se mete en la gasolinera Jenny de la 32 y frena justo al lado del surtidor de alto octanaje. No tiene pegatina de revisión... -Se le ocurrió una idea-. ¿Y el número de registro? ¿Has mirado si tiene? -En el cambio de marchas no -dijo Curt mientras abría la puerta, impaciente por salir. Los jóvenes siempre son impacientes-. En la guantera tampoco, porque no hay. Hay tirador, y botón de cierre, pero ni se hunde el botón, ni se levanta el tirador, ni se abre la puertecita. Solo está de cara a la galería, como el resto del salpicadero, Que de hecho es falso. En los años cincuenta no hacían coches con salpicaderos de madera. Al menos en Estados Unidos.

Salieron y miraron la parte trasera del Buick huérfano. -¿Y el maletero? -preguntó Ennis-. ¿Eso se abre?

-Sí, no está cerrado con llave, Aprietas el botón y salta como el maletero de cualquier otro coche, pero huele fatal. -¿Cómo?

-A podrido.

-¿Hay algún muerto? -No, ni muertos ni nada.

-¿Y un neumático de recambio? Un gato, al menos.

Curtis negó con la cabeza. Vino Johnny Parker quitándose los guantes oscuros.

-¿Qué, hay que hacer algo más? Ennis y Curt negaron con la cabeza. A los pocos pasos de alejarse, Johnny se detuvo. -Una cosa: ¿eso qué coño es? ¿Alguna bromita? -Aún no lo sabemos -le dijo Ennis.

Johnny asintió.

-Pues si os enteráis me lo decís. La curiosidad mató al gato, y la satisfacción lo resucitó. ¿No?

Lo de la curiosidad y el gato formaba parte de la vida de Troop D; no podía decirse que fuera una broma entre ellos, sino un componente que se había introducido en el lenguaje del cuerpo. Ennis y Curt vieron alejarse al viejo.

-¿Te falta algo qué decir antes de que hablemos con el sargento Schoondist? -preguntó Ennis.

-Sí -dijo Curtis-. Aquí dentro es zona de terremotos. -¿Terremotos? ¿Y eso qué coño quiere decir?

Curtis le explicó un programa que había visto la semana anterior en el canal PBS, cerca de Pittsburgh. Para entonces se habían acercado varias personas, entre ellas Phil Candleton, Arky Arkanian, Sandy Dearborn y el propio sargento Schoondist.

Era un programa sobre predicción de terremotos. Curtis dijo que a los científicos todavía les faltaba mucho para encontrar una manera segura al cien por cien de pronosticarlos, pero que la mayoría lo consideraba factible en el futuro. Porque había indicios previos. Los sentían los animales, y la gente a menudo también. Los perros se ponían nerviosos y ladraban para que los dejaran salir. El ganado se alborotaba en los establos, o echaba abajo las vallas de los pastos. Había veces en que las gallinas movían tanto las alas en las jaulas que se les partían (las alas). Ciertas personas afirmaban oír un zumbido muy agudo procedente de la tierra quince o veinte minutos antes de un terremoto

importante (y si lo oían algunas personas, era de cajón que la mayoría de los animales lo oiría con más claridad). Otro indicio: hacía frío. Las bolsas frías pre-terremoto no las sentía todo el mundo, pero sí mucha gente. Había, incluso, datos meteorológicos en apoyo de las informaciones subjetivas.

-¿Me tomas el pelo? -repuso Tony Schoondist.

Curt contestó que en absoluto. En San Francisco, dos horas antes del gran terremoto de 1906, había bajado la temperatura ni más ni menos que cuatro grados. Era un hecho comprobado, y ello a pesar de no haber variado ninguna otra condición climática. -Fascinante -dijo Ennis-, ¿pero qué tiene que ver con el Buick?

Entonces ya se habían reunido bastantes troopers para formar un pequeño corro de oyentes. Curtis los miró sabiendo que corría el peligro de que durante seis meses en las llamadas por radio le bautizaran como Terremoto, pero estaba demasiado embalado para darle importancia. Dijo que durante el interrogatorio a Bradley Roach, estando Ennis dentro de la gasolinera, él se había sentado detrás de aquel volante tan raro y tan grande (procurando, entonces y en todo momento, no tocar nada excepto con el canto de la mano) y que, mientras estaba sentado, había empezado a oír un zumbido muy agudo. Dijo que además de oírlo lo había sentido.

-No paraba. Estaba en todas partes. Lo he notado vibrándome en las tripas. Creo que si hubiera sido un poco más fuerte habría hecho sonar la calderilla que llevo en el bolsillo. Me parece que tiene un nombre; lo aprendíamos en física, pero ahora mismo no me acuerdo.

-Un armónico --dijo Tony-. Es cuando empiezan a vibrar dos cosas juntas, como los diapasones o las copas de vino. Curtis asentía.

-Eso, eso. No sé cuál sería la causa, pero es muy potente. Parecía que se me metiera en el centro de la cabeza, como el ruido de las líneas de alta tensión de los Bluffs cuando estás justo debajo. Os parecerá que estoy loco, pero más o menos al minuto de oírlo casi parecía que el zumbido hablase.

-Yo una vez, en los Bluffs, me tiré a una -dijo Arky, todo sentimiento y con más voz de Lawrence Welk que nunca-, y sí que era bastante armónico, sí. Bzzz, bzzz, bzzz...

-Tío, eso te lo guardas para las memorias -dijo Tony-. Sigue, Curtis.

-Al principio he pensado que era la radio -dijo Curtis-, porque también se parecía un poco: como cuando está encendida una radio antigua de tubo de vacío y capta música de muy lejos. Cojo el pañuelo, estiro la mano para desconectarla... y entonces he comprobado que no se movían los botones, ninguno. Tiene tan poco de radio de verdad como... como Phil Candleton de trooper de verdad.

-Muy gracioso, el nene -dijo Phil-. Casi tanto como una gallina de goma, o...

-Calla, que quiero oírlo -dijo Tony-. Sigue, Curtis. Y menos chistes.

-Sí, señor. A1 probar los botones de la radio me di cuenta de que hacía frío. Hoy hace calor, y el coche estaba al sol, pero dentro hacía fresquito. Y como con humedad. Entonces he recordado el programa sobre los terremotos. -Curt meneó lentamente la cabeza-. No sé por qué, pero me han dado ganas de salir lo más deprisa posible. El zumbido empezaba a oírse menos, pero hacía más frío que antes. Parecía una nevera.

Tony Schoondist, por entonces sargento jefe de Troop D, se acercó al Buick, pero no lo tocó; solo se agachó para meter la cabeza por la ventanilla, y se quedó así durante casi un minuto, mirando el interior del coche azul oscuro con la espalda inclinada pero recta, y las manos juntas en la espalda. El resto de los troopers se apiñaron alrededor de Curtis en espera de que Tony terminara con lo que estuviera haciendo. Para la mayoría, Tony Schoondist era el mejor jefe que habían tenido desde que llevaban el gris de Pensilvania. Era duro, valiente, justo y todo lo astuto que hiciera falta. Cuando un trooper llegaba al rango de sargento jefe, intervenía la política. Las reuniones mensuales. Las llamadas de

Scranton. Sargento jefe no era precisamente el tope del escalafón, pero daba para eso. Schoondist seguía el juego con bastante habilidad para no perder la silla, pero sabía tan bien como sus hombres, que nunca llegaría más arriba. Tampoco quería. Porque para Tony sus hombres eran siempre lo primero; sus hombres y, desde que Shirley sustituyó a Matt Babicki, su mujer. En otras palabras, Troop D. No lo sabían porque dijera nada, sino por su manera de caminar.

Acabó volviendo con sus hombres, se quitó la gorra, se acarició el pelo cortado a cepillo y volvió a ponérsela. Con la correa detrás, siguiendo la normativa de verano. En invierno la correa iba en la punta del mentón, Era la tradición, y en la policía estatal de Pensilvania, como en cualquier organización con cierta trayectoria, había mucha. Hasta 1962, por ejemplo, los troopers no podían casarse sin permiso del sargento jefe (atribución que usaba este para eliminar a cualquier novato o trooper joven que no le pareciera hecho para el cargo).

-Aquí no zumba nada -dijo Tony-, y para mí que la temperatura interior es más o menos la que debería ser. Puede que un poco más fresca que el aire de fuera, pero...

Se encogió de hombros. Curtis se ruborizó. -Sargento, le juro que...

-No te cuestiono -dijo Tony-. Si dices que vibraba como un diapasón, te creo. ¿De dónde dirías que salía el zumbido? ¿Del motor?

Curtis negó con la cabeza. -¿Del maletero?

Otra negativa. -¿De debajo?

Otra, Ahora los mofletes de Curtis ya no estaban rosados, sino rojos, al igual que el cuello y la frente.

-Pues ¿de dónde?

-Del aire -dijo de mala gana Curtis-. Ya sé que parece una chorrada, pero... sí, del aire.

Miró alrededor como si esperara risas, pero no las hubo. Más o menos entonces llegó Orville Garrett. Venía de la zona fronteriza del condado, de una obra donde por la noche habían destrozado maquinaria pesada. Le acompañaba, tranquilísimo, Mr. Dillon, la mascota de Troop D. Era un pastor alemán, pero con un toque puede que de collie. Orville y Huddie Royer lo habían encontrado de cachorro, chapoteando en el pozo de una granja abandonada, cerca de Sawmill Road. Es posible, pero no probable, que se cayera de manera accidental.

Mr. D no era un perro especial K-9, pero sólo porque nadie lo había entrenado en ese sentido. Era listísimo, además de protector. Si se le ocurría a alguien levantarle la voz a uno de Troop D y ponerse chulo estando cerca Mr. Dillon, corría el riesgo de pasarse el resto de la vida buscándose los mocos con un lápiz. -Qué, tíos, qué pasa? -preguntó Orville.

Antes de que pudieran contestar, Mr. Dillon empezó a aullar. Sandy Dearborn, que era el que estaba más cerca del perro, nunca le había oído aullar así. Mr. D retrocedió deprisa y se agachó mirando el Buick. Tenía erguida la cabeza y los cuartos traseros tocando el suelo. Era la típica postura de perro a punto de cagar, menos el pelaje, que lo tenía érizado por todo el cuerpo, vertical cada pelo. A Sandy se le heló la piel.

-Pero bueno, ¿qué le pasa? -preguntó en voz baja Phil, extrañadísimo.

Entonces Mr. D soltó otro aullido largo y tembloroso y dio, como al acecho, tres o cuatro pasos hacia el Buick, pero sin abandonar la postura agachada, y apuntando todo al rato con el hocico al cielo. Era un espectáculo que daba repelús, como si el Buick, al mismo tiempo, le provocara un miedo atroz y lo atrajera. Después de dos o tres pasos más, se echó en el asfalto jadeando y gañendo. -¡Pero bueno! -dijo Orv.

-Ponle la correa -dijo Tony-. Y mételo dentro.

Orv siguió las indicaciones de Tony, y no solo fue a buscar la correa de Mr. Dillon, sino que lo hizo corriendo. Phil Candleton, que siempre había tenido debilidad por el perro, acompañó a Orv una vez puesta la correa; iba al lado de Mr. D y de vez en cuando se agachaba para tranquilizarlo con una caricia y buenas palabras. Más tarde dijo a los demás que al perro le temblaba todo el cuerpo.

Nadie dijo nada. Tampoco hacía falta. Todos pensaban lo mismo, que Mr. Dillon había demostrado la veracidad de Curt. No temblaba el suelo, ni Tony había oído nada al meter la cabeza por la ventanilla del Buick, pero estaba claro que al coche le pasaba algo raro, algo que no se reducía al tamaño del volante ni a que la llave de contacto fuera una simple lengüeta. Algo peor.

En los años setenta y ochenta, los investigadores forenses de la policía estatal de Pensilvania era gente itinerante, personal de la jefatura del distrito que iba por todos los cuarteles de una zona determinada. En el caso de Troop D, la jefatura era Butler. No había furgonetas forenses. Lujos así, de capital, eran el sueño de muchos, pero a la Pensilvania rural no llegarían casi hasta finales de siglo. Los forenses se desplazaban en coches de policía sin distintivo, llevaban el equipo en el maletero o el asiento de atrás y lo acarreaban por los escenarios del crimen en bolsas grandes de tela con el logo de la policía estatal de Pensilvania (la PSP) en los laterales. La mayoría de los equipos forenses se componía de tres personas: el jefe y dos técnicos. A veces también había alguien de prácticas, gente con aspecto, por lo general, de ser demasiado jóvenes para comprar alcohol.

Por la tarde, en Troop D, apareció uno de esos equipos, Venía de Shippenville a petición personal de Tony Schoondist. Fue una visita peculiar, informal; un examen de vehículo que no acababa de ser de servicio. El jefe del equipo era Bibi Roth, un veterano (circulaba la broma de que había aprendido el oficio sentado en las rodillas de Sherlock Holmes y el doctor Watson). Con Tony Schoondist se llevaba bien, y no le importaba hacerle un favorcillo al sargento jefe de Troop D. Siempre y cuando no se supiera.

AHORA: SANDY

En ese momento me interrumpió Ned para preguntar por qué se había hecho el examen forense del Buick de una manera tan a salto de mata, tan rara, al menos para él.

Le dije:

-Porque no se nos ocurría ninguna denuncia, como no fuera por robo de servicios (siete dólares de gasolina de alto octanaje), que solo era una infracción leve y no justificaba emplear equipo forense.

-Viniendo de Shippenville ya habrían gastado lo mismo en gasolina -señaló Arky con su acento del norte.

-Y suma las horas de trabajo -añadió Phil. Yo dije:

-Más que nada, Tony no quería que empezara el papeleo. Ten en cuenta que todavía no había nada escrito. Solo tenía un coche, aunque muy raro, sin matrícula, sin número de registro ni VIN, el de identificación (lo confirmó Bibi).

-¡Pero Roach tenía motivos para pensar que el dueño se había ahogado en el arroyo detrás de la gasolinera!

-Bah-dijo Shirley-. Al final, en vez de abrigo era un cubo de basura de plástico. Para que veas lo acertado que iba Bradley Roach.

-Y otra cosa -intervino Phil-: Ennis y tu padre no vieron huellas que fueran hacia la cuesta de detrás de la gasolinera, y eso que la hierba aún estaba mojada. Si hubiera bajado habría dejado alguna.

-Ocurre que Tony quería que siguiera siendo algo interno -dijo Shirley-. ¿Lo describo bien, Sandy?

-Sí. El Buick en sí era raro, pero nuestra manera de reaccionar no se diferenciaba mucho de la que habríamos tenido en cualquier otra circunstancia que se saliera de lo normal: la baja de un trooper (como el año pasado tu padre), o que use uno la pistola, o un accidente, como cuando George Morgan perseguía a aquel chalado hijo de puta que secuestró a sus propios hijos.

Nos quedamos un rato callados. Los polis, como puede atestiguar cualquier mujer de trooper, tienen pesadillas, y una de las nuestras era lo de George Morgan. Pasó cuando iba a ciento cuarenta y estaba a punto de pillar al chalado hijo de puta en cuestión, cuya costumbre consistía en pegar a los niños que secuestraba y decía querer. Tiene a George casi encima, y de repente hay una persona mayor cruzando la calle, una tía de setenta años más lenta que una rana toro de los huevos y, en términos legales, ciega. Llega a pasar tres segundos antes y el hijo de puta la atropella, pero qué va, le pasó rozando a toda leche, tanto que casi le arrancó la nariz con el retrovisor del copiloto. Luego pasa George y ¡catacroc! Tenía un historial irreprochable de doce años en la poli estatal, dos menciones al valor y la tira de premios por servicio a la comunidad. Con sus hijos era buen padre, con su mujer buen marido, y se fue todo al carajo porque una mujer de Lassburg Cut eligió un mal momento para cruzar la calle y la mató él con el coche patrulla D-27 de la PSP. Fue absuelto por el consejo estatal de supervisión y se reintegró al Troop en un trabajo de despacho. Había pedido él mismo la calificación de trabajo ligero permanente. Los jefes no habrían puesto ninguna objeción a que recuperara la jornada completa, pero había una pega: que George Morgan ya no podía conducir. Ni siquiera podía ir al súper con el coche de la familia. En cuanto se ponía al volante empezaba a temblar. Se le empañaban los ojos hasta que sufría una especie de ceguera histérica por exceso de lágrimas. Se pasó el verano trabajando de noche en comunicaciones. Por la tarde entrenaba al equipo de la liga infantil patrocinado por Troop D, hasta que llegaron al torneo del estado. Al final de la temporada les dio a los niños el trofeo y las insignias, les dijo lo orgulloso que estaba de ellos, se fue a casa (le llevó en coche la madre de un jugador), se bebió dos cervezas y se saltó la tapa de los sesos en el garaje. No dejó ninguna nota. Entre polis no es costumbre. El comunicado a la prensa lo redacté yo, y no se notaba para nada que lo hubiera escrito llorando. De repente me pareció muy importante explicarle una parte del por qué al hijo de Curtis Wilcox. -Somos una familia -dije-. Ya sé que suena cursi, pero es verdad. Lo sabía hasta Mr. Dillon, y tú también. ¿Verdad? Asintió con la cabeza. Por supuesto. Durante el año posterior a la muerte de su padre, fuimos la familia que más le importaba, la que buscaba, la que le dio lo que necesitaba para seguir viviendo. Su madre y sus hermanas le querían, y él a ellas, pero seguían con sus vidas como no podía hacerlo Ned, o como sólo podría con el tiempo, En parte se debía a ser varón y no mujer. En parte a tener dieciocho años. Y en parte a todos los ¿por qué? que no le abandonaban.

Dije:

-Lo que dicen y hacen las familias estando en casa con la puerta cerrada, y lo que dicen y hacen estando en el jardín con la puerta abierta, puede ser muy diferente. Ennis sabía que al Buick le pasaba algo raro, igual que tu padre, y Tony, y yo. Casi seguro que Mr. D también, porque con esa manera de aullar... Me quedé un momento callado. El aullido se me había repetido en sueños. Continué.

-Pero legalmente solo era un objeto (res, que dicen los abogados) no vinculado a ningún delito. ¡Ya me dirás cómo podíamos quedarnos con el Buick por robo de servicios! En cuanto a la persona que había pedido la gasolina, ya hacía tiempo que se había marchado y era difícil encontrarla. La mejor manera de enfocarlo era como un embargo.

Ned fruncía el entrecejo como quien no entiende lo que le dicen. No me había salido tan claro como quería. A menos que estuviera jugando a lo de siempre, a no-era-culpa-nuestra.

-Mira -dijo Shirley-: imagínate que una mujer se parara en la misma gasolinera para ir al lavabo, que se dejara el anillo de compromiso de brillantes al lado del grifo y que lo encontrara Bradley Roach. ¿Vale?

-Vale... -dijo Ned.

Seguía frunciendo el entrecejo.

-Ahora suponte que Roach, en vez de metérselo en el bolsillo y llevarlo a una casa de empeños de Butler, nos lo trae aquí. Haríamos un informe, comunicaríamos las características del coche a los troopers que estuvieran en la carretera (eso si podía describírnoslo Roach)... pero el anillo no nos lo quedaríamos. ¿Verdad, Sandy?

-Por supuesto -dije-. Le aconsejaríamos a Roach que pusiera un anuncio en el periódico: Se ha encontrado un anillo de señora, Si piensa que puede ser suyo, llame a este número y descríbalo. Entonces Roach empezaría a quejarse de lo caro que es poner un anuncio en el periódico. ¡Tres dólares!

-Entonces nosotros le recordaríamos que la gente que encuentra objetos de valor suele recibir recompensas -dijo Phil-. Con lo cual empezaría a plantearse sacar los tres billetes de algún lado.

-Pero si no llamara, ni volviera la mujer -dije yo-, el anillo pasaría a ser propiedad de Roach. Es la ley más antigua del mundo: el que encuentra algo se lo queda.

-0 sea que Ennis y mi padre se quedaron el Buick. -No -dije-. Se lo quedó Troop D.

-¿Y lo de robo de servicios? ¿Llegó a abrirse expediente? -Ah, eso -dije con una sonrisita incómoda-. Por siete dólares no valía la pena el papeleo. ¿Verdad, Phil?

-Verdad -dijo Phil-, Pero con Hugh Bossey lo arreglamos.

Ned ponía cara de empezar a comprender. -Pagasteis la gasolina con el dinero de la caja.

Phil puso cara de escandalizado y divertido a partes iguales. -¡Ni se te ocurra! El dinero de la caja también es de los contribuyentes.

-Pasamos la gorra -dije-. Dieron algo todos los que estaban. Fue muy fácil.

-Si Roach encontrara un anillo y nadie lo reclamara, le pertenecería a él -dijo Ned-. ¿Entonces el Buick no era suyo? –Eso, si se lo quedaba -dije-; pero nos lo había dado a nosotros y ya no le dio más vueltas.

Arky se dio un golpecito en la frente y miró a Ned con cara de complicidad.

-Serrín en la cabeza -dijo.

Temí que Ned se obcecara con el joven que de mayor había matado a su padre, pero hizo el esfuerzo de no pensar en él. Casi se lo vi.

-¿Qué más? -me dijo-. ¿Luego qué pasó? Válgame Dios. ¿Cómo resistirse?

ENTONCES

Bibi Roth y sus niños (él los llamaba así) solo tardaron cuarenta y cinco minutos en repasar el Buick de punta a punta. Los jóvenes usaban escobillas y hacían fotos, mientras Bibi se paseaba con una tablilla y de vez en cuando, sin decir nada, señalaba algo con el bolígrafo.

Transcurridos unos veinte minutos salió Orv Garrett con Mr. Dillon. El perro llevaba correa, cosa rara en el cuartel. Sandy se les acercó. El perro ya no aullaba ni temblaba, sino que estaba sentado con la peluda cola alrededor de las patas, pero no apartaba sus ojos castaños del Buick. De lo más profundo del pecho le salía un ronroneo constante que casi no se oía, parecido al de un motor muy potente.

-¡Orvey, hombre, vuélvelo a meter! -dijo Sandy Dearborn. -Vale, vale. Es que creía que se le habría pasado. -Hizo una pausa y añadió-: He visto lo mismo en varios perros policía, al encontrar un cadáver. Ya sé que aquí no hay, pero ~tú crees que puede haber muerto alguien dentro?

-Que sepamos, no.

Sandy miraba a Tony Schoondist, que acababa de salir del cuartel y caminaba sin prisa hacia Bibi Roth. Iba con Ennis. Curt Wilcox no había tenido más remedio que volver a salir de patrulla. Sandy dudó que esa tarde pudieran disuadirle de poner una multa, por guapa que fuera la chica. Curt no tenía ganas de patrullar, sino de estar en el cuartel y observar el trabajo de Bibi y su equipo. Como no podía, lo pagarían los infractores del oeste de Pensilvania.

Mr. Dillon abrió la boca y emitió un gañido largo y sordo, como si le doliera algo. Sandy supuso que sí, que le dolía. Orville se lo llevó dentro. A los cinco minutos, Sandy también se marchaba de patrulla con Steve Devoe, a un punto de la carretera 6 donde habían chocado dos coches.

Bibi Roth dio el parte a Tony y Ennis, mientras los miembros de su equipo (que ese día eran tres) comían bocadillos alrededor de una mesa de picnic a la sombra del cobertizo B y bebían el té frío que les había servido Matt Babicki.

-Te agradezco la molestia -dijo Tony.

-Te agradezco que me lo agradezcas -dijo Bibi-, y espero que no vaya más allá. En este caso preferiría no presentar ningún papel. No volverían a fiarse de mí. -A sus años, que eran bastantes, se parecía al legendario cazador de nazis Simon Wiesenthal. Dio unas palmadas a lo institutriz-. Niños, ¿sobre esto queréis papeleo?

En 1993, uno de los niños que ese día le hacían de ayudantes fue nombrado forense principal de Pensilvania.

Los tres jóvenes le miraron, dos varones y una chica increíblemente guapa. Tenían los bocadillos levantados y el entrecejo fruncido. Nadie estaba seguro de qué había que contestar.

-¡No, Bibi! -les invitó a decir él. -¡No, Bibi! -corearon, obedientes. -¿No qué? -preguntó.

-Que no queremos papeleo -dijo el joven número uno. -Ni copias de expedientes -dijo el número dos.

-Ni por duplicado ni por triplicado -dijo la guapa-. Ni siquiera por monoplicado.

-¡Así me gusta! -dijo Bibi-. Y ¿a quién se lo vamos a contar, Kinder?

Esta vez no hizo falta dirigirles. -¡A nadie, Bibi!

-Exacto -convino este-. Estoy orgulloso de vosotros. -Para mí, además, es una broma -dijo el joven número dos-. Alguien le está tomando el pelo, sargento.

-No lo descarto -dijo Tony, preguntándose qué pensamientos habría despertado en el joven número dos (o en cualquiera de los tres) ver a Mr. Dillon aullando y al mismo tiempo agachándose como si tuviera algo roto. Mr. D no tomaba el pelo a nadie. Los niños siguieron masticando y bebiendo ruidosamente. Bibi, mientras tanto, miraba a Tony y Ennis Rafferty con una sonrisa oblicua.

-Lo ven, pero como si no lo vieran, porque lo miran con los ojos de la juventud. ¡Quién pudiera! -dijo-. Da gusto lo idiota que es la gente joven. Tony, qué es? ¿Tienes alguna idea? ¿Sabes algo de algún testigo?

-No.

Bibi orientó su atención hacia Ennis. Es posible que este se planteara contarle lo que sabía de la historia del Buick, pero al final decidió que no. Bibi era un buen hombre... pero no iba de gris.

-Lo que está claro es que no es un coche -dijo Bibi-. Y que sea una broma... Para mí que tampoco.

-¿Hay sangre? -preguntó Tony sin saber si quería que hubiera.

-Eso solo se puede saber al cien por cien con el examen microscópico de las muestras que hemos tomado, pero yo creo que no. Si hay, será en cantidades residuales.

-¿Qué habéis visto?

-En una palabra: nada. No hemos cogido muestras del perfil de los neumáticos porque no tienen nada, ni polvo, ni barro, ni piedras, ni vidrio, ni hierba. En principio te habría dicho que es imposible. Henry... -señaló al joven número uno- ha intentado meter varias veces una piedra en un surco, pero se caía todo el rato. ¿Cómo puede ser? Y otra cosa: ¿se puede patentar? Porque si se puede, Tony, es como para coger la jubilación anticipada y marcharse a vivir a la isla tropical que más te guste.

Tony se acariciaba la mejilla con los dedos, gesto de hombre perplejo.

-Espera, espera, que ahora verás -dijo Bibi-. Las esteras, ¿no? En general se llenan de polvo. Cada una para un análisis geológico. Eso las normales. Pero estas no. Alguna manchita de polvo, un tallo de diente de león... Nada más. -Miró a Ennis-. Sospecho que es de los zapatos de tu compañero. ¿Dices que se ha sentado al volante?

-Sí.

-Pues es donde hemos encontrado los restos, en el lado del conductor. -Bibi dio una palmada como si hubiera hecho una demostración.

-¿Hay huellas? -preguntó Tony.

-Tres series diferentes. Tendrás que darme las de tus dos oficiales y del de la gasolinera, para comparar. Casi seguro que las que hemos recogido de la tapa del depósito son del de la gasolinera. ¿Estás de acuerdo?

-Es lo más probable -dijo Tony-. ¿Estarías dispuesto a analizar las huellas en tu tiempo libre?

-Sí, y con mucho gusto, Las muestras de fibra también. Pera no me pidas nada que tenga que ver con el cromatógrafo de gas de Pittsburgh, ¿eh? Iré todo lo lejos que se pueda con el instrumental que tengo en el sótano. Que será bastante.

-Eso sí que es enrollarse.

-Sí, y hasta el más enrollado, si un amigo le invita a comer, dirá que sí.

-Cuenta con ello. ¿Has descubierto algo más?

-El cristal es cristal, la madera madera... pero no puede ser que un coche de esa época (o que se supone de esa época) tenga el salpicadero de madera. Mi hermano mayor tenía un Buick de finales de los cincuenta, un Limited. Lo usé para aprender a conducir, y tengo el recuerdo muy fresco. Una mezcla de miedo y cariño. El salpicadero era de vinilo acolchado. Yo diría que en este la tapicería de los asientos es de vinilo, que sería lo correcto para esta marca y modelo. Pediré a General Motors que me lo confirmen. El cuentakilómetros... Eso sí que es divertido. ¿Te has fijado?

Ennis negó con la cabeza. Parecía hipnotizado.

-Está a cero. Supongo que tiene su lógica. Un coche así (lo de coche es pura suposición) no arrancaría ni a tiros. -Desplazó la mirada de Ennis a Tony y viceversa-. Decidme que no lo habéis visto moverse. Que no habéis visto que recorriera ni un centímetro con propulsión propia.

-La verdad es que no -dijo Ennis.

Y era verdad. No había necesidad de añadir que Bradley Roach afirmaba haberlo visto moverse por propulsión propia, y que Ennis, veterano de muchos interrogatorios, le creía.

-Menos mal -dijo Bibi, aliviado. Luego volvió a convertirse en institutriz y dio otra palmada-. ¡Niños, que hay que irse! ¡Que os oigan dar las gracias!

-Gracias, sargento -corearon los tres.

La chica increíblemente guapa se terminó el té frío, eructó y siguió a sus colegas de bata blanca hasta el coche en el que habían venido. Tony quedó fascinado al observar que ninguno de los tres miraba el Buick. Para ellos ahora era caso cerrado, y había otros esperándoles. Para ellos el Buick solo era un coche viejo que envejecía bajo el sol de

verano. ¿Que se caían las piedras al ponerlas en los surcos del perfil, aunque estuvieran tan arriba en la curva del neumático que en principio debiera haberlas retenido la fuerza de la gravedad? ¿Que en un lado había tres y no cuatro salidas de ventilación? Daba igual.

Lo ven, pero como si no lo vieran, había dicho Bibi. Da gusto lo idiota que es la gente joven.

Bibi regresó hacia su propio coche, siguiendo a sus idiotas. (Le gustaba, dentro de lo posible, desplazarse a los escenarios del crimen en solitario esplendor.) A medio camino se detuvo.

-He dicho que la madera es madera, el vinilo, vinilo y el cristal, cristal. ¿Me lo habéis oído decir?

Tony y Ennis asintieron.

-Pues para mí que el tubo de escape del presunto coche también es de cristal. Claro que solo he mirado por debajo desde un lado, pero llevaba linterna, y bastante potente. -Se quedó un momento donde estaba, mirando fijamente el Buick delante del cobertizo B con las manos en los bolsillos y balanceándose en la punta de los pies-. Nunca había oído que hubiera coches con tubo de escape de cristal -añadió finalmente, y caminó hacia el coche.

A los cinco minutos se habían marchado, él y sus niños.

A Tony le ponía nervioso tener el coche allí, no solo por si había tormenta, sino porque podía verlo cualquiera que saliese por detrás. Pensaba en visitas, en los Fulanito y Menganita de turno. La policía estatal ponía todo su empeño en servir a Fulano y familia, al ciudadano medio, y en algunos casos lo pagaba con vidas, pero no les tenía plena confianza. La familia de don Fulano no era la familia de Troop D. Al sargento Schoondist le ponía los pelos de punta la posibilidad de que corriera la voz (o peor, los rumores).

Hacia las tres menos cuarto fue al despachito de Johnny Parker (entonces el parque de vehículos del condado aún estaba al lado del cuartel) y le convenció de sacar un quitanieves del cobertizo B y meter el Buick. El pacto se cerró con medio litro de whisky, y la grúa llevó el Buick a lo que sería su nuevo hogar, oscuro y con olor a gasolina. El cobertizo B tenía puertas de garaje en ambos lados. Johnny metió el Buick por la trasera, con el resultado de que durante todos sus años de estancia tuvo de cara el cuartel de Troop D. Con el paso del tiempo lo notaron la mayoría de los troopers; no como algo consciente, un pensamiento organizado, sino como algo que flotaba en la trastienda del cerebro sin llegar a formarse ni llegar a desaparecer: la presión de su mueca automovilística de cromo.

En 1979 Troop D tenía asignados dieciocho agentes que cumplían los turnos habituales: de siete a tres, de tres a once y el nocturno, cuando en un coche patrulla iban dos. Los viernes y sábados el turno de once a siete recibía la denominación coloquial de «patrulla vomites».

A las cuatro de la tarde de la llegada del Buick ya se habían enterado la mayoría de los agentes que no estaban de servicio, y pasaron a echarle un vistazo. Sandy Dearborn, que ya había vuelto del accidente en la 6 y se dedicaba a mecanografiar documentos, les vio salir murmurando en grupos de tres y cuatro, casi como grupos de turistas. Entonces Curt Wilcox no estaba de servicio, y actuó de cicerone para muchos de los grupos, señalando la asimetría de las salidas de ventilación y el volante gigante y levantando el capó para dejarles anonadados con lo estrambótico del motor y las letras smcx 8 grabadas en los laterales del bloque principal.

Del resto de las visitas se encargó Orvie Garrea, que contó mil y una veces la reacción de Mr. D. El sargento Schoondist, que ya estaba fascinado por el coche (fascinación que no lo abandonaría del todo hasta que el Alzheimer le borró el cerebro), salía todo lo a menudo que podía. Sandy se acordaba de que en un momento dado el sargento se había quedado a poca distancia de la puerta abierta del cobertizo B con un pie

en las planchas de detrás y los brazos cruzados. Tenía al lado a Ennis Rafferty, fumando uno de los Tiparillos pequeñitos que le gustaban y hablando mientras Tony asentía. Eran más de las tres. Ahora Ennis, que se había cambiado, llevaba vaqueros y camisa blanca. Más de las tres: después Sandy no podría precisar más, y no por falta de ganas.

Vinieron los polis, miraron el motor (el capó se había quedado abierto como una boca) y se agacharon para examinar aquel tubo de escape tan exótico, de cristal. Lo miraron todo sin tocar nada. Don Fulano y familia no habrían podido evitar el toqueteo, pero aquella gente eran polis. Entendían que, aunque de momento el Buick no tuviera rango de prueba, podía llegar a serlo. Sobre todo si resultaba que la persona que lo había dejado en la gasolinera Jenny estaba muerta.

-Como no sea por eso, o por algún otro imprevisto, yo el coche no lo muevo de aquí -les dijo Tony a Matt Babicki y Phil Candleton.

Ya eran cerca de las cinco. Los tres llevaban un par de horas fuera de servicio, y Tony empezaba a pensar en irse a casa. En cuanto a Sandy, se había marchado hacia las cuatro porque quería cortar el césped antes de cenar.

-¿Aquí? -preguntó Matt-. Sargento, ¿por qué es tan importante?

Tony les preguntó a Matt y a Phil si sabían lo del «gigante de Cardiff». Ante la negativa de ambos, se lo contó. El gigante había sido descubierto en el valle de Onandaga, en el norte del estado de Nueva York. Era el cadáver fosilizado de un humanoide gigante que se consideraba o bien de otro planeta o bien el eslabón perdido entre el hombre y el mono. A1 final había resultado un simple fraude pergeñado por un fabricante de puros de Binghamton que se llamaba George Hull.

-Pero antes de que Hull lo reconociera -dijo Tony-, pasó a verlo como medio mundo, incluido P T Barnum. De tanto ser pisoteados, los cultivos de las granjas de alrededor se hicieron papilla. A varias personas les entraron en casa. Unos capullos que habían acampado en el bosque provocaron un incendio. Seguía viniendo gente hasta después de que Hull confesara que el «hombre petrificado» lo había esculpido él en Chicago y lo había mandado por Railway Express al norte del estado de Nueva York. Se negaban a creer que no fuera de verdad. ¿Conocéis el dicho do que cada minuto nace un gilipollas? Pues se lo inventaron en 1869 refiriéndose al gigante de Cardiff.

-¿Por qué lo cuentas? -preguntó Phil. Tony le miró con impaciencia.

-¿Que por qué? Pues porque no pienso tener a mi cargo nin gún otro gigante de Cardiff, al menos si puedo evitarlo. Ni gigante de Cardiff ni Buick de Turín.

Mientras volvían al cuartel se les unió Huddie Royer (acompañado por Mr. Dillon, cuyo paso, ahora, era digno de un concurso canino). Huddie oyó lo del Buick de Turín y soltó una risita. Tony le miró muy serio.

-En el oeste de Pensilvania, de gigantes de Cardiff nada de nada. Quedaos con la copla, y que se entere el resto. Será como se haga: por el boca a oreja. No pienso poner ninguna nota en el tablón de boletines. Ya sé que habrá chismorreos, pero se acabarán solos. Me niego a que con la cosecha creciendo haya una docena de granjas amish plagadas de cotillas. ¿Está claro?

Lo estaba.

A las siete de la tarde se había recuperado cierta normalidad. Sandy Dearborn lo supo de primera mano, porque había vuelto después de cenar para echarle otro vistacito al coche. Solo encontró a tres agentes dando vueltas alrededor del Buick (dos fuera de servicio y uno de uniforme). Buck Flanders, uno de los que no estaban de servicio, hacía fotos con una Kodak. A Sandy no acabó de hacerle gracia, pero bueno, ¿qué podía salir? Un simple Buick, y no lo bastante viejo para tener categoría de antigüedad:

Sandy se puso a gatas y miró debajo del coche con una linterna que alguien se había dejado (probablemente con el mismo objetivo). Examinó a placer el tubo de escape y le

pareció de cristal pyrex. Luego metió un rato la cabeza por la ventanilla del conductor (ni zumbidos ni frío) y finalmente volvió al cuartel para un poco de palique con Brian Cole, que durante aquel turno asumía las funciones de sargento jefe. Empezaron hablando sobre el Buick, pasaron al tema de las respectivas familias y, cuando iban por el béisbol, asomó por la puerta la cabeza de Orville Garrett.

-¿Ha visto alguien a Ennis? Está el Dragón al teléfono, y no parece muy contenta.

El Dragón era Edith Hyams, la hermana de Ennis. Tenía ocho o nueve años más que él y hacía tiempo que había enviudado. En Troop D algunos opinaban que había asesinado a su marido, que de tan bruja le había llevado a la tumba. Dicky-Duck Eliot, una vez, había hecho el siguiente comentario: «Lo que tiene en la boca no es una lengua, es un cuchillo Ginsu». Curt, que la veía más a menudo que el resto de Troop D (solía patrullar con Ennis, y a pesar de la diferencia de edades congeniaban), era de la opinión de que la condición de soltero del agente Rafferty se debía a Edith. «Para mí -le había dicho una vez a Sandy- que en el fondo tiene miedo de que sean todas como ella.»

Nunca es buena idea volver al trabajo después de acabar el turno, pensó Sandy al cabo de diez largos minutos al teléfono con el Dragón. ¿Dónde está? ¡Si me había prometido estar en casa como muy tarde a las seis y media! He ido a Pepper's a comprarle la carne que le gusta a ochenta y nueve centavos la libra, y ahora está más hecha que un zapato, más gris que el agua de fregar; oye, Sandy, dime ahora mismo si está en el Country Way o en el Tap, para poder llamar y decirle cuatro frescas. También informó a Sandy de que se había quedado sin diuréticos y que Ennis tenía que traerle un frasco nuevo. O sea que ¿dónde estaba? ¿Haciendo horas extras? No es que le pareciera mal, porque dinero nunca sobraba, pero debería haber llamado. ¿0 se había ido de copas? El Dragón no llegó a pronunciarse, pero Sandy adivinó que apostaba por las copas.

Sandy estaba sentado a la mesa de comunicaciones con una mano encima de los ojos e intentando meter baza, cuando apareció Curtís Wilcox de civil, tan pimpante. Venía, como en el caso de Sandy, a mirar un poco el Roadmaster.

-Espera, Edith. Un segundo --dijo Sandy, y se apoyó el auricular contra el pecho-. Oye, chaval, ayúdame un poco. ¿Tienes idea de adónde ha ido Ennis?

-¿Se ha ido?

-Sí, se ha ido, pero a casa no. -Sandy señaló el auricular, que mantenía contra el pecho-. Estoy hablando con su hermana. -Si se ha ido, ¿cómo puede ser que aún esté su coche? -preguntó Curt.

Sandy le miró, y Curtís a él. Entonces, sin mediar palabra, los dos llegaron a la misma conclusión.

Sandy se quitó de encima a Edith (diciéndole que ya la llamarían él o Ennis, en caso de que apareciera), después de lo cual salió con Curt por la parte trasera.

El coche de Ennis, un Gremlin de American Motors del que se burlaban todos, era inconfundible. No estaba muy lejos del quitanieves que había movido Johnny del cobertizo B para dejar sitio para el Buick. Como el sol de aquella tarde de verano se acercaba al ocaso, tanto la sombra del coche como la del quitanieves eran largas y estaban impresas en el suelo como dos tatuajes.

Sandy y Curt miraron dentro del Gremlin y solo vieron los típicos desperdicios de patrullero: envoltorios de hamburguesas, latas de refrescos, cajetillas de Tiparillo, un par de mapas, una camisa de uniforme de recambio colgando del gancho de atrás, una libreta de multas (otro recambio) entre el polvo del salpicadero, y algunos aparejos de pescar. En comparación con el vacío estéril del Buick, aquel revoltijo tuvo efectos reconfortantes sobre los dos. Lo habría sido todavía más ver a Ennis sentado al volante y echándose una

siestecita con la gorra de los Pirates, la de siempre, tapándole los ojos, pero no había ni rastro de él.

Curt dio media vuelta y volvió hacia el cuartel. Sandy tuvo que correr un poco para llegar a su altura y cogerle del brazo. -¿Se puede saber adónde vas? -preguntó.

-A llamar a Tony.

-Aún no -dijo Sandy-. Que cene tranquilo. Si hay que llamarle ya le llamaremos luego. Espero que no.

Antes de buscar en cualquier otro sitio, incluida la sala de estar de arriba, Curt y Sandy lo hicieron en el cobertizo B. Rodearon el coche, miraron dentro, debajo... pero ni rastro de Ennis Rafferty. A1 menos que vieran ellos. Claro que esa tarde buscar indicios alrededor y dentro del Buick era como intentar localizar las huellas de un caballo concreto después de una estampida. De Ennis, concretamente, no había ningún rastro, pero...

-¿Hace frío o me lo invento? -preguntó Curt. Ya estaban a punto de volver al cuartel. Curt se había arrodillado y, torciendo la cabeza, había echado un último vistazo por debajo del coche. Se puso de pie y se limpió las rodillas-. A ver, no es que haga un frío de muerte, ya lo sé, pero ¿no crees que hace más de lo normal?

A decir verdad, Sandy estaba acalorado (le corría el sudor por la cara), pero quizá se debiera a los nervios, no a la temperatura ambiente. Juzgó probable que la sensación de frío de Curtis fuera una secuela de lo que había notado o creído notar en la gasolinera Jenny.

Curt se lo leyó en la cara sin dificultades.

-Puede que sí. Igual me lo invento. Jo, tío, no sé. Vamos a buscar en el cuartel. Quizá esté escondido abajo, en el almacén. No sería la primera vez.

No habían entrado en el cobertizo B por ninguna de las dos puertas grandes de persiana, sino por la del lado este, una normal que se abría con pomo. Curt no llegó a salir, sino que se quedó en ella y giró la cabeza hacia el Buick.

Estando al lado de la pared, que tenía colgados martillos, podaderas, rastrillos, palas y un plantador (las iniciales rojas AA del mango no respondían a Alcohólicos Anónimos, sino a Arky Arkanian), su mirada era de enfado. Casi torva.

-No eran imaginaciones mías ---dijo hablando solo, más que para que le oyera Sandy-. Hacía frío. Ahora no, pero antes sí. Sandy se quedó callado.

-Te digo una cosa -dijo Curt-: como se quede mucho tiempo este coche de mierda, compro un termómetro y lo cuelgo. Aunque tenga que pagarlo yo. ¡Coño, se han dejado abierto el maletero! Ya me gustaría saber quién...

Calló. Las miradas de los dos coincidieron, y compartieron la misma idea: vaya par de policías.

Habían mirado dentro del Buick y debajo, pero no en lo que constituía (como mínimo en las pelis) el escondrijo provisional de cadáveres predilecto de los asesinos, tanto aficionados como profesionales.

Se acercaron al Buick por detrás y se quedaron mirando la rendija oscura de donde estaba abierto el maletero.

-Hazlo tú, Sandy -dijo Curt en voz baja, casi susurrando. Sandy no quería, pero pensó que no había más remedio, púesto que Curt seguía siendo un novato. Respiró hondo y levantó la tapa del maletero. Se elevó mucho más deprisa de lo previsto. Al llegar al tope, hizo un ruido tan fuerte que les sobresaltó. Curt cogió a Sandy con una mano, y tenía los dedos tan fríos que casi le hizo gritar.

El cerebro es una máquina potente en la que no siempre se puede confiar. Sandy estaba tan seguro de que encontrarían a Ennis Rafferty en el maletero del Buick que hubo un momento en que vio el cadáver: una forma en posición fetal con vaqueros y camisa

blanca, con el aspecto de lo que podría dejar un matón de la mafia en el maletero de un Lincoln robado.

Sin embargo, lo que vieron los dos troopers solo eran sombras sobre sombras. El maletero del Buick estaba vacío. Solo contenía un sencillo tapizado marrón, sin herramientas ni manchas de grasa. Se quedaron un rato en silencio, hasta que Curt hizo un ruido que podía ser una risita o un bufido de exasperación.

-Vamos fuera -dijo-. Y esta vez a ver si cerramos el maletero, coño, que casi me muero de miedo.

-Y yo -dijo Sandy.

Bajó la tapa sin contemplaciones y siguió a Curt hacia la puerta en la pared de las herramientas. Curtis había vuelto a girar la cabeza.

-Qué trasto, ¿eh? -dijo en voz baja. -Sí -asintió Sandy.

-¿A que es rarísimo?

-Sí, novato, totalmente de acuerdo, pero dentro no está tu compañero. Ni él ni nadie. Eso seguro.

La palabra novato no molestó a Curt. Ambos sabían que esa etapa estaba a punto de concluir. Él seguía mirando el coche, tan bien pintado, con tanto estilo, tan... presente. Como contraía los párpados, solo se le veían dos rayas azules.

-Casi parece que hable. No sé, debo de imaginármelo yo... -¡Coño, claro!

-... pero casi lo oigo murmurar. Bla bla bla bla bla... -Calla, que me va dar repelús.

-Pero hombre, ¿aún no tienes? Sandy prefirió no contestar. -Venga, sal.

Salieron, pero antes de cerrar la puerta Curt echó un último vistazo.

Buscaron en el piso de arriba del cuartel, donde había una sala de estar y un dormitorio como de colonias detrás de una cortina de simple tela azul (se componía de cuatro catres). Andy Colucci miraba una serie cómica por la tele. También había un par de agentes durmiendo, los del turno de noche. Sandy les oía roncar. Retiró la cortina para verificarlo. En efecto, eran dos; uno, el más educado, hacía uic-uic por la nariz, y el otro, más grosero, roncronc con la boca abierta. Ninguno era Ennis. A decir verdad, Sandy no había tenido esperanzas de encontrarle arriba. Para escaquearse, Ennie Rafferty prefería el almacén del sótano; se sentaba en una mecedora vieja, que armonizaba con un escritorio metálico de la época de la Segunda Guerra Mundial, y se ponía música de baile muy baja en la radio de la estantería, que también era vieja y estaba medio estropeada. Esa noche, sin embargo, no estaba en el almacén. La radio estaba apagada, y la mecedora, con su cojín en el asiento, desocupada. Tampoco estaba Ennis en ninguno de los cubículos de almacenaje, que tenían poca luz y un ambiente fantasmal, casi como de mazmorras.

En el edificio había un total de cuatro excusados, contando el de acero y sin tapa del rincón de los detenidos. Ennis no estaba escondido en ninguno de los tres con puerta. Tampoco estaba en la cocina, en comunicaciones ni en el despacho del sargento jefe, temporalmente vacío, con la puerta abierta y las luces apagadas. Para entonces, además de Sandy y Curt estaba Huddie Royer. Orville Garrea se había marchado a casa hasta el día siguiente (probablemente por miedo a que se personara la hermana de Ennis), y, como había dejado a Mr. Dillon al cuidado de Huddie, también estaba con ellos el perro. Curt explicó qué hacían y por qué. Huddie captó enseguida las implicaciones. Tenía una cara redonda de campesino, pero ni un pelo de tonto. Llevó a Mr. D al armario de Ennis y le dejó olfatear el interior, cosa que el animal hizo con gran interés. En ese momento se les unió Andy Collucci y un par de agentes que no estaban de servicio y pasaban para echarle un vistazo al Buick. Salieron, se dividieron en dos grupos y rodearon el edificio en círculos contrarios llamando a Ennis. Quedaba luz de sobra, pero el día había empezado a ponerse rojo.

Un grupo lo formaban Curt, Huddie, Mr. D y Sandy. Mr. Dillon iba lentamente y oliéndolo todo, pero solo reaccionó une vez, y no sirvió de nada, porque el olor que había captado lo llevó derecho al Gremlin de Ennis.

Al principio, llamando a Ennis por su nombre tenían la sensación de hacer el tonto, pero al rendirse y volver a entrar en el cuartel, la sensación se había esfumado del todo. Que llamarle de pronto hubiera pasado de parecer una tontería a algo serio resultaba inquietante.

-Podríamos llevar a Mr. D al cobertizo, a ver qué huele -propuso Curt.

-Ni hablar -dijo Huddie-. No le gusta el coche. -Venga, tío, que Ennis es mi compañero. Además, puede que ahora ya no reaccione de la misma manera.

Pero sí, la reacción de Mr. D fue la misma. Fuera del cobertizo estaba bien, y de hecho empezó a estirar la correa en cuanto se acercaron a la puerta lateral. Tenía el hocico tan bajo que casi rozaba el asfalto. Cuando estuvieron al lado de la puerta, su interés creció aún más. Los troopers tenían clarísimo que había detectado el olor de Ennis con la máxima nitidez.

Entonces Curtis abrió la puerta, y Mr. Dillon se olvidó de lo que hubiera estado oliendo. Empezó a aullar y volvió a agacharse como si tuviera calambres. Se le erizaron los pelos como la cola de un pavo real, y salpicó de orines la entrada y el suelo de cemento del cobertizo. AI poco rato tiraba de la correa que sujetaba Huddie, aullando y con las mismas ganas de entrar que antes, pero teñidas de una reticencia anómala. Le provocaba aversión y miedo, se le veía en todo el cuerpo (incluidos los ojos, desquiciados), y aun así intentaba llegar.

-¡Da igual, da igual! ¡Sácalo! -exclamó Curt.

Hasta entonces Curt se había controlado muy bien, pero el día había sido largo y tenso, y empezaba a acercarse al punto crítico.

-No es culpa suya -dijo Huddie.

No tuvo tiempo de decir nada más. Mr. Dillon levantó el hocico y volvió a aullar... con la diferencia de que a Sandy, más que un aullido, le pareció un grito. El perro avanzó con otro movimiento espasmódico que tensó el brazo de Huddie como una bandera con mucho viento. Ya estaba dentro, aullando y gañendo, intentando avanzar y meándose por todas partes como si fuera un cachorro. Meándose de miedo.

-¡Ya lo sé! -dijo Curt-. Tenías razón desde el principio. Si quieres te pido disculpas por escrito, pero ¡sácalo, coño! Huddie tiró de la correa para que el perro retrocediese, pero era un animal grande, de unos cuarenta kilos, y no quería. Para encarrilarlo en la dirección deseada, tuvo que agacharse Curt. Al final, cada uno por un lado, lo sacaron a rastras, pero él se resistió, aulló y dio mordiscos al aire durante todo el trayecto. Más tarde, Sandy lo compararía con arrastrar un saco de mofetas. Cuando tuvieron al perro al otro lado de la puerta, Curtis la cerró de un portazo, y en ese mismo instante Mr. Dillon se tranquilizó y dejó de forcejear. Era como si le hubieran accionado un interruptor en la cabeza. Siguió echado uno o dos minutos para recuperar el resuello, y volvió a levantarse, mirando a los agentes con unos ojos perplejos que decían: «¿Qué ha pasado? Iba bien y de repente ha sido como quedarme en blanco».

-¡Me cago en la hostia! -dijo Huddie en voz baja. -Llévatelo al cuartel -dijo Curt-. Ha sido mala idea pedirte que lo dejaras entrar, pero es que estoy preocupadísimo por Ennis.

Huddie volvió al cuartel con el perro, que volvía a estar más fresco que un batido de fresa y solo se detuvo a husmear los zapatos de los troopers que habían ayudado a buscar por el recinto. Ahora había otros, gente que al oír el Hipe de Mr. D había salido a ver qué pasaba.

-Venga, tíos, adentro -dijo Sandy Luego añadió lo que siempre les decía a los cotillas que se juntan donde ha habido un accidente-: Se acabó la función.

Entraron, observados por Curt y Sandy, que estaban al lado de la puerta cerrada del cobertizo. Al poco rato volvió a salir Huddie sin Mr. D. Viendo a Curt a punto de coger el pomo de la puerta del cobertizo, Sandy notó en la cabeza una especie de oleada de miedo y tensión. Era la primera vez que el cobertizo B le provocaba una reacción así, pero no sería la última. En los veintipico años posteriores a aquel día entraría decenas de veces en él, pero nunca sin que se alzara aquella oscura ola mental y sin la intuición de horrores casi entrevistos, de abominaciones en el rabillo del ojo.

Aunque lo de casi entrevistos no se aplicaría a todos los horrores. Al final entrevieron muchos.

Entraron los tres con crujido de suelas en el cemento sucio. Sandy encendió los interruptores y la luz cruda de las bombillas les mostró el Buick como atrezo restante en un escenario vacío, o como la única obra de arte de una galería disfrazada de garaje para la inauguración. ¿Cómo se llamaría?, se preguntó Sandy. Se le ocurrió From a Buick 8, probablemente por ser el título de una canción de Bob Dylan. Estando allí los tres, Sandy se acordó del estribillo, que tuvo una especie de efecto iluminador sobre la aprensión que sentía. Well, if I go down dying, you know she bound to put a blanket on my bed (Y si me caigo agonizando, seguro que ella me pone una manta en la cama).

Les miraba tan pancho con los faros, y una mueca de desprecio en la típica rejilla Buick; con todo el lujo de cuatro pedazos de neumático de franja blanca, conteniendo un salpicadero lleno de mandos falsos y fijos y un volante tan enorme que parecía de velero. El contenido era algo que al perro del cuartel le hacía aullar de miedo y tirar de la correa al mismo tiempo, como por obra de una especie de magnetismo extático. Dentro ya no hacía frío, suponiendo que lo hubiera hecho en algún momento. Sandy veía el sudor de los otros dos hombres, y se notaba el suyo.

Quien lo dijo en voz alta, finalmente, fue Huddie, y Sandy se alegró. Él lo notaba, pero habría sido incapaz de traducirlo en palabras. Era demasiado estrafalario.

-Se lo ha comido, el muy hijo de puta -dijo Huddie sin la menor vacilación-. No me lo explico, pero para mí que ha entrado aquí solo para volver a mirar el coche y... no sé... que se lo ha comido.

Curt dijo:

-Nos observa. ¿Lo notáis?

Sandy miró los ojos vidriosos de los faros. La mueca de desprecio de la boca, llena de dientes cromados. Los adornos de los laterales, que casi podían pasar por mechones de pelo lacio y bien peinado. Notaba algo, en efecto. Quizá solo fuera un miedo infantil a lo desconocido, el que tienen los niños delante de una casa que presienten encantada. O quizá tuviera razón Curt. Quizá les observaba. Midiendo las distancias.

Lo miraron casi sin respirar. Seguiría estando muchos años en el mismo sitio, años de ir y venir presidentes, de sustituir el compact al vinilo, de subir la bolsa y derrumbarse dos rascacielos, de vivir y morir estrellas de cine, de tránsito de agentes viejos y nuevos en el cuartel de Troop D. Tenía la misma realidad, el mismo peso que las piedras y las rosas. Y hasta cierto punto experimentaron lo mismo que Mr. Dillon: su atracción. En los siguientes meses se convertiría en normal ver polis protegiéndose la cara de la luz con las manos y mirando por la hilera de ventanillas del portón del garaje. Eran miradas como de gente curioseando por una obra. A veces también entraban (pero nunca en solitario; respecto al cobertizo B regía el sistema de parejas), y en ese momento siempre parecían más jóvenes, como niños metiéndose en el cementerio por una apuesta.

Curt carraspeó. El ruido sobresaltó a los otros dos, que rieron con nerviosismo.

-Vamos a llamar al sargento -dijo, y esta vez

AHORA: SANDY

y esta vez no dije nada. Fui buen chico y les seguí.

Tenía la garganta como papel de lija. Consulté mi reloj y no acabó de sorprenderme que ya hubiera pasado más de una hora. No estando de servicio daba igual. El día estaba más nublado que antes, pero el vago murmullo de truenos se había alejado hacia el sur. -¡Qué tiempos! -dijo alguien con una mezcla de tristeza y diversión en la voz (truco que al parecer sÓlo dominan con un mínimo de gracia los judíos y los irlandeses)-. Nos veíamos toda la vida igual de chulos. ¿Verdad?

Giré la cabeza y vi que Ned tenía sentado a la izquierda a Huddie Royer, que ahora llevaba ropa de civil. No sé cuándo había llegado. Tenía la misma cara de granjero honrado con la que se paseaba en el setenta y nueve, pero ahora las comisuras de los labios presentaban un paréntesis de arrugas, y el pelo, que se le había puesto gris casi del todo, había retrocedido como las mareas, dejando a la vista un trecho largo y brillante de frente. Le calculé más o menos la misma edad que Ennis Rafferty cuando su misteriosa desaparición. Los planes de jubilación de Huddie comprendían una caravana y visitas a sus hijos y nietos. Yo tenía la impresión de que estaban dispersos por todas partes, incluida la provincia de Manitoba. Al que se lo preguntara (y al que no) le enseñaba un mapa de Estados Unidos con todas las rutas que pensaba hacer marcadas en rojo.

-Sí -dije-. Supongo que sí. ¿Cuándo has llegado, Huddie? -No, es que pasaba, te he oído hablar de Mr. Dillon y quería estar seguro de que no dijeras nada malo de mi amigo. Qué perro más bueno, ¿eh? ¿Te acuerdas de que siempre que alguien decía «queda arrestado» se tiraba al suelo y rodaba?

-Sí -dije.

Y nos sonreímos como se sonríen los hombres del amor o de la historia.

-¿Qué le pasó? -preguntó Ned.

-Que la palmó -Dijo Huddie-. Lo enterramos Eddie Jacubois y yo justo allí. -Señaló el campo de hierbajos que formaba el principio de una ladera al norte del cuartel-. Hará unos quince años. ¿No, Sandy?

Asentí. Quince años casi exactos.

-Pues debía de ser viejo, ¿no? -preguntó Ned. Phil Candleton dijo:

-Sí, ya tenía sus años, pero no te creas...

-Lo envenenaron --dijo Huddie con tono de indignación. No añadió nada más.

-Si quieres oír el resto de la historia... -empecé yo. -Sí, sí que quiero -contestó enseguida Ned.

-... pues entonces tengo que mojarme un poco la garganta. Justo cuando empezaba a levantarme, Shirley salió con una bandeja. Traía un plato de bocadillos bien gruesos (jamón y queso, rosbif, pollo) y una jarra grande de té helado Red Zinger. -Vuelve a sentarte, Sandy -dijo-, que te cubro yo. -Eres adivina o qué?

Ella, sonriendo, dejó la bandeja en el banco.

-No, pero sé que a los hombres les da sed hablar, y que siempre tienen hambre. A veces hasta las mujeres tienen hambre y sed, aunque tú no te lo creas. Venga, tíos, a comer; y tú, Ned Wilcox, espero que te zampes como mínimo un par de bocadillos, que estás muy flaco, hombre.

La bandeja me recordó a Bibi Roth hablando con Tony y Ennis mientras su equipo (sus niños, no mucho mayores que Ned) bebía té frío y engullía bocadillos hechos en la misma cocinita. La única diferencia era el color de las baldosas del suelo y el microondas. Yo creo que el tiempo también está sujeto por cadenas. -Vale, vale.

Ned le sonrió, pero sospecho que más por obligación que espontáneamente. No se cansaba de mirar el cobertizo B. Ya le tenía hechizado, como a tanta gente a lo largo de los años. Gente y un perro, un buen perro. Mientras me bebía el primer vaso de té bien frío,

que a mi garganta seca le sentó la mar de bien (con azúcar de verdad, no esa porquería artificial que no tiene gusto a nada), tuve tiempo de dudar que estuviera haciéndole algún bien a Ned Wilcox. O que fuera a creerse el resto. Cabía la posibilidad de que se levantara y se marchara enfadado, por considerar que había estado burlándome de él y de su pena. No era imposible. Yo, en mi abono, tenía a Huddie, Arkie y Phil; y a Shirley, que al aparecer el Buick todavía no estaba, pero que había ocupado el puesto de encargada de comunicaciones a mediados de los ochenta, y desde entonces había visto (¡y hecho!) mucho. A pesar de todo, seguía siendo posible que no se lo creyera el chaval. Era algo muy gordo para tragárselo.

Sin embargo, era demasiado tarde para echarse atrás. -¿Lo del trooper Rafferty cómo acabó? -preguntó Ned. -De ninguna manera -dijo Huddie-. Es lo perverso que tiene desaparecer. Lo que le pasó a tu padre es horrible, eso no pienso negártelo, pero al menos lo sabes. Algo es algo, ¿no? Puedes ir a un sitio a visitarlo y poner flores. O a llevar la carta de que te aceptan en la universidad.

-Eso sólo es una tumba -dijo Ned. Hablaba con una paciencia rara que me puso nervioso-. Hay una parcelita y debajo una caja. En la caja hay algo que lleva el uniforme de mi padre, pero que no es mi padre.

-Pero sabes qué le pasó -insistió Huddie-. Con Ennis... Extendió las manos con la palma hacia abajo y las giró como un mago al final de un truco bueno.

Arky había entrado. Debía de tener ganas de mear. Volvió a salir y se sentó.

-¿Alguna novedad? -pregunté.

-Pues... sí y no, sargento. Me ha dicho Steff que le diga que vuelve a tener muchas interferencias en la radio, las mismas cortas de siempre. Sabe, ¿no? Y tiene escacharrado el DSS. Sale todo el rato el mismo mensaje en la pantalla: suscmvno sEÑnL. EsPEtui. Steff era Stephanie Colucci, la sustituta de Shirley en comunicaciones para el segundo turno, y sobrina de Andy Colucci. El DSS era nuestra parabólica, la pequeñita, pagada de nuestro propio bolsillo, al igual que los aparatos de gimnasia del rincón del piso de arriba (hace uno o dos años alguien puso en la pared de al lado de las pesas un póster de tíos cachas haciendo gimnasia en el patio de la cárcel de Shabene; debajo, como chiste, ponía:

ELLOS NUNCA SE TOMAN UN DÍA LIBRE.

Arky y yo nos miramos, y luego miramos el cobertizo B, pues ya estaba estropeado el microondas de la cocina, o tardaría poco en estarlo. Quizá también nos quedáramos sin luz y sin teléfono, aunque eso ya hacía tiempo que no pasaba.

-Hicimos una colecta para su mujer, que era una bruja de no te menees -dijo Huddie-. Desde mi punto de vista, ahí Troop D se marcó un puntazo.

-Yo creía que era para hacerla callar -dijo Phil.

-Esa no se callaba ni muerta -recordó Huddie-. Siempre tenía que decir la suya. Lo sabía cualquiera que la conociese. -No era exactamente una colecta, y tampoco estaban casados -dije yo-. Era su hermana. Creía que os lo había dejado claro.

-Que no, que estaban casados -insistió Huddie-. Eran como cualquier otro matrimonio mayor, con los típicos piques y manías. Hacían lo mismo que cualquier pareja, menos el mete y saca, y no sé qué decirte.

-Esa lengua... -dijo Shirley, moderada. -Sí, más vale -dijo Huddie.

-Tony pasó la gorra y cada uno metió lo máximo que podía -le dije a Ned-. Luego el hermano de Buck Flanders, que es corredor de bolsa en Pittsburgh, se lo invirtió. Fue idea de Tony hacerlo así en vez de entregárselo en un cheque.

Huddie asentía con la cabeza.

-Lo propuso en aquella reunión, la del reservado del Country Way. Ayudar al Dragón era prácticamente lo último en el orden del día.

Huddie se giró hacia Ned.

-Entonces ya sabíamos que a Ennis no le encontraría nadie, que no aparecería en cualquier comisaría de Bakersfield, California, o Nome, Alaska, con amnesia por un golpe en la cabeza. Había desaparecido. Quizá estuviera donde el de la gabardina y el sombrero negros, o en alguna otra parte, pero el caso es que ya no volvería. No había cadáver ni señales de violencia; por no haber, no había ni ropa, pero Ennie había desaparecido. -Huddie soltó una risa amarga-. ¡Hay que ver cómo se puso el ogro que vivía con él! ¡Qué mala leche! Claro, como ya estaba medio loca...

-¿Medio? Más -dijo Arky, y cogió un bocadillo de jamón y queso-. Se pasaba el santo día llamando por teléfono. Tres o cuatro veces. Matt Babicki, el de comunicaciones, se tiraba de los pelos. Shirley, deberías dar gracias a Dios de que esté muerta. ¡Edith Hyams! ¡Vaya pieza!

-¿Ella qué creía que había pasado? -preguntó Ned.

-A saber -dije yo-. Que le habíamos matado por deudas de póquer y le habíamos enterrado en el sótano.

-¿Entonces jugabais a póquer en el cuartel? -La cara de Ned era una mezcla de fascinación y escándalo-. ¿Mi pádre jugaba? -¡Por favor! -dije yo-. Si Tony llega a pillar a alguien jugando a póquer en el cuartel, aunque fuera apostando cerillas, le habría arrancado la cabellera. Y yo ahora igual. Era una broma. -Chaval, que no somos bomberos -dijo Huddie con tanto desprecio que me hizo reír. Después volvió al tema que nos ocupaba-. La vieja se creía que teníamos algo que ver, porque nos odiaba. A nosotros y a cualquiera que hubiera distraído a Ennis de ella. Sargento, ¿odiar es una palabra demasiado fuerte?

-No -dije yo.

Huddie volvió a girarse hacia Ned.

-Le robábamos tiempo y energía; y para mí que la parte mas animada de la vida de Ennis era la que pasaba aquí o patrullando. Ella lo sabía, y le daba mucha rabia. Siempre decía: «¡Trabajo, trabajo, trabajo, trabajo! No piensa en nada que no sea el trabajo de los demonios». Desde su punto de vista, la vida sólo podíamos habérsela quitado nosotros. ¿No le quitábamos todo lo demás?

Ned ponía cara de sorpresa, quizá porque en su casa nunca había estado presente el odio al trabajo. Al menos que viera él. Shirley le puso amablemente una mano en la rodilla.

-¿No ves que tenía que odiar a alguien? Algún culpable tenía que encontrar.

Dije:

-Llamaba, nos amenazaba, escribía cartas a su representante del congreso y al fiscal del estado exigiendo una investigación a fondo... Para mí que Tony ya se lo veía venir, pero siguió como si nada con la reunión de unas noches después y planteó su propuesta de ayudarla. Dijo que o la ayudábamos nosotros o no la ayudaba nadie. Ennis no había dejado gran cosa, y sin nosotros Edith se quedaría prácticamente en la indigencia. Ennis tenía un seguro, y le tocaba cobrar jubilación (supongo que en esa época ya había cubierto como el ochenta por ciento), pero hasta que ella viera un centavo de uno u otra pasaría mucho tiempo. Porque..; -... había desaparecido -dijo Ned.

-Exacto. Total, que organizamos una colecta para el Dragón. También participaron algunos troopers de Lawrence, Beaver y Mercer, y entre todos sacamos unos dos mil dólares. El hermano de Buck Flanders los invirtió en acciones de informática, que en esa época acababan de salir, y Edith acabó ganando una pequeña fortuna.

»Por lo que respecta a Ennis, empezó a correr la voz por todos los cuarteles del oeste de Pensilvania de que se había fugado a México. Se pasaba el día hablando de México y leyendo artículos de revistas sobre México. En poco tiempo nadie lo ponía en duda: Ennis se había escapado de su hermana antes de que le diera tiempo a cortarle del todo en trocitos con aquella lengua-cuchillo Ginsu que tenía. Hasta hubo gente mejor informada, o que debería haberlo estado, pero que después de una temporada empezó a contar lo mismo;

gente que estaba en el reservado del Country Way cuando Tony dijo delante de todo el mundo que para él, el Buick del cobertizo B tenía algo que ver con la desaparición de Ennis.

-Solo le faltó decir que era una unidad de transporte del planeta X -dijo Huddie.

-Esa noche el sargento estuvo muy convincente--dijo Arky, con una manera de hablar tan peculiar que tuve que taparme la sonrisa con la mano.

-Supongo que cuando Edith escribió a su congresista no hizo ningún comentario sobre lo que teníais aquí en la Dimensión Desconocida -dijo Ned.

-¿Cómo, si no lo sabía? -dije-. El sargento Schoondist convocó la reunión más que nada por eso. La intención era recordarnos que las lenguas indiscretas hacen es...

-¿Qué pasa? -preguntó Ned haciendo el gesto de levantarse del banco.

A mí ni siquiera me hizo falta mirar para saber qué estaba viendo. Pero igual miré, claro. Shirley, Arky y Huddie, tres cuartos de lo mismo. No se podía no mirar, no sentirse fascinado. Ninguno de nosotros se había meado ni había aullado delante del Roadmaster como el pobre Mr. D, pero yo, al menos en dos ocasiones, había gritado. Sí señor. Me había lo que se dice desgañitado. Y luego, qué pesadillas. Madre de Dios.

La tormenta se había alejado hacia el sur, pero solo en cierto sentido. En otro, estaba atrapada en el interior del cobertizo B. Desde donde estábamos sentados, en el banco de fumadores, vimos que dentro se producían varias explosiones de luz muy intensas pero silenciosas. La hilera de ventanas de la puerta de persiana pasaba de estar completamente negra a adquirir un blanco azulado. Y yo sabía que a cada fogonazo la radio del despacho de comunicaciones emitiría otra descarga de estática. En el reloj del microondas no pondría 17.18, sino ERROR.

A pesar de todo, en general no fue de las peores. Los fogonazos de luz imprimían imágenes en la retina, cuadrados verdosos que flotaban delante de los ojos, pero se podía mirar. Las primeras tres o cuatro veces que había pasado aquella tormenta de bolsillo era imposible mirar. Se te habrían quedado fritos los ojos. -¡Dios mío! -susurró Ned. Estaba boquiabierto por la sorpresa...

No, me quedo corto. Lo que le vi esa tarde en la cara era auténtico shock. Y tampoco se limitaba a eso. Cuando se le aclararon un poco los ojos, vi la misma mirada de fascinación que había visto en la cara de su padre. En la de Tony. En la de Huddie. En las de Matt Babicki y Phil Candleton. ¿No me la había notado yo en mi propia cara? Me parece que es la reacción más habitual cuando nos enfrentamos con lo profundo, con lo verdaderamente desconocido; cuando entrevemos ese lugar en que se interrumpe nuestro universo familiar y empieza la auténtica oscuridad.

Ned me miró.

-Dios mío, Sandy, ¿qué es? ¿Qué es?

-Si tienes que llamarlo de alguna manera, llámalo terremoto. Uno suave. Últimamente son casi todos suaves. ¿Quieres verlo más de cerca?

No preguntó si era peligroso. No preguntó si le explotaría en la cara o si le dejaría frita la fábrica de esperma de abajo. Solo dijo: -¡Dale!

Lo cual no me sorprendió en absoluto.

Nos acercamos todos, Ned y yo en cabeza y los otros muy rezagados. Como era tarde, el día estaba oscuro y destacaban mucho los chispazos irregulares, pero de hecho se veían hasta a pleno sol. Y, cuando tomamos posesión de él (ahora que lo pienso, fue más o menos cuando la catástrofe nuclear de Three Mile Island), el Buick Roadmaster, en pleno trance, brillaba literalmente más que el sol.

-¿Necesito gafas de sol? -preguntó Ned al acercarnos a la puerta del cobertizo.

Yo ya oía el zumbido de dentro, el mismo que le había llamado la atención al padre de Ned en la gasolinera Jenny, al sentarse al volante desmesurado del Buick.

-No, qué va, tú cierra un poco los ojos y ya está -dijo Huddie-. Pero te digo una cosa: en el setenta y nueve sí que te habrían hecho falta.

-¡Por supuesto! --dijo Arky, mientras Ned pegaba la cara a una de las ventanas y miraba con los ojos entornados.

Yo, tan fascinado como siempre, me acerqué a la de al lado. Adelante, pasen y vean al cocodrilo vivo.

El Roadmaster estaba íntegramente a la vista. Se las había arreglado para que se cayera la lona, que ahora era un bulto marrón en el suelo del lado del conductor. Me pareció más obra de arte que nunca: un dinosaurio automotor de líneas curvas y diseño de cubierta dura, con aquellas ruedas tan grandes y la mueca de desprecio de la rejilla. ¡Bienvenidos, señoras y señores! ¡Bienvenidos a la exposición vespertina de From a Buick 8! ¡Pero no se acerquen demasiado, que este es el arte que muerde!

Estaba sin moverse, como muerto... sin moverse, como muerto... y de repente se iluminó la cabina con un rojo violeta muy subido de bombilla. El volante desmesurado y el retrovisor destacaban con total claridad, como destacan los objetos en el horizonte durante una descarga de artillería. A pesar de que Ned seguía el consejo de cerrar un poco los ojos, contuvo un grito y se protegió la cara con una mano.

Se repitieron los destellos, y cada detonación silenciosa hacía saltar la sombra del coche, impresa en el suelo de cemento y la pared de tablones, donde quedaban unas cuantas herramientas colgadas con ganchos. Ahora el zumbido era muy nítido. Dirigí la vista hacia el termómetro redondo que colgaba de la viga encima del capó del Buick, y cuando volvió a brotar la luz no me costó nada leer la temperatura: doce grados. No era ni para alegrarse ni para tener miedo. En general, lo preocupante era cuando la temperatura del cobertizo B bajaba de los diez. Doce no estaba mal. De todos modos, convenía ser precavido. Con el paso de los años habíamos llegado a una serie de conclusiones acerca del Buick (establecido una serie de normas), pero no éramos tan tontos como para fiarnos demasiado de ellas.

Dentro del Buick se produjo otro fogonazo silencioso. Después transcurrió un minuto casi entero sin que pasara nada. Ned no movía ni un dedo. Seguro que ni siquiera respiraba.

-¿Ya está? -preguntó finalmente. -Espera-le dije.

Le concedimos dos minutos más. Como no había novedad, abrí la boca para decir que volviéramos al banco a sentarnos, que por esa noche el Buick había agotado sus reservas de fuegos artificiales. Me lo impidió el último fogonazo, que fue brutal. Una cinta inestable de luz, como la chispa de un ciclotrón gigante, salió disparada hacia arriba por la ventana trasera del Buick y ascendió en diagonal irregular hacia el rincón del fondo del cobertizo, donde había un estante lleno de cajas viejas, la mayoría con piezas sueltas de ferretería. Estas brillaron con un amarillo pálido y un poco misterioso, como si las cajas, en vez de estar llenas de tornillos, tuercas y muelles sueltos, contuvieran velas encendidas. Aumentó el zumbido, que me hizo temblar los dientes, y hasta tuve la impresión de que me vibraba todo el puente de la nariz. Luego paró. La luz también. Estábamos tan deslumbrados que ahora parecía que lo del cobertizo no fuera penumbra, sino oscuridad total. El Buick solo era un bulto con las esquinas redondeadas y algún que otro reflejo furtivo que delataba las partes cromadas alrededor de los faros.

Shirley dejó de contener la respiración, soltó un suspiro prolongado y se apartó de la ventana por donde había estado mirando. Temblaba. Arky le pasó un brazo por detrás de los hombros y se los estrechó para tranquilizarla.

Phil, que había ocupado la ventana de mi derecha, dijo: Jefe, da igual las veces que lo vea. Nunca me acostumbro. -¿Qué es? -preguntó Ned. Era como si el asombro le hubiera

quitado diez o doce años de la cara, convirtiéndole en un niño menor que sus hermanas-. ¿Por qué pasa?

-No lo sabemos -dije. -¿Quién más lo sabe?

-Todos los troopers que han trabajado en Troop D en los últimos veintipico años. Algunos del parque de vehículos, el jefe de la Dirección de Carreteras del Condado me parece que también...

-¿Jamieson? --dijo Huddie-. Sí, sí que lo sabe.

-... y el jefe de la policía municipal de Statler, Sid Brownell. Aparte de ellos, pocos.

Habíamos emprendido el camino de vuelta hacia el banco, la mayoría encendiendo cigarrillos. Por su aspecto, a Ned tampoco le habría ido mal fumar. O tomarse algo, no sé; un buen trago de whisky. Dentro del cuartel estaría volviendo todo a la normalidad. Steff Colucci ya debía de estar notando mejoras en la recepción radiofónica, y pronto la parabólica del tejado volvería a recibir todos los resultados deportivos, todas las guerras y seis canales de teletienda. Si con eso no se te olvida la capa de ozono es que no se te olvida con nada.

-¿Cómo es posible que no lo sepan? -preguntó Ned--~~ ¿Cómo no va a correr la voz, con lo grande que es? -Tampoco es tan grande-dijo Phil-. Total, es un Buick. Si fuera un Cadillac... Eso sí que sería grande.

-Hay familias que no saben guardar secretos, y otras que sí -dije yo-. La nuestra es de las que sí, y nos parecía especialmente importante guardar este. Tony Schoondist convocó la reunión del Country Way a las dos noches de aparecer el Buick y desaparecer Ennis, más que nada para que quedara claro. Esa noche Tony nos dio instrucciones sobre varias cosas. Sobre la hermana de Ennis, claro: que la ayudaríamos, y que hasta que no se calmara no había que responder.

-Pues o no se calmó o yo no me enteré -dijo Huddie. -También nos dijo cómo había que contestar a los periodistas, suponiendo que se enterara la prensa.

Esa noche se habían congregado unos quince troopers, y entre Huddie, Phil y yo conseguimos acordarnos de casi todos los nombres. Seguro que Ned no los conocía a todos personalmente, pero debía de haberlos oído mencionar a la hora de la cena, por poco que hablara su padre del trabajo. Que es el caso de la mayoría de los troopers. No es que comenten lo desagradable, faltaría más, y menos a la familia (las palabrotas, la sangre de la carretera), pero también hay cosas divertidas, como cuando nos avisaron que un niño amish iba en patines por el centro de Statler (el que pueda haber) cogido de la cola de un caballo al galope y riéndose como loco. O cuando tuvimos que hablar con aquel tío de Culverton Road que había hecho una escultura de nieve con un hombre y una mujer desnudos en postura sexualmente explícita. ¡Pero si es arte!, gritaba el tío. Intentamos explicarle que para los vecinos no era arte, y que estaban escandalizados. Si no llega a ser por una ola de calor y una tormenta de lluvia casi seguro que habríamos acabado en los tribunales.

Le expliqué a Ned que habíamos movido las mesas hasta formar un rectángulo grande y vacío con el centro, y que Brian Cole y Dicky-Duck Eliot hicieron salir a las camareras y cerraron las puertas. La comida se cogía directamente de las mesas de vapor puestas delante de la sala. Más tarde corrió la cerveza, que servían y cobraban los propios agentes, y se puso todo azul de humo de cigarrillos, hasta el techo. A Pete Quinland, que era el dueño de entonces del restaurante, le encantaba la Voz, y mientras comíamos, bebíamos, fumábamos y hablábamos nos llovía de los altavoces un chorro constante de canciones de Frank Sinatra: «Luck Be A Lady», «The Autumn Wind», «New York, New York» y, cómo no, «My Way», que debe de ser la canción popular más tonta del siglo xx. Todavía hoy, cuando la escucho (esa y cualquier otra de Frank Sinatra, todo sea dicho), me acuerdo del Country Way y del Buick en el cobertizo B.

Respecto al conductor desaparecido del Buick, las instrucciones eran contestar que no conocíamos ni el nombre ni las características del individuo, y que no teníamos ninguna razón para considerar que hubiera infringido la ley. Vaya, que de robo de servicios nada. En cambio las preguntas sobre Ennis había que tomárselas en serio y con sinceridad. A1 menos hasta cierto punto. En efecto, nos extrañaba mucho. Sí, estábamos preocupados. Sí, habíamos puesto avisos de se busca. En efecto, era posible que Ennis, simplemente, hubiera tomado las de Villadiego. Estaban abiertas todas las posibilidades. Troop D estaba haciendo todo lo posible para ayudar a la hermana del agente Rafferty, una mujer entrañable pero tan afectada que podía salir con cualquier cosa. Tony había dedicado palabras muy enérgicas a la responsabilidad del cuartel en que el Roadmaster no hiciera más daño..., --poniendo que hubiera hecho alguno. En ese sentido, la principal estrategia sería tener presente que las lenguas indiscretas hace estragos. Le conté a Ned el firme apoyo que había prestado su padre a la idea, y lo importante que había sido que la secundara. Curtis era joven, ciertamente, pero había sido compañero de patrulla de Ennis, y todo el mundo sabía que eran uña y carne. Ahora que faltaba Ennis, muchos agentes consideraban que el Buick era de Curt. Casi podía decirse que le pertenecía por derecho dé herencia. A fin de cuentas había sido uno de los agentes que habían respondido al aviso. Parecer que compartía Curt.

Un murmullo general de aprobación había borrado temporalmente la interpretación de «It Was A Very Good Year» por la Voz. Sí, sí que lo habían captado.

Ned levantó una mano y yo me callé, la verdad que con mucho gusto. No me apetecía demasiado acordarme de una reunión quo hacía mucho tiempo que era agua pasada.

-¿Y las pruebas que hizo el tío ese, Bibi Roth?

-No hubo ninguna concluyente -dije-. Lo que parecía vinilo no era exactamente vinilo; se parecía mucho, pero... La pintura que rascó Bibi no coincidía con ninguna de sus muestras do pintura de coche. La madera era madera. «Yo diría que roble», dijo Bibi, pero no quiso ir más lejos, y eso que Tony le insistía. Le preocupaba algo, pero no quiso decirnos qué.

-Quizá no pudiera -dijo Shirley-. Quizá no lo supiera. Asentí.

El cristal de las ventanillas y del parabrisas es el típico cristal de seguridad, pero sin marca; vaya, que no fue instalado en ninguna cadena de montaje de Detroit.

-¿Y las huellas dactilares? Las enumeré con los dedos.

-Ennis. Tu padre. Bradley Roach. Final de la lista. No había ninguna del de la gabardina negra.

-Debía de llevar guantes -dijo Ned.

-Sí, sería lo lógico. Brad no estaba seguro, pero le parecía haberle visto los dedos y haber pensado que los tenía igual de blancos que la cara.

-Ya, pero esos detalles la gente a veces se los inventa más tarde -comentó Huddie-. Los testigos oculares no son todo lo fiables que nos gustaría.

-¿Ya has acabado de filosofar? -pregunté. Huddie hizo un gesto solemne con la mano. -Prosiga.

-Bibi no encontró rastros de sangre en el coche, pero las muestras de tela recogidas en el interior del maletero presentaban restos microscópicos de materia orgánica. Bibi no consiguió identificar ninguno, y el material se desintegró. En una semana ya no quedaba nada en ninguna de las placas, solo la tintura.

Huddie levantó la mano como en el colegio. Yo le hice una señal con la cabeza.

-Después de una semana ya no se veía dónde habían rascado el salpicadero y el volante para recoger las muestras. Volvió a crecer la madera, como cuando te rascas y crece la piel. El forro del maletero, igual. A1 rascar un guardabarros con una navaja o una

llave, a las seis o siete horas ya no se veía nada. -¿Cicatriza solo? -dijo Ned-. ¿Tiene ese poder? -Sí-dijo Shirley. Había encendido otro Parliament y lo fumaba a base de caladitas nerviosas-. Una vez tu padre me arrastró a uno de sus experimentos. Me hizo filmar con una cámara de vídeo. Hizo una marca larga en la puerta del conductor, justo debajo de la banda cromada. Dejamos la cámara funcionando. A los quince minutos volvimos los dos.

-No era nada dramático, como en las películas, pero te quedabas de piedra, oye. La marca se iba haciendo menos profunda y empezaba a oscurecerse por los bordes como si intentara ponerse del mismo color que la pintura. Al final ya no se veía. Nada de nada.

-¿Y los neumáticos? -dijo Huddie-. Les clavabas un destornillador y pasaba lo normal, que empezaba a salir aire; pero iba saliendo cada vez menos, un silbidito, y a los pocos segundos ni eso. Luego salta el destornillador. -Apretó los labios e hizo un ruido: zap-. Como escupir semillas de sandía.

-¿Está vivo? -me preguntó Ned. Hablaba tan bajo que me costaba oírle-. Si se cura solo...

-Tony siempre decía que no -dije-. Lo tenía clarísimo. Siempre decía: «Solo es un chisme, un aparatito de nada; lo que pasa es que no lo entendemos». Tu padre opinaba justo lo contrario, y al final lo tenía tanto o más claro que Tony. Si no se hubiera muerto Curtis...

-¿Qué? ¿Qué pasaría si no se hubiera muerto? -No lo sé -dije.

De repente me había entrado una especie de desánimo, de tristeza. Quedaba mucho por contar, pero ya no me apetecía. No me sentía con fuerzas, y la idea de hacerlo me oprimía el corazón como cuando tienes por delante algo que hay que hacer pero que cuesta, y que es una tontería: arrancar tocones antes de que se vaya el sol, guardar la paja en el pajar antes de que empiece a llover, fregar suelos, hacer camas...

-Con toda franqueza: no tengo ni idea de qué habría pasado si no llega a morirse.

Huddie acudió en mi rescate.

-Tu padre estaba como borracho, Ned. Iba a verlo cada minuto libre, daba vueltas, hacía fotos, lo tocaba... Sobre todo eso, tocarlo y tocarlo como si quisiera asegurarse de que era real.

-Igual que el sargento -intervino Arky.

Yo pensé que no del todo, pero me lo callé. Curt lo había vivido de otra manera. A1 final el Buick le pertenecía como no había llegado a pertenecer a Tony. Y Tony lo sabía.

-Pero ¿y el trooper Rafferty, Sandy? ¿Tú crees que el Buick... ?

-Se lo comió -dijo Huddie, convencido-. Sigo pensando lo mismo que entonces. El sargento también.

-¿Sí? -me preguntó Ned.

-Sí. O se lo comió o se lo llevó a alguna parte.

Volvía a presentárseme la idea de un trabajo tonto: hileras de camas por hacer, montones de platos que lavar, hectáreas de heno que segar y embalar...

-Pero ¿qué quieres decir? -dijo Ned-. ¿Que desde que lo encontraron el agente Rafferty y mi padre no ha podido estudiarlo ningún científico? ¿Nunca? ¿Ni físicos ni químicos? ¿Nunca le han hecho un análisis espectrográfico?

-Bibi volvió como mínimo una vez -dijo Phil Candleton con cierto tono de estar a la defensiva-, pero solo, sin los chavales que solían ir con él. Entre él, Tony y tu padre, metieron una máquina en el cobertizo... Me parece que sí, que era un espectrógrafo. Pero no sé qué salió. ¿Y tú, Sandy?

Negué con la cabeza. No quedaba nadie para contestar esa pregunta. Ni esa ni muchas otras. Bibi Roth había muerto de cáncer en 1998. También estaba muerto Curtis Wilcox, con su costumbre de pasearse alrededor del Buick con una libreta de espiral anotando (y a veces dibujando) cosas. Tony Schoondist, alias «el sargento de antes»,

estaba vivo, pero con más de setenta años y en ese purgatorio de penumbra y confusión que está reservado a los enfermos de Alzheimer. Me acuerdo de haber ido a visitarle con Arky Arkanian a la residencia donde vive. Fue justo antes de las últimas Navidades. Le llevamos una medalla de oro de san Cristóbal, comprada con la participación de unos cuantos veteranos más. Me pareció que el sargento tenía un día de los buenos. No le costó demasiado abrir el envoltorio, y puso cara de gustarle mucho el medallón. Hasta abrió solo el cierre, aunque después de puesto, Arky tuvo que ayudarle a volver a cerrarlo. Después Tony me había mirado atentamente con las cejas muy juntas y, en los ojos turbios, una parodia de su mirada penetrante de antaño. Hasta hubo un momento en que pareció él mismo. Luego se le llenaron de lágrimas y desapareció la ilusión.

-¿Quiénes sois? -había preguntado-. Casi me acuerdo. -Y, con el tono de constatación de un parte meteorológico-: Estoy en el infierno. Esto es el infierno.

-Escucha, Ned -dije-. En el fondo, la reunión del Country Way se redujo a una cosa. La tienen los polis de California en algunos coches patrulla. Puede que les falle un poco la memoria y lo necesiten por escrito. Nosotros no. ¿Sabes de qué hablo? -Servir y proteger -dijo Ned.

-Exacto. Tony pensaba que aquella cosa había caído en nuestras manos casi por voluntad divina. No lo dijo tan claro, pero lo entendimos. Y tu padre compartía su opinión.

Le conté a Ned Wilcox lo que me parecía que le convenía oír. Lo que me callé fue el brillo de los ojos de Tony, y el de los de su padre. Ya podía Tony echarnos sermones sobre nuestro compromiso de servicio. Ya podía decir que los hombres de Troop D eran los más capacitados para ocuparse de una res tan peligrosa. Ya podía insinuar la posibilidad de que con el tiempo lo entregáramos a un equipo científico bien escogido, tal vez al mando de Bibi Roth. Podía largarnos todos esos cuentos, y lo hizo, pero no querrían decir nada, ni un carajo. Tony y Curt querían el coche porque no soportaban desprenderse de él. Lo demás, subterfugios. El Roadmaster era algo raro y exótico, y era de ellos, de los dos. No concebían renunciar a él.

-Ned -pregunté-, ¿tú sabes si tu padre dejó alguna libreta? De las de espiral, como las que usan en el cole.

La reacción de Ned fue apretar los labios, inclinar la cabeza y contemplar un punto entre las rodillas.

-Sí, de todo tipo. Mamá decía que debían de ser agendas; pero él en su testamento dejaba dicho que mamá quemara todos sus papeles privados, y lo hizo.

-Tiene su lógica -dijo Huddie-. AI menos cuadra con lo que sé de Curt y el sargento.

Ned le miró.

-Los dos desconfiaban de los científicos -aclaró Huddie-, ¿Sabes cómo les llamaba Tony? Los fumigadores de la muerte. Decía que su gran misión en la vida era llenarlo todo de veneno diciéndole a la gente que podían comer lo que quisiera, que era conocimiento y que no les haría daño; que les haría libres. -Se quedó callado-. También había otro tema.

-¿Qué tema? -preguntó Ned.

-La discreción -dijo Huddie-. Los polis saben guardar secretos, pero, según Curt y Tony, los científicos no. Una vez le oí decir a Tony: «Fíjate, los muy idiotas, lo deprisa que han fumigado la bomba atómica por todo el mundo. Por culpa de eso freímos a los Rosenberg, pero cualquiera con dos dedos de frente sabe que en dos años los rusos habrían tenido la bomba de cualquier manera. ¿Por qué? Pues porque a los científicos les va la cháchara. Puede que lo que tenemos guardado en el cobertizo B no sea el equivalente de la bomba atómica, pero puede ser que sí. Lo que está claro es que mientras lo tengamos escondido con la lona encima no será la bomba atómica de nadie».

Pensé que sólo era una parte de la verdad. De vez en cuando me he preguntado si Tony y el padre de Ned lo habían discutido tan sin tapujos, no sé, cualquier día por la

tarde, cuando estuviera la actividad del cuartel bajo mínimos, con la gente arriba echándose un sueñecito, otros mirando una película de vídeo y comiendo palomitas de microondas, y ellos dos los únicos en la planta baja, en el despacho de Tony y con la puerta cerrada. No digo más o menos, de aquella manera, como quien dice... Digo si llegaron a expresar las cosas tal como eran: Como esto no hay nada en el mundo, y vamos a quedárnoslo nosotros. Yo creo que no, por la simple razón de que habrían tenido bastante con mirarse a los ojos y reconocer la misma ansiedad, el mismo deseo de tocarlo y curiosear. ¡Aunque solo fuera caminar alrededor, caray! Era algo secreto, un misterio, un prodigio. Pero yo no estaba seguro de que el chico fuera capaz de aceptarlo. Sabía que además de añorar a su padre estaba enfadado con él por haberse muerto. Con ese estado de ánimo se corría el peligro de que lo viera como un robo, lo cual no era verdad. Al menos no toda la verdad.

-Entonces -dije- ya habíamos visto lo de las luces. Tony le había puesto el nombre de «fenómeno de dispersión», Consideraba que el Buick se quitaba algo de encima, descargándolo como electricidad estática. Aparte de lo de la discreción, y de la custodia, a finales de los setenta, en Pensilvania (y no hablo sólo de nosotros, sino de todo el mando), se tenían razones de peso para desconfiar de los científicos y los técnicos.

-Three-Mile Island- dijo Ned.

-Sí. Además, el coche hace más cosas que curarse solo los rasguños y repeler el polvo. Bastantes más.

Me quedé callado. Parecía demasiado difícil, excesivo. -Venga, cuéntaselo -dijo Arky con voz casi de enfado, un director de orquesta cabreado en el crepúsculo-. Le has contado la tira de cosas que importan un carajo. Ahora cuéntale el resto. -Miró a Huddie y después a Shirley-. Incluido lo de 1988. Sí, hasta esa parte. -Hizo una pausa, suspiró y miró el cobertizo B-. A estas alturas ya no se puede parar.

Me levanté y empecé a cruzar el aparcamiento. Oí decir detrás a Phil:

-No, no, chaval; deja que se vaya, que ya volverá.

Es lo que tiene ser el jefe: que la gente puede decirlo y tener razón casi siempre. Con excepciones, claro: un derrame, un infarto, un conductor borracho... La mano de lo que esperamos los mortales que sea Dios. La gente que es jefe de algo, la que ha trabajado para llegar tan arriba y que trabaja para quedarse, nunca lo manda todo a freír espárragos. No. Los jefes seguimos haciendo las camas, fregando los platos y embalando el heno, y encima nos esmeramos. La gente dice: Jo, no sé qué haríamos sin ti. La respuesta es que la mayoría haría lo que les diera la santísima gana, como siempre. A1 infierno todos en la misma cesta.

Me planté delante de la puerta de persiana del cobertizo B y miré el termómetro por una de las ventanitas. Había bajado hasta once. Seguía sin ser preocupante, pero hacía bastante frío para hacerme sospechar que el Buick se marcaría una o dos sacudidas más antes del descanso nocturno. Por lo tanto, no tenía sentido volver a ponerle la lona, puesto que lo más probable era tener que repetirlo.

Está perdiendo fuerza: respecto al Roadmaster era artículo de fe, el evangelio según Schoondist y Wilcox. Ralentizándose como un reloj al que no se le da cuerda, bamboleándose como una peonza agotada, pitando como un detector de humos que ya no percibe el calor. Escoge tu metáfora favorita de la sección de ofertas. Y quizá fuera verdad. O no, claro. En realidad no sabíamos nada del coche. Convencernos de lo contrário era una estrategia que empleábamos para poder seguir viviendo al lado sin demasiadas pesadillas.

Volví al banco mientras encendía otro cigarrillo, me senté entre Shirley y Ned y dije:

-¿Quieres que te cuente la primera vez que vimos lo que acahamos de ver?

El ansia que le vi en la cara me facilitó un poco seguir.

ENTONCES

Al principio el único que estaba, el único único, era Sandy. Con los años diría (medio en broma medio en serio) que no había destacado por nada más. Los otros tardaron muy poco en llegar, pero al principio solo estaba Sandy Freemont Dearborn al lado del surtidor de gasolina, boquiabierto y apretando los párpados, convencido de que en pocos segundos se habrían convertido todos, incluidos los granjeros amish y unos cuantos no amish de la zona, en polvo radiactivo al viento.

Fue a las pocas semanas de que llegara el Buick a manos de Troop D, a principios de agosto de 1979. El interés de la prensa por la desaparición de Ennis Rafferty ya empezaba a decaer. La mayoría de los artículos sobre el agente desaparecido los publicaba el County American de Statler, pero el Post-Gazette de Pittsburgh, en su edición dominical de finales de julio, le dedicó uno de primera plana. Ponía en titulares: LA HERMANA DEL TROOPER SIGUE HACIÉNDOSE MUCHAS PREGUNTAS, y debajo: EDITH HYAMS PIDE UNA INVESTIGACIÓN A FONDO.

En líneas generales, el enfoque del artículo se ajustaba del todo a las esperanzas de Tony Schoondist. Edith consideraba que los miembros de Troop D sabían más de lo que decían sobre la desaparición de su hermano. Los dos periódicos reproducían citas suyas en ese sentido, pero dejando entrever que la pobre estaba enloquecida por el dolor (además de por la rabia), y que intentaba echarle a alguien una culpa que podía ser perfectámente suya. No hubo ningún trooper que hiciera comentarios sobre su lengua afilada y su manía de encontrarle defectos a todo, pero Ennis y Edith tenían vecinos menos discretos. Los reporteros de las dos publicaciones también señalaban que, al margen de las acusaciones, los compañeros de cuartel de Ennis estaban llevando adelante los planes de conseguirle ayuda económica, por modesta que fuera.

Tampoco hablaba a favor de Edith su foto en blanco y negro del Post-Gazette, donde parecía Lizzie Borden unos quince minutos antes de coger el hacha y matar a sus padres.

El primer lucimoto fue al anochecer. Sandy había interrumpido la patrulla hacia las seis de la tarde para hablar con Mike Sanders, el fiscal del condado. Estaba a punto de celebrarse un juicio muy desagradable, de atropello con fuga, donde Sandy era el principal testigo de la acusación y la víctima un niño que se había quedado tetrapléjico. Mike quería garantías de que el culpable, el típico empresario que le daba a la cocaína, acabara en el talego. Su objetivo eran cinco años, pero tampoco había que descartar que fueran diez. Después de asistir a una parte de la reunión, que tuvo lugar en un rincón de la sala de estar del piso de arriba, Tony Schoondist bajó a su despacho y dejó que terminaran Mike y Sandy. A1 final de la sesión, Sandy decidió llenar el depósito de su coche patrulla en previsión de unas tres horas más de carretera:

Yendo hacia la puerta trasera pasó al lado de comunicaciones y oyó decir a Matt Babicki en voz baja, como si hablara solo: -¡So cabrona! -Luego un golpe-. ¿Tanto te cuesta? Sandy asomó la cabeza y le preguntó si estaba teniendo los días malos del mes.

A Matt no le hizo gracia.

-Escucha -dijo, y volvió a subir el volumen de la radio. Sandy vio que el botón ya estaba girado a tope en la dirección «+».

Llamó Brian Cole de la unidad 7, Herb Avery de la 5, desde Sawmill Road, y George Stankowski de a saber dónde. El último dato se lo llevó una ráfaga de estática.

-Como empeore no sé si podré seguir teniéndoles localizados, y menos pasarles información -se quejó Matt, y volvió a darle un golpe al lateral de la radio como si fuera una manera de subrayarlo-. ¿Y si avisa alguien de una denuncia? Sandy, ¿fuera está a punto de haber tormenta de truenos?

-Cuando he entrado el cielo estaba despejado-dijo Sandy. Miró por la ventana-. Sigue igual... como verías si te girara la cabeza. Yo la sé girar de nacimiento. Mira. -Hizo una demostración.

-Muy gracioso. ¿No tienes...? No sé, algún inocente que detener.

-Muy buena, Matt. Eso se llama tener reflejos.

Al reanudar su camino, Sandy oyó que arriba alguien preguntaba si se había caído la puta antena de la tele, porque había fallado la imagen en plena reposición de un capítulo muy bueno de Star irek, el de los Tribbles.

Sandy salió. Era una tarde de calor; la atmósfera estaba brumosa y, a pesar de que se oían truenos a lo lejos, no hacía viento y el cielo estaba despejado. A occidente empezaba a declinar la luz, y brotaba de la hierba una especie de neblina que ya había alcanzado una altura de metro y medio.

Se metió en el coche patrulla (que en aquel turno era el D-14, el del apoyacabezas roto), fue hasta el surtidor de Amoco, salió y empezó a desenroscar la tapa del depósito, pero se quedó a medias. De repente se había dado cuenta de lo silencioso que estaba todo, sin cri-cri de grillos en la hierba ni canto de pájaros. El único ruido era un zumbido grave y constante, parecido a lo que se oye estando debajo de una línea de alta tensión o cerca de una subestación eléctrica.

Sandy empezó a dar media vuelta, y justo entonces todo se inundó de un color blanco-morado. Lo primero que pensó, aunque estuviera el cielo tan despejado, fue que le había caído un rayo encima. Luego vio encenderse el cobertizo B como...

Pero no se podía explicar. No se parecía a nada, al menos que hubiera vivido él.

Supuso que si hubiera mirado de frente los primeros fogonazos se habría quedado ciego, o de manera temporal o definitiva, pero tuvo la suerte de que la puerta de persiana del cobertizo no estuviera orientada hacia el surtidor de gasolina. Aun así hubo bastante luz para deslumbrarle e infundir un resplandor de mediodía al crepúsculo estival. Otro efecto fue que el cobertizo B, estructura sólida de madera, pareciera insustancial como una tienda de gasa. Salía luz por todas las rendijas, por todos los orificios de clavo sin tapar; se filtraba por debajo del alero, por un agujero que quizá hubieran hecho los dientes de una ardilla; emergía abrasadora a ras de suelo, en forma de gran barra luminosa, por donde se había soltado un listón. En el tejado había una salida de ventilación, a través de la cual salían disparados hacia el cielo haces irregulares que parecían señales de humo, pero de pura luz violeta. Los destellos que atravesaban las hileras de ventanas de las dos puertas de persiana, la delantera y la trasera, convertían la neblina que flotaba por el suelo en un vapor eléctrico fantasmagórico.

Sandy estaba tranquilo. Sobrecogido pero tranquilo. Pensó: Ya está, el muy hijo de puta va a explotar. De esta la palmamos todos. Ni siquiera le pasó por la cabeza correr o subir al coche patrulla. ¿Correr adónde? Huir en coche adónde? Vaya chiste. Tenía ganas de algo que era una locura: de acercarse. Le atraía. No le daba pánico como a Mr. D; experimentaba la fascinación, pero sin el miedo. Quería acercarse, aunque fuera absurdo. Casi oía su llamada.

Regresó, como soñando (le pasó esa posibilidad por la cabeza), se asomó por la ventanilla del conductor del D-14 y cogió las gafas de sol del salpicadero. Cuando las tuvo puestas se acercó al cobertizo. Con gafas de sol era un poco mejor, pero no mucho, Caminaba protegiéndose la vista con las manos, y cerrando tanto los párpados que solo quedaba una rendija. Alrededor todo eran fogonazos mudos, todo latidos de fuego violáceo. Sandy veía proyectarse su propia sombra en sentido lateral, naciendo de sus pies. Desaparecía y volvía a proyectarse. Vio saltar la luz por las ventanas de la puerta de persiana y reflejarse, cegadora, en la parte trasera del cuartel. Vio derramarse troopers por la puerta, apartando a Matt Babicki, el de comunicaciones, que como estaba más cerca que

nadie; había sido el primero en salir. Los destellos procedentes del cobertizo hacían que todo el mundo se moviera a saltos, como actores de una película muda. Los que llevaban gafas de sol en el bolsillo se las pusieron. Entre los que no las llevaban, algunos dieron media vuelta y volvieron a entrar tropezando por unas, medio ciegos. Hasta hubo un trooper que desenfundó la pistola, la miró como diciendo ¿Qué coño hago con esto? y la devolvió a su funda. Dos de los troopers sin gafas de sol fueron bastante animosos para caminar a tientas hacia el cobertizo, con la cabeza inclinada y los brazos extendidos como dos sonámbulos. Les pasaba como a Sandy, que sentían la atracción de los destellos entrecortados, de la enloquecedora y grave vibración. Como insectos alrededor de una bombilla.

Entonces apareció Tony Schoondist y se lió a palmadas y empujones, diciéndoles que retrocedieran, joder, que volvieran al cuartel, que era una orden. Mientras tanto él también intentaba ponerse las gafas de sol, y no había manera de que diera en el blanco. Solo consiguió colocarlas en su sitio al precio de meterse una patilla en la boca y clavarse la otra en la ceja izquierda.

Sandy no veía ni oía nada de todo eso. Solo oía la vibración. Solo veía las luces que convertían la neblina del suelo en dragones eléctricos, la columna de luz violeta que surgía a parpadeos por el respiradero cónico del tejado y se clavaba en el cielo del anochecer como una lanza.

Tony le agarró y le sacudió. Dentro del cobertizo se produjo otra descarga silenciosa que convirtió los cristales de las gafas de sol de Tony en bolitas de fuego azul. Gritaba sin necesidad, por que Sandy le oía perfectamente. Algo zumbaba, alguien murmuraba Dios mío, Dios mío. Nada más.

-¡Sandy! ¿Lo has visto empezar? -¡Sí!

Él también vociferó sin querer. En la situación había algo que lo exigía de todos. Deslumbrante, explosiva, la luz era relámpagos mudos. A cada destello parecía que se adelantara el lado del cuartel como algo vivo, con sombras de troopers saltando por su espalda de madera.

-¿Qué lo ha provocado? ¿Por qué ha empezado? -¡No lo sé!

-¡Entra! ¡Llama a Curtis! ¡Cuéntale qué pasa! ¡Dile que venga pero ya!

Sandy resistió el impulso de decirle a su sargento jefe que quería quedarse y ver qué pasaba. La idea, de por sí, era una solemne y muy real tontería, porque no se veía nada. Había demasiada luz. Hasta con gafas de sol había demasiada luz. Además, sabía reconocer una orden.

Entró tropezando con los escalones (con aquellos destellos irregulares era imposible medir la profundidad y las distancias) y caminó con pasos cortos hacia el despacho de comunicaciones; tanteando con los brazos extendidos. Su vista, desenfocada y deslumbrada, le presentaba el cuartel como simple amontonamiento de sombras. Para él, en ese momento, la única realidad visual eran los destellos morados de gran tamaño que le flotaban delante.

La radio de Matt Babicki era un fragor constante de estática, sobresaliendo algunas voces como pies o dedos de hombres enterrados. Sandy cogió el teléfono normal que había al lado de la línea de emergencia 911 pensando que también estaría fuera de servicio, pero funcionaba. Marcó el número de Curtis, que figuraba en la lista enganchada al tablón de boletines. Cada vez que iluminaba la Balita un destello blanco-morado, parecía que saltara de miedo hasta el teléfono.

Contestó Michelle, diciendo que Curt estaba en el jardín cortando el césped antes de que cayera la noche. Se le notaba en la voz que no quería llamarle. Sin embargo, al pedírselo Sandy por segunda vez, dijo:

-Vale, vale, un momento. ¿Vosotros nunca descansáis?

A Sandy la espera se le hizo interminable. La cosa del cobertizo B seguía relampagueando como un loco apocalipsis de neón, y parecía que cada vez se moviera toda la habitación y cambiara un poco de perspectiva. A Sandy le parecía casi inconcebible que algo que generase tanta luz pudiera no ser destructivo, pero él seguía vivo y respirando. Se tocó las mejillas con la mano libre para ver si había quemaduras o hinchazón. Ni una cosa ni la otra.

Al menos de momento, se dijo. Seguía esperando oír los gritos de los polis de fuera cuando explotara lo que había en el garaje, o cuando se fundiera, o cuando saliera algo de dentro, algo inimaginable con ojos eléctricos y cegadores. Eran ideas que no se parecían en nada a las típicas ideas de poli, pero Sandy Dearborn nunca había tenido tan poca sensación de ser un poli y tanta de ser un niño pequeño asustado. A1 final Curt se puso al teléfono, con voz de curiosidad y respiración cansada.

-Tienes que venir ahora mismo -le dijo Sandy-. Lo dice el sargento.

Curt supo enseguida de qué se trataba. -¿Qué está haciendo, Sandy?

-Soltar fuegos artificiales. Unos chispazos que no se puede ni mirar el cobertizo B.

-¿El cobertizo se ha incendiado?

-Me parece que no, pero no lo sé seguro. No se ve el interior. Hay demasiada luz. Ven.

Curt colgó sin más. Sandy volvió a salir. Decidió que si iban a perecer en una catástrofe nuclear, prefería estar con sus amigos.

A los diez minutos entró Curt a toda pastilla por donde ponía nccESO ExcLUSmo TxooPExs, al volante de su Bel-Aire restaurado con mimo, el que heredaría su hijo veintidós años después. Al doblar la esquina seguía yendo muy deprisa, y Sandy, por un momento horrible, temió que fuera a cargarse a cinco con el parachoques. Curt, sin embargo, frenó a tiempo (conservaba reflejos de chaval), y el Chevy se detuvo con una inclinación del morro.

Curt salió del coche acordándose de apagar el motor, pero no los faros. Estaba tan impaciente que se hizo un lío con los pies y estuvo a punto de caerse de bruces en el asfalto, pero recuperó el equilibrio y corrió hacia el cobertizo. Sandy tuvo el tiempo justo de ver lo que le colgaba de una mano: unas gafas de soldador con cinta elástica. Sandy había visto a mucha gente acelerada (muchísima, porque casi todos los que parabas por exceso de velocidad estaban acelerados de una u otra manera), pero nunca a nadie tan ansioso como Curt. Parecía que los ojos se le salían de las órbitas, y tenía el pelo de punta; claro que eso podía ser una ilusión debida a lo deprisa que corría.

Tony le salió al paso y le agarró de tal manera que Curt volvió a estar a punto de caerse. Sandy vio que la mano libre de su compañero se cerraba y empezaba a subir. Luego la mano se relajó. Sandy no sabía cuánto le había faltado al novato para pegarle un puñetazo a su sargento. Tampoco quería saberlo. Lo importante era que Curt reconocía a Tony (y la autoridad que tenía este sobre él), y que se sometía a ella.

Tony quiso coger las gafas de soldador. Curt negó con la cabeza.

Tony le dijo algo.

Curt contestó sacudiendo la cabeza con vehemencia.

A la luz de los destellos, que conservaban su intensidad, Sandy asistió a otra pugna interna, la de Tony Schoondist y sus ganas de ordenar a Curt que le diera las gafas. A1 final Tony giró sobre los talones y miró a los troopers congregados. Con tanta prisa y tantos nervios, el sargento jefe les había dado lo que podía interpretarse como dos órdenes: retroceder y volver al cuartel. La mayoría había optado por obedecer la primera e ignorar la segunda. Tony respiró hondo, exhaló y le dijo algo a Dicky-Duck, que escuchó, asintió y volvió a meterse en el cuartel.

El resto vio que Curt corría hacia el cobertizo B, y que de camino tiraba al suelo la gorra de béisbol y se ponía las gafas de soldador. A pesar de que Sandy le tenía gran simpatía y respeto al miembro más reciente de Troop D, no vio nada heroico en los pasos de Curt, ni siquiera en el momento de darlos. El heroísmo consiste en arrostrar el miedo y seguir adelante. Esa noche Curt Wilcox no tenía ni pizca de miedo. Estaba borracho de entusiasmo, y de una curiosidad tan profunda que era compulsiva. Mucho después, Sandy llegaría a la conclusión de que esa noche Tony había dejado ir a Curtis porque no veía ninguna posibilidad de retenerle.

Curt se quedó a unos tres metros de la puerta de persiana. En ese momento, dentro del cobertizo, se produjo un violento fogonazo que le hizo protegerse la vista con las manos, a pesar de que llevaba puestas las gafas de soldador. Sandy vio filtrarse la luz ene tre sus dedos en forma de rayos entre violetas y blancos. A1 mismo tiempo, la sombra de Curt se recortó en la neblina como una silueta de gigante. Luego se apagó la luz, y Sandy, a través de la mancha que se le había quedado en la retina, vio que Curt volvía a avanzar. Llegó a la puerta y miró dentro. Se quedó así hasta el siguiente fogonazo, que le hizo retroceder, aunque volvió enseguida a la ventana.

Mientras tanto Dicky-Duck Eliot, que volvía de su misterioso encargo, pasó al lado de Sandy, y este vio qué llevaba. El sargento insistía en que no saliera ningún coche patrulla sin su correspondiente cámara Polaroid. Pues bien, Dicky-Duck había corrido por una. 5e la dio a Tony, y en ese momento se encogió sin querer, porque se había encendido el cobertizo con otra descarga silenciosa de luz.

Tony cogió la cámara y corrió hacia Curtis. Este seguía mirando dentro del cobertizo y retrocediendo a cada destello (o serie de ellos). Por lo visto las gafas de soldador no eran protección suficiente para lo que estaba pasando dentro.

Sandy notó algo mojado en la mano y estuvo a punto de gritar, pero al bajar la vista vio al perro del cuartel. Seguro que hasta entonces Mr. Dillon había estado roncando en el linóleo entre el lavabo y la estufa, su lugar favorito. Ahora salía para averiguar la causa de tanto ajetreo. Viéndole los ojos tan brillantes, tan erguidas las orejas y tan tiesa la cabeza, Sandy comprendió que se daba cuenta de que pasaba algo, pero no se le notaba el miedo de ocasiones anteriores. No parecía que le pusieran nervioso las luces.

Curtis intentó coger la Polaroid, pero Tony no la soltaba. Se quedaron delante de la puerta del cobertizo B, convertidos a cada nuevo fogonazo en siluetas encogidas. ¿Discutían? A Sandy le pareció que no. Al menos no del todo. Tenía la impresión de que se trataba de una conversación acalorada como la que pudieran mantener dos científicos durante la observación de un fenómeno desconocido. O puede que no sea ni un fenómeno, pensó. Puede que sea un experimento, y nosotros los cobayas.

Empezó a medir la duración de los intervalos de oscuridad, mientras él y los demás observaban a los dos hombres delante del cobertizo: uno con unas gafas enormes y el otro con una cámara Polaroid (un armatoste), recortados como dos bailarines en una pista con iluminación estroboscópica. A1 empezar, los fogonazos habían sido como relámpagos en cadena, pero ahora las pausas eran significativas. Sandy contó seis segundos... diez segundos... siete... catorce... veinte.

Buck Flanders dijo al lado: -Me parece que ya se acaba.

Mr. D ladró e hizo el movimiento de echar a correr. Sandy lo sujetó por el collar. Quizá solo quisiera reunirse con Curt y Tony, pero también era posible que se propusiera ir hasta lo que había dentro del cobertizo. Quizá volviera a sentir su atracción. A Sandy le importaba muy poco la respuesta. No pensaba soltarlo. Tony y Curt caminaron hacia la puerta lateral, y al llegar se enzarzaron en otra discusión. Al final Tony asintió (a Sandy le pareció que con escasa convicción) y le dio a Curt la cámara. Curt abrió la puerta, y en ese momento la cosa soltó otro fogonazo de luz fortísima. Sandy ya se temía no verle cuando

se apagara, que se hubiera desintegrado o le hubieran teletransportado a una galaxia muy lejana donde se pasaría el resto de la vida engrasando cazas alaX o a saber si sacándole brillo al culo negro de Darth Vader.

Tuvo el tiempo justo de ver que Curt seguía en el mismo sitio de antes, con una mano delante de las gafas. A su derecha, un poco rezagado, Tony Schoondist quedó retratado en el acto de dar la espalda a la luz con las manos protegiéndose la cara. Las gafas de sol no servían de nada, como bien sabía Sandy, que también llevaba unas. Cuando volvió a ver algo, Curt había entrado en el cobertizo.

En ese momento la atención de Sandy se volcó por completo en Mr. Dillon, el cual, pese a retenerlo Sandy por el collar, seguía intentando soltarse. Había perdido toda la calma de antes. Gruñía y gañía con las orejas pegadas a la cabeza, y enseñando los dientes.

-¡Que me ayude alguien!

Buck Flanders y Phil Candleton también sujetaron el collar del perro, al principio en vano. El perro proseguía su terco avance, tosiendo, llenando el suelo de baba y con la mirada fija en la puerta lateral. Normalmente era lo más dócil del mundo, pero en ese momento Sandy habría agradecido una correa y un bozal. Como se girara y soltara un mordisco, se corría el riesgo de que alguien se quedara sin uno o dos dedos.

-¡Cerrad la puerta! -le dijo Sandy al sargento a voz en grito-. ¡Cerradla, joder, o también entrará el perro!

Tony puso cara de sorpresa, pero al ver el problema cerró la puerta. Mr. Dillon se relajó casi enseguida. Primero cesaron los gruñidos y luego los gañidos. Lo último fueron un par de ladridos atónitos, como si no recordara muy bien por qué se había alterado tanto. Sandy se preguntó si se debía al zumbido, que con la puerta abierta sonaba bastante más alto, o bien a algún olor. Se inclinaba por lo segundo, pero no podía estar seguro. Más tarde, hablando con cierto número de personas (entre ellas el hijo de Curtis Wilcox), diría que con el Buick no era cuestión de lo que se sabía, sino de lo que no se sabía.

Viendo avanzar algunos hombres, Tony les dijo que se detuviesen. Tranquilizaba oírle la voz normal, pero seguía flotando una sensación extraña. La de Sandy, incontenible, era de que debería haber habido un fondo de gritos y explosiones de banda sonora de película, sumándose a ello quizá el ruido de la propia tierra protestando.

Tony se volvió de nuevo hacia la hilera de ventanas de la puerta de persiana y miró por una.

-¿Qué hace, sargento? -preguntó Matt Babicki-. ¿Está bien?

-Sí, perfecto -dijo Tony-. Se dedica a rodear el coche y hacer fotos. Oye, Matt, ¿se puede saber qué haces fuera? Haz el favor de volver a tu despacho.

-Es que la radio está escacharrada, jefe. Por la estática. -Pues quizá ahora funcione mejor. Como esto. Superficialmente, Sandy le notaba la voz normal, pero seguía habiendo un trasfondo de euforia. Cuando Matt se volvió, Tony añadió:

-Oye, que de esto ni mu, al menos en la frecuencia normal. Ni ahora ni nunca. Si tienes que hablar del Buick, es... es código D, ¿Entendido?

-Sí, señor -dijo Matt.

Y subió por los escalones de detrás con los hombros caídos, como si le hubieran dado unos azotes.

-¡Sandy! -dijo Tony-. ¿Al perro qué le pasa? -Ahora está bien. ¿Y al coche?

-Parece que también está bien. No está quemándose nada, ni se nota que haya explotado nada. En el termómetro pone doce grados. Dentro hace un frío...

-Si está tan bien el coche, ¿por qué le hace fotos Curt? -preguntó Buck.

-Buena pregunta -contestó el sargento Schoondist, y se quedó tan pancho.

Seguía vigilando a Curt, que continuaba con sus vueltas al coche como si fuera un fotógrafo de modas caminando alrededor de una modelo. Hacía fotos, y cada vez que salía una Polaroid por la ranura se la metía en la goma de la cintura de los viejos shorts caquis que llevaba. Entretanto, Tony permitió que se acercara el resto de los presentes en grupos de cuatro y mirara. Cuando le llegó el turno a Sandy, quedó sorprendido por lo verdes que se le ponían a Curtis los tobillos a cada destello del Buick. ¡Radiación!, pensó. ¡Coño, que tiene quemaduras por la radiación! Hasta que se acordó de lo que había estado haciendo y no pudo aguantarse la risa. Michelle no quería que se pusiera al teléfono porque estaba cortando el césped. Que era lo que tenía en los tobillos: manchas de hierba.

-Venga, sal -murmuró Phil a la izquierda de Sandy. Seguía aguantando al perro por la correa, aunque ahora a Mr. D se lo veía dócil-. Sal, no te la juegues.

Curt empezó a retroceder hacia la puerta, como si hubiera oído a Phil; o a todos, porque todos pensaban lo mismo. Lo más probable era que se le hubiera acabado el carrete.

En cuanto apareció en la puerta, Tony le pasó un brazo por los hombros y le dijo algo. En ese momento se produjo el último coletazo de luz, que fue un simple chispazo. Sandy miró su reloj.

Eran las nueve menos diez. En total no había llegado a la hora, Tony y Curt miraban las polaroids con una intensidad que a Sandy le resultaba incomprensible, suponiendo que fuera verdad lo que había dicho Tony de que no había cambiado ni el Buick ni el resto de lo del cobertizo. La impresión de Sandy era que no, que no habían cambiado.

AI final Tony asintió como si hubieran acordado algo, y se reunió con el resto de los troopers, mientras Curt iba a echar el último vistazo por la puerta de persiana. Ya se había puesto las gafas de soldar en la frente. Tony dio órdenes de que volvieran todos al cuartel menos George Stankowski y Herb Avery. Herh había vuelto de patrullar en pleno espectáculo de luces. Probablemente quisiera cagar. Era capaz de desviarse diez kilómetros de su camino para hacer caca en el cuartel. Lo sabía todo el mundo, pero él soportaba estoicamente las bromas. Decía que en los váteres ajenos se podían pillar enfermedades, y que el que no se lo creyera tendría merecido lo que le pasara. A juicio de Sandy, era tan sencillo como que Herb les tenía afición a las revistas del cagadero de arriba. El trooper Avery, que diez años más tarde moriría en un accidente de coche con vuelta de campana, era fiel a American Heritage.

-Os toca el primer turno de vigilancia -dijo Tony-. Si veis algo raro me avisáis. Aunque solo os lo parezca.

Ante la perspectiva de hacer de centinela, Herb rezongó y se dispuso a protestar.

-Chitón y punto en boca -dijo Tony señalándole-. No quiero oír ni una palabra.

Herb se fijó en que el sargento jefe tenía manchas rojas en las mejillas, y cerró la boca. Sandy lo consideró muy sensato. Cuando los demás cruzaron el cuartel, con el sargento Schoondist en cabeza, Matt Babicki hablaba por la radio. Pidió el veinte a la unidad 6, y la respuesta de Andy Colucci se oyó a la perfección. De nuevo no había estática.

Ocuparon los asientos de la salita de estar del piso de arriba. Los últimos de la fila tuvieron que conformarse con parcelitas de alfombra. La sala de abajo era más grande y tenía más sillas, pero Sandy juzgó que la decisión de Tony de hacer subir a sus hombres había sido acertada. No era un asunto policial, sino de familia. En todo caso, no estrictamente policial.

El último en llegar fue Curtis Wilcox con las polaroids en una mano, las gafas de soldar en la frente y calzando chancletas en los pies verdes. Llevaba una camiseta donde ponía DEPARTAMENTO DE ATLETISMO DE LA UNIVERSIDAD DE HORLICKS.

Se acercó al sargento y mantuvieron un coloquio de murmullos, mientras el resto esperaba. A continuación Tony volvió a dirigirse al resto de sus hombres.

-No ha habido ninguna explosión, y tanto Curt como yo consideramos que tampoco ninguna fuga de radiación.

La frase fue acogida con grandes suspiros de alivio, aunque varios troopers siguieron poniendo cara de no del todo convencidos. Sandy, a falta de espejo, no sabía qué cara ponía, pero las dudas las tenía dentro.

-Pasadlas, por favor-dijo Curt.

Repartió el montón de polaroids en grupos de dos y tres. En las que estaban hechas durante los fogonazos casi no se veía nada: un enrejado brillante, una porción de techo del Buick... Había otras más claras. La mejor tenía esa textura tan rara, plana y teatral, que es exclusiva de las fotos polaroid. Parece que digan: Veo un mundo donde solo existen causas y efectos. Un mundo donde cada objeto es un avatar, y sin dioses moviéndose entre bambalinas.

-A la película Polaroid le pasa lo mismo que a los carretes normales y a las chapas que tienen que llevar los que trabajan en zonas de mucha radiación-dijo Tony-: si recibe rayos gamma, se vela. Algunas de estas fotos están sobreexpuestas, pero no hay ninguna velada. Vaya, que no somos radiactivos.

Phil Candleton dijo:

-No se moleste, sargento, pero a mí no es que me entusiasme la idea de jugarme la vida y las pelotas por la compañía Polaroid.

-Mañana a primera hora iré a Pittsburgh y compraré un contador Geiger --dijo Curt. Hablaba con sosiego, pero se le seguía notando un temblor de entusiasmo. Bajo su tono imperturbable de por favor, baje del coche. Curt Wilcox estaba a punto de perder los papeles-. En la tienda de excedentes militares de la calle mayor venden. Me parece que cuestan unos trescientos dólares, Si no le parece mal a nadie, cogeré el dinero del fondo de imprevistos.

No hubo objeciones.

-De momento -dijo Tony-, se impone más que nunca la discreción. No sé si ha sido suerte o la providencia, pero creo que esa cosa ha caído en manos de gente capaz de tener discreción, ¿Vais a tenerla?

Se oyeron murmullos de asentimiento.

Dicky-Duck estaba en el suelo, con las piernas cruzadas y acariciando la cabeza de Mr. D. El perro dormía con el hocico encima de las patas. Se notaba que para la mascota del cuartel había pasado el momento de los nervios.

-Estoy de acuerdo, pero a condición de que la aguja del Geiger no pase de lo verde -dijo Dicky-Duck-. Si pasa, voto por avisar a los federales.

-¿Qué te crees, que lo harían mejor que nosotros? -repuso Curt, acalorado-. ¡Pero hombre, Dicky! El FBI ya tiene bastante trabajo, y...

-A menos que pienses forrar de plomo el cobertizo B con el fondo de imprevistos... -empezó alguien.

-Vaya comentario más ton... -se dispuso a replicar Curt; pero Tony le puso una mano en el hombro y evitó que se expusiera a daños mayores.

-Si hay radiación -dijo Tony-, nos lo quitamos de encima. Os lo prometo.

Curt puso cara de sentirse traicionado. Tony le sostuvo la mirada sin alterarse. La suya decía: Ya sabemos que no es radiactivo; lo demuestran las fotos, ¿De qué sirve buscar guerra?

-No sé, pero a mí me parece que habría que entregárselo al gobierno -dijo Buck-. Quizá pudieran ayudarnos... digo yo... o inventarse algo... defensivo...

La voz fue perdiéndosele a medida que se percataba de la oposición general. Los agentes de la policía estatal de Pensilvania colaboraban a diario con algún organismo gubernamental: el FBI, la oficina de recaudación de impuestos, la agencia antidrogas, la

dirección de seguridad y salud ocupacional, y sobre todo la comisión interestatal de comercio. No hacía falta llevar mucho tiempo en el cuerpo para darse cuenta de que la mayoría de los federales no eran más listos que cualquier hijo de vecino. A juicio de Sandy, cuando los federales sí tenían alguna chispa de inteligencia, tendía a ser en ayuda de ellos mismos; eso cuando no había mala intención. En general eran esclavos del trabajo, adoradores del altar de santa Rutina. Antes de ingresar en la policía estatal de Pensilvania, la PSP, Sandy había visto la misma actitud anodina y respetuosa con las normas en el ejército. Por otro lado, como no era mucho mayor que el propio Curtis, seguía siendo bastante joven para aborrecer la idea de ceder el Roadmaster. En caso de necesidad, más valía ponerlo en mano de científicos del sector privado, y hasta de un grupo de la universidad de la que Curt llevaba propaganda en su camiseta de cortar el césped.

De todos modos, como el Troop, la familia gris, nada. Buck se había quedado callado.

-Supongo que no es buena idea -dijo.

-Tranquilo -dijo alguien-, que no te vas con las manos vacías. Has ganado la enciclopedia Grolier y nuestro divertidísimo juego de la casa.

Antes de seguir, Tony aguardó a que se propagaran y apagaran unas cuantas risas por la sala.

-Quiero que se enteren de lo de esta noche todos los que estén trabajando fuera del cuartel, para que sepan a qué atenerse si se repite. Que corra la voz. Ah, y que también se divulgue el código del Buck: D de dinero. Solo D. ¿De acuerdo? Ya os tendré informados, empezando por lo del contador Geiger. Se hará la prueba mañana, antes del segundo turno de vigilancia. Tenéis mi palabra. A nuestras mujeres, hermanas, hermanos y mejores amigos que no sean del cuerpo no les contaremos nada de lo que pasa, pero entre nosotros os prometo que la información será exhaustiva. Lo haremos a la antigua usanza, por parte verbal. Por ahora no hay ningún documento sobre el vehículo de ahí fuera, suponiendo que sea un vehículo, y tampoco va a haberlo. Está todo claro?

Otro murmullo de aquiescencia.

-¿Por qué?

-No lo sé. Simple corazonada.

A las tres de la tarde, mientras Sandy, diligente, inscribía nombre en el libro de turnos debajo de 2° turno/3P-11P y se ponía a salir de patrulla, la temperatura del cobertizo había bajado casi hasta ocho. Eran catorce grados de diferencia con la temperatura veraniega que hacía al otro lado de las delgadas pared de madera.

Debió de ser sobre la seis, estando Sandy aparcado junto restaurante Jimmy's de la autopista vieja de Statler, bebiendo café y vigilando excesos de velocidad, cuando parió por primera vez el Roadmaster.

Arky Arkanian fue la primera persona que vio lo que había salido del Buick, pero sin saber qué veía. En el cuartel de Troop D la situación era tranquila, no serena del todo, pero tranquila. La causa, en gran medida, era el informe de Curt y Tony sobre la ausencia de radiactividad en el cobertizo B. Arky venía de su remolque de Dreamland Park, encima de los Bluffs, para lo mismo que todos: echarle un vistazo al coche embargado sin estar de servicio. Se evitó compartirlo. De momento en el cobertizo B no había ni un alma. A unos cuarenta metros, el cuartel presentaba la calma del medio turno, que en cuestión de calma era el no va más. Matt Babicki tenía la noche libre, y las comunicaciones las llevaba uno de los agentes más jóvenes. En cuanto a Curt, que se había inventado un cuento chino para justificarle a su mujer la salida de la noche anterior, debía de haberse vuelto a poner las chancletas y, como buen chico, estaría terminando de cortar el césped.

A las siete y cinco minutos, el guardián de Troop D (que se había puesto muy pálido, muy pensativo y muy asustado) pasó al lado del cubículo de comunicaciones, y del chaval que lo ocupaba, y entró en la cocina para ver a quién encontraba. Buscaba a alguien que no fuera un novato, alguien avezado. Encontró a Huddie Royer en el acto de darle los últimos retoques a una cazuela grande de macarrones con queso Kraft.

AHORA: ARKY

-¿Y luego? -va y pregunta el chaval. En ese momento era clavado a su padre: la manera de estar sentado en el banco, la manera de mirar a los ojos, la manera de torcer las cejas, y sobre todo la impaciencia, la impetuosidad: pura herencia de su padre-. ¿Qué más?

-Esa parte no me toca -le dijo Sandy-. Yo no estaba. En cambio estos dos sí.

Como era de esperar, el chaval trasladó su atención hacia Huddie y yo.

-Venga, Hud -le digo yo-, que estás acostumbrado a hacer informes.

-Y una mierda -va y me suelta el tío-. Estabas tú primero. Fuiste el primero que lo vio. Empieza tú.

-Jo...

-¡Da igual, que empiece cualquiera de los dos! -nos dijo el chaval.

Y ¡plaf! Golpe en la frente con la base de la mano, justo entre los ojos. No pude aguantarme la risa.

-Venga, Arky -me dilo el sargento.

-¡Mecachis! --dije-. Es que nunca lo he contado así, como una historia. No sé cómo me saldrá.

-Inténtalo -insistió el sargento.

Que es lo que hice. Al principio me costó bastante; notaba que el chaval me clavaba los ojos como uñas, y pensaba todo el tiempo: Esto no se lo traga ni muerto. Pero después de un rato mejoró. Cuando hablas de algo que ha pasado hace mucho tiempo, notas que vuelve a abrirse todo como si fuera una flor. Supongo que tiene su lado bueno y su lado malo. Esa noche, sentado y hablando con el hijo de Curtis Wilcox, yo le veía a los dos.

Después de un rato vino Huddie y empezó a ayudarnos. Se acordaba de la tira de cosas, hasta de que en la radio ponían a Joan Baez. «La redención está en los detalles», que decía el sargento de antes (la mayoría de las veces cuando alguien, haciendo un informe, se olvidaba de poner algo importante). Y el chaval todo el rato sentado en el banco y mirándonos con unos ojos que se agrandaban cada vez más, mientras se oscurecía la tarde y, como es típico en verano, soltaba sus olores, y volaban los murciélagos, y al sur no paraban de oírse truenos. Me dio tristeza ver lo mucho qúe se parecía a su padre. No sé por qué.

Solo me interrumpió una vez. Se volvió hacia Sandy para saber si aún teníamos las...

-Sí, sí que las tenemos -le dijo Sandy sin pensárselo dos veces-. ¡Por supuesto! Esas fotos y otras, toneladas. La mayoría polaroids. Los polis, chaval, si saben hacer algo es mantener la cadena de pruebas. Y ahora calladito. ¿No querías saberlo? Pues deja que te lo explique.

Sabiendo que se refería a mí, seguí hablando.

ENTONCES

En aquella época Arky tenía una vieja camioneta Ford, la típica de tres marchas (cuatro contando la marcha atrás, bromeaba) y con un embrague que chirriaba. La aparcaba en el mismo sitio que veintitrés años después, con la diferencia de que entre una y otra fecha la cambió por una Dodge Ram con transmisión automática y tracción en las cuatro ruedas.

En 1979, al fondo del aparcamiento había un autobús escolar desvencijado del condado de Statler, un cacharro oxidado de color amarillo que como mínimo llevaba allí desde la guerra de Corea, hundiéndose cada año más en los hierbajos y en el polvo. Que nunca se lo llevara nadie era uno de los tantos misterios de la vida. Arky le arrimó la camioneta, cruzó el aparcamiento hacia el cobertizo B y miró por una de las ventanas de la puerta de persiana, poniéndose una mano a cada lado de la cara para protegerse de la luz del sol, que estaba al oeste.

Había una luz encendida en el techo. A Arky, el Buick, que estaba debajo, le pareció un coche de exposición, el típico que iluminado queda tan bien que habría que estar loco para no tener ganas de firmar lo que fuera para llevarse a casa semejante joya. No se veía nada raro, como no fuera la tapa del maletero, que volvía a estar levantada.

Habría que informar al que esté de guardia, pensó. Él solo era vigilante, no poli, pero se le había pegado el gris trooper. Se apartó de la ventana, y por casualidad miró el termómetro que Curt y el sargento habían colgado de la viga. La temperatura del cobertizo había vuelto a subir, y bastante. Había casi dieciséis grados. Arky tuvo la idea de que el Buick era una especie de serpentín de nevera que se había apagado solo (a menos que se hubiera quemado durante la exhibición de fuegos artificiales).

Siendo el único al corriente de aquella subida repentina de temperatura, Arky estaba revolucionado. Empezó a volverse con la intención de correr al cuartel. Entonces fue cuando vio lo que había en el rincón del cobertizo.

Solo es ropa vieja amontonada, pensó; pero había algo mas que indicaba.., pues eso, algo más. Volvió a mirar por el cristal y a protegerse de la luz con las manos, En efecto, el bulto era algo más que ropa vieja. ¡Caramba si lo era!

Sintió una debilidad como de gripe en las rodillas y los muslos. La sensación le subió por el estómago, aflojándolo, y pasó al corazón, acelerándolo. Por un momento, Arky estuvo casi seguro de que se desmayaría y sé quedaría tirado en el suelo.

Oye, y digo yo, pedazo de cazurro, ¿no podrías volver a respirar? Quizá sirva de algo.

Arky aspiró dos bocanadas secas de aire sin importarle el ruido que pudiera hacer. Era el mismo que había hecho su padre al tener el infarto y esperar la ambulancia acostado en el sofá.

Se apartó de la puerta de persiana dándose golpes en el centro del pecho con el lado de un puño.

-Venga, majo, un poco de calma.

Le deslumbraba el sol, que se hundía en un caldero de sangre. Había seguido aflojándosele el estómago, con el efecto de que ahora tenía ganas de vomitar. De repente parecía que el cuartel estuviera a tres o cuatro kilómetros. Se encaminó hacia él recordándose que había que respirar y concentrándose en dar pasos largos y regulares. Una parte de él tenía ganas de correr; la otra comprendía que intentarlo era arriesgarse a sufrir, esta vez sí, un desmayo.

-Te tomarían tanto el pelo que no te dejarían vivir. Ya lo sabes. Pero lo que le preocupaba no eran las burlas, sino llegar con cara de desquiciado, presa del pánico, como el típico tío que llega para meter algún rollo.

Lo cierto es que al entrar se sentía algo mejor. Aún estaba asustado, pero no tanto como cuando tenía ganas de vomitar o de salir por piernas del cobertizo. Entretanto, además, había tenido una idea de efectos tranquilizadores. Quizá fuera un simple truco.

Una broma. Los troopers, con él, se pasaban el día de guasa. ¿Verdad que le había comentado a Orville Garrea que quizá pasara por la tarde a echarle una miradita al Buick? Sí, y era muy posible que Orv hubiera decidido reírse a su costa. ¡Vaya panda de chistosos que tenía de compañeros! Siempre había uno tomándole el pelo.

La idea sirvió para calmarle, pero en el fondo Arky no se la creía. Una cosa era que a Orv Garrea le fuera la chunga, que le gustara reírse, como a cualquiera, y otra que fuera capaz de usar lo del cobertizo para una broma. Ni él ni nadie. ¿Habiendo insistido tanto el sargento Schoondist? Ni hablar.

Ah, pero es que el sargento no estaba. Tenía cerrada la puerta, y en el cristal esmerilado no había luz. En cambio estaba encendida la de la cocina, y salía música por la puerta: Joan Baez cantando «The Night They Drove Old Dixie Down». Arky entró y encontró a Huddie Royer en el acto de echar un trozo enorme de margarina en una olla de fideos. ¡Qué porquería!, pensó. Tu corazón no te lo agradecerá, La radio de Huddie (la pequeña con correa que se llevaba a todas partes) estaba al lado de la tostadora.

-¡Hombre, Arky! -dijo Huddie-. ¿Qué haces tú aquí? No me lo digas.

-¿Está Orv Garrea? -preguntó Arky.

-No, qué va, tenía tres días libres y vuelve mañana. Se ha ido a pescar. ¡Los hay con suerte! ¿Te pongo un tazón? -Huddie levantó la olla, miró a su compañero fijamente y se dio cuenta de que la persona que tenía delante estaba muerta de miedo-. ¡Arky, tío! ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

Arky se desplomó en una de las sillas de la cocina, con las manos colgando entre los muslos. Miró hacia arriba, a Huddie, y abrió la boca, pero al principio no le salió nada.

-¿Qué pasa? -Huddie dejó la olla de macarrones en el mármol, sin mirarla-. ¿Es algo del Buick?

-¿Estás tú de guardia, Hud? -Sí, hasta las once. -¿Quién más hay?

-Un par arriba. No sé. Si lo dices por el jefe, ya puedes olvidarte. Esta noche, más jefe que yo no encontrarás. O sea, que cuéntamelo.

-Sal por detrás -le dijo Arky-. Míralo tú. Y tráete unos prismáticos.

Huddie pilló unos prismáticos del almacén, pero no servían de nada. Lo que había en el rincón del cobertizo B estaba demasiado cerca, y con prismáticos se veía borroso. A los dos o tres minutos de toquetear el botón de enfocar, Huddie se dio por vencido.

-Voy a entrar.

Arky le cogió una muñeca.

-¡No, tío! ¡Avisa al sargento! ¡Que decida él!

Huddie, que podía ser muy tozudo, negó con la cabeza. -El sargento está durmiendo. Ha llamado su mujer para decirlo, y ya sabes cuando llama lo que quiere decir: que no la despierte ni Dios, como no haya empezado la Tercera Guerra Mundial.

-¿Y si lo de dentro es la Tercera Guerra Mundial?

-A mí no me preocupa -dijo Huddie. A juzgar por su cara, era la mentira de la década, o del siglo. Volvió a mirar por la ventana con una mano a cada lado de la cara. Los prismáticos, inútiles, se habían quedado en el suelo, al lado de su pie izquierdo--. Está muerto.

-Puede -dijo Arky-. Y puede que sea un truco. Huddie se giró para mirarle.

-Lo dices por decir. -Una pausa-. ¿Verdad?

-No sé qué digo y qué no digo. No sé si está muerto o si solo descansa. Tú tampoco. ¿Y si quiere que entre alguien? ¿Se te ha ocurrido? ¿Y si está esperándote?

Huddie se lo pensó y dijo:

-Pues entonces tendrá lo que quiere.

Se apartó de la puerta con la misma cara de susto que Arky al entrar en la cocina, pero también de determinación. iba en serio. Un holandés tozudo.

-Escúchame, Arky. -Qué.

-Carl Brundage está arriba, en la sala de estar. También Mark Rushíng. Me parece, vaya. A Loving, el de comunicaciones, no le avises, que no me fío de él. Es demasiado

novato. Sube y cuéntales qué pasa a los otros dos. Y no pongas esa cara. Seguro que no es nada, pero más vale contar con todos los que se pueda.

-Por si no es nada. -Exacto.

-0 sea, que podría ser algo. Huddie asintió.

-¿Estás seguro? --Ajá.

-Vale.

Huddie caminó pegado a la puerta de persiana, dobló la esquina y se plantó delante de la puerta normal, la lateral. Luego respiró hondo, contó hasta cinco y vació los pulmones. Por ultimo desabrochó la correa de la culata de su pistola, por entonces una Ruger 357.

-¿Huddie?

Huddie se sobresaltó. Si en vez de tener la mano en el seguro la hubiera tenido en el gatillo, casi seguro lo habría apretado, y probablemente se hubiera destrozado el pie. Gíró sobre los talones y vio a Arky en la esquina del cobertizo, con sus ojos grandes y oscuros perdidos en la contracción del rostro.

-¡Mierda! -exclamó Huddie-. ¿Por qué me sigues como un fantasma?

-Que no, que caminaba normal.

-¡Venga, entra! Ya te he dicho que avises a Carl y Mark. Arky meneó la cabeza. Aunque tuviera miedo, había decidido que quería participar en los hechos. A Huddie le pareció comprensible. Estaba demostrado: el gris trooper se pegaba. -Bueno, pues venga, tontolaba.

Huddie abrió la puerta y entró en el cobertizo, donde seguía haciendo más frío que fuera... aunque ninguno de los dos habría podido decir hasta qué punto hacía frío, porque sudaban como cerdos tanto el uno como el otro. Huddie llevaba la pistola junto al pómulo derecho. Arkie descolgó un rastrillo de los ganchos de al lado de la puerta y chocó con una pala. Ambos se sobresaltaron. Para Arky, peor que el ruido era la forma de sus sombras en la pared: parecían moverse a saltos, como sombras de duendes. -Huddie... -dijo.

-¡Chist!

-Si está muerto, ¿por qué me haces chist?

-¡No te hagas el listo! -contestó Huddie susurrando. Caminó en dirección al Buick, Arky le seguía, empuñando el rastrillo con las manos sudorosas y yéndole el corazón a cien. Notaba la boca seca, con un gusto como a quemado. Nunca había tenido tanto miedo, y el hecho de no saber exactamente de qué solo servía para empeorarlo.

Huddie se colocó detrás del Buick y echó un vistazo al maletero abierto. Tenía la espalda tan ancha que le tapaba a Arky toda la vista.

-¿Qué hay dentro, Hud? -Nada. Está vacío.

Huddie cerró la tapa, tras una vacilación y un encogimientd de hombros. El ruido les sobresaltó a los dos, y miraron la cosa del rincón. No se movía. Huddie dio unos pasos hacia ella. Volvía a llevar la pistola a la altura de la cabeza. El roce de las suelas con el cemento era muy ruidoso.

Cuanto más se acercaban a la cosa, más se convencían de que estaba efectivamente muerta, pero no fue ningún alivio, porque ninguno de los dos había visto nada parecido. Ni en los bosques del oeste de Pensilvania, ni en un zoo, ni en una revista de animales. ¡Era tan diferente! A Huddie se le despertaron recuerdos de películas de terror, pero la cosa que estaba acurrucada en una esquina del cobertizo tampoco se parecía a nada de eso.

Siempre acababa pensando lo mismo, la misma palabra: diferente. Arky, igual. La cosa, toda ella, gritaba que no era de allí, un allí que abarcaba toda la Tierra, no solo las Short Hills. Quizá todo el universo, al menos el concepto de universo que pudieran tener alumnos de sufi en ciencias, como era el caso de ambos. Parecía que de repente se hubiera disparado algún circuito de alarma que tuvieran metido en la cabeza.

Arky pensaba en arañas. No porque la cosa del rincón tuviera aspecto de araña, sino porque... pues,.. porque las arañas eran diferentes, Tantas patas, y no sabías qué podían pensar, ni siquiera cómo podían existir. Con aquella cosa pasaba lo mismo, pero en peor. Se mareaba solo de mirarla, de esforzarse por encontrarle algún sentido a lo que sus ojos afirmaban ver. Se le había puesto pegajosa la piel, le latía el corazón con irregularidad y las tripas parecían pesarle más que antes. Tenía ganas de correr, de poner pies en polvorosa, huir.

Joder -dijo Huddie con una vocecita gemebunda-. Jodeeer.

Parecía una súplica para que la cosa desapareciese. Su pistola basculó hasta apuntar al suelo. Solo pesaba un kilo, pero ahora su brazo ni siquiera podía aguantar ese peso. También tenía fláccida la cara, con el resultado de que se le abrían mucho los ojos y se le caía la mandíbula hasta abrírsele la boca. Arky jamás olvidaría el brillo de los dientes de Huddie en la penumbra. Al mismo tiempo empezó a temblarle todo el cuerpo, y Arky se dio cuenta de que él también temblaba.

La cosa del rincón tenía el tamaño de un murciélago muy grande, como los que colgaban en las Cuevas del Milagro de Lassburg, o en la que llamaban Gruta Maravillosa (visitas guiadas a tres dólares por cabeza, consulte tarifas especiales para familias), en Pogus City. Las alas le tapaban casi todo el cuerpo. No estaban plegadas, sino derramadas en pliegues superpuestos y desordenados, como si hubiera intentado plegarlas y se hubiera muerto sin conseguirlo. Las alas eran o negras o de un verde muy oscuro con manchas. Lo que se veía del lomo era de un verde más claro. La zona de la barriga tenía un color blancuzco, de queso, como el centro de un tocón podrido, o el tallo de un lirio de playa marchito. La cabeza, triangular, estaba ladeada. Sobresaliendo de la cara, que no tenía ojos, había una especie de hueso que podía ser una nariz o un pico. Debajo, la boca del ser estaba abierta. Le colgaba una tira amarillenta de tejido, como si se hubiera muerto regurgitando su última comida, Solo con mirar una vez, Huddie supo que tardaría bastante en volver a comer macarrones con queso.

Debajo del cadáver, alrededor de los cuartos traseros, había un charquito de pasta negra cuajada. La idea de que una sustancia así pudiera servir de sangre le dio a Huddie ganas de gritar. Pensó: Yo no lo toco. Antes de tocarlo mataría a mi madre.

Mientras lo pensaba, por la periferia de su campo de visión penetró un palo largo de madera. Soltó un gritito y retrocedió. -¡No, Arkie! -exclamó, pero era demasiado tarde. Después Arky no supo explicar por qué había tocado la cosa del rincón con el rastrillo. Un simple impulso al que había cedido antes de tener conciencia de sus actos.

Cuando la punta del mango del rastrillo tocó el punto donde se juntaban las dos alas arrugadas, se oyó un ruido como de papel rozando papel, y empezó a oler mal, como a col hervida pasada. Casi no se fijaron. Se quedaron helados al ver que la parte superior del rostro de la cosa se pelaba, dejando a la vista un ojo muerto y vidrioso, de un tamaño de bola de cojinete industrial.

Arky chilló y retrocedió soltando el rastrillo, que resonó al caer, y tapándose la boca con las manos. Encima de los dedos separados, sus ojos habían empezado a supurar lágrimas de terror.

Huddie se limitó a quedarse donde estaba, como clavado al suelo. -Era un párpado -- dijo en voz baja, roncamente-.Solo un párpado. Burro, que lo has movido con el rastrillo. Lo has movido y se ha abierto.

-¡Joder, Huddie! -Está muerto. -¡Joder, me cago en...! -¡Que te digo que está muerto!

-Va.., vale --dijo Arky con aquel acento tan raro, más marcado que nunca-. ¿Salimos?

-Para ser conserje eres muy listo.

Rehicieron el camino hacia la puerta, lentamente y de espaldas porque no querían perder de vista a la cosa. También porque ambos sabían que si veían la puerta perderían el control y echarían a correr. La puerta salvadora, la promesa de que detrás había un mundo cuerdo. Se les hizo eterno llegar.

Arky fue el primero en salir de espaldas. Empezó a respirar el aire fresco de la tarde a grandes bocanadas. Huddie salió detrás y dio un portazo. Luego se miraron un rato sin hacer nada. Ahora Arky, más que blanco, estaba amarillento. A Huddie le recordó un bocadillo de queso pero sin el pan.

-¿De qué te ríes? -preguntó Arky-. Dónde está la gracia? -En ninguna parte --dijo Huddie-. Solo intento no ponerme histérico.

-¿Qué, ahora piensas avisar al sargento Schoondist? Huddie asintió. No se le iba de la cabeza la manera con que se había pelado la mitad superior de la cabeza de aquella cosa al tocarla Arky con el palo. Intuyó que volvería a verlo en sueños, y acertó plenamente. -¿Y Curtis?

Huddie se lo pensó y negó con la cabeza. Curt tenía una esposa joven. A las esposas jóvenes les gustaba tener al marido en casa, y, después de unas cuantas noches seguidas de no recibir lo que querían, tendían a molestarse y hacer preguntas. Era natural. Como era natural que en ocasiones los maridos jóvenes dieran respuesta a esas preguntas, aunque supieran que estaba mal hecho. -¿Entonces sólo al sargento?

-No -dijo Huddie-. Que también venga Sandy Dearborn. Tiene la cabeza bien amueblada.

Estando Sandy en la zona de estacionamiento de Jimmy's, con la pistola radar sobre las piernas, oyó un aviso por radio. -Unidad 14, unidad 14.

-14.

Al oír su número había hecho lo mismo de siempre: mirar su reloj. Eran las siete y veinte.

-Oye,14, ¿podrías volver a la base? Tenemos un código D; repito, código D. ¿Recibido?

-¿3? -preguntó Sandy.

En casi todos los cuerpos policiales de Estados Unidos, 3 significa emergencia.

-No, negativo, pero nos iría bien una ayudita. -Recibido.

Volvió unos diez minutos antes de que llegara el sargento en su coche particular, una camioneta International Harvester que de hecho era más vieja que la Ford de Arky. Para entonces ya había empezado a correr la voz, y Sandy vio que delante del cobertizo B había una verdadera convención de troopers: la tira y media de agentes en las correspondientes ventanitas, todos mirando el interior. Brundage y Rushing, Cole y Devoe, Huddie Royer.,. Arky Arkanian caminaba detrás en círculos pequeños con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de los pantalones, y la frente llena de arrugas, como los peldaños de una escalera de mano. Sin embargo, no esperaba ventana libre. Arky ya había visto todo lo que quería ver, al menos en una noche.

Huddie puso a Sandy al corriente de lo sucedido. Después Sandy tuvo ocasión de mirar a fondo la cosa del rincón. También trató de adivinar lo que querría el sargento cuando llegara, y lo metió todo en una caja de cartón, al lado de la puerta lateral. Llegó Tony, aparcó torcido detrás del autobús escolar y acudió casi corriendo al cobertizo B, donde, sin ceremonias, apartó de un codazo a Carl Brundage para mirar por la ventana que quedaba más cerca de la criatura muerta. Se la quedó mirando mientras Huddie daba el parte. Terminado este, llamó a Arky y escuchó su versión de la historia.

Sandy tuvo la impresión de que esa noche se ponían a prueba los métodos de Tony para lo del Roadmaster, y de que aprobaban con nota. Durante los partes de Huddie y Arky fue apareciendo personal de Troop D. La mayoría de los hombres no estaba de servicio. Al oírle a Huddie el código del Buick, los pocos que llevaban puesto el uniforme estaban bastante cerca para acercarse a echar un vistazo. A pesar de todo no hubo barullo de conversaciones, competencia por estar en primera fila, intromisiones en la investigación de Tony ni avalancha de preguntas tontas que lo liaran todo sin necesidad. Lo más importante fue que no hubo piques ni pánico. A Sandy le daba miedo pensar en que hubiera habido periodistas cerca, experimentando el poder atávico de aquella cosa, la cual, a pesar de estar muerta, seguía siendo horrible y, sin saber por qué, amenazadora. A1 día siguiente, al comentárselo al sargento, Tony rió.

-El gigante de Cardiff en el infierno -dijo-. Habría pasado eso, Sandy.

Ambos, tanto el sargento como quien llegaría a serlo, conocían el término con que los periodistas definían el gestionar así la información, al menos cuando los gestores eran policías: fascismo.

Sin duda era pasarse un poco, pero lo cierto es que ninguno de los dos puso en duda que estuviera cerca el límite de toda suerte de excesos. (Tony dijo una vez: «Si quieres ver polis descontrolados, vete a Los Ángeles. Por cada tres buenos tienes dos memos de las juventudes hitlerianas en moto».) Lo del Buick, sin embargo, era un auténtico «caso especial». Eso tampoco lo pusieron en duda ninguno de los dos.

Huddie quiso saber si había acertado en no avisar a Curtis. Tenía miedo de que su colega tuviera la sensación de que habían pasado de él. Propuso al sargento ir directamente al cuartel y hacer una llamada telefónica. Él con mucho gusto.

-Curtis está bien donde está --dijo Tony-, y cuando sepa por qué no le hemos avisado lo entenderá. En cuanto al resto de vosotros...

Se apartó de la puerta de persiana. Su postura era tranquila, natural, pero tenía la cara muy blanca. A él también le había afectado ver la cosa del rincón, aunque fuera a través de un cristal.

Tanto como a Huddie y Arky, a Sandy le pasaba lo mismo, pero también notaba el entusiasmo del sargento Schoondist, la curiosidad desatada y frenética que compartía con Curt. La pulsación subterránea que decía: Pero ¿tú has visto eso? ¡Alucina, tío! Sandy la oía, y la reconocía, pero sin compartirla en lo más mínimo; ni él ni ninguno de los otros, que él supiera. En el caso de Huddie (y el de Arky), saltaba a la vista que se les había pasado de golpe.

-A ver, escuchadme los que estéis de servicio -dijo Tony. Tenía la típica media sonrisa, pero esa noche a Sandy le pareció un poco forzada-. Hay incendios en Statler, inundaciones en Leesburg y una racha de robos en el condado de Pogus. Sospechamos de los amish.

Hubo algunas risas. -Bueno, pues ¿qué esperáis?

Se produjo un éxodo general de troopers de servicio, seguido por el ruido de varios motores de Chevrolet V-8 arrancando. Los que no estaban de servicio se quedaron un poco más, pero no hizo falta que les dijera nadie que circulasen, venga, tíos, a casa, que se ha acabado el espectáculo. Sandy le preguntó al sargento si también tenía que marcharse.

-No, tú te quedas conmigo -dijo Tony.

Y arrancó a caminar hacia la puerta normal, deteniéndose lo justo para examinar los objetos que Sandy había metido en la caja de cartón: una de las polaroids, película virgen, un metro y un kit de recogida de pruebas, Sandy también había cogido de la cocina unas bolsas de basura de plástico verde.

-Buen trabajo, Sandy. -Gracias.

-Preparado para entrar? -Sí.

-¿Tienes miedo? -Sí.

-¿Como yo o menos?

-No lo sé.

-Yo tampoco. Lo que sé es que tengo miedo. Y mucho. Si me desmayo, me recoges.

-Bueno, pero cáete en mi dirección. Tony rió.

-Venga. Pasa al salón, como le dijo la araña a la mosca.

Con miedo o sin miedo, investigaron los dos bastante a fondo. Unieron sus esfuerzos para hacer un esquema del interior del cobertizo, que más tarde mereció el elogio de Curt a Sandy. La reacción de este fue asentir y reconocer que estaba logrado, digno, incluso, de ser presentado en los tribunales. A pesar de todo, había muchas líneas temblorosas. Las manos empezaron a temblarles nada más entrar en el cobertizo, y no se les pasó el temblor hasta que volvieron a salir.

Abrieron el maletero porque era como estaba al mirar Arky y fijarse en la cosa del rincón, e hicieron fotos a pesar de encontrarlo tan vacío como siempre. También las hicieron del termómetro (que ya había subido hasta veintiún grados), más que nada porque Tony pensó que habría sido la voluntad de Curt. También hicieron muchas del cadáver del rincón, desde todos los ángulos imaginables. En todas las polaroids salía el indescriptible ojo único. Brillaba como alquitrán fresco. Viéndose reflejado, Sandy Dearborn tuvo ganas de gritar. Y cada pocos segundos uno de los dos hombres volvía la cabeza para mirar el Buick Roadmaster.

Cuando estuvieron hechas las fotos, algunas con el metro al lado del cadáver, Tony sacudió una de las bolsas de basura y dijo: -Ve a buscar una pala.

-¿No quieres dejarlo hasta que Curt...?

-El agente de prueba Wilcox podrá mirarlo en el almacén -dijo Tony. Se le notaba una tensión extraña en la voz, una especie de estrangulamiento. Sandy se dio cuenta de que hacía esfuerzos ímprobos para no vomitar. El estómago de Sandy, quizá por simpatía, también sufrió un vuelquecito-. Que lo mire todo el tiempo que le dé la gana. Por una vez no tenemos que preocuparnos de romper la cadena de pruebas, porque no intervendrá ningún fiscal de distrito. De momento, a recoger esta porquería. No levantaba la voz, pero se le notaba cierta agresividad.

Sandy cogió una pala de la pared donde colgaba y deslizó la hoja por debajo del ser muerto. Las alas hicieron un ruido como de papel, un crujido que sin saber por qué ponía los pelos de punta. De repente una dejó a la vista un flanco negro y sin pelos. Fue la segunda vez que Sandy tuvo ganas de gritar desde que habían entrado. No habría sido capaz de explicarlo con exactitud, pero en el fondo de su cerebro había algo que suplicaba no tener que ver nada más.

Y lo olían todo el rato. Una peste a col pasada.

Sandy observó que la frente de Tony Schoondist estaba perlada de sudor, Algunas gotitas le rodaban por las mejillas dejando un rastro como de lágrimas.

-Venga -dijo Tony con la bolsa abierta-. Venga, Sandy, mételo antes de que vomite yo el almuerzo.

Sandy inclinó la pala, y al resbalar el peso experimentó cierto alivio. Después de que Tony fuera a buscar un saco del serrín rojo absorbente que guardaban para cuando se derramaba gasolina, y de que lo repartiera por encima de la mancha pastosa del rincón, el alivio fue compartido. Tony retorció la bolsa por arriba, con el bicho dentro, y le hizo un nudo. Después emprendieron el camino hacia la puerta.

Tony se detuvo justo antes de llegar.

-Haz una foto -dijo, señalando un punto alto de la puerta de persiana detrás del Buick, la que había usado Johnny Parker para sacar el coche con la grúa. Tony Schoondist

y Sandy Dearborn tenían la sensación de que desde entonces había pasado mucho tiempo-. De allí también, y de allí, y de allí arriba.

Al principio Sandy no vio qué señalaba el sargento. Apartó la mirada, parpadeó un par de veces y volvió a mirar. En efecto, había tres o cuatro manchas de color verde oscuro que le recordaron el polvillo que desprenden las alas de las mariposas nocturnas. De niños estaban convencidos de que era un veneno mortal, capaz de dejar ciego al que tuviera un resto en los dedos y se frotara los ojos.

-Ves qué ha pasado, ¿no? -preguntó Tony mientras Sandy levantaba la Polaroid y enfocaba la primera marca.

Le pareció que la cámara pesaba mucho, y aún le temblaban las manos, pero lo consiguió.

-Pues... no, sargento, me parece que no.

-La cosa esa, que no sé si es un pájaro, un murciélago o un zángano robot, ha salido volando del maletero al abrirse la tapa, ha chocado contra la puerta trasera (primera mancha) y ha empezado a rebotar por las paredes. ¿Has visto alguna vez cuando se queda encerrado un pájaro en un cobertizo o en un granero? Sandy asintió.

-Pues lo mismo.

Tony se enjugó el sudor de la frente y miró a Sandy. Este jamás olvidaría su mirada. Nunca había visto tan desnudos los ojos del sargento. Pensó que era la mirada que tenían a veces los niños pequeños cuando llegaba un adulto a decirles que no armaran tanto follón.

Jo, tío -dijo Tony con todo su aliento-. La hostia, Sandy asintió.

Tony miró la bolsa.

-¿A ti te recuerda un murciélago?

-Sí -dijo Sandy, y luego-: No. -AI término de otra pausa añadió-: Mentira.

Tony soltó una risa bronca que delataba cansancio.

-Más claro, el agua. Si estuvieras declarando en un juicio, a eso no podría darle la vuelta ningún abogado defensor.

-No sé, Tony. -Pero Sandy sabía algo: que no tenía ganas de cháchara, sino de volver a estar al aire libre-. ¿Tú qué crees? -Pues... si lo dibujara parecería un murciélago --dijo Tony-. En las polaroids que hemos hecho también parece un murciélago, pero.,. no acabo de saber cómo decirlo, pero...

-Que no da la sensación de que sea un murciélago -dijo Sandy.

Tony sonrió de manera sombría y encañonó a Sandy con el dedo.

-Muy zen, pequeño saltamontes, pero las manchas de la pared demuestran que como mínimo ha actuado como un murciélago, o como un pájaro encerrado. Ha revoloteado hasta caerse muerto en el rincón. ¡Coño, si hasta puede que se haya muerto de miedo!

Sandy se acordó de la ferocidad del ojo muerto, un ojo como de otro mundo, casi hasta el punto de no poder mirarlo. Por primera vez en su vida le pareció posible entender de verdad el con ceptoque había formulado el sargento Schoondist. ¿Morirse de miedo? Sí, era una muerte posible. Muy posible. A continuación, como parecía que el sargento esperara algo, dijo:

-0 puede que chocara tan fuerte contra la pared que se haya partido el cuello. -Se le ocurrió otra idea-. 0... oye, Tony, que igual lo ha matado el aire.

-¿Qué dices? -Que igual...

Sin embargo, los ojos de Tony se habían encendido, y asentía. -Claro -dijo-. Puede que el aire del otro lado del maletero del Buick sea diferente. A nosotros quizá nos sentara como gas venenoso.., y nos reventara los pulmones...

Con esto último Sandy tuvo suficiente.

-Tony, tengo que salir. Si no el que vomite seré yo.

En realidad, lo que temía no era vomitar, sino ahogarse. De repente la anchura de su tráquea había pasado de normal a simple agujerito.

Cuando volvieron a salir (casi había anochecido y se había levantado una brisa de verano de increíble suavidad), Sandy se encontró mejor. Tuvo la impresión de que Tony también; en todo caso, las mejillas del sargento habían recuperado una parte de su color. Mientras Tony cerraba la puerta lateral, se acercaron Huddie y unos cuantos troopers más, pero nadie dijo nada. Al ver aquellas caras, un simple observador, sin contexto en que basarse, podría haber pensado que se había muerto el presidente, o que alguien había declarado la guerra.

-¿Qué, Sandy? --dijo Tony-. ¿Ya te encuentras mejor? -Sí. -Sandy movió la cabeza para señalar la bolsa de basura, que colgaba como un péndulo inerte con su extraño peso al fondo-. Lo de que se haya muerto por el aire de aquí ¿lo decías en serio?

-Sí, claro, es posible. O por la impresión de estar en nuestro mundo. Porque te digo una cosa: yo dudo que pudiera vivir mucho tiempo en el mundo de donde ha venido este bicho, aunque sí que pudiera respirar el... -Tony se quedó callado, porque de repente Sandy volvía a poner mala cara. Más que mala, espantosa-, Sandy, ¿qué te pasa?

Sandy no estaba muy seguro de querer explicarle a su jefe qué pasaba. Ni siquiera de poder. ¿En qué había pensado? En Rafferty. La idea del trooper desaparecido, sumada a lo que acababan de descubrir en el cobertizo B, sugería una conclusión que no quería plantearse. Sin embargo, después de habérsele ocurrido costaba mucho expulsarla. Probablemente el Buick fuera conducto hacia otro mundo. La cosa-murciélago lo había atravesado en una dirección, y casi seguro que Ennis Rafferty lo haba atravesado en la contraria.

-Sandy, dime algo.

-No pasa nada, jefe-repuso Sandy.

A continuación se vio obligado a inclinarse y poner u mano en cada espinilla. Era una buena manera de evitar un desmayo, siempre y cuando se dispusiera de tiempo para recurrir a ella. Los demás, alrededor, miraban a Sandy tan callados como antes, y con las mismas caras largas de: el rey ha muerto, larga vida al rey.

Por fin volvió a estabilizarse el mundo, y Sandy se puso derecho.

-Que estoy bien, en serio -dijo.

Tony le miró a la cara y asintió. Levantó un poco la bolsa verde.

-Esto se va al armario del almacén, el pequeño donde An Colucci guarda las revistas guarras.

El comentario fue acogido por algunas risas nerviosas. -A partir de ahora, en el almacén no entrará nadie aparte mí, Curtis Wilcox y Sandy Dearborn. SCP. ¿Entendido? Asintieron. Sólo con permiso.

-Sandy, Curtis y yo. Ahora la investigación es nuestra -Permaneció muy erguido a la luz menguante del anochecer, en posición de firmes, con la bolsa de basura en una mano y 1a polaroid en la otra-. Esto de aquí es una prueba. ¿De qué? De momento no tengo ni idea. Si a alguien se le ocurre algo, que venga a verme. Si os parece una locura, daos aún más prisa en venir. Todo esto es una locura, pero no nos impedirá llevar el caso como cualquier otro. ¿Preguntas?

No las hubo. 0, visto de otra manera (pensó Sandy), solo había preguntas.

-Dentro de lo posible, debería haber alguien en el cobertizo a todas horas -dijo Tony.

-¿Un servicio de guardia, sargento? -preguntó Steve Davoe. -Digamos que de vigilancia -dijo Tony-. Venga, Sandy, acompáñame hasta que haya guardado esta cosa. Te juro por Dios que no tengo ningunas ganas de llevarlo abajo yo solo.

Mientras cruzaban el aparcamiento, Sandy oyó decir a Arky Arkanian que a Curt le sentaría fatal que no lo hubieran llamado, ya veréis, se pondrá el chaval como una fiera.

Pero Curtis estaba demasiado agitado para sentarle fatal lo que fuera, demasiado ocupado en intentar establecer prioridades entre lo que quería hacer, y con demasiadas preguntas. Antes de bajar disparado a ver el cadáver del ser que habían encontrado en el cobertizo B, solo formuló una de ellas: ¿dónde estaba Mr. Dillon la tarde anterior? Le dijeron que con Orville. A menudo, cuando tenía un par de días libres, Orville Garrea se llevaba a Mr. D y se iban al norte a pescar.

El que puso al día a Curtis fue Sandy Dearborn (con la ayuda esporádica de Arky). Curt escuchó atentamente, y se le arquearon las cejas al oírle describir a Arky la manera con que se había retirado la parte superior de la cabeza de la cosa, destapando el ojo. Repitió el mismo gesto al contarle Sandy lo de las manchas en la puerta y las paredes, y que le recordaban el polvillo de las mariposas nocturnas. Hizo la pregunta sobre Mr. D, se la contestaron, sacó guantes de cirujano de un kit de pruebas y se dirigió al sótano casi corriendo. Le acompañaba Sandy. Hasta allí parecía su deber, habiéndole nombrado Tony como investigador, pero se quedó en el almacén mientras Curt entraba en el cubículo donde había dejado Tony la bolsa de basura. Sandy oyó el ruido de deshacer el nudo, un ruido que le provocó un hormigueo en la piel y frío en todo el cuerpo.

Ruido, pausa, más ruido. Y después, en voz muy baja: -Por todos los santos.

Al poco rato Curt salió corriendo con la mano en la boca. Había un lavabo a medio pasillo, yendo hacia la escalera. El trooper Wílcox llegó justo a tiempo.

Sandy Dearborn, que estaba sentado a la mesa de trabajo del almacén, llena de trastos, le oía vomitar sabiendo que el vómito difícilmente influiría en el contexto general. Curtis no renunciaría. El cadáver de la cosa-murciélago le había dado el mismo asco que a Arky, Huddie o cualquier otro, pero volvería para examinarlo más a fondo, por mucha repugnancia que le diera. El Buick -y las cosas procedentes del Buick- se había convertido en pasión. En el propio momento en que Curtis había salido del almacén con contracciones de garganta, las mejillas blancas y una mano en la boca, Sandy le había visto en los ojos un entusiasmo irremediable, que el malestar físico solo mitigaba de manera parcial. La tiranía más severa es la de la pasión.

Del pasillo llegó ruido de agua corriente. Paró el ruido, y Curtis volvió al almacén secándose la boca con una toalla de papel. -Da asco, ¿eh? -dijo Sandy. Incluso muerto.

-Sí, bastante -convino Curt, pero ya volvía al armario-. Creía que lo había entendido, pero me ha cogido por sorpresa. Sandy se levantó y se quedó en la puerta. Curt volvía a mirar el interior de la bolsa, pero sin meter las manos. A1 menos de momento. Qué alivio. Sandy prefería no estar cerca cuando lo tocara, a pesar de los guantes. No quería ni imaginárselo.

-¿Tú crees que ha sido un intercambio? -preguntó Curt -¿Eh?

-Un intercambio. Ennis por esto.

Sandy tardó un poco en contestar. No podía. No porque la idea fuera horrible (que lo era), sino por la rapidez con que se le había ocurrido al chaval.

-No lo sé.

Curt se balanceaba en los talones y miraba la bolsa de basura de plástico con el entrecejo fruncido.

-Para mí que no -dijo al cabo-. Los intercambios suelen hacerse de golpe, ¿verdad?

-Sí, normalmente sí.

Cerró la bolsa y volvió a hacer el nudo (se le notaba que a regañadientes).

-Voy a diseccionarlo -dijo. -¡No, Curtis, por Dios!

-Sí. -Se giró hacia Sandy con el rostro tenso y pálido y 1os ojos brillantes-. Tiene que hacerlo alguien. ¿Qué quieres, que 1o lleve al departamento de biología de Horlicks? El sargento dice que no tiene que enterarse nadie; estoy de acuerdo, pero entonces ¿quién lo hace? O se me olvida alguien, o soy yo el único.

Sandy pensó: Tú a Horlicks no lo llevarías, aunque Tony no hubiera dicho nada de gue no se entere nadie. Aceptas que lo sepamos nosotros, seguramente porque el único que quiere tener algo que ver es Tony, pero ¿compartirlo con alguien más? ¿Con alguien que no lleve el gris de Pensilvania ni sepa cuándo toca cambiarse la cinta del gorro de la nuca a la barbilla? ¿Alguien que pueda adelantarse a ti, y luego quitártelo? Lo dudo.

Curt se quitó los guantes.

-El problema es que no he diseccionado nada desde Chauncey, mi feto de cerdo de cuando hacía biología en el instituto. Hace nueve años, y solo saqué un aprobado. No quiero cagarla, Sandy.

Pues para empezar no lo toques.

Sandy lo pensó pero no lo dijo. No habría servido de nada decirlo.

-En fin... -Ahora el chaval hablaba consigo mismo, con nadie más que consigo-. Estudiaré y me pondré al día. Hay tiempo. No tiene sentido impacientarse. La curiosidad mató al gato, pero la satisfacción...

-¿Y si es mentira? -preguntó Sandy. Le sorprendió lo harto que estaba del sonsonete-. ¿Y si no hay satisfacción? ¿Y si la equis nunca se resuelve?

Curt le miró casi escandalizado. Luego sonrió.

-¿Tú qué crees que diría Ennis? Vaya, si pudiéramos preguntárselo.

A Sandy la pregunta le pareció a la vez condescendiente e insensible. Abrió la boca para decirlo -eso o lo que fuera-, pero se quedó callado. Curtis Wilcox no tenía mala intención. Solo un subidón de adrenalina y posibilidades, como un yonqui cualquiera. Además, lo de chaval no era solo una palabra. Aunque Sandy no le llevara muchos años, lo notaba.

-Ennis te diría que cuidado -dijo Sandy-. Eso lo tengo clarísimo.

-Ya lo tendré -dijo Curtis, empezando a subir por la escalera-. Claro, hombre.

Pero solo eran palabras, como el himno que se te atropella en la boca los domingos por la mañana, para poder salir de la iglesia. El agente de prueba Wilcox no se daba cuenta, pero Sandy sí.

Durante las semanas siguientes, Tony Schoondist (por no hablar del resto del personal de Troop D) se rindió a la evidencia de que no había bastante dotación para tener vigilado el Buick las veinticuatro horas del día en el cobertizo de detrás. El clima tampoco ayudaba; la segunda mitad de aquel agosto fue lluviosa y más fría de lo normal.

Otro dolor de cabeza eran los visitantes, porque en el fondo Troop D no estaba aislado en su colina; el parque de vehículos quedaba justo al lado, y compartían carretera con el fiscal del condado (y todo su personal). Había abogados, delincuentes esperando en el rincón de los detenidos, algún que otro grupo de boy scouts, un goteo ininterrumpido de gente con denuncias (contra sus vecinos, contras sus cónyuges, contra el exceso de ocupación de la carretera en que incurrían los conductores de calesas amiste, contra los propios troopers), esposas trayendo comidas olvidadas o alguna que otra caja de caramelos, y a veces simples ciudadanos con ganas de ver en qué se gastaban sus impuestos. Estos últimos solían quedar sorprendidos y decepcionados por la tranquilidad del cuartel y su ambiente de tediosa burocracia. No lo veían parecido a sus series favoritas de la tele.

Un día, a finales de mes, se presentó el congresista por Statler de la Cámara de Representantes, junto con diez o doce amigos de los medios de comunicación, los más allegados, para repartir apretones de manos y soltar un discurso sobre la ley de apoyo a la

policía, pendiente de aprobación en la cámara; ley que, casualidades de la vida, contaba con su respaldo. Se trataba, como en el caso de tantos congresistas de zonas rurales, de un hombre con pinta de barbero de pueblo que ha tenido un día de suerte en el canódromo y espera no acostarse sin que se la chupen. Se plantó al lado de un coche patrulla (a Sandy le parecía que el del apoyacabezas roto) y les contó a sus amigos de los medios lo importante que era la policía, y muy en especial los hombres y mujeres de la policía estatal de Pensilvania, y todavía más en especial los hombres y mujeres de Troop D (ahí le fallaron un poco los datos, porque en aquella época D no contaba con ningún agente femenino, normal o de comunicaciones; sin que por ello lo corrigiera ninguno de los troopers, al menos con las cámaras rodando). El congresista les describió como la línea gris que salvaguardaba al contribuyente medio de un mundo caótico de bandas, etcétera etcétera, que Dios bendiga a América y ojalá que todos vuestros hijos os salgan violinistas. De Butler vino el capitán Diment, seguro que por haber considerado alguien que sus galones darían un poco más de tono a la ocasión, y más tarde le dijo a Tony Schoondist, gruñendo en voz baja:

-Ahí donde lo ves, tan puesto y con ese tupé, me viene el muy cabrón y me pide que le quite a su mujer una multa por exceso de velocidad.

Y mientras el congresista soltaba sus chorradas, mientras sus acólitos seguían la visita, mientras los informadores informaban, mientras las cámaras rodaban, el Buick Roadmaster estaba a menos de ciento cincuenta metros, con su azul profundo y sus ruedazas de lujo y franja blanca. Estaba debajo del termómetro que Tony y Curt habían colocado en la viga. Estaba con el cuentakilómetros a cero, repeliendo el polvo. Su existencia, para los troopers que la conocían, era un hormigueo entre los omóplatos, justo donde no se acaba de llegar... ay... con la mano.

Había que lidiar con el mal tiempo, con todo tipo de gente (muchos que venían a elogiar a la familia, pero sin pertenecer a ella), y también había que lidiar con las visitas de oficiales y troopers de otros cuarteles. En cierto modo era lo más peligroso, porque los polis son gente de ojo avizor y espíritu cotilla. ¿Qué habrían pensado al ver a un trooper con impermeable (o un conserje con acento raro) plantado al lado del cobertizo B como los soldados de guardia en el palacio de Buckingham, esos que llevan un gorro tan grande? ¿Al verle acercarse de vez en cuando a la puerta de persiana y mirar dentro? Un policía de visita, viendo eso, ¿habría tenido curiosidad? Los osos, en el bosque, ¿cagan?

Curt encontró la mejor solución. Le envió a Tony un memorándum donde lamentaba la insistencia de los mapaches en encontrar la basura y desperdigarla, e informaba de que Brian y Cole habían aceptado construir una barraca para guardar los cubos de basura. A Curt, con el permiso del sargento jefe, le parecía que detrás del cobertizo B era buen sitio. El sargento jefe Schoondist escribió «OK» en el encabezamiento del memorándum, que, este sí, se archivó. Lo que pasaba por alto el documento era que el cuartel no había vuelto a tener problemas serios de mapaches desde que Arky había comprado cubos de basura de plástico de Sears, de los que tienen cierre en la tapa.

Se construyó la barraca, se pintó (de gris PSA, naturalmente) y, a los tres días de aterrizar el documento en la mesa de Tony, estaba lista para su cometido. Era prefabricada, puramente funcional y del tamaño justo para dos cubos de basura, tres estantes y un trooper sentado en un taburete. Desempeñaba el doble cometido de que el agente de guardia estuviera a) protegido del mal tiempo y b) escondido. El que estuviera de guardia se levantaría cada diez o quince minutos, saldría de la barraca y miraría por una de las ventanas de la puerta trasera de persiana del cobertizo B. La barraca tenía provisiones de refrescos, cosas para picar, revistas y un cubo galvanizado. El cubo tenía pegada una tira de papel donde ponía NO HE PODIDO AGUANTARME MÁS. Era el toque de Jackie O'Hara, el payaso del cuartel, que hacía troncharse a sus compañeros. Aún se tronchaban

tres años después, cuando Jackie estaba en su dormitorio muriéndose de cáncer de esófago, con los ojos vidriosos por la morfina, y susurraba con voz ronca anécdotas chuscas, entre visitas de sus antiguos colegas, que en las peores agonías le cogían la mano.

Con el paso del tiempo, Troop D se llenaría de cámaras de vídeo, como todos los cuarteles de la PSP, porque en los noventa todos los coches patrulla iban equipados con modelos Panasonic Eyewitness montados en el salpicadero. Eran fabricados especialmente para los cuerpos de seguridad, y no tenían micro. Era legal filmar en vídeo los controles de carretera, pero no grabarlos en audio, por las leyes vigentes de escuchas telefónicas. Todo eso sería después. A finales del verano de 1979 tuvieron que conformarse con la cámara de vídeo que le habían regalado a Huddie Royer por su cumpleaños. La guardaban en uno de los estantes de la barraca, metida en su caja y envuelta en plástico para estar seguros de que no se mojara. Había otra caja con pilas de recambio y una docena de cintas vírgenes con el celofán arrancado, para poderlas usar enseguida. También había una pizarra con un número escrito a tiza: la temperatura que hacía dentro del cobertizo. Si el que estaba de guardia observaba algún cambio, borraba la última observación, apuntaba la nueva y añadía a tiza una flecha hacia arriba o hacia abajo. Fue lo más parecido a un registro escrito que permitió el sargento Schoondist.

A Tony se le veía entusiasmado con el montaje. Curt intentaba emularle, pero a veces se le notaba la inquietud y la frustración.

-La próxima vez que pase algo no habrá nadie de guardia -decía-. Ya veréis, ya. Siempre pasa lo mismo. No habrá ningún voluntario desde las doce a las cuatro de la noche, y luego el que venga mirará, verá abierto el maletero y otro murciélago muerto en el suelo. Ya veréis.

Curt intentó convencer a Tony de que como mínimo pusiera una lista de vigilancia donde hubiera que firmar. Alegó que el problema no era de falta de voluntarios, sino de poca organización y planificación, y que eso se remediaba fácilmente. Tony no dio su brazo a torcer: nada escrito. El día en que Curt se ofreció voluntario para desempeñar más funciones de vigilancia (lo que los troopers llamaban «Patrulla Barraca»), Tony se negó y le recomendó un poco de calma. Dijo:

-Tienes otras responsabilidades. Para empezar, tu mujer. En el despacho del sargento jefe, Curt tuvo la sensatez de callarse, pero más tarde se desahogó con Sandy. Fue estando los dos fuera, en la esquina del fondo del cuartel, y el tono tuvo una amargura sorprendente.

-¡Coño, si necesitara un consejero matrimonial habría buscado en las páginas amarillas! -dijo Curt.

Sandy le dirigió una sonrisa que no destacaba por su buen humor.

-Yo te aconsejaría que estuvieras atento para cuando oigas el pop -dijo.

-¿De qué hablas?

-Del pop. Es un ruido muy curioso, Se oye cuando acaba de salirte la cabeza por el culo.

Curtis se quedó mirándolo con el fuego de dos manchitas muy definidas en los pómulos.

-Oye, Sandy, ¿se me está escapando algo? -Sí.

-¿Qué? Coño, tío, ¿qué?

-Tu trabajo y tu vida -dijo Sandy-. No necesariamente en ese orden. Estás sufriendo un problema de perspectiva. Empiezas a ver demasiado grande el Buick.

-¡Demasiado...! -Curt hizo aquello tan suyo de darse una palmada en la cabeza. Después dio media vuelta y miró las Short Hills. Por último volvió a mirar a Sandy-. Es de otro mundo, Sandy; de otro mundo, ¿cómo puede verse demasiado grande?

Justamente. Es el problema que tienes -repuso Sandy-, La perspectiva.

Como sospechaba que lo siguiente que dijera Curt sería el principio de una discusión quizá desagradable, entró sin darle tiempo de decir nada más. Es posible que la conversación tuviera efectos benéficos, porque a finales de agosto y principios de septiembre cesaron las peticiones de reforzar la vigilancia, que por parte de Curt habían sido casi constantes. Sandy Dearborn nunca tuvo la tentación de convencerse a sí mismo de que el chaval hubiera visto la luz, pero la impresión fue de que había comprendido que no se podía llegar más lejos, al menos de momento. Sandy sospechaba que a Curtis el Buick siempre iba a parecerle demasiado grande, pero bueno, en el mundo siempre ha habido dos clases de personas, y Curt era de los que creen que la satisfacción, efectivamente, es capaz de rescatar a los felinos del más allá.

Empezó a llegar al cuartel con libros de biología en vez de revistas de pesca Field and Stream. El más visto debajo de su brazo, o encima de la cisterna del váter del lavabo, era Twenty Elementary Dissections, del doctor John H. Maturin, Harvard University Press,1968. Una noche, con Buck Flanders y señora invitados a cenar en casa de Curt, Michelle Wilcox se quejó de que su marido tuviera «un hobby nuevo tan asqueroso». Dijo que Curt había empezado a traer especímenes de una casa de suministros médicos, y que ahora la parte del sótano que el año anterior había sido designada como futuro cuarto de revelado olía a productos químicos de depósito de cadáveres.

Curt empezó con ratones y una cobaya, siguió con pájaros y acabó con un búho chico. A veces traía especímenes al trabajo. Una vez Matt Babicki les dijo a Orville Garrea y Steve Devoe:

-El que no haya bajado al sótano por una caja de bolígrafos y se haya encontrado encima de la fotocopiadora un bote de formol con un ojo de búho no sabe qué es la vida. ¡Anda que no te despierta eso!

Después de conquistar el búho, Curtis pasó a los murciélagos.

Se trabajó ocho o nueve, de una especie diferente cada espécimen. Un par los cazó en el patio trasero de su casa, y el resto los encargó en una tienda de suministros de biología de Pittsburgh. A Sandy se le quedó grabado el día en que Curtis le enseñó un murciélago vampiro sudamericano clavado a una tabla. Era peludo, con la barriga marrón y las alas membranosas de color negro terciopelo. Una sonrisa psicótica le desnudaba los dientecitos puntiagudos. Gracias a la técnica de Curt, que cada día dominaba más, los intestinos estaban fuera, en forma de lágrima.

Sandy sospechó que el profesor de biología de Curt, el que le había puesto un suficiente en el instituto, se habría llevado una sorpresa ante la rapidez con que aprendía su ex alumno.

Claro que cuando hay ganas puede llegar a profesor hasta el más tonto.

Jimmy y Rosalynn se instalaron en el Buick 8 en la misma época en que Curt Wilcox aprendía el noble arte de la disección con el doctor Maturin. Se le había ocurrido la genialidad a Tony, en el centro comercial Tri-Tocan, mientras su mujer se probaba ropa en Country Casuals. Le llamó la atención un letrero inverosímil en el eSCaparate de My Pet: CENTRE Y APÚNTESE A LA LOCURA DE LOS JERBOS

Tony no se apuntó inmediatamente a la locura de los jerbos -su mujer le habría hecho mil preguntas-, pero al día siguiente mandó a George Stankowski con más dinero del fondo de imprevistos y órdenes de comprar una pareja de jerbos, además de un hábitat de plástico donde vivirían.

-¿También les compro comida? -preguntó George.

-No -contestó Tony-. Ni hablar. Compraremos una pareja de jerbos y dejaremos que se mueran de hambre en el cobertizo.

-~En serio? Parece un poco cruel de cara a... Tony suspiró.

-Sí, George, cómprales comida. Que no se te olvide.

El único requisito que puso Tony en relación con el hábitat fue que cupiera sin apretaras en el asiento delantero del Buick. George trajo uno muy bonito, no el más caro pero casi. Era de un plástico amarillo traslúcido, y se componía de un pasillo largo con una habitación cuadrada en cada extremo. Una era el comedor de jerbos, y el otro un gimnasio en miniatura. El comedor tenía un comedero y una botella de agua enganchada al lateral. El gimnasio tenía una rueda de ejercicios.

-Viven mejor que según qué gente -dijo Orvie Garrett. Phil, que estaba viendo cagar a Rosalynll en el comedero, dijo, -Habla por ti.

Dicky-Duck Eliot, que en el gran hipódromo de la vida quizá no fuera el caballo más veloz, se interesó por el motivo de que tuviéramos jerbos en el Buick. ¿No era un poco peligroso?

-Eso ya lo veremos, ¿no? -preguntó Tony con una afabilidad un poco rara-. Ya se verá en su momento.

Un día, poco después de la adquisición de Jimmy y Rosalynn por Troop D, Tony Schoondist cruzó su Rubicón personal y mintió a la prensa.

No es que en ese caso impresionara mucho el representante del cuarto poder, porque sólo era un chaval pelirrojo y larguirucho de unos veinte años que aprovechaba el verano para hacer prácticas de County American de Statler, y que en cuestión de una o dos semanas volvería a su estado de Ohio. Tenía una manera de escuchar con la boca medio abierta que, en palabras de Arky, lo ponía cara de tonto de requetenacimient. Sin embargo no lo era, y se pasó casi toda una tarde dorada de septiembre escuchando a Bradley Roach. Brad se despachó agusto, hablando del tío con acento ruso (para entonces tenía la seguridad de que era ruso) y el coche que se había dejado. El pelirrojo larguirucho, un tal Homer Oosler, pretendía dedicar todo un artículo al tema, y que su regreso a la universidad fuera un bombazo. Sandy se imaginó a Oosler concibiendo un titular con las palabras COCHE MISTERIOSO. Qulza inc1uso COCHE MISTERIOSO DE ESPÍA RUSO.

Tony no tuvo la menor vacilación en mentir. Seguro que habría hecho lo mismo si ese día, en vez de Oosler, se les hubiera presentado un veterano tan curtido como Trevor Ronnick, el propietario del County American, que había olvidado más noticias de las que pudiera llegar a escribir el pelirrojo.

-El coche ya no está -dijo Tony. Mentira dicha, Rubicón cruzado.

-¿Que ya no está? -pregunto Homer Oosler con cara de decepción. Encima de las piernas tenía una cámara Minolta grande y vieja. Detrás de la caja había una cinta Dimo con las palabras

PROPIEDAD DE COUNTY AMERICAN-. Pues ¿dónde está?

-En la Oficina Estatal de Incautados -dijo Tony; el nombre de la organización imponía respeto, pero acababa de inventársela-. En Filadelfia.

-Por qué?

-Sacan a subasta el material rodante que no reclama nadie. Eso después de haberlo registrado por si hay drogas, claro. -Claro. ¿Tiene algún documento sobre el coche?

-Me imagino que sí --dijo Tony-. Como de todo. Lo busco y te llamo.

-¿Cuánto calcula que tardará, sargento Schoondist? -Bastante, hijo. -Tony movió la mano en dirección a su cesta de documentos, donde había un buen montón de papeles. Oosler no tenía por qué saber que la mayoría eran papeluchos, propaganda de Scranton (donde cabía todo, incluido el calendario de la temporada de otoño de softball), y que acabarían en la papelera antes de marcharse a casa el sargento. El gesto cansino que había hecho con la mano sugería la existencia de similares montañas de papel por todos lados-. Es que con tanto papeleo cuesta estar al día. Dicen que cuando empecemos a estar informatizados cambiará, pero no será para este año.

-Yo vuelvo a la facultad esta semana.

Tony, que estaba sentado, inclinó el torso y miró a Oosler fijamente.

-Y espero que trabajes mucho -dijo-. La vida es dura, pero trabajando mucho podrás apañártelas.

Un par de días después de la visita de Homer Oosler, el Buick se arrancó con otro lucimoto. Esta vez coincidió con un día de mucho sol, pero siguió siendo bastante espectacular. Y el miedo de Curtis de perderse la siguiente manifestación se demostró infundado.

La temperatura del cobertizo era indicio seguro de que el Buick se preparaba para otra de las suyas, porque en cinco días bajó de unos veinticinco grados a unos quince. Había verdadera impaciencia por estar en la barraca; todos querían estar de guardia para presenciarlo, fuera lo que fuera esta vez.

El gordo recayó en Brian Cole, pero fue una experiencia compartida en mayor o menor grado con todos los troopers del cuartel. Brian entró en el cobertizo B hacia las dos de la tarde para ver qué hacían Jimmy y Rosalynn. Estaban los dos como unas castañuelas, Rosalynn en el comedor del hábitat y Jimmy haciendo ejercicio en la rueda del gimnasio. Sin embargo, cuando Brian se acercó más al Buick con la intención de ver si quedaba agua, oyó un zumbido. Era una nota grave e ininterrumpida, de las que hacen vibrar los ojos y los empastes. Por debajo (o mezclado con él) había algo mucho más inquietante, una especie de susurro sin palabras, escamoso. El salpicadero y el volante estaban siendo bañados lentamente por un resplandor violáceo y muy tenue.

Acordándose de Ennis Rafferty, que para entonces ya hacía un mes que había desaparecido sin dejar ninguna dirección, el trooper Cole se apresuró a abandonar las inmediaciones del Buick, aunque actuó sin pánico: fue a la barraca en busca de la cámara de vídeo, la enroscó al trípode, puso cinta virgen y verificó el código horario (era correcto) y el nivel de la batería (hasta el tope de lo verde). Entonces colocó el trípode delante de una de las ventanas, pulsó xECOxD y comprobó que el Buick estuviera centrado en el visor. Lo estaba. Caminó hacia el cuartel, hizo chasquear los dedos y regresó a la barraca. Dentro había una bolsa pequeña con accesorios de la cámara, entre ellos un filtro de luminosidad. Brian lo ajustó al objetivo de la cámara sin molestarse en pulsar el botón de pausa (hay un momento en que las formas de sus manos, grandes y oscuras, tapan la imagen del Buick, y al apartarse reaparece el coche como en pleno anochecer). Si hubiera habido alguien observándolo -el típico visitante que viene a ver en qué se gastan sus impuestos, por ejemplo-, no habría sospechado lo deprisa que latía el corazón del trooper Cole. Se le mezclaba el miedo con el entusiasmo, pero estuvo acertado. Tratándose de contactos con lo desconocido, hay muchos argumentos a favor de una buena dosis de formación policial. En total solo se olvidó de una cosa.

Hacia las dos y siete metió la cabeza en el despacho de Tony y dijo:

-Sargento, estoy bastante seguro de que al Buick le pasa algo. Tony levantó la vista de su libreta amarilla, donde escribía el primer borrador del discurso que tenía que pronunciar en un simposio sobre fuerzas de seguridad programado para otoño, y dijo: -¿Qué tienes en la mano?

Brian bajó la mirada y vio que llevaba el depósito de agua de los jerbos.

-Bah, total... -dijo-. Igual no vuelven a necesitarlo.

A las dos y veinte, los troopers que había en el cuartel oían nítidamente el zumbido. Lo cierto es que no había muchos; la mayoría se repartían por las ventanas de las dos puertas de persiana del cobertizo B, cadera con cadera y hombro con hombro. Al verlo,

Tony se planteó darles la orden de apartarse, pero acabó decidiendo que les dejaría quedarse. Con una excepción.

-Arky.

-Sí, sargento.

-Ve delante y corta el césped. -¡Si lo corté el lunes!

-Ya lo sé, y me pareció que te pasabas una hora haciendo la parte de debajo de la ventana de mi despacho. Da igual, vuelve a cortarlo. Con esto en el bolsillo de atrás. -Le tendió un walkie talkie-. Y si aparece alguien que no debería ver a diez troopers de Pensilvania mirando por las ventanas de este cobertizo como si dentro hubiera una pelea de gallos con apuestas millonarias, me avisas. ¿Vale?

-Vale, vale.

-Perfecto. ¡Matt! ¡Matt Babicki, al frente!

Matt acudió a la carrera, jadeante y rojo de entusiasmo. Tony le preguntó por Curt. Matt dijo que estaba de patrulla.

-Dile que vuelva a la base, código D, y discreto. ¿Entendido? -Recibido: código D y discreto.

«Discreto» quiere decir sin luces ni sirena. Cabe suponer que Curt acatara el mandato, pero no fue obstáculo para que volviera al cuartel a las tres menos cuarto. Nadie se atrevió a preguntarle qué distancia había recorrido en media hora. Al margen de los kilómetros que fueran, llegó vivo y antes de que volvieran a empezar los fuegos artificiales silenciosos. Lo primero que hizo fue quitarle el trípode a la cámara de vídeo. Mientras duraran los fuegos, la grabación visual correría a cargo de Curtis Wilcox.

La cinta (una de las muchas que hay guardadas en el almacén) conserva lo que pudo verse y oírse. El zumbido del Buick se oye mucho y suena a cable flojo en un altavoz de equipo de música.

Con el tiempo se nota que aumenta de volumen. Curt filmó el termómetro grande con la aguja roja un poco por encima de doce. Se oye la voz de Curt pidiendo permiso para entrar y comprobar el estado de Jimmy y Rosalynn, y la del sargento Schoondist contestando casi enseguida «permiso denegado», enérgica y segura, sin discusión posible.

A las 15.08.41, según el código a pie de pantalla, en el parabrisas del Buick se inicia un amanecer violeta. AI principio el espectador podría confundirlo con un fallo técnico, una ilusión óptica o alguna clase de reflejo.

Andy Collucci: -¿Qué es?

Voz desconocida:

-Una subida de corriente, o... Curtis Wilcox:

-Los que tengan gafas de soldar más vale que se las pongan; los que no, cuidado, que es peligroso; yo me apartaría cagando leches. Tenemos...

Jackie O'Hara (probablemente): -¿Quién se me ha...?

Phil Candleton (probablemente): -¡Dios mío!

Huddie Royer:

-Para mí que no deberíamos...

Sargento jefe Schoondist, con la tranquilidad de un guía naturalista en una excursión por el campo:

-Tíos, yo de vosotros me pondría las gafas. ¡Venga, venga! A las 15.09.44, la luz violeta dio un salto auroral en todas las ventanillas del Buick, convirtiéndolas en espejos brillantes de color rojo violáceo. Si se pasa la cinta a cámara lenta y se reproduce imagen a imagen, se ven reflejos de verdad en el cristal, donde hasta entonces no los había: las herramientas en los ganchos, la pala naranja de quitanieves apoyada contra una pared y los hombres fuera mirando. La mayoría llevan gafas de soldar y parecen extraterrestres de

película barata de ciencia ficción. A Curt se le reconoce por la cámara de vídeo, que le tapa la parte izquierda de la cara. El zumbido va subiendo de volumen, hasta interrumpirse unos cinco segundos antes de que el Buick empiece a soltar sus fogonazos. El espectador oye un murmullo de voces agitadas; no se reconoce a nadie, pero parece que todas hagan preguntas.

A continuación desaparece la imagen por primera vez, Tanto el Buick como el cobertizo se han fundido en blanco.

-¡Jo, tíos! ~Lo habéis visto? -exclama Huddie Royer. Hay gritos de Apartaos, La hostia y el favorito de todos en momentos difíciles, Mierda. Alguien dice No lo miréis, y otro ¡Qué de relámpagos! en el tono peculiar de las grabaciones de cabina de avión, de pura constatación, cuando habla un piloto sin darse cuenta y solo sabe que le quedan diez o doce segundos de vida.

Entonces el Buick vuelve del país de la sobreexposición. Al principio parece una simple mancha, hasta que retoma su forma real. A los tres segundos suelta otro chispazo. El resplandor proyecta rayos gruesos por todas las ventanas, hasta que la imagen vuelve a ponerse blanca. Es cuando dice Curt: Necesitamos un filtro mejor, y Tony contesta: Quizá la próxima vez.

El fenómeno se prolonga cuarenta y sels minutos, todos los cuales están recogidos en cinta. Al principio el Buick se funde en blanco y desaparece a cada destello. Luego, a medida que va debilitándose el fenómeno, el espectador ve una forma imprecisa de coche sumergida en estallidos mudos de luz, más morados que blancos. A veces la imagen se mueve y ofrece una panorámica borrosa de rostros humanos. Es cuando Curtis corre hacia otro punto de observación con la esperanza de una revelación (o de mejor enfoque, a saber).

A las 15.28.17 se observa una línea irregular de fuego que brota del maletero cerrado del Buick (o lo atraviesa). Sale disparada hacia el techo y al llegar parece abrirse y salpicar como el agua de una fuente.

Voz no identificada:

-¡Me cago en la leche! ¡Alto voltaje, alto voltaje! Tony:

-Que no, joder; que no hay calor ni fuego. -A continuación, es de suponer que a Curt : Sigue filmando.

Curt: -Tú dirás.

Siguen varios relámpagos más, algunos saliendo por las ventanillas del Buick y otros brotando de la tapa del maletero. Uno salta de debajo del coche y sale disparado hacia la puerta trasera de persiana. Se oyen los chillidos de sorpresa de los hombres al retroceder, pero la cámara permanece en su sitio, más que nada porque Curt estaba demasiado entusiasmado para tener miedo.

A las 15.55.03 se produce el último y flojo destello -procedente del asiento trasero, detrás del del conductor-, y no le sigue ninguno más. Se oye decir a Tony Schoondist:

-Curt, ¿por qué no ahorras batería? Parece que se ha acabado el espectáculo.

Hay un salto en la cinta.

En la siguiente imagen, a las 16.08,16, aparece Curt en pantalla. Tiene enrollado algo amarillo a la altura del estómago. Hace un saludo jovial con la mano y dice:

-Ahora vuelvo.

Tony Schoondist -que en ese momento es el que maneja la cámara- contesta:

-Más te vale.

Y su voz no tiene nada de jovial.

Curt quería entrar para ver a los jerbos y saber si les había pasado algo, suponiendo que aún estuvieran. Tony le denegó el permiso categóricamente y sin vacilar. Dijo que en

el cobertizo B no entraba nadie mientras no tuvieran la certeza de que fuera seguro. Es posible que a continuación se repitiera la frase mentalmente y se diera cuenta de lo absurda que era, porque vaciló y la corrigió:

-Aquí no entra nadie hasta que vuelva a haber más de dieciocho grados.

-Pues alguien tiene que entrar-dijo Brian Cole.

Hablaba con paciencia, como si le explicase un problema sencillo de suma a una persona de inteligencia limitada.

-No veo por qué, trooper-dijo Tony.

Brian metió la mano en el bolsillo y sacó el depósito de agua de Jimmy y Rosalynn.

-Para comer tienen bolitas de sobra, pero sin esto se morirán de sed.

-No enseguida.

-Sargento, la temperatura puede que tarde un par de días en subir hasta dieciocho. ¿A usted le gustaría pasarse cuarenta y ocho horas sin beber?

-A mí no, seguro -dijo Curt.

Tratando de no sonreír (pero sonriendo un poquito), le cogió a Brian el tubo de plástico calibrado. A continuación lo cogió Tony, sin darle tiempo a acostumbrarse a la mano de Curt. Lo hizo, el sargento jefe, sin mirar a su compañero de investigaciones. Tenía la mirada fija en el trooper Brian Cole.

-0 sea, que tengo que dejar que arriesgue la vida uno de mis hombres para llevarles agua a una pareja de ratones con pedigrí. ¿Es lo que quieres decir, trooper? Más que nada para tenerlo claro.

Si esperaba ver sonrojarse o ponerse nervioso a Brian, quedó decepcionado. Brian se limitó a mirarle con la misma paciencia de antes, como diciendo: Sí, jefe, sí, ya te puedes ir olvidando; cuanto antes lo olvides, antes podrás relajarte y hacer lo gue hay que hacer.

-No me lo creo -dijo Tony-. Uno de los dos se ha vuelto loco. Debo de ser yo.

-Son tan pequeños... -dijo Brian. Tenía la voz igual de paciente que la cara-. Y los hemos metido nosotros, sargento. No puede decirse que se presentaran voluntarios. Son responsabilidad nuestra. Ahora, que si quiere lo hago yo, que soy el que se ha olvidado de...

Tony levantó las manos al cielo como si pidiera la intervención divina y volvió a bajarlas. Se le extendió una mancha roja por el cuello y la mandíbula, hasta juntarse con las de las mejillas; hola, vecino, qué tal.

-¡Mecachis! -musitó.

Sus hombres ya se lo habían oído decir, y sabían que no era para tomárselo a broma. En efecto: aquel taco tan suave siempre era el medio por el que el sargento jefe Anthony Schoondist expresaba sus dudas y contrariedad más profundas. En un momento así, la reacción espontánea de muchos (puede que hasta de la mayoría) habría sido exclamar «¡Joder, tío, haz lo que quieras!» y marcharse hechos unas furias, pero cuando ocupas un puesto importante y te pagan un sueldo importante por tomar decisionesimportantes, no puedes reaccionar así. Lo sabían los troopers reunidos delante del cobertizo B, y lo sabía, naturalmente, Tony. Se quedó donde estaba mirándose los zapatos. En la fachada del cuartel se oía el balido incesante de la cortadora de césped de Arky, una Briggs & Stratton roja y vieja.

-Sargento... -empezó Curtis.

-Chaval, haznos a todos un favor y cállate. Curt se calló.

A1 poco rato Tony levantó la cabeza. -Te había pedido una cuerda. ¿La tienes?

-Sí. Es de las buenas. Se podría usar para alpinismo. A1 menos es lo que me ha dicho el de Calling All Sports.

-¿Está dentro?

Tony señaló el cobertizo con la cabeza. -No, en el maletero de mi coche.

-Un favorcito que hay que agradecerle a Dios. Tráela. Y espero que no tengamos que averiguar lo resistente que es. -Miró a Brian Cole-. Trooper Cole, no sé si quieres ir al Agway o al Giant Eagle y traerles unas botellitas de Evian o de Poland Spring Water. ¡No, coño, de Perrier! ~ Qué te parece un poco de Perrier? Brian se quedó callado y se limitó a mirar un poco más al sargento con su cara de paciencia. Tony no pudo soportarlo y desvió la mirada.

-¡Ratones con pedigrí! ¡Me-ca-chis!

Curt trajo la cuerda, que era de nailon amarillo, trenzado triple y medía treinta metros como mínimo. Hizo un nudo corredizo, se la ató a la cintura y pasó el rollo a Huddie Royer, que pesaba ciento diez kilos y durante el picnic de1 14 de julio, cuando Troop D jugaba al tira y afloja con otros octetos de la PSP, siempre se ponía el último.

-Cuando te avise -dijo Tony a Huddie-,tiras de ella como si se estuviera quemando. Y no tengas miedo de romperle la clavícula o ese cráneo tan gordo que tiene al hacerle pasar por la puerta. ¿Lo has entendido?

-Sí, sargento.

-Si ves que se cae, o que empieza a tambalearse como si estuviera mareado, no esperes a que te avise. Tú tira. ¿Comprendido? -Sí, sargento.

-Menos mal. Me alegro de que al menos haya alguien que lo entienda. Esto es una puta mierda de merienda de negros. -Se tocó el pelo, cortado a cepillo, y se volvió de nuevo hacia Curt-.

¿Hace falta que te ordene dar media vuelta y salir en cuanto notes algo mínimamente raro?

-No.

-Y otra cosa, Curtis: si se abre el maletero del coche, tú sales volando. ¿Captas? Como un pajarraco.

-Vale.

-Dame la cámara de vídeo.

Curtis se la tendió y Tony la cogió. Sandy no estaba -se lo perdió todo- pero luego, al contarle Huddie que era la única vez que había visto al sargento con cara de asustado, se alegró de haberse pasado la tarde de patrulla. Algunas cosas valía más no verlas. -Dispones de un minuto en el cobertizo, trooper Wilcox. Luego ya puedes estar desmayándote, tirándote pedos o cantando el himno de Columbia, que te saco a rastras.

-Noventa segundos.

-No. Y como vuelvas a intentar regatear, te lo rebajo a treinta segundos.

Curtis Wilcox está al sol delante de la puerta del lado norte del cobertizo B, la normal. Tiene atada la cuerda en la cintura. En la grabación se le ve joven, más joven a cada año que pasa. Él de vez en cuando también la miraba, y debía de tener la misma sensación, aunque nunca lo dijo. No se le ve asustado. Para nada. Solo entusiasmado. Saluda a la cámara y dice:

-Ahora vuelvo.

-Más te vale -contesta Tony.

Curt da media vuelta y entra en el cobertizo. Por unos instantes queda tan desdibujado que casi no se le ve, hasta que Tony avanza con la cámara para que no le dé el sol, y vuelve a verse

claramente a Curt. Va directo hacia el coche y lo rodea hacia la parte trasera.

-¡No! -exclama Tony-. Tonto, ¿qué quieres, enredar la cuerda? ¡Mira cómo están los jerbos, ponles el agua de una puta vez y sal cagando leches!

Curt levanta una mano sin girarse y enseña el pulgar. Tony usa el zoom para encuadrarle de más cerca, y la imagen se mueve. Curtis mira por la ventanilla del conductor, se pone tenso y exclama:

-¡Me cago en la hostia!

-Sargento, ¿tiro de la...? -empieza Huddie.

Entonces Curt vuelve la cabeza por encima del hombro. Tony manipula de nuevo el encuadre. No tiene la destreza de Curt con la cámara, y la imagen se mueve constantemente, pero sigue siendo fácil ver lo impresionado que está Curt, con los ojos muy abiertos.

-¡No me saquéis! -vocifera-. ¡Que no, que estoy estupendamente!

Dicho lo cual abre la puerta del Roadmaster.

-¡No entres! -le ordena Tony desde detrás de una cámara que no se está quieta.

Curt no le hace caso y saca del coche el pisito de plástico para jerbos, orientándolo con suavidad para superar el obstáculo del volante sobredimensionado. Usa la rodilla para cerrar la puerta del Buick y regresa hacia la del cobertizo llevando el hábitat con los dos brazos. Como tiene una salita cuadrada en cada punta, parece una especie de balanza rara.

-¡Fílmalo! -se desgañita Curt, tan agitado que parece hervir-. ¡Fílmalo!

Tony lo filmó. En cuanto sale Curt del cobertizo y vuelve a iluminarle el sol, la imagen hace un zoom por el extremo izquierdo del hábitat y aparece Rosalynn. Ya no come, pero corretea tan tranquila. A1 ver a los humanos que hacen corro alrededor, se gira hacia la cámara y husmea el plástico amarillo con los bigotes temblando y los ojos brillantes de interés. Era un gesto mono, pero en ese momento los troopers del cuartel de Statler no estaban para monerías.

La cámara retrocede a saltos y recorre el pasillo vacío en dirección al gimnasio de jerbos del extremo contrario, que también está vacío. Las dos trampillas del hábitat están bien cerradas, y por el tubo del agua no podría pasar nada más grande que un mosquito, pero el jerbo Jimmy, a pesar de todo, ha desaparecido; tanto como Ennis Rafferty o el hombre con acento de Boris Badinoff, el responsable, como conductor del Buick Roadmaster, de que haya entrado este en sus vidas.

AHORA: SANDY

Me quedé callado y me bebí todo un vaso del té frío de Shirley en cuatro tragos largos. Se me quedó clavado un picahielos en el centro de la frente, y tuve que esperar a que se derritiera.

En un momento dado se había reunido con nosotros Eddie Jacubois. Vestido de civil, estaba sentado en el extremo del banco con cara de no querer quedarse ni marcharse. Mis sentimientos eran menos contrapuestos. Estaba encantado con su presencia. Así podría contar su parte. Si necesitaba ayuda, la recibiría de Huddie y Shirley. En 1988 Shirley ya llevaba con nosotros dos años, y Matt Babicki era un simple recuerdo refrescado por alguna que otra postal de palmeras al sol de Sarasota, donde Matt y su mujer tienen una autoescuela. Les va muy bien, al menos según Matt.

-Sandy, ¿te encuentras bien? -preguntó Ned.

-Sí, perfecto. Es que estaba pensando en lo mal que manejaba Tony aquella cámara de vídeo -dije-. Tu padre lo hacía muy bien, Ned, estaba hecho un Steven Spielberg, pero...

-¿Yo podría ver las cintas? -preguntó Ned.

Miré a Huddie... a Arky... a Phil... y a Eddie, y en todos los ojos vi lo mismo: Tú decides. Claro que decidía yo. Cuando te sientas en la silla grande siempre decides tú lo importante. En general me gusta. Hay que reconocerlo.

-No veo por qué no -dije-. Mientras sea aquí; no me haría mucha gracia que te las llevaras del cuartel (son lo que se dice propiedad de Troop D), pero aquí sí. Tú mismo.

Puedes ponértelas en el vídeo de la sala de estar de arriba, aunque antes de mirar lo que filmó Tony deberías tomarte una dramamina. ¿No crees, Eddie?

Eddie se quedó mirando el aparcamiento, pero no hacia donde estaba guardado el Roadmaster. Parecía que sus ojos enfocaran el lugar que ocupaba el cobertizo A hasta 1982, o sus aledaños.

-Yo de ese tema no sé mucho -dijo-. No me acuerdo de gran cosa. Es que cuando llegué ya había pasado casi todo lo gordo. Incluso Ned debió de darse cuenta de que era falso. Eddie mentía espectacularmente mal.

-Solo venía a decirte que ya he hecho las tres horas que debía desde mayo. Te acuerdas, ¿no? Cuando ayudé a mi cuñado a hacerse el estudio nuevo.

-Ah -dije yo.

Eddie asintió rápidamente con la cabeza.

-Sí. Ya he acabado, y te he dejado en la mesa el informe sobre las plantas de marihuana que encontramos detrás de lo de Robbie Rennert. O sea que con tu permiso me voy a casa.

Quería decir que se iba al Tap, su hogar fuera de casa. Cuando no estaba de uniforme, la vida de Eddie J. era una canción de George Jones. Hizo ademán de marcharse, pero le puse una mano en la muñeca.

-Perdona, Eddie, pero no te lo doy. -¿Eh?

-Que no te doy permiso. Quiero que te quedes un poco más. Jefe, en serio, es que tengo que...

-Quédate -repetí-, que igual le debes algo a este chaval. -No veo yo...

-¿No te acuerdas de que su padre te salvó la vida?

Los hombros de Eddie se levantaron en una especie de actitud defensiva.

-No sé si llamarlo,..

-Venga, tío, menos rollo -dijo Huddie-, que estábamos juntos.

De repente a Ned ya no le interesaban tanto los vídeos. -¿Que mi padre te salvó la vida, Eddie? ¿Cómo? Eddie vaciló y acabó por ceder.

-Me arrastró detrás de un tractor John Deere. Los hermanos O'Day...

-La estremecedora saga de los hermanos O'Day se quedará para otro día -dije yo-. La cuestión, Eddie, es que estamos celebrando una fiestecita de exhumación, y ya sabes dónde está enterrado uno de los cadáveres. Lo digo en sentido bastante literal.

-Que lo cuenten Huddie y Shirley, que también estaban y... -Sí, sí que estaban. Me parece que George Morgan también. -Sí, también-dijo Shirley en voz baja.

-Bueno, ¿y qué? -Yo seguía con la mano en la muñeca de Eddie, y tuve que refrenar las ganas de volver a apretarla. Con fuerza. Eddie siempre me había caído bien, y podía ser valiente, pero también tenía una veta de gallina. No sé cómo pueden coexistir las dos cosas en la misma persona, pero es posible, y he visto varios casos. A Eddie le pasó en el noventa y seis, el día en que a Travis y Tracy O'Day les dio por pegar tiros por las ventanas de su granja con las ametralladoras último modelo que tenían. Curt tuvo que salir y arrastrarle por la chaqueta hasta un lugar seguro. Podrían haber muerto los dos por culpa del gilipollas de Eddie J. Y ahora intentaba disimular su participación en la otra historia, la que había tenido al padre de Ned en uno de los papeles clave. No porque hubiera hecho nada mal, que no, sino por tratarse de recuerdos dolorosos y que daban miedo.

-Sandy, en serio, que tengo que irme. Se me han acumulado muchas faenas en casa, y...

-Estábamos contándole cosas de su padre a este chaval -dije-. No sé si te acuerdas: el que te salvó la vida hace seis años. Eddie, creo que lo que deberías hacer es quedarte aquí sentadito, tomarte un bocadillo y un vaso de té frío, si te apetece, y esperar a que te toque hablar.

Volvió a sentarse en el extremo del banco y nos miró. Sé qué vio en los ojos del hijo de Curt: desconcierto y curiosidad. Pero ¿y en los de los demás? Eso ya no lo sé. Nos habíamos convertido en una especie de consejo de ancianos alrededor del benjamín, entonándole cantos guerreros del pasado. ¿Y cuando se acabasen las canciones? Si Ned hubiera sido un guerrero piel roja en ciernes, se le podría haber impuesto alguna especie de búsqueda iniciática: matar al animal correcto, tener la visión correcta antes de haberse enjugado de la boca la sangre del corazón del animal y volver hecho un hombre. En mis reflexiones, pensé que si al final de aquello pudiera haber alguna clase de prueba, una manera, para Ned, de demostrar una madurez y una comprensión nuevas, quizá hubiera sido todo mucho más fácil. Hoy en día, sin embargo, no funcionan así las cosas, al menos como regla general. Hoy en día es más importante lo que se siente que lo que se hace. Lo cual, a mí, no me parece bien.

¿Y Eddie? ¿Qué vio en nuestros ojos? ¿Resentimiento? ¿Un poco de desprecio? ¿El deseo, incluso, de que quien hubiera parado al camión de la rueda estropeada no fuera Curtis Wilcox sino él? ¿De que Bradley Roach le hubiera dejado hecho un cisco a él, a Eddie Jacubois, que casi siempre pesaba demasiado, bebía demasiado y, si en poco tiempo no controlaba su afición al alcohol, se expondría con toda probabilidad a hacer un viajecito a Scranton para dos semanas en el Programa de Ayuda para Miembros? ¿El que siempre era tan lento para hacer los informes, y que casi nunca pillaba los chistes sin que se los explicaran? Espero que no viera nada de eso, porque Eddie tiene otro lado -mejor-, pero no puedo asegurar que no viera como mínimo una parte. Puede que hasta todo.

-¿... punto de vista general?

Me giré hacia Ned, contento de que me distrajeran de pensamientos incómodos.

-¿Me lo repites?

-Te he preguntado si llegasteis a hablar de lo que era de verdad el Buick, de dónde venía y qué significaba. Vaya, que si lo discutisteis desde un punto de vista general.

-Pues... estuvo la reunión en el Country Way -dije yo, sin acabar de ver por dónde iba-. Ya te lo he explicado.

-Ya, pero eso más que nada parecía administrativo, no sé... -Tú sacarás buenas notas en la facultad -dijo Arky y le dio una palmadita en la rodilla-. El que sabe decir una palabra así y quedarse tan pancho es que seguro que saca buenas notas.

Ned sonrió burlonamente.

-Administrativo. Organizativo. Burocratizado. Compartimentado.

-Oye, nene, que ya está bien de fardar -dijo Huddie-. Me estás dando dolor de cabeza.

-Pues eso, que no me refería a una reunión como la del Country Way Debisteis de... No sé, que al ir pasando el tiempo seguro que...

Finalmente capté por dónde iba, al mismo tiempo que otra cosa: que Ned nunca comprendería del todo cómo habían pasado las cosas. Lo rutinario que había llegado a ser, al menos la mayoría de los días. La mayoría de los días había sido un simple ir tirando, como va tirando la gente después de haber visto una puesta de sol bonita, de haber probado un champán fabuloso o de haber recibido malas noticias de casa. Teníamos un auténtico prodigio detrás de donde trabajábamos, pero eso no cambiaba la cantidad de papeleo que teníamos que hacer, ni nuestra manera de cepillarnos los dientes, ni la de hacer el amor con nuestras esposas. No nos elevaba a otras esferas de la existencia ni a otros planos de percepción. Seguía picándonos el culo, y seguíamos rascándonos cuando nos picaba.

-Imagino que Tony y tu padre lo discutirían mucho -dije-, pero en el trabajo no. En el trabajo, el Buick fue pasando a segundo plano, como cualquier otro caso inactivo. Era,..

-¡Inactivo! -Casi había sido un grito, y daba miedo el parecido con la voz de su padre. Pensé que era otra cadena entre padre e hijo; una cadena maltratada, pero no rota.

-Pues durante muchas temporadas lo estuvo -dije-. Mientras tanto había coches que chocaban, accidentes con fuga, robos, drogas, y de vez en cuando algún homicidio.

-Y no hablemos de los hermanos O'Day -señaló Huddie-, que si en América ha habido un par de malas bestias, han sido ellos. -Sí que me acuerdo de haberlo hablado una vez todos. Fue en...

-... el picnic -me robó la palabra Phil Candleton-. El del día del Trabajo. Querías decir eso, ¿verdad?

Asentí. 1979. El campo viejo de fútbol de la Academia, por la zona del arroyo de Redford. A todos nos gustaba mucho más el picnic del día del Trabajo que el del 14 de julio, un poco porque quedaba más cerca de casa y los que tenían familia podían traerla, pero sobre todo porque solo estábamos nosotros, Troop D. El del día del Trabajo: eso sí era un picnic.

Phil apoyó la cabeza en los tablones del cuartel y rió.

-¡Jo, casi se me había olvidado! Hablamos del Buick y de todo o casi todo, chaval. Cuanto más hablábamos, más bebíamos. Tuve dos días de dolor de cabeza.

Huddie dijo:

-En ese picnic siempre te diviertes. Ned, ¿verdad que tú estuviste el verano pasado?

-Sí. -Sonreía-. ¿Aquello del neumático que pasas por encima del agua? Paul Loving se cayó y se hizo un esguince en la rodilla.

Todos reímos, y Eddie tan fuerte como los demás.

-Tanto hablar, y ni una conclusión -dije-. Aunque ¿qué conclusiones podíamos sacar? La verdad es que solo una; que cuando sube la temperatura dentro del cobertizo pasan cosas; y ni siquiera eso, porque al final resultó que tampoco era una regla estricta. A veces (sobre todo con el paso de los años) bajaba un poco la temperatura y volvía a subir. A veces empezaba el zumbido... y se paraba solo, como si alguien hubiera desenchufado un aparato eléctrico. Ennis desapareció sin fuegos artificiales, el jerbo Jimmy desapareció después de unos fuegos que fueron una barbaridad, y Rosalynn no desapareció.

-¿Volvisteis a meterla en el Buick? -preguntó Ned. -Qué va -dijo Phil-. Chaval, que estamos en América: no se juzga a nadie dos veces por el mismo delito.

-Rosalynn vivió el resto de su vida en la sala de estar del piso de arriba -dije-. Murió con tres o cuatro años. Tony dijo que para un animal así era una edad normalísima.

-Salieron más cosas del Buick?

-Sí. Pero el aspecto de esas cosas no se podría relacionar con...

-¿Qué clase de cosas? ¿Y el murciélago? ¿Mi padre llegó a diseccionarlo? ¿Puedo verlo? ¿Al menos hay fotos? ¿Era...? -Eh, para el carro -dije levantando la mano-. Cómete un bocadillo, o lo que sea. No te acalores tanto.

Cogió un bocadillo y le dio unos mordisquitos, pero mirándome por encima. Hubo un momento en que me recordó al jerbo Rosalynn volviéndose para mirar el objetivo de la cámara de vídeo, con los ojos brillantes y los bigotes temblando.

-De vez en cuando aparecían cosas -dije-, y de vez en cuando desaparecían otras, seres vivos que nos servían de cobayas. Grillos. Una rana. Una mariposa. Un tulipán, que solo dejó el tiesto. Pero no se podría establecer una correlación entre el frío, el zumbido o los fuegos artificiales y las desapariciones de las cobayas, ni con la aparición de lo que tu padre llamaba los abortos del Buick. Estrictamente hablando no hay correlación. El frío es bastante fiable, en el sentido de que nunca ha habido fuegos artificiales sin que bajara previamente la temperatura, pero no siempre que baja hay espectáculo. ¿Me entiendes?

-Creo que sí -dijo Ned-. Que haya nubes no quiere decir necesariamente que llueva, pero sin nubes no llueve.

-No habría podido explicarlo mejor -dije. Huddie le dio a Ned una palmada en la rodilla.

-¿Sabes lo que dice la gente, que todas las reglas tienen excepciones? Pues en el caso del Buick tenemos más o menos una regla y una docena de excepciones. Empezando por el conductor, el tío de la gabardina negra y el sombrero negro, Lo que es desaparecer, desapareció, pero no estando cerca del Buick. -¿Estás seguro? -preguntó Ned.

Me sobresalté. Es normal que un hijo y su padre se parezcan, tanto físicamente como en la voz, pero por un instante la conjunción de la voz y el aspecto de Ned habían engendrado algo más que un simple parecido. De hecho no fui yo el único en notarlo. Shirley y Arky se miraron inquietos.

-Qué quieres decir? -le pregunté.

-¿Verdad que Roach estaba leyendo el periódico? Y, tal como le has descrito, debía de absorber toda su capacidad de concentración. Entonces ¿cómo sabes que el tío del coche no volvió?

Yo había tenido veinte años para pensar en aquel día y las consecuencias de aquel día; veinte años, y nunca se me había ocurrido que hubiera vuelto (disimuladamente, incluso) el conductor del Roadmaster, Ni a mí ni a nadie, que yo sepa. Brad Roach decía que no había vuelto, y nosotros nos lo habíamos creído. ¿Por qué? Porque los polis tienen detectores internos de mentiras, y en ese caso no hubo ninguna aguja que señalara lo rojo. La verdad es que ni siquiera se movieron. ¿Por qué iban a moverse? Como mínimo Brad Roach creía estar diciendo la verdad. Lo cual no quería decir que hablara con conocimiento de causa.

-Supongo que es posible -dije.

Ned se encogió de hombros como diciendo: Ya lo ves, -Nunca hemos tenido a Sherlock Holmes o al teniente Colombo trabajando en Troop D --dije, creo que con un tono más bien a la defensiva. Me sentía un poco así-. En el fondo solo somos la parte mecánica del sistema legal. Obreros que en vez de ir con mono llevan uniforme, y que tienen una educación un poco por encima de la media. Tenemos capacidad para usar el teléfono, recopilar las pruebas cuando hay pruebas que recopilar, y hay alguna que otra deducción. En días buenos podemos hacer deducciones bastante brillantes, pero en el caso del Buick, no habiendo secuencia coherente tampoco había base para ninguna deducción, ni brillante ni no brillante.

-Había algunos que pensaban que venía del espacio -dijo Huddie-. Que era... no sé, una nave de reconocimiento disfrazada, o algo así. Les parecía que a Ennis le había raptado un ET disfrazado con gabardina y sombrero negros para parecer mínimamente humano. Salió el tema en el picnic. Sabes, ¿no? El del día del Trabajo.

-Sí -dijo Ned.

-Tío, hay que ver qué reunión más rara -dijo Huddie-, Para mí que se emborracharon todos más de lo habitual, y bastante más deprisa, pero nadie armó follón, ni siquiera los de siempre; como Jackie O'Hara y Christian Soder. Fue una balsa de aceite, sobre todo después de acabar el partido de touch football de descamisados contra vestidos.

»Me acuerdo de que estaba sentado en un banco debajo de un olmo con varios tíos más, todos medio piripis, y que Brian Cole nos estaba contando que hacía pocos años por las líneas de alta tensión de Nueva Hampshire habían aparecido platillos voladores. Una mujer decía que la habían abducido y le habían metido sondas por todas partes, tanto en las vías de acceso como en las de salida.

-¿Es lo que creía mi padre? ¿Que a su compañero le habían raptado extraterrestres?

-No -dijo Shirley-. En 1988 pasó aquí algo tan... tan alucinante, tan increíble,.. tan espantoso...

-¿El qué? -preguntó Ned-. ¿El qué, caray? Shirley ignoró la pregunta. Me parece que ni la oyó.

-A los pocos días le pregunté a tu padre su opinión, así, sin rodeos, y dijo que daba igual.

Ned puso cara de no haberlo oído bien. -¿Que daba igual?

-Es lo que dijo. Consideraba que el Buick, fuera lo que fuera, no tenía importancia a gran escala. Desde el punto de vista general, que has dicho tú. Le pregunté si pensaba que lo usaba alguien, por ejemplo para vigilarnos... si era una especie de televisión... y dijo: «Yo creo que se lo han olvidado». Todavía me acuerdo del tono, rotundo y convencido, como si hablara de... no sé... de algo tan importante como el tesoro de un rey enterrado en el desierto desde antes de Cristo, o tan poco importante como una postal con la dirección equivocada que se queda en el archivo de cartas no reclamadas. «Me estoy divirtiendo mucho. Lástima que no me acompañes.» Y ya no le importa a nadie, porque ha pasado tanto tiempo, tanto... A mí me tranquilizaba y a la vez me daba repelús pensar que algo tan raro, tan horrible, pudiera estar olvidado... perdido... que no lo tuvieran en cuenta. Se lo dije a tu padre y se rió. Luego señaló el oeste del horizonte con un movimiento del brazo y dijo: «Dime una cosa, Shirley. ¿Tú cuántas armas nucleares crees que hay guardadas en este país nuestro tan fantástico, entre la frontera entre Pensilvania y Ohio y el océano Pacífico? Y ¿cuántas crees que se quedarán olvidadas durante los próximos dos o tres siglos?».

Nos quedamos callados, pensándolo.

-Me planteé cambiar de trabajo -acabó diciendo Shirley-. No dormía. Me pasaba el día acordándome del pobre Mr. Dillon, y casi tenía decidido despedirme. El que me convenció de quedarme fue Curt, y sin darse ni cuenta. Dijo: «Yo creo que se lo han olvidado», y yo no pedí más. Me quedé, y nunca me he arrepentido. Aquí se está bien, y la mayoría de los del cuartel son buenos troopers. Incluidos los que ya no están, como Tony.

-Shirley, te quiero. Cásate conmigo -dijo Huddie.

Le pasó un brazo por la espalda e hizo morritos. La verdad es que no era un espectáculo muy atractivo.

Ella le dio un codazo. -Tonto, que ya estás casado. Entonces intervino Eddie J.

-Si algo creía tu padre era que la máquina venía de otra dimensión.

-¿Otra dimensión? Lo dirás en broma. -Miró atentamente a Eddie-. No, no lo dices en broma.

-Y que no estaba planeado para nada -siguió Eddie-. Que no era como cuando haces planes de enviar un barco por el mar o un satélite al espacio. Ni siquiera estoy seguro de que le pareciera real, al menos en según qué aspectos.

-Ya no te sigo -dijo el chaval.

-Yo tampoco -se le sumó Shirley.

-Decía... -Eddie cambió de postura en el banco y volvió mirar la zona de hierba donde había estado el cobertizo ¿quieres saber la verdad, fue en la granja de los O'Day. Ese día. Ten en cuenta que ya llevábamos casi siete horas aparcados en un trigal, esperando que volvieran ese par de hijos de la gran furcia. lY con un frío...! No podíamos encender el motor ni la calefacción; Hablamos de todo: de cazar, de pescar, de bolos, de nuestras murjeres, de nuestros planes... Curt dijo que en un plazo de cinco años se saldría de la PSP...

-¿Dijo eso?

Ned tenía los ojos como platos. Eddie le miró con indulgencia. -De vez en cuando lo decimos todos. Es como los yonquis, que siempre dicen que ya no se pinchan más. Le conté que a mí me gustaría montar una empresa de seguridad en Pittsburgh, y también que quería comprarme una caravana nueva, de primera mano. Él me contó que tenía ganas de apuntarse a asignaturas de ciencia en Horlicks, pero que tu madre no lo veía bien. Según ella lo principal eran los estudios de los críos, no los de él. Estaba muy picada, pero él no

se lo tuvo en cuenta, porque tu madre no sabía a qué venían esas ganas de estudiar, de dónde le venía el interés, y él no podía explicárselo. Es como salió el tema del Buick. Y lo que dijo (tengo el recuerdo tan claro como el cielo de unz mañana de verano) es que lo veíamos como un Buick porque como algo teníamos que verlo.

-Como algo se tiene que ver -murmuró Ned.

Estaba inclinado hacia delante, palpándose el centro de la frente con dos dedos como si tuviera dolor de cabeza.

-Por la cara que pones, te extraña tanto como entonces a mí, pero en cierto sentido lo entendí. Aquí dentro.

Eddie se dio un golpe en el pecho por encima del corazón. Ned se volvió hacia mí.

-Sandy, ¿el día del picnic alguien dijo algo de...? Dejó la frase a medias.

-¿De qué? -le pregunté.

Ned negó con la cabeza, miró los restos de su bocadillo y los acabó.

-Da igual, no tiene importancia. ¿Mi padre llegó a diseccionar la cosa-murciélago que habíais encontrado?

-Pues sí, después de los segundos fuegos artificiales, pero antes del picnic del día del Trabajo. Lo...

-Cuéntale lo de las hojas-dijo Phil-. Se te ha olvidado esa parte.

En efecto. ¡Coño, si hacía seis u ocho años que no me acordaba de las hojas!

-Cuéntaselo tú -dije-, que eres el que las tocó.

Phil asintió, se quedó un rato callado y empezó a hablar entrecortadamente, como si diera el parte a un superior.

AHORA: PHIL

-Los segundos fuegos artificiales fueron a media tarde. ¿Vale? A1 acabar entra Curt en el cobertizo con la cuerda puesta y saca lo de los jerbos, como se llamara. Vemos que falta uno de los bichos. Se comenta un poco más la jugada y se hacen las últimas fotos. El sargento Schoondist dice que venga, que a seguir cada cual con lo suyo, que quién está de guardia en la barraca, y Brian Cole dice: «Yo, sargento».

»El resto volvemos a entrar en el cuartel. ¿Vale? Y oigo que Curtis le dice al sargento: "Voy a diseccionar aquella cosa antes de que desaparezca como todo lo demás, ¿Me ayudas?". Y contesta el sargento que sí, que si quiere por la noche. Curt dice: "¿Por qué no ahora mismo?". Y el sargento dice: "Porque tienes que acabar de patrullar. Turno y medio. Los ciudadanos confían en ti, y los infractores tiemblan al oír tu motor". A veces hablaba así, como un predicador.

»Lo que es Curt, no le lleva la contraria. Bien hecho. Se va. Hacia las cinco entra Brian Cole y viene a verme. Me pide que le vigile la barraca, que tiene que ir al váter. Yo le digo que vale. Salgo y miro dentro. Todo normal. El termómetro ha subido un grado. Me meto en la barraca. Pienso que dentro hace demasiado calor, ¿vale? En la silla hay un catálogo de L. L. Bean. Voy a cogerlo, y justo al tocarlo oigo una especie de chirrido y un golpe. El único ruido parecido es cuando quitas el cierre del maletero y la tapa salta. Salgo corriendo de la barraca. Me acerco a las ventanas del cobertizo. El maletero del Buick está abierto y algo sale volando; al principio me parece papel, trozos chamuscados de papel. Giran como en un ciclón, pero el polvo del suelo ni se ve. El único aire que se movía salía del maletero. Entonces vi que todos los trozos de papel se parecían, y decidí que eran hojas. Resultó que sí, que eran hojas.

-Me saqué la libreta del bolsillo del pecho, apreté del bot de sacar la punta del bolígrafo y dibujé esto:

-Parece una sonrisa -dijo el chaval.

-Una mueca -dije-. Pero no había solo una. Había centenares. Centenares de muecas negras dando vueltas. Algunas en el techo del Buick. Otras volvían a meterse en el maletero. La mayoría acababan en el suelo. Corrí a buscar a Tony. Salió con cámara de vídeo. Tenía la cara enrojecida, y murmuraba: «¿Y ahora qué? ¿Lo siguiente qué coño será?», Así. Daba un poco de risa pero entonces no, ¿eh? Luego. Entonces no tenía ninguna gracia, te lo aseguro.

Miramos por la ventana y vimos la hojas desperdigadas en el suelo de cemento. Había casi tantas como cuando pasa un vendaval de esos fuertes de octubre y el césped se te queda perdído.

La diferencia es que empezaban a retorcérseles los bordes. Y se parecían un poco más a hojas y un poco menos a sonrisas. Menos mal. Y no se quedaban negras. Mientras mirábamos empezaron ponerse entre grises y blancas. Y más finas. Ya había llegado Sandy. El numerito de los fuegos artificiales no lo pudo ver, pero 11egó a tiempo para el de las hojas.

-Sandy dijo: "Me ha llamado Tony a casa para que viniera hacia las siete de la tarde. Ha dicho que él y Curt pensaban hacer algo que podía interesarme, pero yo no he esperado hasta las siete. He venido enseguida. Tenía curiosidad".

-Lo que mató al gato -dijo Ned, sonando tan parecido a su padre que casi tuve escalofríos. Luego me miró--. Cuenta el resto -No hay mucho que contar -dije-. Las hojas se volvían más finas. No sé si me equivoco, pero me parece que lo vimos. -No, no te equivocas -dijo Sandy.

-Yo estaba a cien. No pensaba. Corrí hacia la puerta lateral. y Tony... Jo, tío, a Tony le tuve encima como un rayo. Va y me hace una llave en el cuello. Le digo: «¡Suelta, suelta! ¡Brutalidad policial!». Y él me dice que me lo guarde para cuando cuente chistes en un bar de Statesboro. Dice: «Phil, que esto va en serio. Tengo buenos motivos para creer que por culpa de esa cosa he perdido un agente. No pienso quedarme sin otro».

-Le dije que me pondría la cuerda. Estaba que me salía. No me acuerdo bien de por qué, pero es la verdad. Él dijo que no pensaba volver por la puta cuerda. Le dije que ya volvía yo a por la puta cuerda. Me dijo: "Ni cuerda ni hostias. Permiso denegado". Entonces voy yo y le digo: "Sargento, aguántame los pies, que solo quiero recoger unas hojas. Hay algunas a menos de metro y medio de la puerta. Ni siquiera están cerca del coche. ¿Qué, qué dices?".

-"Te digo que tú estás como una cabra, guapo. ¡Todo lo de dentro está cerca del coche!", dice; pero, como no era exactamente un no, seguí y abrí la puerta. Lo olías enseguida. Un poco como a menta, pero en apestoso. Debajo había otro olor que hacía que aún fuera peor el principal. Como de col. Daba náuseas. Yo casi estaba demasiado lanzado para fijarme. Claro, era más joven. Me puse boca abajo y me arrastré como un gusano. El sargento me cogía por los pies, y cuando llevaba poca distancia me dice: "Vale, Phil, que ya te has metido bastante. Si alcanzas algunas, cógelas. Si no puedes, sal".

-Había la tira que se habían puesto blancas. De esas cogí como una docena. Se tocaban blancas y sedosas, pero en el mal sentido. Me recordó a cuando los tomates se pudren por dentro de la piel. Un poco más allá había dos que aún estaban negras. Estiré el brazo y las cogí, pero justo al tocarlas se pusieron blancas como el resto. Noté un leve escozor en la punta de los dedos. Me llegó un olor más fuerte a menta, y oí un ruido. Vaya, me parece. Una especie de suspiro, como cuando levantas la anilla de una lata de refresco.

-Empecé a salir a lo gusano, y al principio iba bien, pero de repente.,. la sensación de aquellas cosas en mis manos... eran tan suaves ...

Tardé unos segundos en poder seguir. Me parecía volver a notarlo. Pero el chaval me miraba, y, dándome cuenta de que no renunciaría al resto por nada del mundo, hice el esfuerzo de seguir. Ahora solo tenía ganas de acabar.

-Me dio pánico. ¿Vale? Empecé a retroceder empujando con los codos y los pies. Verano. Yo en manga corta. Me resbaló el codo, tocó una de las hojas y soltó un silbido como... no sé como qué. Un silbido, ¿vale? Y soltó una ráfaga del olor a menta y col. Se puso blanca. Como si al tocarla yo se hubiera congelado y marchitado. Luego lo pensé. En aquel momento no pensaba en nada que no fuera salir de una puta vez. Perdona, Shirley.

-Descuida -dijo Shirley, y me dio unas palmaditas en el brazo.

Buena chica. Siempre lo ha sido. Mejor que Matt Babicki en comunicaciones -de lejos, de kilómetros-, y mucho más agradable a la vista. Puse una mano encima de la suya y se la apreté un poco. Después seguí. No pensaba que fuera tan fácil. Es curioso, pero cuando hablas de las cosas te vuelven solas a la cabeza. Cuanto más hablas, más se aclaran.

-Miré el Buick, y, aunque estaba en medio del cobertizo como mínimo a cuatro metros de mí, de repente tuve la impresión de que lo tenía más cerca. Grande como el Everest. Brillante coma una faceta de diamante. Se me ocurrió que los faros eran ojos, y que me miraban. Y lo oía susurrar. No pongas esa cara de sorpresa, chaval. Lo de que susurre lo hemos oído todos. No tengo idea de qué dice (si es que dice algo), pero te aseguro que lo oía. Ahora, que lo oía en la cabeza, saliendo de dentro hacia fuera. Como telepatía. Puede que me lo imaginara, pero para mí que no: De repente parecía que volviera a tener seis años, y que me diere miedo algo debajo de la cama. Quería llevárseme. Yo estaba seguro. Llevarme a donde se había llevado a Ennis. Total, que me enetró pánico y chillé: «¡Rápido, tirad!». Y tiraron, tiraron. El sargento y otro que ahora no...

-El otro era yo -dijo Sandy-. Jo, Phil, nos diste un susto de la hostia. Al principio se te veía bien, pero luego empezaste a gritar y retorcerte. Ya te veía yo sangrando por alguna parte, o poniéndosete la cara azul. Pero qué va, solo tenías...

Me hizo el gesto de seguir.

-Tenía las hojas, o lo que quedaba. Supongo que al entrarrme el yuyu cerré los puños, ¿vale? Con las hojas dentro. Y cuando volví a estar fuera me di cuenta de que tenía las manos mojadas.

Todos gritaban a la vez: ¿Te encuentras bien? y ¿Qué ha pasado, phil? Yo de rodillas, con casi toda la camisa enrollada en el cuello y la barriga pelada de haberme arrastrado, y pienso: Me sangran las manos. Por eso están mojadas. Luego veo una especie de pasta blanca. Parecía la cola que te da el profesor cuando vas a primero. Era lo único que quedaba de las hojas.

Me quedé callado, pensándolo.

-Y ahora te cuento la verdad, ¿vale? No se parecía nada a cola. Era como tener llenas las dos manos de semen caliente de toro. Y qué peste. No sé por qué. Podrías decirme: Un poco de menta y col. Tampoco es para tanto. Y con razón, pero al mismo tiempo te equivocarías. Porque te aseguro que era un olor que no se parecía a nada. Al menos que hubiera olido yo.

-Me limpié las manos en los pantalones y volví al cuartel, al sótano. Justo entonces salía Brian Cole del váter de abajo. Había oído gritos y quería saber qué pasaba. Yo ni caso. De hecho, casi le derribo de camino al váter. Empiezo a lavarme las manos, venga a lavarme, y de repente pienso en la pinta que tenía chorreando por los puños aquella porquería blanca de las hojas, como semen, en lo caliente que estaba, no sé, como resbaladizo, y en que al abrir los dedos se habían formado hilos. Ahí la cagué. Nada más pensar que se habían hecho hilos entre las palmas y las puntas de los dedos y vomité. Oye, y que no era como cuando el estómago te devuelve la cena por correo exprés, ¿eh? Fue asomárseme el estómago por la garganta y rebosarme por la boca todo lo que había tragado desde hacía algunos días. Como cuando mi madre tiraba el agua sucia de fregar por la baranda del porche de atrás. No insisto en el tema, pero es que tienes que saberlo. Es otra manera de intentar entender. No era como vomitar, era como morirse. Lo único parecido

que me ha pasado fue mi primer muerto en la carretera. Llego y lo primero que veo es una rebanada de Wonder Bread en la línea amarilla de la autopista vieja de Statler, y lo siguiente, la mitad de arriba de un niño, uno pequeño con el pelo rubio. Luego veo que en la lengua del niño hay una mosca lavándose las patas. Fue la gota que colmó el vaso. Tenía la sensación de que iba a morirme de la vomites.

-A mí también me pasó -dijo Huddie-. No tiene nada de vergonzoso.

-No, si no me da vergüenza -dije-. Solo es para que se dé cuenta. ¿Vale? -Respiré hondo, olí aquel aire tan agradable (sin menta ni col) y volví a exhalar, Sonreí al chaval-. En fin, un favorcito que hay que agradecerle a Dios: la taza estaba justo al lado de donde me lavaba las manos, y prácticamente no salpiqué ni los zapatos ni el suelo.

-Y al final -dijo Sandy- las hojas se quedaron en nada. Literalmente. Se derritieron como la bruja de El mago de Oz. Quedaron restos en el cobertizo B, pero a la semana, aparte de manchitas en el cemento, nada. Unas manchas amarillentas, muy claras.

-Sí, y me pasé varios meses como esos que están obsesionados con lavarse las manos -dije-. Algunos días no podía ni tocar la comida. Si mi mujer me ponía bocadillos, los cogía con una servilleta y los comía así. El último trozo lo dejaba caer de la servilleta a mi boca. Si patrullaba solo, solía comer con los guantes puestos. Y pensando que de todos modos me marearía. Siempre me imaginaba aquella enfermedad de las encías que se te caen todos los dientes. Pero al final lo superé. -Miré a Ned y esperé a que me mirara a los ojos-. Lo superé, hijo.

Me miró, pero en sus ojos no había nada. Qué curioso. Como si estuvieran... no sé, pintados.

¿Vale?

AHORA: SANDY

Ned miraba a Phil. Se le veía la cara bastante tranquila, pero le noté una mirada de rechazo, y me parece que Phil también. Suspiró, cruzó los brazos en el pecho y miró al suelo como queriendo decir que no seguía hablando, que su testimonio había concluido. Ned se volvió hacia mí.

-¿Esa noche qué pasó? Cuando diseccionasteis el murciélago.

Insistía en llamarlo murciélago, cosa que no era. Yo lo había dicho por decir, por tener lo que habría llamado Curtis un gancho donde colgar el sombrero. Y de repente me enfadé con él.

Más que enfadarme, me puse como un energúmeno. También estaba enfadado conmigo mismo, por reaccionar así, por atreverme a reaccionar así. A ver si me explico: más que nada estaba enfadado porque el chaval levantara la cabeza. Porque me mirara a los ojos. Porque hiciera esas preguntas. Porque diera por supuesto tonterías, como que yo, al decir murciélago, quería decir murciélago y no una cosa innombrable e indescriptible que se había metido por una rendija en el suelo del universo y se había muerto. Pero más que nada era el hecho de que levantara la cabeza y mirara a los ojos. Ya sé que no quedo precisamente como el rey del mundo, pero tampoco voy a mentir.

Hasta entonces más que nada me había dado pena. Desde que venía Ned por el cuartel, todo mi comportamiento había estado basado en aquella pena tan cómoda. Porque lo hacía todo, limpiar ventanas, rastrillar hojas o pasar el quitanieves por los montones de nieve del aparcamiento trasero, con la mirada en el suelo. Mansamente. No había que enfrentarse con sus ojos. No había que hacerse ninguna pregunta, porque la compasión es cómoda. ¿Verdad que sí? La compasión te coloca por encima de todo. Ahora Ned había levantado la cabeza, hablaba conmigo usando mis propias palabras y en sus ojos no había ninguna mansedumbre. Se creía con derecho, lo cual me enfurecía. Se creía que yo tenía una responsabilidad -que lo que estábamos contando no era un regalo, sino el pago de una

deuda-, lo cual me enfurecía todavía más. Y lo que más me enfurecía era que tuviera razón. Me entraron ganas de ponerle la mano en la barbilla, empujar y tirarle del banco, limpiamente. Se creía con derecho, y yo quería que se arrepintiese.

En ese sentido, supongo que lo que nos provocan los jóvenes siempre es más o menos lo mismo. Yo no tengo hijos, ni he llegado a casarme (como Shirley, creo haberme casado con Troop D), pero tengo mucha experiencia con jóvenes, tanto dentro como fuera del cuartel. Los he tratado muy a menudo. Y creo que cuando ya no podemos compadecerles, cuando rechazan nuestra compasión (no con indignación sino con impaciencia), pasamos a compadecernos de nosotros mismos. Queremos saber qué ha sido de aquellos pequeñines, con sus mimos, sus monadas,.. ¿No les dábamos clases de piano? ¿No les leíamos Donde viven los monstruos y les enseñábamos a buscar a Waldo? ¿Cómo se atreven a mirarnos a los ojos y hacernos preguntas tan precipitadas y tontas? ¿Cómo se atreven a querer más de lo que queremos dar nosotros?

-¿Sandy? ¿Qué pasó cuando diseccionasteis el..,?

-No lo que quieres oír-dije, y no es que me molestara verle abrir un poco los ojos por la frialdad que notó en mi voz-. Ni lo que quería ver tu padre. O Tony. No fue la respuesta de nada. Nunca hubo ninguna respuesta. Todo lo relacionado con el Buick era un espejismo de los que ves en la I-87 cuando hace calor y mucho sol. Aunque tampoco es del todo verdad, porque en ese caso yo creo que a la larga podríamos haber pasado del Buick. Como cuando hace seis meses de un asesinato y de repente todo el mundo se da cuenta de que no conseguirán trincar al culpable, que se escapará. Con el Buick y las cosas que salían del Buick siempre podías basarte en algo sólido. Algo que se podía tocar u oír. O algo que se podía.

ENTONCES

-Oye, tú -dijo Sandy Dearborn-, qué peste.

Se llevó una mano a la cara, pero no pudo tocarse la piel por la mascarilla de plástico que llevaba en la boca y la nariz, de las que se ponen los dentistas antes de la exploración. Sandy desconocía su eficacia con los gérmenes, pero con la peste no tenía ninguna. Se trataba del olor a col, e invadió el aire del almacén en cuanto Curt abrió la barriga de la cosa-murciélago.

-Ya nos acostumbraremos -dijo Curt, subiéndole y bajándole la mascarilla por la cara.

Las de él y Sandy eran azules, y la del sargento de una especie de rosa caramelo muy mono. Curtis Wilcox era listo, y en muchas cosas tenía razón, pero en lo del olor se equivocaba. No se acostumbraron. Ni ellos ni nadie.

Sandy, con todo, no pudo encontrarle ningún defecto a la formación del trooper Wilcox. Parecía perfecta. A1 acabar el turno, Curt había pasado por casa y recogido el kit de disección. Le había añadido un microscopio bueno (préstamo de un amigo de la universidad), varios paquetes de guantes quirúrgicos y un par de lámparas Tensor de mucha potencia. A su mujer le dijo que iba a examinar un zorro que alguien había abatido a tiros detrás del cuartel.

-Ten cuidado -dijo ella-, que pueden tener la rabia. Curt le prometió ponerse guantes, promesa que tenía intención de cumplir. Y de que la cumplieran los otros dos. Porque la cosa-murciélago podía tener algo mucho peor que la rabia, algo que conservara su virulencia hasta mucho después de muerto el portador. En caso de que hiciera falta recordárselo a Tony Schoondist y Sandy Dearborn, lo hizo Curt al cerrar la puerta de abajo de la escalera y echar el pestillo.

-Mientras esté cerrada la puerta, mando yo -dijo sin entonación, completamente seguro de sí mismo. En particular se dirigía a Tony, porque Tony le doblaba la edad, y si

en aquel tema Curt tenía un socio, era el sargento jefe. Sandy era un mero acompañante, consciente de serlo-. ¿Estamos todos de acuerdo? Porque si no ya podemos dejarlo para...

-Estamos de acuerdo -dijo Tony-. Aquí dentro eres tú el general, y Sandy y yo, dos soldados rasos con aspiraciones de ascenso. Por mí no hay problema. Mientras nos demos prisa en acabar...

Curt abrió el kit, que casi era tan grande como una caja de herramientas. El interior estaba atiborrado de instrumentos de acero inoxidable envueltos con gamuzas. Las mascarillas de dentista estaban encima de todo, cada una con su correspondiente envoltorio hermético de plástico.

-¿Tú crees que hace falta? ¿En serio? -preguntó Sandy. Curt se encogió de hombros.

-Más vale prevenir que curar. Y tampoco es que sean gran cosa. Probablemente habría que ponerse mascarillas antigás. -No sé, pero estaría más tranquilo teniendo aquí a Bibi Roth -dijo Tony.

Curt no formuló ninguna réplica verbal, pero el brillo de sus ojos daba a entender que por su parte era lo que menos deseaba. El Buick pertenecía a Troop D. Y cualquier cosa que saliera pertenecía a Troop D.

Abrió la puerta del cubículo y entró tirando de la cadenilla que encendía la lamparita del techo, una con pantalla verde. Le siguió Tony. Debajo de la lámpara había una mesa no mucho mayor que un escritorio de alumno de primaria. El espacio era tan pequeño que casi no cabían dos, y menos tres. Sandy no puso objeciones. En toda la noche no cruzó el umbral.

Estaban rodeados por tres paredes de estanterías con carpetas viejas. Curt dejó el microscopio en la mesita y enchufó la fuente de luz en el único enchufe que había en el cubículo. Mientras tanto, Sandy montaba la cámara de vídeo de Huddie Royer en el trípode. En el vídeo de aquella autopsia tan peculiar a veces se ve entrar en la imagen una mano sujetando el instrumento que ha pedido Curt. Es la mano de Sandy Dearborn. También se oye ruido muy nítido de vomitar, al final de la cinta. También es Sandy Dearborn.

-Primero a ver las hojas -dijo Curt poniéndose unos guantes quirúrgicos.

Tony tenía un manojo en una bolsita de pruebas. Se la tendió a Curt, que la abrió y sacó los restos de las hojas con unas pinzas. Era imposible coger solo una, porque todas se habían puesto casi transparentes y pegadas. Desprendían hilillos de fluido, y enseguida notaron los tres el olor, aquella mezcla rara de col y menta. No era agradable, pero distaba mucho de ser insoportable. En ese momento lo insoportable aún estaba a diez minutos de distancia en el futuro.

Sandy usó el zoom para conseguir un buen enfoque de Curt separando un fragmento de masa mediante el diestro uso de las pinzas. Llevaba semanas practicando a fondo, y ahora obtenía la recompensa.

Trasladó el fragmento directamente a la platina del microscopio, sin intentar montarlo en una placa. Las hojas de Phil Candleton sólo eran el tráiler de novedades. Curtis quería llegar lo antes posible a la película.

Aun así, se quedó mirando largo rato por los dos oculares, y luego llamó a Tony por señas para que mirase.

-¿Qué son las cosas negras que parecen hilos? -preguntó Tony tras unos segundos de observación. Le salía la voz un poco en sordina por la monada de mascarilla rosa que llevaba.

-No lo sé -dijo Curt-. Sandy, dame el aparato que parece un Viewmaster. Lleva un par de cables enrollados y en un lado hay una tira de Dimo donde pone PROPIEDAD DEL DEPARTAMENTO DE BIOLOGÍA DE LA H.U.

Sandy se lo pasó por encima de la cámara de vídeo, que en gran medida bloqueaba la puerta. Curt enchufó uno de los cables en la pared y el otro en la base del microscopio. Hizo una verificación, asintió y pulsó tres veces el botón lateral de la especie de Viewmaster, es de suponer que haciendo fotos de los fragmentos de hoja de la platina del microscopio.

-Las cosas negras no se mueven-dijo Tony. Seguía mirando por el microscopio.

-No.

Al final Tony levantó la cabeza, con ojos de aturdido y un poco intimidado.

-¿Son...? No sé, ¿podrían ser ADN?

La mascarilla de Curt subió y bajó un poco por la cara, a causa de una sonrisa.

-Sargento, este microscopio es muy bueno, pero no se podría ver ADN. Si quiere venir conmigo a Horlicks pasada la medianoche y hacer un registro ilegal, en el campus de física Evelyn Silver tienen un microscopio de electrones que es una maravilla, y la única que lo maneja es una viejecita de misa diaria... -¿Qué es lo blanco? -preguntó Tony-. Eso donde flotan los hilos negros.

-Puede que nutriente. -Pero no lo sabes seguro. -Claro que no.

-Los hilos negros, la pasta blanca, por qué se derriten las hojas, qué es el olor... De todo eso no tenemos ni puta idea.

-No.

Tony le miró serenamente.

-¿Verdad que tocar esto es estar mal de la cabeza?

-No -dijo Curt-. La curiosidad mató al gato, y la satisfacción lo resucitó. Sandy, ¿quieres venir a echar una miradita? -Has hecho fotos, ¿no?

-Si este trasto funciona como tiene que funcionar, sí. -Pues ya las miraré.

-Bueno, pues ahora a lo más importante -dijo Curt-. Igual hasta descubrimos algo.

El manojo de hojas volvió a la bolsa de pruebas, y la bolsa de pruebas a un archivador del rincón. A lo largo de las dos décadas siguientes, aquel archivador verde y abollado se convertiría en un auténtico depósito de cosas raras y misteriosas.

En otro rincón del cubículo había una nevera naranja Eskimo. Dentro, debajo de dos bolsas azules de las de hielo químico que se lleva alguna gente de camping, había una bolsa de basura verde. Tony la sacó y esperó a que Curt finalizara los preparativos. Tardó poco. Lo único dilatorio fue encontrar un cable para poder enchufar las dos lámparas Tensor sin que afectara al microscopio ni a la cámara fija. Sandy fue a buscar un cable al armario de cosas sueltas del fondo del pasillo, Mientras tanto, Curt colocó el microscopio prestado en un estante que había cerca (claro que cerca, en un espacio tan pequeño, lo estaba todo) e instaló un caballete en la mesa. Encima montó un cuadrado de corcho marrón anaranjado, y debajo una bandejita de metal de las que hay en los juegos de barbacoa más elaborados, para recoger lo que gotee. Dejó en un lado una tapa de bote con chinchetas de cabeza grande.

Sandy volvió con el cable. Curt enchufó las lámparas para que iluminasen el corcho por los dos lados, bañando la superficie de trabajo con una luz cruda y homogénea que eliminaba cualquier sombra. Se notaba que lo tenía todo pensado paso a paso. Sandy se preguntó cuántas noches había pasado en vela, al lado de Michelle dormida, mirando el techo y repasando mentalmente el proceso. Recordándose que no habría segunda oportunidad. O cuántas tardes de estar aparcado a cierta distancia en un camino de granjero, apuntando a un tramo vacío de carretera con la pistola radar Genesis y calculando el número de murciélagos de prueba que harían falta antes de atreverse con lo de verdad. -Sandy, ¿estas luces velan la imagen? Miró por el visor.

-No. Si fuera blanco supongo que sí, pero así, en marrón, no pasa nada.

-Vale.

Tony deshizo el lazo amarillo que mantenía cerrada la bolsa de basura. En cuanto la abrió se intensificó el olor.

-¡Uf! ¡Caray! -dijo, agitando una mano con guante.

A continuación la introdujo en la bolsa y sacó otra de pruebas, esta grande.

Sandy miraba por encima de la cámara. La cosa de la bolsa parecía una monstruosidad de barraca de feria, gastada de tanto enseñarla. De las dos alas oscuras, una estaba plegada sobre el abdomen y la otra ejercía presión sobre el plástico claro de la bolsa de pruebas, de tal manera que a Sandy le recordó una mano aplicada a un cristal. A veces, cuando se le echaba el guante a un borracho y se le encerraba en la parte trasera del coche patrulla, ponía las manos en el cristal y miraba hacia fuera entre las dos, como estrellas marinas enmarcando un rostro oscuro y aturdido. Era más o menos parecido.

-E1 cierre está abierto por el medio -dijo Curt con una mirada de reprobación a la bolsa de pruebas-. Por eso huele.

En opinión de Sandy, el olor no tenía explicación.

Curt abrió del todo la bolsa y metió la mano, Sandy, mareado, notó que se le contraía el estómago, convertido en una bola, y se preguntó si habría sido capaz de obligarse a hacer lo que estaba haciendo Curt. Lo dudaba. En cambio el trooper Wilcox no vaciló ni un instante. Cuando los dedos de los guantes tocaron el cadáver dentro de la bolsa, Tony retrocedió un poco. No movió los pies, pero echó hacia atrás el torso como esquivando un puñetazo. E hizo un ruido involuntario de asco a través de su mascarilla rosa, tan mona.

-~Te encuentras bien? -preguntó Curt. -Sí -dijo Tony.

-Bueno, pues voy a montarlo. Tú sujétalo. -Vale.

-¿Seguro que te encuentras bien? -Que sí, caray.

-Porque yo también estoy un poco raro.

Sandy veía que a Sandy le resbalaban gotas de sudor por un lado de la cara, mojando la goma elástica de la mascarilla. -Oye, ¿y si dejamos la clase de sensibilización para otro momento y vamos al grano?

Curt llevó la cosa-murciélago al corcho. Durante el traslado, Sandy oyó un ruido extraño y bastante inquietante. Quizá se tratara de una mera combinación de escuchar demasiado y roce de ropa y guantes, pero la verdad es que lo dudaba. Era un frotamiento de pieles muertas, generando un sonido que parecían palabras pronunciadas en voz muy baja e idioma extranjero. A Sandy le dio ganas de taparse los oídos.

A1 mismo tiempo que se daba cuenta de aquel roce tenebroso, tuvo la sensación de que se le aguzaba la vista. El mundo adquirió una nitidez sobrenatural. Veía el color rosa de la piel de Curtis a través de los guantes finos que llevaba, y las espirales aplastadas que formaba el vello de sus dedos. Lo blanco del guante quedaba muy luminoso por contraste con la parte central del ser, que se había vuelto gris mortecino. La boca de la cosa estaba abierta. Su ojo único, negro, estaba desenfocado y con una superficie apagada y vidriosa. A Sandy le pareció del tamaño de una taza de té.

El olor empeoraba, pero Sandy no dijo nada. Curt y el sargento estaban dentro, justo al lado de su origen. Pensó que si podían aguantarlo ellos, él también.

Curt retiró el ala que cubría la barriga de la criatura, dejando a la vista un pelaje verde cetrino y una cavidad pequeña y arrugada que quizá contuviera los genitales. Aplicó el ala al corcho. -Fíjala -dijo.

Tony clavó una chincheta. El ala era gris oscuro, y toda de membrana. Sandy no apreció ninguna señal de huesos o vasos sanguíneos. Curt desplazó la mano por la barriga de la cosa para poder levantar la otra ala. Sandy volvió a oír el mismo ruido líquido, como de succión. Empezaba a hacer calor, y más haría dentro del cubículo. Con aquellas lámparas Tensor...

-Clava, jefe.

Tony fijó la otra ala. Ahora la criatura estaba clavada en el corcho como algo salido de una película de Bela Lugosi. Aunque en realidad, viéndola en su conjunto, no se parecía mucho a un murciélago, ni a una ardilla voladora, y menos a ninguna clase de pájaro. No se parecía a nada. Por ejemplo, aquella protuberancia amarilla que le salía del medio de la cara. ¿Era un hueso? ¿Un pico? ¿Una nariz? Si era una nariz, ¿dónde estaban los orificios? A Sandy le parecía más garra que nariz, y más espina que garra. ¿Y el ojo único? Sandy trató de pensar en algún ser terrestre que solo tuviera un ojo, y no se le ocurrió ninguno. Alguno tenía que haber, ¿no? En alguna parte: la selva sudamericana, el fondo oceánico, quizá...

La cosa, además, carecía de patas. El cuerpo le acababa en una culata que parecía un pulgar verde negruzco. Curt se ocupó personalmente de fijar al corcho aquella parte de la anatomía del espécimen. Lo hizo separando la piel peluda del cuerpo con los dedos y atravesando un pliegue suelto. Tony ejecutó los últimos retoques, consistentes en clavar chinchetas en el corcho a través de las axilas de la cosa. Por llamarlas de alguna manera, pensó Sandy. Esta vez fue Curtis quien profirió un ruido involuntario de asco detrás de la mascarilla. Se pasó el antebrazo por la frente.

-Ojalá se nos hubiera ocurrido traer el ventilador -dijo. Sandy, a quien empezaba a darle vueltas la cabeza, estuvo de acuerdo. O bien apestaba más que antes, o el hedor tenía efectos acumulativos.

-Sí, tú enchufa otra cosa y seguro que salta el fusible -dijo Tony-. Entonces nos quedaríamos a oscuras con este bicho tan feo. Y encerrados, gracias a que Cecil B. DeMille tiene montada la cámara en la puerta. Sigue, Curt. Si tú estás bien, yo también. Curt retrocedió un paso, respiró una bocanada de aire un poco más puro y volvió a aproximarse a la mesa.

-No lo mido -dijo-. Ya lo hicimos en el cobertizo, ¿no? -Sí -repuso Sandy-. Catorce pulgadas de largo. 0, si lo prefieres, treinta y seis centímetros. El cuerpo, en el punto más ancho, mide más o menos un palmo. Quizá un poco menos. ¡Venga, hombre, a ver si podemos salir!

-Dame los dos escalpelos y retractores. -¿Cuántos retractores?

Curt le miró como diciendo no seas memo.

-Todos. -Otro gesto rápido de secarse la frente; y, una vez que Sandy hubo entregado el material por encima de la cámara-: Oye, mira por el visor, ¿vale? Métele toda la caña que puedas al zoom. Que salga una filmación de puta madre.

-Seguirían diciendo que es trucada -dijo Tony suavemente-. Te das cuenta, ¿no?

-Yo intuyo que esta cinta la verá muy poca gente -dijo Curt. A continuación añadió algo que a Sandy se le quedó grabado de por vida. Consideraba que Curtis, sometido ya a una gran presión mental y a una tensión física en aumento, había expresado su verdad sin rodeos, con palabras que no suele atreverse a usar la gente porque revelan demasiado el fondo de quien las pronuncia-. Que se joda el ciudadano-fue lo que dijo Curtis-. Esto es para nosotros.

-Lo tengo muy bien encuadrado -dijo Sandy-. Apestará, pero lo que es la luz, es divina.

A1 pie de la pantallita interior, el código horario anunciaba 19:49:01.

-Cortando -dijo Curt, y deslizó el escalpelo más grande por la parte central del cuerpo de la criatura clavada con chinchetas.

No le temblaron las manos. Si la inminencia del momento decisivo le produjo miedo escénico, debió de pasársele enseguida. Se oyó un reventón, un ruido a mojado como de explotar una burbuja de líquido espeso, y de repente la bandeja de debajo del caballete empezó a recibir un goteo de pasta negra.

-¡Jo, qué peste! -dijo Sandy.

-Coño, esto no hay quien lo aguante -añadió Tony con voz aflautada de consternación.

Curt no hizo caso. Abrió el abdomen de la cosa y efectuó las incisiones estándar a ambos lados, en dirección a las axilas clavadas con chinchetas, creando el corte en Y que se usa en cualquier autopsia humana. A continuación empleó las pinzas para abatir la piel sobre la zona torácica, dejando más a la vista una masa esponjosa verde oscuro detrás de un hueso estrecho y arqueado. Sandy nunca había visto nada parecido.

-¡Joder! ¿Dónde tiene los pulmones? -preguntó Tony. Sandy le oía respirar por inhalaciones breves y roncas. -Esto verde podría ser uno -dijo Curt.

-Se parece más a...

-Sí, a un cerebro, ya lo sé. Un cerebro verde. Vamos a echarle un vistazo.

Curt utilizó la parte sin filo del escalpelo para dar unos golpecitos al arco blanco de encima del órgano verde estriado. -Si lo verde es un cerebro, es que su evolución le ha protegido con cinturón de castidad en vez de con caja fuerte. Sandy, dame las tijeras. Las pequeñas.

Sandy se las pasó y volvió a inclinarse hacia el visor de la cámara de vídeo. Tenía el zoom al máximo, de acuerdo con las instrucciones, y una imagen muy nítida.

-Corto. Ya.

Curt pasó la hoja inferior de las tijeras por debajo del arco de hueso y lo cortó limpiamente, como la cuerda de un paquete. Saltó por los dos lados, como una costilla, y en el mismo momento la superficie de la esponja verde que tenía la cosa en el pecho se volvió blanca y emitió un silbido como de radiador. El aire empezó a oler mucho a menta y clavo. Al silbido se añadió un ruido de burbujas, parecido al de una paja buscando restos de batido en el fondo de un vaso.

-¿Qué, salimos? -preguntó Tony. -Demasiado tarde.

Curt estaba inclinado hacia el pecho abierto de la cosa, donde ahora la masa esponjosa había empezado a sudar gotitas de líquido blanco verdoso. Más que interesado, estaba fascinado. Viéndolo, Sandy entendió al que se había infectado a propósito con la fiebre amarilla, o a la Curte, que de tanto manipular radiaciones había contraído cáncer. «Me he convertido en destructor de mundos», musitó Robert Oppenheimer durante la primera detonación de bomba atómica hecha con éxito en el desierto de Nuevo México, y empezó a trabajar directamente en la bomba H sin concederse ni un descanso para tomar té con pastas. Porque te obsesionas, pensó Sandy. Y porque, así como la curiosidad es un hecho demostrable, la satisfacción se parece más a un rumor. -¿Qué le pasa? -preguntó Tony.

Sandy pensó que, a juzgar por lo que se veía encima de la mascarilla rosa, el sargento ya tenía bastante clara la respuesta. -Que se descompone -contestó Curt-. Sandy, ¿lo tienes bien enfocado? ¿No se interpone mi cabeza?

-No, está perfecto -contestó Sandy con voz un poco ahogada. A1 principio la variación a menta y clavo casi había parecido refrescante, pero ahora la tenía detrás de la lengua como un regusto a aceite de motor. Y volvía la peste a col. A Sandy cada vez le daba más vueltas la cabeza, y habían empezado a revolvérsele las tripas-. Aunque yo aquí no me quedaría mucho tiempo, porque podemos asfixiarnos.

-Abre la puerta del fondo del pasillo -dijo. -Pero si me habías dicho...

-Venga, haz lo que te dicen -dijo Tony, y Sandy obedeció. Volvió justo cuando Tony le preguntaba a Curt si le parecía que cortar el arco de hueso había acelerado el proceso de descomposición.

-No -dijo Curt-. Creo que ha sido por tocar lo esponjoso con la punta de las tijeras. rVerdad que parece que todo lo que salga del coche no se lleve muy bien con nosotros?

Ni Tony ni Sandy tenían ganas de discutírselo. Para entonces la esponja verde ya no parecía ni un cerebro, ni un pulmón, ni nada reconocible. Solo era un saco purulento en descomposición dentro del pecho abierto del cadáver.

Curt miró a Sandy de reojo.

-Si lo verde era el cerebro, ¿en la cabeza qué tendrá, según vosotros? Esto se averigua deprisa.

Y, sin concederles tiempo de darse cuenta de qué hacía, desplazó el escalpelo más pequeño y clavó la cuchilla en el ojo vidrioso de la cosa.

El ruido fue como cuando se hace pop metiendo el dedo en la boca. El ojo se deshinchó y cayó entero de la órbita como una repugnante lágrima. Tony chilló de miedo sin querer. Sandy gritó en voz baja. El ojo deshinchado rebotó en el hombro peludo de la cosa y cayó en la bandeja recogegotas. Poco después empezó a sisear y ponerse blanco.

-Ya basta-se oyó decir Sandy-. Esto no tiene sentido. No averiguaremos nada, Curtis. No hay nada que averiguar.

No tuvo la impresión de que Curtis le oyera.

-Me cago en Dios -susurraba este-. Me cago en la hostia consagrada.

En la órbita vacía empezó a asomar una sustancia fibrosa y rosada. Parecía algodón de azúcar, o el aislante que usa la gente en los altillos. Salió, formó un nódulo amorfo, se puso blanco y empezó a licuarse igual que lo verde.

-¿Estaba viva esta mierda? -preguntó Tony-. ¿Estaba viva al... ?

-No, solo ha sido la despresurización -dijo Curtis-. Estoy seguro. Esto está tan poco vivo como la espuma de afeitar al salir del bote. ¿Lo has filmado, Sandy?

-No sé si sirve de algo, pero sí.

-Vale. Ahora miramos el abdomen y basta.

Lo siguiente que salió hizo que se pasaran como mínimo un mes sin conciliar bien el sueño. Sandy tuvo que conformarse con esas cabezaditas de las que te despiertas sobresaltado y con la seguridad de haber tenido agazapado en el pecho, robándote el aliento, algo que no acabas de ver.

Curt retiró la piel de la zona abdominal y le pidió a Tony que clavara chinchetas, primero a la izquierda y luego a la derecha. Tony lo consiguió, aunque con mucho esfuerzo; se había convertido en un trabajo de precisión, y los dos tenían la cara cerca de la incisión. Sandy pensó que dentro del cubículo la peste debía de ser tremenda. Curt buscó algo a tientas sin mover la cabeza, encontró una de las lámparas Tensor y la giró un poco, intensificando todavía más la luz que bañaba la incisión. Sandy vio una cuerda enrollada de sustancia roja parecida al hígado -intestinos- amontonada encima de una bolsa gris azulada.

-Cortando -murmuró Curt, y acarició la superficie grumosa y abultada de la bolsa con el filo del escalpelo.

Se abrió, y salió un chorro de humor negro que golpeó a Curt en plena cara, embadurnándole las mejillas y salpicándole la mascarilla. Otros salpicones aterrizaron en los guantes de Tony. Los dos hombres retrocedieron gritando, mientras Sandy permanecía junto a la cámara de vídeo, petrificado y boquiabierto. La bolsa, que se desinflaba por momentos, expulsaba un torrente de bolitas negras y rugosas, cada una de las cuales llevaba un envoltorio de membrana gris. A Sandy le parecieron tentempiés de araña en sudarios de telaraña. Entonces vio que cada bola tenía un ojo vidrioso y abierto, y que todos parecían mirarle a él fijamente. Fue cuando le fallaron los nervios. Se apartó chillando de la cámara. Los gritos fueron sustituidos por arcadas. Poco después se vomitaba la pechera de su camisa. Él apenas se acordaba de todo eso. Era como si le hubieran borrado a fuego de la memoria los cinco o seis minutos después de la última incisión de Curt, y lo consideraba una suerte.

Al otro lado de aquella quemadura de cigarrillo en la superficie de la memoria, su primer recuerdo era Tony diciendo:

-Venga, id tirando. Ya podéis volver a subir. Aquí está todo controlado.

Cerca de su oreja izquierda, Curt murmuraba otra versión de lo mismo, y le decía a Sandy que estaba tranquilísimo, todo controlado.

Todo controlado: fue el anzuelo que repescó a Sandy de sus breves vacaciones en el país de la histeria. Sin embargo, si todo estaba tan controlado, ¿por qué Curt respiraba tan deprisa? Y ¿por qué estaba tan fría la mano que tenía Sandy en el brazo? Hasta a través de la goma del guante (que aún no se había acordado de quitarse) estaba fría la mano de Curt.

-He vomitado -dijo Sandy, y notó en las mejillas el impacto de un calor sordo, el de la sangre al subir. No se acordaba de ninguna otra ocasión en que hubiera estado tan avergonzado y desmoralizado-. ¡Ay, por Dios! Me he vomitado encima.

-Sí -dijo Curt-, te ha salido un chorro de héroe. No te preocupes.

Sandy respiró e hizo una mueca, porque el estómago se le hacía un nudo y estuvo a punto de volver a traicionarle. Estaban afuera, en el pasillo, pero la peste a col seguía siendo casi insoportable. Al mismo tiempo se dio cuenta con exactitud de en qué punto del pasillo se encontraba: delante del armario donde había encontrado el cable. La puerta del armario estaba abierta. Sandy no estaba seguro, pero sospechaba que había salido corriendo del almacén y se había plantado allí delante con la voluntad, quizá, de meterse en el armario, cerrar la puerta y hacerse un ovillo en la oscuridad. Le pareció gracioso y profirió una sola y aguda carcaada.

-Así me gusta -dijo Curt.

Le dio a Sandy una palmadita, y al verle apartarse puso cara de contrariedad.

-No, no es por ti -dijo Sandy-. Es la mierda esa... la pasta...

No pudo acabar. Se le había agarrotado la garganta. Señaló la mano de Curt. La sustancia viscosa que había salido del útero muerto y preñado de la cosa-murciélago estaba embadurnada por todos los guantes de Curt, y ahora también había un poco en el brazo de Sandy. La mascarilla de Curt, que se la había bajado y la tenía colgando a la altura del cuello, también presentaba churretes y manchas. En la mejilla tenía una especie de costra negra.

En la otra punta del pasillo, más allá de la puerta abierta del almacén, estaba Tony al pie de la escalera, hablando con cuatro troopers embobados y nerviosos. Hacía gestos de ahuyentarles, intentando que volvieran a subir, pero no se les veía muy dispuestos.

Sandy rehizo su camino por el pasillo hasta la puerta del almacén y se quedó donde le vieran todos.

-Tíos, que estoy bien. Yo estoy bien, vosotros estáis bien y estamos todos bien. Ahora subís, os calmáis un poco y, cuando lo tengamos todo listo, podréis mirar el vídeo.

-¿Querremos? -preguntó Orville Garrea. -Lo dudo -dijo Sandy.

Los troopers subieron por la escalera. Tony, cuyas mejillas, de tan descoloridas, parecían de cristal, se giró hacia Sandy y le hizo una señal escueta con la cabeza.

-Gracias.

-Era lo mínimo. Me ha dado pánico, jefe. Lo siento muchísimo.

Esta vez lo de Curtis en el hombro no fue una palmadita, sino una auténtica palmada. Sandy estuvo a punto de volver a apartarse, hasta que vio que se había quitado los guantes manchados. O sea que no pasaba nada. O casi nada.

-No has sido el único -dijo Curt-. Nos tenías detrás a Tony y a mí, pero estabas demasiado histérico para fijarte. Durante la estampida hemos tirado al suelo la cámara de vídeo de Huddie. Espero que no se haya roto. Si resulta que sí, supongo que habrá que pasar la gorra para comprarle otra. Ven, vamos a verlo.

Volvieron al almacén con paso bastante decidido, pero al principio ninguno de los tres fue capaz de entrar. En parte se debía al olor, como a sopa podrida, pero sobre todo a saber que la cosa murciélago seguía enganchada al corcho, desollada y repugnante. Pendiente de limpieza, como los accidentes de carretera de los fines de semana, en que al llegar, el olor a sangre, tripas reventadas, gasolina derramada y goma quemada era como un conocido de toda la vida, alguien insoportable que nunca va a cambiar de pueblo; olerlo era saber que había alguien muerto o casi muerto, otra persona llorando y gritando, y que encontrarías un zapato -con suerte no de niño, aunque demasiado a menudo lo era- tirado en la carretera. Sandy lo veía así. Te los encontrabas en la carretera o en la cuneta, con los cuerpos que les había dado Dios diciendo Toma, úsalo lo mejor que puedas para vivir en formas nuevas y torturadas: huesos reventando pantalones y camisas, cabezas medio torcidas pero que seguían hablando (y chillando), ojos colgando, una mujer ensangrentada con un niño ensangrentado en brazos, como una muñeca rota, y diciendo ¿Está viva? Por favor, compruébelo. Yo no puedo, No me atrevo. Siempre había sangre en los asientos, charcos de sangre, huellas dactilares de sangre en los restos de las ventanillas. Cuando la sangre estaba en la carretera, también formaba charcos y se ponía morada a la luz intermitente de las luces rojas, y había que limpiarlo todo, la sangre, la mierda y los trozos de cristal, claro, porque el ciudadano medio no querría verlo al ir a misa el domingo por la mañana. Y era el que pagaba.

-Tenemos que encargarnos nosotros -dijo el sargento-. Ya lo sabéis.

Lo sabían. Sin embargo, ninguno de los tres se movió.

-Y si hay algunos que aún estén vivos? Era lo que pensaba Sandy. Idea ridícula, puesto que la cosa-murciélago llevaba seis semanas o más en una bolsa de pruebas de plástico metida en una nevera hermética Eskimo, pero no bastaba con saber que era ridícula. La lógica había perdido su poder, al menos provisionalmente. Cuando había que enfrentarse con una cosa de un solo ojo y con el cerebro (cerebro verde) en el pecho, la propia idea de lógica se antojaba risible. A Sandy no le costaba nada imaginarse las bolitas negras con envoltorio de gasa empezando a latir y agitarse en la mesita como brincadores, esas judías que saltan, a medida que la luz intensa de las lámparas Tensor les infundía calor y les devolvía la vitalidad. Más fácil de imaginar, imposible. Y haciendo ruidos. Trinos agudos o gritos. Sonidos de bebés de pájaro o rata en el esfuerzo de nacer. Pero joder, él que había sido el primero en salir, ahora podía ser el primero en volver a entrar. Tampoco era pedir demasiado.

-Venga -dijo Sandy, y cruzó el umbral-. A ver si acabamos de una vez. Luego me pasaré el resto de la noche duchándome.

-Tendrás que hacer cola -dijo Tony.

Limpiaron, pues, la porquería, como la habían limpiado tantas veces en la carretera. En total tardaron casi una hora y, aunque fue difícil poner manos a la obra, al acabar la faena casi volvían a ser los de siempre. Lo que más les ayudó a recuperar el equilibrio fue el ventilador. Teniendo apagadas las lámparas Tensor podían usarlo sin miedo de que saltaran los fusibles. En cuanto a lo de tener cerrada la puerta del almacén, Curt no volvió a comentarlo. Sandy supuso que había llegado a la conclusión de que la endeble cuarentena que pudieran haber respetado quedaba infringida a título definitivo.

El ventilador no consiguió despejar del todo la peste a col y menta amarga, pero la ahuyentó al pasillo en cantidad suficiente para devolver la paz a sus estómagos. Tony verificó el estado de la cámara de vídeo y dijo que no parecía estropeada.

-Me acuerdo de que antes lo japonés siempre se estropeaba -dijo-. Curt, ¿quieres mirar algo por el microscopio? Si te quedas un rato más, nosotros también podemos. ¿Verdad que sí, Sandy?

A Sandy no le entusiasmaba la idea, pero asintió con la cabeza. Aún le duraba la vergüenza de haber vomitado y salido corriendo, y no tenía la sensación de haberse enmendado del todo.

-No -dijo Curt. Se le notaba cansado y desanimado-, Los osos Gummi que han salido eran las crías. Lo negro debía de ser la sangre. ¿El resto? Ni idea de qué he visto.

Más que desánimo, era algo que lindaba con la desesperación, aunque tanto Tony como Sandy tardarían cierto tiempo en darse cuenta. En el caso de Sandy, fue una de esas noches de insomnio que acababa de ganarse. Acostado en el dormitorio de su casita de East Statler Heights, con las manos detrás de la cabeza, lámpara de la mesita de noche encendida, la radio muy baja y sueño a mil kilómetros. Comprendiendo con qué había topado Curt por primera vez desde la aparición del Buick, y a saber si por primera vez en su vida: con que seguramente no llegaría a saber lo que quería saber. Lo que se había dicho a sí mismo que recesitaba saber. Su ambición había sido descubrir, desvelar, pero ¿y qué? Todo Estados Unidos pululaba de críos de primaria cuya sueño declarado era jugar en la NBA. Su porvenir, en casi todos los casos, iba a resultar bastante más prosaico. Llega un día en que la mayoría de la gente ve cómo está el panorama y se da cuenta de que no arruga los labios para darle un beso en la boca a un destino sonriente, sino porque la vida acaba de meterles en la boca una pastilla de sabor amargo. ¿Lo que estaba viviendo Curt Wilcox no era lo mismo? A Sandy le parecía que sí. Lo más probable era que su interés por el Buick tuviera continuidad, pero interés, con el paso de los años, aparecería cada vez más del tamaño que era: trabajo normal de policía. Vigilar, hacer partes escritos, libros de contabilidad que su mujer acabaría echando al fuegoo, realizando tareas de limpieza cada vez que el Buick diera a 1uz otra monstruosidad, muerta tras breves forcejeos.

Ah, y superar alguna que otra noche de insomnio. Claro que eso eran gajes del oficio, ¿no?

Curt y Tony desengancharon del corcho la monstruosidad y volvieron a meterla en la bolsa de pruebas. Lo mismo hicieron, después, con todas las bolitas negras menos dos: meterlas en la bolsa de pruebas con ayuda de una escobilla para huellas dactilares.

Esta vez Curt se cercioró de que fuera hermético todo el cierre de la bolsa.

-¿Arky aún ronda por aquí? -preguntó. Tony dijo:

-No. Quería quedarse, pero le he mandado a casa.

-Pues a ver si uno de los dos me hace el favor de subir y pedirle a Orv o Buck que encienda el incinerador de atrás. También habría que poner agua a hervir en los fogones. Una olla grande.

-Ya lo hago yo -dijo Sandy, y lo cumplió tras sacar la cinta de la cámara de vídeo de Huddie.

Durante su ausencia, Curt cogió muestras de la sustancia negra viscosa que había salido de las tripas y el útero de la cosa. También las recogió del fluido blanco que había salido del órgano del pecho. Envolvió cada muestra con celofán Sanan y las metió en otra bolsa de pruebas. Las dos criaturas nonatas que quedaban, cada una envuelta en sus minúsculas alas (y mirando fijamente con el ojo único, desasosegante) acabaron en otra bolsa de pruebas, la tercera. Curt obró con eficacia pero sin entusiasmo, como pudiera haber hecho en cualquier escenario de crimen.

Los especímenes y el cuerpo deshinchado de la cosa-murciélago recalaron en el armario verde y abollado, que empezó a llamar George Morgan «la barraca de feria de Troop D». En cuanto el agua hirvió, Tony dio su permiso para que bajaran dos de los troopers de arriba. Los cinco se pusieron guantes de goma de cocina y fregaron hasta donde alcanzaban. Los desperdicios orgánicos que nadie quería acabaron en una bolsa de plástico, junto con los trapos de fregar, los guantes de cirujano, las mascarillas de dentista

y las camisetas. La bolsa fue derecha al incinerador, y el humo al cielo, en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, amén.

Sandy, Curtis y Tony tomaron sendas duchas, suficientemente largas y calientes para gastar no una sino dos veces el depósito del sótano. A continuación, sonrosados de mejillas, recién peinados y con ropa limpia, acabaron en el banco de fumadores.

-Estoy tan limpio que casi rechino -dijo Sandy.

Durante un rato se quedaron sentados mirando el cobertizo sin hablar.

-Nos ha caído encima mucha mierda de esa -acabó diciendo Tony-, Mucha mierda. -Encima, en el cielo, colgaba como piedra pulida una luna de tres cuartos. Sandy notaba un temblor en el aire. Pensó que debía de ser el cambio inminente de estación-. Si nos ponemos enfermos...

-Para mí que si fuéramos a ponernos enfermos ya lo estaríamos -dijo Curt-. Hemos tenido suerte. La hostia de suerte. ¿Estando en el lavabo os habéis mirado bien los ojos en el espejo?

Por supuesto que sí. Tenían los ojos con el borde enrojecido e inyectados en sangre, ojos de hombres que han tenido un largo día de combatir un incendio.

-Yo creo que se nos pasará -dijo Curt-, pero creo que al final habrá sido buena idea ponerse las mascarillas. No protegen contra los gérmenes, pero al menos la porquería negra no nos ha entrado en la boca. Yo creo que las consecuencias de algo así Podrían haber sido bastante feas.

Tenía razón.

AHORA: SANDY

Ya no quedaban bocadillos. Té frío tampoco. Le dije a Arky que sacara diez billetes del fondo de imprevistos (que guardábamos en el armario de arriba, dentro de un bote) y fuera a Finn's Cash and Carry. Calculé que con dos paquetes de seis Coca-Colas y uno de refresco de hierbas llegaríamos hasta el final.

-Si me voy me perderé lo del pez -dijo Arky.

-Arky, que lo del pez ya te lo sabes. Te sabes toda la historia. Venga, ve a comprarnos algo frío para beber, haz el favor. Lo hizo a bordo de su camioneta vieja, acelerando como para ponerle una multa.

-Venga -dijo Ned-. ¿Luego qué pasó?

-Pues... -dije-. Déjame que piense. Para empezar, que el sargento fue abuelo. Seguramente antes de lo que hubiera querido; fue un niño nacido fuera del matrimonio, y hubo un escándalo en la familia, pero al final los ánimos se calmaron y la chica ha acabado yendo a Smith, que tengo entendido que no es mal sitio para licenciarse una chica. El hijo de George Morgan hizo un home run espectacular y George estaba que se salía de tan orgulloso. Me parece que fue dos años antes de que matara a aquella mujer en la carretera y se suicidara. A la mujer de Orvie Garrett se le infectó la sangre en el pie y tuvieron que amputarle un par de dedos. Shirley Pasternak entró a trabajar con nosotros en 1984.,.

-1986 -murmuró ella.

-Eso, en el ochenta y seis -dije, y le di una palmadita en la rodilla-, Más o menos por entonces hubo un incendio en Lassburg, cosa seria; unos niños que jugaban con cerillas en el sótano de un bloque de pisos. Y no había nadie vigilando. Cuando dicen que eso de vivir como los amish es una locura, me acuerdo del incendio de Lassburg. Nueve muertos, incluidos todos los niños del sótano menos uno. Seguro que el que se salvó preferiría haberse muerto. Ahora debe de tener dieciséis años, la típica edad de interesarse por las chicas, e imagino que debe de parecer la Bestia de una versión de La Bella y la Bestia que esté ambientada en la unidad de quemados. No fue noticia nacional (tengo teoría de que los incendios de bloque de pisos con varios muertos sólo son noticia si pasan en Navidad),

pero para la zona ya fue bastante grave, gracias, y Jackie O'Hara, ayudando, se hizo unas quemaduras en las manos que no te cuento. Ah, y teníamos trooper, uno que se llamaba James Dockery...

-Dockerty -dijo Phil Candleton-. Ti. Pero te perdono, sargento; sólo estuvo aquí un mes o dos, y luego lo trasladaron a Lycoming.

Asentí.

-Bueno, pues resulta que el tal Dockerty ganó el tercer premio en un concurso de cocina Betty Crocker con una receta que se llamaba Hojaldre Dorado de Salchichas. Le tomaron el pelo sin contemplaciones, pero lo aguantó bien.

-Muy bien -confirmó Eddie J-. Tendría que haberse quedado. Se habría adaptado bien.

-Ese año, en el picnic de1 14 de julio, ganamos el tira y afloja... -Vi la expresión del chaval y le sonreí-. Te crees que estoy tomando el pelo, Ned, pero no. En serio. Lo que pretendo es que lo entiendas. El Buick no era lo único que pasaba por aquí, ¿Vale? En absoluto. De hecho a veces nos olvidábamos hasta de su existencia. Al menos la mayoría. Había temporadas que facilitaban olvidarlo. Temporadas largas de estarse el Buick quietecito sin armar follón, mientras iban y venían polis. Dockerty se quedó lo justo para que lo apodaran Chef Prudhomme, como a el cocinero tan famoso de Luisiana. A Paul Loving, el que se hizo un esguince en la rodilla el último día del Trabajo, le trasladaron y a los tres años volvió. Este trabajo no es como una puerta girótoria, pero la puerta, lo que es girar, gira. Por aquí, desde el verano de 1979, deben de haber pasado setenta troopers...

-Uy, qué corto te quedas -dijo Huddie-. Di cien, contando los traslados y los troopers que ahora están aquí de servicio. Más unos cuantos inútiles.

-Sí, unos cuantos, pero la mayoría cumplíamos. Ah, Ned, una cosa: la noche que tu padre despanzurró la cosa-murciélago, él y Tony Schoondist aprendieron una lección, Yo también. A veces no hay nada que averiguar, o no hay manera de averiguarlo, o ni siquiera tiene sentido intentarlo. Me acuerdo de una película donde salía un tío explicando por qué encendía un cirio en la iglesia, aunque ya no fuera muy buen católico. Decía: «Con el infinito no se hace el gilipollas». Quizá la lección que aprendimos fue esa.

-De vez en cuando había otro terremoto en el cobertizo B. A veces sólo era un poco de temblor, y otras algo gordo. Pero es increíble la capacidad que tiene la gente de acostumbrarse a lo que sea, hasta a lo que no entienden. Aparece un cometa en el cielo y va uno de cada dos gritando que si el final del mundo, que si los cuatro jinetes del Apocalipsis... Ahora, que si el cometa se queda seis meses ya nadie le hace ni caso. Al final aburre. Pasó lo mismo a finales del siglo xx, ¿te acuerdas? Todo el mundo iba por ahí chillando que se caía el cielo, y que se atascarían todos los ordenadores. Pasa una semana y ya está todo como antes. Lo que pretendo es darte la perspectiva real de las cosas. Para...

-Cuéntame lo del pez -dijo él, y volví a enfadarme.

No habría manera de que escuchara todo lo que tenía que decirle, por muchas ganas que tuviera yo o por mucho empeño que pusiera. Oiría las partes que quisiera oír y se conformaría con ellas. Hay que considerarlo «el síndrome del adolescente». El brillo de sus ojos, además, era como el de los de su padre al inclinarse hacia la cosa-murciélago con el escalpelo en el guante. (Cortando: a veces aún sueño que se lo oigo decir a Curtis Wilcox.) Parecido, no exacto. Porque el chaval no sólo tenía curiosidad. También estaba enfadado. Enfadado como una mona.

A mí la rabia me venía de su negativa a recibir todo lo que tenía yo que darle, de que tuviera la desfachatez de escoger. ¿Qué origen tenía la suya? ¿En qué se centraba? ¿En que le hubieran dicho mentiras a su madre, y no una vez, sino varias y durante años? ¿En que se las hubieran dicho a él, aunque sólo fuera por omisión? ¿Estaba enfadado con su padre por haber guardado un secreto? ¿0 enfadado con nosotros? ¿Nosotros? Seguro que no

culpaba de la muerte de su padre al Buick. ¿Por qué, si el responsable clarísimo era Bradley Roach? Roach le había arrastrado por el lateral de un camión de dieciséis ruedas aparcado, dejando un rastro de sangre de tres metros de largo y con la altura de un trooper, más o menos un metro ochenta y cinco en el caso de Curtis Wilcox; no sólo le había quitado la ropa, sino que la había dejado al revés en un estrépito de frenos y todo con la radio sintonizando una emisora country. Tratándose de un conductor de coche trucado, y medio borracho como Bradley, ¿cómo podía ser otra cosa que country? Mientras papi se encargaba de la voz de bajo, y mami de la de tenor, a Curt Wilcox le sacaban la calderilla de los pantalones, le arrancaban el pene como hierba, le reducían los huevos a jalea de fresa, y su peine y su cartera aterrizaban en la línea amarilla. Y el responsable de todo era Bradley Roach, a menos que se quisiera echar parte de la culpa a la tienda de Statler donde le vendieron la bebida, Dicky's Convenience, o a la propia marca de cerveza, con sus simpáticos anuncios de ranas monísimas hablando y bebedores graciosos de cerveza en vez de muertos destripados en la carretera, o echársela al ADN de Bradley, lacitos de cuerda celular que llevaban susurrando bebe más, bebe más, desde el primer trago de Bradley (porque hay gente que está hecha así, o sea, como maletines bomba a punto de explotar, lo cual no es ningún consuelo, lo que se dice ninguno, para los muertos y heridos). A menos que hubiera que echarle la culpa a Dios, cabeza de turco cuya popularidad nunca decae, porque no contesta y nunca tiene artículo en la página de opinión. Pero al Buick no. Por mucho que se buscara, en la muerte de Curt no aparecía el Buick. El Buick estaba a varios kilómetros, en el cobertizo B, voluminoso, todo lujo e inocencia en sus neumáticos de franja blanca en cuyos surcos no se pegaba ni mota de polvo. ni la menor piedrecita, sino que lo repelían todo, hasta (que supiéramos nosotros) el grano más fino de arena. Quieto y a lo suyo: así estaba al desangrarse el trooper Wilcox en una cuneta de la estatal 32 de Pensilvania. En cuanto a que pudiera estar rodeado de cierto olor a col ¿y qué? A ver si se creía el chaval que...

-Ned, no sé si es lo que piensas, pero no le llamó -dije-~-~ Eso no lo hace. -Hablaba con tanta seguridad que me dio un poco de risa. Como si lo supiera a ciencia cierta, cuando tratándose del Roadmaster...-. Tiene atracción, y hasta puede que una especie de voz, cuando pasa por una de sus... no sé...

--Fases activas -sugirió Shirley.

-Eso, cuando está en una de sus fases activas. Se oye el zumbido, y a veces también se puede oír en la cabeza... como si llamara... pero ¿que fuera capaz de llegar hasta la carretera 32, al lado de la gasolinera Jenny? Imposible.

Shirley me miraba como si se me hubiera soltado un tornillo, y la verdad es que yo tenía la misma sensación, ¿Qué estaba haciendo exactamente? ¿Ver si hablando se me pasaba el enfado con aquel huérfano sin suerte?

-Sandy, quiero que me cuentes lo del pez.

Miré a Huddie, y luego a Phil y Eddie. Los tres ofrecieron variaciones del mismo encogimiento de hombros apesadumbrado. ¡Los críos! ¿Qué se le va a hacer?

Acabar. Eso iba a hacer yo. Dejarme de enfados y acabar. Había levantado la liebre (reconozco que sin saber lo grandé que era), y ahora tendría que cazarla.

-De acuerdo, Ned, voy a contarte lo que quieres. Solo te pido una cosa: que tengas en cuenta que esto ha seguido siendo un cuartel. ¿Intentarás acordarte de que aunque no te lo creas, aunque no te guste, el Buick acabó convirtiéndose en una parte como cualquier otra de nuestra jornada, como escribir informes, declarar en el juzgado, limpiar de vómito las alfombrillas de un coche patrulla o los chistes de polacos de Steve Devoe? Porque es importante.

-Descuida. Cuéntame lo del pez.

Me apoyé contra la pared y miré la luna. Yo, dentro de mis posibilidades, quería devolverle su vida. O darle estrellas en un vaso de papel. Toda esa poesía. Él, lo único que quería oír era lo del puñetero pez.

Coño, pues se lo conté.

ENTONCES

Ningún rastro de papel: lo había decretado Tony Schoondist, y se acató. No por ello dejaba la gente de saber manejar lo relativo al Buick, ni qué canales tocaba usar. No era difícil. Se informaba a Curt, al sargento o a Sandy Dearborn, que eran los del Buick. Sandy suponía que su ingreso en el triunvirato se debía a algo tan sencillo como a haber asistido a la infausta autopsia. No era, evidentemente, por especial curiosidad hacia la cosa.

A pesar del edicto antipapel de Tony, Sandy estaba casi seguro de que Curt llevaba un registro personal -notas y conjeturas sobre el Buick. En tal caso fue discreto. Mientras tanto, parecía que las bajadas de temperatura y las descargas de energía -los espectáculos de luces- fueran a menos. La cosa estaba perdiendo vitalidad.

A1 menos era la esperanza de todos.

Sandy, que no tomaba notas, habría sido incapaz de facilitar una secuencia fiable de acontecimientos. A esto último, en caso de necesidad, quizá hubieran contribuido las cintas de vídeo acumuladas con los años, pero seguiría habiendo lagunas y preguntas. No estaban grabados todos los espectáculos de luces. ¿Y qué si lo estuvieran? En el fondo eran todos iguales. Entre 1979 y 1983 debió de haber una docena. La mayoría eran pequeños. Hubo un par de la misma magnitud que el primero, y uno incluso mayor. Este, el grande -el récord absoluto- se produjo en 1983. Sus testigos, a veces, seguían llamando a 1983 el Año del Pez, como si fueran chinos.

Entre el setenta y nueve y el ochenta y tres Curtis hizo una seríe de experimentos consistentes en dejar varias plantas y animales; dentro y alrededor del Buick cuando bajaba la temperatura, pero... todos los resultados venían a ser repeticiones de lo de Jimmy y Rosalynn. Que es lo mismo que decir que a veces desaparecían cosas y a veces no. No había ningún medio de pronosticarlo. Parecía todo igual de aleatorio que tirar una moneda al aire.

Durante una bajada de temperatura, Curt dejó una cobaya al lado del neumático delantero izquierdo del Roadmaster. La metió en un cubo de plástico. A las veinticuatro horas de finalizar los fuegos artificiales púrpuras, y de que la temperatura del cobertizo volviera a la normalidad, la cobaya seguía en el cubo dando saltos y, dentro de lo que cabía, contenta. Antes de otro espectáculo de luces, Curt metió una jaula con dos ranas debajo mismo del Buick. A1 final del espectáculo seguía habiendo dos ranas. Sin embargo, un día después en la jaula solo quedaba una rana. Y pasado otro día la jaula estaba vacía.

Luego estuvo lo del célebre Experimento del Maletero del ochenta y dos. Fue idea de Tony. Él y Curt metieron seis cucarachas en una caja de plástico transparente, y la caja en el maletero del Buick. Era justo después del final de una de las sesiones de fuego artificiales, y dentro del Buick aún hacía bastante frío para que al agacharse en dirección al maletero les saliese vapor por la boca. Pasaron tres días, con comprobaciones diarias a cargo de uno u otra (siempre con una cuerda atada a la cintura del que fuera a ver, y preguntándose todos de qué coño iba a servir una cuerda contra al que había sido capaz de sacar a Jimmy de su casita de jerbos sin abrir ninguna de las tapas... por no hablar de las ranas y su jaula con el cierre puesto). El primer día las cucarachas estaban bien, así como el segundo y el tercero. El cuarto, Curt y Tony fueron a buscarlas, un experimento fallido más, a pensar otro. Pero las cucarachas habían desaparecido, o lo pareció al abrir el maletero.

-¡No, espera! -exclamó Curt-, ¡Sí que están! ¡Las he visto! ¡Corriendo como locas!

-¿Cuántas? -le preguntó Tony. Estaba al otro lado de la puerta lateral del cobertizo, sujetando el extremo de la cuerda-~ ¿Están todas? Curtís, ¿cómo coño han salido de la caja?

Curtís solo contó cuatro, no seis, pero no quería decir gran cosa. A las cucarachas, para desaparecer, no les hace falta ningún coche embrujado; tienen ese don de por sí, como sabe el que haya intentado matarlas con una zapatilla. En cuanto a su manera de salir de la caja de plástico, a la vista estaba. Seguía puesto el cierre, pero ahora la caja tenía un agujerito redondo en un lado, de unos dos centímetros de diámetro. A Curt y el sargento les recordó un agujero de bala de gran calibre. No había fisuras en disposición radial, lo cual también podía indicar que había pasado algo a través a una velocidad extremadamente alta. Pasado o quemado. Ninguna respuesta. Solo espejismos. Lo mismo de siempre. y pasó lo del pez, en junio de 1983.

Hacía como mínimo dos años y medio que no se vigilaba el Buick día y noche, porque a finales de 1979 o principios de 1980 habían decidido que con las debidas precauciones no había gran cosa que temer. Una pistola cargada es peligrosa, claro, pero no hace falta montar guardia las veinticuatro horas del día para estar seguro de que no se disparará sola. Si la pones en una estantería alta y evitas que se acerquen los críos, suele ser más que suficiente.

Tony compró una lona para vehículos a fin de evitar que alguien que pasara por la parte de atrás mirara dentro del cobertizo, viera el coche e hiciera preguntas (en el ochenta y uno, uno del parque de vehículos aficionado a los Buicks había hecho una oferta de compra). La cámara de vídeo se quedó en la barraca, montada en su trípode y con una bolsa de plástico encima para que no se mojara. La silla seguía donde siempre (con su montón de revistas debajo), pero Arky usaba cada vez más la barraca para cuestiones de jardinería. El equipo de vigilancia del Buick fue viéndose asediado por bolsas de turba y fertilizante, bolsas de tierra y macetas que acabaron expulsándolo. La única ocasión en que la barraca recuperaba su destino original era justo antes, durante y después de un espectáculo luminoso.

Junio del Año del Pez fue uno de los meses de principios de verano más bonitos que recordaba Sandy: el césped rozagante, el canto afinado de los pájaros y, en el aire, una especie de calor delicado, como el primer beso de verdad de una pareja adolescente. Tony Schoondist estaba de vacaciones, visitando a su hija en la costa Oeste (era la de la maternidad problemática). El sargento y su mujer intentaban limar algunas asperezas antes de que fueran a más. Probablemente no fuera mal plan. En ausencia de Tony estaba al mando Huddie Royer, pero en el Buick mandaba, sin menor duda, Curtis Wilcox -que ya no era novato-. Y un día de ese junio esplendoroso vino Buck Flanders a verle en esa función.

-En el cobertizo B ha bajado la temperatura -dijo. Curtis arqueó las cejas.

-No es que sea la primera vez.

-No -reconoció Buck-, pero nunca la había visto bajar deprisa. Seis grados desde esta mañana.

A1 enterarse, Curt fue corriendo al cobertizo con la típica chispa de entusiasmo en los ojos. Al aplicar la cara a una de las ventanas de la puerta de persiana, lo primero que le llamó la atención fue la lona que había comprado Tony. Estaba tirada en el suelo por el lado del conductor, como una alfombra arrugada. Tampoco era la pri mera vez. A veces parecía que el Buick temblara (o se encogiera hombros) y se quitara de encima la cubierta de nailon como un señora quitándose un chal con un movimiento de hombros. aguja del termómetro redondo indicaba 16.

-Fuera hay veintitrés -dijo Buck. Estaba codo con codo con Curt-. Antes de entrar a hablar contigo he mirado el termómetro junto al comedero de pájaros.

-0 sea que ha bajado siete grados, no seis.

-Es que dentro, al ir a verte, había diecisiete. Claro, como baja tan deprisa... Como si.., no sé, como si se acercara un frente frío. ¿Quieres que avise a Huddie?

-Más vale no molestarle. Organiza un turno de guardia. Que te ayude Matt Babicki. Pon... hum... "limpieza de coches". Durante el resto del día que vigilen dos el Buick, y esta noche 1o mismo. Eso si Huddie dice que no, o no vuelve a subir la temperatura.

-Vale -dijo Buck-. ¿Quieres la primera guardia?

Curt no solo quería, sino que se moría de ganas -intuía que iba a pasar algo-, pero negó con la cabeza.

-No puedo. Tengo un juicio, y luego lo de la trampa de camiones en Cambria. -Oyendo a Curt llamar trampa al pesaje de camiones de la carretera 9, Tony habría puesto el grito en el cielo, pero en el fondo era eso. Porque había alguien pasando heroína y cocaína desde New Jersey por aquella ruta, y se tenía la idea de que viajaba en algunos cargamentos de camioneros independientes- La verdad es que tengo más trabajo que un cojo en un concurso de patadas en el culo. ¡Mierda!

Se dio un puñetazo en el muslo, puso una mano a cada lado de la cara y volvió a mirar por el cristal. No se veía nada, aparte del Roadmaster con dos franjas de sol cruzándose en el largo capó azul oscuro, como dos focos de teatro.

-Llama a Randy Santerre. ¿A que estaba Chris Soder por aquí ganduleando?

-Sí. Técnicamente no está de servicio, pero aún tiene en casa a las dos hermanas de su mujer, que viven en Ohio, y ha venido a ver la tele. -Buck bajó la voz-. Oye, Curt, no es que quiera meterme, pero para mí que son un par de botarates.

-Puede ser, pero para esto servirán. Qué remedio. Ah, y diles que quiero informes regulares. Código D estándar. Y antes de salir del juzgado llamaré por línea de tierra.

Después de la última mirada al Buick, que casi fue de angustia, Curt reemprendió el camino hacia el cuartel, donde pensaba afeitarse y prepararse para declarar. Por la tarde se dedicaría a fisgar partes traseras de camiones con algunos de Troop G, buscando coca y esperando que a nadie se le ocurriera desenfundar un arma automática. Con tiempo habría encontrado a alguien que le remplazara, pero no disponía de él.

La vigilancia del Buick recayó en Soder y Santerre, que se lo tomaron bien. Los botarates se lo toman todo bien. Estaban fuera de la barraca fumando, de palique, con alguna que otra miradita al Buick (Santerre demasiado joven para saber qué esperar, además de que no duró mucho en el cuerpo), contando chistes y disfrutando del día. Era un junio tan sencillo, tan bonito que incluso un botarate no tenía más remedio que disfrutarlo. En un momento dado, Buck relevó a Randy Santerre, y algo más tarde Orville Garrea a Chris Soder. A las tres, cuando Sandy vino a probarse la silla vacía de sargento jefe en el pompis, volvió Curtis Wilcox y relevó a Buck junto al cobertizo B. Para entonces la temperatura interior, lejos de volver a subir, había descendido otros seis grados, y el aparcamiento empezaba a llenarse de coches personales de troopers que no estaban de servicio. Había corrido la voz. Código D.

Hacia las cuatro de la tarde Matt Babicki metió la cabeza en despacho del sargento jefe y le dijo a Sandy que se le estaba estropeando la radio.

-Mucha estática, jefe. Más que nunca.

-Mierda. -Sandy cerró los ojos, se los frotó con los nudillos y deseó que estuviera Tony. Era la primera vez que hacía de sargento jefe, pero aquella pega, a diferencia del abultamiento temporal de su paga de final de mes, no tenía nada de satisfactoria-. Follón con el coche de los huevos. Justo lo que me hacía falta.

-No te lo tomes a pecho -dijo Matt-. Soltará unos cuantos chispazos y volverá a quedarse todo normal. Incluida la radio. Siempre pasa lo mismo, ¿no?

Sí, siempre pasaba lo mismo. A decir verdad, Sandy no estaba especialmente preocupado por el Buick. Pero ¿y si le surgían problemas a alguien de patrulla estando escacharradas las comunicaciones? Alguien que tuviera que avisar de un 33 Ayudadme deprisa-, o de un 47 -Enviad una ambulancia-, o lo peor de todo, de un 10-99: Baja de un agente. Sandy tenía patrullando a bastante más de una docena, y en ese momento la sensación era de llevarles a todos a cuestas.

-Oye, Matt, coge mi coche (es la unidad 17) y llévatelo al pie de la colina. En principio allá abajo no tendría que haber interferencias. Llama a todos los de Troop D que estén en la carretera y diles que la base de comunicaciones, provisionalmente, es el i Código D.

-¡Pero Sandy! ¿No es un poco...?

-Ahora mismo no tengo tiempo para peros -dijo Sandy. Nunca le había impacientado tanto como ahora esa manera quejica que tenía el agente de comunicaciones de ser un lento. Hazlo y no se hable más.

-Pero es que no estaré para ver...

-No, lo más probable es que no. -Sandy había subido poco el tono de voz-, Otra cosa que no puede faltar en tu lista de quejas para cuando se la envíes a tu párroco.

Matt iba a decir algo más, pero prestó atención al rostro de Sandy y tuvo la prudencia de no abrir la boca. A los dos minutos, Sandy le vio bajar por la colina al volante de la unidad 17.

-Menos mal -murmuró Sandy-. Quédate un rato abajo pelmazo, que siempre tienes que tener la última palabra.

Sandy salió y fue al cobertizo B, donde había una multitud considerable. La mayoría eran troopers, pero también había gente del parque de vehículos con el mono verde manchado de aceite que constituía su uniforme no oficial. Después de cuatro años de convivir con el Buick, no podía decirse que hubiera nadie asustado, pero como grupo tenían un día bastante nerviosillo. Habiendo visto bajar once grados el termómetro en un día caluroso de verano, en un recinto cuyo aire acondicionado consistía en alguna que otra apertura de puertas, costaba no creer que se preparara algo gordo.

Ya hacía bastante rato que Curt había vuelto para organizar una serie de experimentos, supuso Sandy que todos los que había tenido tiempo de montar. En el asiento delantero del Buick había colocado una caja de zapatillas Nike con varios grillos dentro. La jaula de las ranas estaba en el asiento trasero. Esta vez solo contenía una rana, pero era un pedazo de bicho, de esas ranas toro de pantano con ojos saltones amarillos y negros. También había cogido la maceta de flores que había fuera de la ventana del despacho de Matt Babicki y la había metido en el maletero del Buick. En último lugar, pero no en importancia, sacó de paseo a Mr. Dillon por la zona. Le hizo rodear el coche a tirones de correa, trescientos sesenta grados a ver qué pasaba. A Orvie Garrett no le hizo mucha gracia, pero Curt le convenció. En general no estaba del todo pulido, sino un poco verde, pero tratándose del Buick tenía una labia de jugador del Mississippi.

Durante el paseo de D no pasó nada -esta vez no-, pero saltaba a la vista que la mascota de Troop D habría preferido estar en cualquier otra parte. Estiraba tanto la correa que lo estrangulaba un poco, y caminaba con la cabeza gacha y la cola hacia abajo, soltando de vez en cuando una tos seca. Lo miraba todo, no solo el Buick, como si lo que no le gustaba se hubiera propagado desde el falso coche hasta contaminar todo el cobertizo.

Cuando Curt volvió a sacarlo y le devolvió a Orville la correa, dijo:

-Pasa algo; él lo nota, y yo también. Pero no es como las veces anteriores.

Vio a Sandy y lo repitió: no era como las veces anteriores. -No -dijo Sandy, y señaló a Mr. D con la cabeza-. Al menos no aúlla.

-Todavía -dijo Orville-. Venga, D, otra vez al cuartel. Lo has hecho muy bien. Te daré un Bonz.

A Curt, lo que le dio Orvie fue una mirada final de reproche. Mr. Dillon, que ya no necesitaba correa para no escaparse, trotaba vivazmente junto a la rodilla derecha del trooper Garrett.

Hacia las cuatro y veinte se estropeó de golpe la tele del piso de arriba, la de la sala de estar. Hacia las cinco menos veinte temperatura del cobertizo B había bajado a nueve grados y pico.

A las cinco menos diez, Curtis Wilcox exclamó: -¡Ya empieza! ¡Lo oigo!

Sandy había entrado a ver cómo estaban las comunicacione (para entonces jodidísimas, reducidas a un rugido de estática cojones), y el grito de Sandy le pilló a medio camino por el aparcamiento, ahora tan lleno de vehículos particulares que parecía mercadillo benéfico de la policía, o el carnaval para niños con distrofia muscular que organizaban cada julio. Sandy echó a correr cortando el grupo de espectadores que forzaban el cuello para mirar por la puerta lateral, la cual, por increíble que parezca, aún estaba abierta de par en par. Y en el umbral estaba Curt. Salían oleadas de frío, pero no parecía que las notara. Tenía los ojos enormes y al volverse hacia Sandy presentaba el aspecto de alguien que soñara -¿Lo ves? Sandy, ¿lo ves?

Por supuesto que sí: un resplandor rojo cada vez más intenso que se derramaba por las ventanillas del coche, se filtraba la rendija que delimitaba la tapa del maletero y bajaba por los flancos como un ligero fluido radiactivo. Dentro del coche, Sandy vio claramente las formas de los asientos y el volante desmesurado. Eran contornos, siluetas. El resto de la cabina se lo tragaba el brillo frío y del mismo color rojo violáceo, más intenso que cualquier horno. El zumbido, que era fuerte, iba constantemente en aumento. A Sandy le daba dolor de huesos, y sus oídos casi habrían preferido estar sordos. Tampoco es que hubiera servido de nada, puesto que era como si el ruido se oyera, además de con orejas, con todo el cuerpo.

Sandy dio un estirón a Curt y le hizo bajar al pavimento. Luego cogió el pomo con la intención de cerrar la puerta. Curt lo agarró por la muñeca.

-¡No, Sandy, no! ¡Quiero verlo! Quiero... Sandy se liberó de la mano sin contemplaciones.

-¿Estás loco? Aquí hay un procedimiento a seguir; un procedimiento, puñeta. ¡Deberías ser tú el primero en saberlo! ¡Si fuiste de los que lo pensaron, hombre!

En el momento en que Curt daba un portazo e imposibilitaba cualquier visión directa del Buick, temblaron los párpados de Curt, sobresaltado como cuando alguien se despierta de un sueño profundo.

-Vale -dijo-. Vale, jefe, Perdona. -No pasa nada.

Sin acabar de creérselo. Porque el muy idiota se habría quedado allá en la puerta. De eso no tenía Sandy la menor duda. Se habría quedado y habría acabado frito, siempre y cuando aquella cosa tuviera en su repertorio la fritura.

-Tengo que ir a buscar las gafas de soldador -dijo Curt-. Las tengo en el maletero de mi coche. Llevo de repuesto, y extraoscuras. Toda una caja. ¿Quieresunas?

Sandy conservaba la impresión de que Curt no estaba del todo despierto, de que solo fingía, como se puede llegar a fingir cuando suena el teléfono de madrugada.

-Por mí... Pero tendremos cuidado, ¿vale? Porque esto tiene pinta de ser gordo.

-¡De lo que tiene pinta es de que será una maravilla! -dijo Curt, y la exaltación de su voz, pese a dar cierto miedo, tranquilizó un poco a Sandy. Al menos ya no ponía voz de

sonámbulo-. Pero bueno, sí mamá: nos ajustaremos al procedimiento y seremos la hostia de prudentes.

Fue corriendo hacia su coche -no el patrulla, sino el suyo, el Bel-Aire restaurado que acabaría conduciendo su hijo- y abrió el maletero. Mientras revolvía entre las cajas de todo lo que llevaba, el Buick explotó.

No explotó en el verdadero sentido de la palabra, pero faltaban otras para describirlo. A los que estaban presentes se les grabó en la memoria, pero era curioso lo poco que hablaban del tema, ni siquiera entre ellos, porque no parecía haber ninguna manera de expresar la magnificencia aterradora del fenómeno. Su poder. A lo máximo que llegaban era a decir que había oscurecido el sol de junio, y que parecía que el cobertizo se hubiera vuelto transparente, como fantasma de sí mismo. Era imposible entender que entre aquella luz y el mundo exterior pudiera interponerse un simple cristal. El brillo pulsátil manaba por las planchas del cobertizo como suero a través de una gasa; se destacaban las formas de los clavos como los puntos de las fotos de prensa, o como gotitas de sangre en un tatuaje recién hecho. Sandy oyó exclamar a Carl Brundage: ¡Esta vez sí que explota! ¡Seguro! Detrás, en el cuartel, oía aullar de terror a Mr. Dillon.

-Y eso que seguía queriendo salir a buscarlo -le contó más tarde Orville a Sandy-. Lo tenía yo en la sala de estar de arriba, lo más lejos posible del puñetero cobertizo, pero como si nada. Él sabía que estaba. Supongo que lo oía, que oía el zumbido. Luego vio la ventana. ¡Santo Dios! Llego a ser más lento de reflejos y a no cogerlo enseguida, y para mí que habría saltado a través, aunque fuera un primero. Se me meó encima, pero fíjate si yo tenía miedo que no me di cuenta hasta media hora después. Orville sacudió la cabeza, serio y pensativo.

-No he vuelto a ver un perro en ese estado. Nunca. Tenía todo el pelaje erizado, echaba espuma por la boca y los ojos parecían a punto de salirle disparados. Santo Dios.

Curt, mientras tanto, llegó corriendo con una docena de gafas protectoras. Los troopers se las pusieron, pero seguía siendo imposible mirar hacia el Buick. Ni siquiera era posible acercarse a las ventanas. Además volvía a haber un silencio muy raro, cuando la sensación era de que deberían haber estado inmersos en una cacofonía, oír truenos, deslizamiento de tierra y erupciones volcánicas. Con las puertas del cobertizo cerradas, ni siquiera oían elzumbido (a diferencia de Mr. D). Solo había ruido de pies, de alguien carraspeando, de Mr. Dillon aullando en el cuartel y Orvie Garrea tranquilizándolo, y desde el despacho de comunicacionesr cuya ventana (desprovista ya, gracias a Curt, de su maceta} se había quedado abierta, el de la radio de Matt Babicki, ahogada po la estática. Nada más.

Curt se acercó a la puerta de persiana como con la cabeza inclinada y las manos en alto. Intentó levantar dos veces la cara y mirar dentro del cobertizo B, pero no pudo. Había demasiada luz: Sandy le cogió por un hombro.

-No intentes mirar, que no podrás. A1 menos de momento. Se te reventarían los ojos.

-Sandy, ¿qué es? -susurró Curt-. ¿Qué es, por Dios? Sandy solo pudo menear la cabeza.

Durante la media hora siguiente, el Buick protagonizó el no va más de los espectáculos de luces, convirtiendo el cobertizo B en una especie de bola de fuego, disparando paralelas de luz por todas las ventanas y encadenando fogonazos como un horno fluorescente y chillón, sin calor ni sonido. Si en ese momento hubiera aparecido alguien ajeno al cuerpo, a saber qué habría pensado, qué habría contado o qué caso le habrían hecho sus oyentes. Sin embargo no hubo intrusos. Y hacia las cinco y media los troopers volvían a distinguir fogonazos aislados, como si la fuente de alimentación del

fenómeno hubiera empezado a vacilar. A Sandy le recordó cuando fallaban las motos teniendo casi vacío el depósito.

Curt volvió a acercarse a las ventanas y, a pesar de que cada estallido de luz le forzaba a agacharse, consiguió intercalar vistazos sueltos. Se le unió Sandy, que apartaba la cara de las palpitaciones más intensas (Debe de parecer que hacemos algún simulacro raro, pensó), entrecerraba los ojos y sufría de deslumbramiento, a pesar de la triple capa de cristal polarizado de las gafas de soldar.

El Buick permanecía intacto del todo, sin que se le apreciara ningún cambio. La lona, que formaba la montañita de pliegues de siempre, no estaba chamuscada por ningún fuego. Las herramientas de Arky colgaban tal cual de la pared, y los montones de viejas revistas County American seguían en su rincón del fondo, atados con cordel. Habría bastado una simple cerilla de cocina para convertir aquellas pilas secas de noticias viejas en columnas de fuego, pero tanta luz roja no había carbonizado ni una sola esquina de un prospecto.

-Sandy... ¿ves los especímenes?

Sandy negó con la cabeza, retrocedió y se quitó las gafas que le había prestado Curt. Se las pasó a Andy Colucci, que se moría por mirar dentro del cobertizo. Por su parte regresaba al cuartel. Estaba visto que al final el cobertizo B no iba a explotar, y él estaba de sargento jefe y tenía trabajo.

De camino se detuvo y miró hacia atrás. Ni con gafas acababan Andy y los demás de atreverse a acercarse a la hilera de ventanas. Solo había una excepción, Curtis Wilcox. Allí estaba -hecho un tiarrón, como habría dicho la madre de Sandy-, lo más cerca posible y un poco agachado. De hecho tenía pegadas las gafas al cristal, y se limitaba a girar un poco la cabeza cada vez que la cosa emitía un fogonazo de especial intensidad, lo cual seguía ocurriendo más o menos cada veinte segundos.

Sandy pensó: Este se queda sin ojos, o como mínimo unos días ciego. Pero no. Casi parecía que tuviera calculados los chispazos, que les hubiera cogido el ritmo. De hecho, desde donde estaba Sandy, al otro lado del aparcamiento, parecía que Curtis apartara la cara uno o dos segundos antes de cada fogonazo. Y, al producirse e] siguiente, por un instante quedaba convertido en sombra exclamatoria de sí mismo, en bailarín exótico captado inmóvil con un vasto trasfondo de luz morada. Daba miedo verle así. Para Sandy era como mirar algo que a la vez estaba y no estaba, que era real pero que no lo era, algo sólido que al mismo tiempo era espejismo. Más tarde se le ocurriría pensar que en relación con el Buick 8 existía un parecido curioso entre Curt y Mr. Dillon. Curt no hacía lo mismo que el perro, aullar en la sala comunitaria, pero daba la impresión de estar en contacto con la cosa, en sincronía. Bailando con ella: así se le aparecería a Sandy, tanto entonces como más tarde.

Bailando con ella.

La misma tarde, a las seis menos diez, Sandy estableció contacto radiofónico con Matt, que estaba al pie de la colina, y le preguntó si había alguna novedad. Matt dijo que no (lo que le oyó Sandy, con su tono, fue Nada, abuela), y Sandy le ordenó volver al cuartel. Cuando estuvo Matt de vuelta, Sandy le dijo que si quería tenía permiso para cruzar el aparcamiento y echarle un vistazo al modelo del cincuenta y cuatro. Matt salió disparado. Volvió a los pocos minutos con cara de decepción.

-Eso ya se lo había visto hacer -dijo, provocando en Sandy reflexiones sobre lo lerdos e ingratos que eran en su gran mayoría los seres humanos, en lo deprisa que se les embotaban los sentidos, convirtiendo lo maravilloso en banal-. Todos dicen que hace una hora echaba unos petardos de la hostia, pero nadie ha sabido describírmelo.

Lo dijo con un desdén que a Sandy no le causó sorpresa. En el mundo del agente de comunicaciones, todo es descriptible; la cartografía del mundo debe y puede ser trazada en códigos de dos cifras.

-Pues a mí no me mires -dijo Sandy-. Pero te pudo asegurar una cosa: que brillaba mucho.

-Ya. Brillaba.

Matt le miró como diciendo encima de abuela, tonto. A continuación volvió a entrar.

Hacia las siete se había normalizado la recepción televisiva de Troop D (elemento que cuando no se patrulla siempre es importante). Las comunicaciones también volvían a ser normales. Mr. Dillon se había comido el cuenco grande de Gravy Train habitual, y luego había andado por la cocina en busca de restos, señal de que incluso él se había normalizado. A las ocho menos cuarto, cuando Curt metió la cabeza en el despacho del sargento jefe para decirle a Sandy que quería ir al cobertizo para ver los especímenes, a Sandy no se le ocurrió cómo detenerle. Esa tarde en Troop D mandaba Sandy, eso no se podía discutir, pero tratándose del Buick Curt tenía tanta autoridad como él, y quizá hasta un poco más. Por otro lado, Curt ya tenía en la cintura la cuerda amarilla de los demonios. El resto lo llevaba enrollado por encima del antebrazo.

-No es buena idea-le dijo Sandy. Fue lo más parecido a un no que le salió.

-Pamplinas.

En 1983 era la palabra favorita de Curtis. Sandy la odiaba. Le parecía una palabra engreída.

Miró por encima del hombro de Curt y vio que estaban solos. -Curtis -dijo-, tienes en casa a tu mujer, y la última vez que hablamos de ella me dijiste que podía estar embarazada. ¿Ha habido algún cambio?

-No, pero no ha ido al...

-0 sea que mujer seguro que tienes, y niño puede que también. Si ahora no está embarazada, será la próxima vez. Está muy bien. Como tiene que ser. Lo que no entiendo es que te lo juegues todo por el puñetero Buick.

-Venga ya, Sandy; si me lo juego cada vez que subo al coche y salgo a patrullar. Cada vez que me bajo y me acerco a un vehículo. En este trabajo se puede decir lo mismo de cualquiera.

-Esto es diferente. Lo sabes tan bien como yo, o sea, que no me vengas con debates de instituto. ¿No te acuerdas de lo que le pasó a Ennis?

-Sí que me acuerdo -dijo Curt.

Sandy supuso que era verdad, pero desde la desaparición de Ennis Raffeny ya habían pasado cuatro años. En cierto modo Ennis estaba tan desfasado como los montones de County Americans del cobertizo B. De los sucesos más recientes, ¿qué decir? Pues que las ranas eran simples ranas. En cuanto a Jimmy, aunque le hubieran puesto nombre de presidente, seguía siendo un vulgar jerbo. Curtis, además, llevaba la cuerda. Se suponía que la cuerda lo arreglaba todo. Sí, claro, pensó Sandy, y nunca se ha ahogado ningún crío en la piscina llevando flotador. Si se lo decía a Curtis, ¿se reiría? No. Porque esa noche Sandy estaba sentado en la silla grande, hacía de sargento jefe, era el símbolo visible deí cuerpo. Sin embargo, Sandy previó que le vería la risa en la mirada. Curt olvidaba que la cuerda nunca había sido puesta a prueba, que si la fuerza escondida en el interior del Buick decidía ir por él podía ser que, después del último fogonazo de luz violeta, solo quedara un trozo de cuerda amarilla en el suelo de cemento, con un nudo corredizo al final; adiós muy buenas, que te vaya bonito. Otro gato curioso que se ha ido a cazar satisfacción a la nada. Sandy, sin embargo, no podía ordenarle renunciar, como le había ordenado a Matt Babicki bajar en coche al pie de la colina. Lo máximo que podía hacer era discutir con él, y de poco servía discutir con alguien de mirada tan alucinada y brillante, mirada de vamos a jugar al bingo. Se podían suscitar muchos rencores, pero no convencer al otro de que no tenía la razón.

-¿Quieres que aguante la otra punta de la cuerda? -le preguntó a Curt. Has venido buscando algo, y dudo mucho que sea mi opinión.

-¿Estarías dispuesto? --dijo Curt enseñando los dientes-. Yo encantado.

Sandy salió con él y sujetó la cuerda enrollándosela casi entera en la muñeca, mientras Dicky-Duck Eliot, a quien tenía detrás, estaba preparado para cogerle por las presillas del cinturón si pasaba algo y Sandy empezaba a resbalar. El sargento jefe en funciones en la puerta lateral del cobertizo B, sin hacer fuerza pero listo para hacerla si pasaba algo raro; mordiéndose el labio inferior y respirando un poco demasiado deprisa. Se notaba el pulso como a ciento veinte por minuto. Seguía acusando el frío del cobertizo, a pesar de que el termómetro estaba en plena subida; en el cobertizo B había sido revocado el principio de verano, y al pasar por la puerta se encontraba uno con el frío húmedo de un campamento de caza al que se llega en noviembre, con la estufa en el centro de la sala más muerta que un dios excomulgado. No acababan de pasar los minutos. Sandy abrió la boca para preguntarle a Curt si pensaba quedarse para siempre, pero entonces miró su reloj y vio que sólo habían pasado cuarenta segundos. Lo que sí le dijo a Curt fue que no rodeara al Buick. Había peligro de que se enganchara la cuerda. -Ah, oye, Curt, y cuando abras el maletero ¡apártate! -Recibido.

Ponía voz casi de divertido, de indulgente, como un chico prometiendo a sus padres que no, que no conducirá deprisa, que en la fiesta no beberá, que vigilará al otro, que sí, claro, cómo no. Lo que sea con tal de que estén contentos y le dejen marcharse de casa pitando, y a partir de ahí... ¡Yujuuu!

Abrió la puerta del conductor y metió la cabeza más allá del volante. Sandy volvió a prepararse para la tensión que se esperaba, el tirón. Debió de comunicar la sensación hacia atrás, porque notó que Dicky le cogía las presillas del cinturón. Curt siguió estirando los brazos hasta que se levantó con la caja de zapatos que contenía los grillos. Miró por los agujeros.

-Parece que aún están todos -dijo con cierta desilusión. -Lo normal habría sido que se asaran-dijo Dicky-Duck-. Con tanto fuego...

Sin embargo no había habido fuego, sólo luz. En las paredes del cobertizo no había ni una sola quemadura. El termómetro se mantenía por debajo de quince, y la elección de no creerse el número, con la humedad y el frío del cobertizo en plena cara, era bastante poco factible. Con todo, Sandy comprendía a Dicky Eliot. Cuando aún duraba en la cabeza el martilleo del deslumbramiento, y se tenía la sensación de que la retina conservaba las últimas manchas de luz, costaba creer que pudieran salir ilesos unos cuantos grillos situados en primera línea de fuego.

Y sin embargo era así, y sin excepción. La rana toro también estaba, aunque se le habían enturbiado y apagado los ojos amarillos y negros. Estaba presente, pero al saltar lo hacía directamente contra la pared de la jaula. Se había vuelto ciega.

Curt abrió el maletero y se apartó con un movimiento único; casi de ballet, que conocen casi todos los policías. Sandy, en la puerta, volvió a afianzarse y a aferrar la cuerda floja, listo para cuando se tensara. De nuevo Dicky-Duck le asió fuertemente las presillas del cinturón. Y de nuevo no ocurrió nada.

Curt se inclinó sobre el maletero.

-Dentro hace frío -dijo. Su voz sonaba hueca, extrañamente lejana-. Noto el mismo olor a col. Y a menta. Y... espera... Sandy esperó, y como no pasaba nada le llamó por su nombre.

-Me parece que es sal -dijo Curt-. Casi como el mar. El centro está aquí, justo en el maletero. Estoy seguro.

-Por mí como si es la mina perdida del holandés -le dijo Sandy-. Quiero que salgas ahora mismo.

-Solo un segundo.

Curt se inclinó más. Sandy casi se esperaba verle precipitarse dentro como si algo tirara de él, lo que entendía Curt Wilcox por una broma de las de partirse el culo. Es posible que a Curt se le ocurriera, pero triunfó el sentido común. Se limitó a coger la maceta de Matt Babicki y sacarla. Luego se volvió y la levantó pare que la vieran Sandy y Dicky. Las flores se veían en buen estado, abiertas. A los dos días se habían marchitado, pero no tenía nada de sobrenatural; estar en el maletero del coche las había congelado con la misma eficacia que si Curtis las hubiera metido un rato en el congelador.

-¿Qué, ya has acabado? -A Sandy empezaba a ponérselé voz de vieja cascarrabias, pero era más fuerte que él.

-Sí, supongo.

La de Curtis era de decepción. Volvió a cerrar el maletero, co» tanta fuerza que Sandy se asustó y los dedos de Dick se pusieron rígidos en la parte trasera de los pantalones del primero. Sandy sospechaba que el bueno de Dicky-Duck había estado a punto de arrastrarle de culo hasta el aparcamiento. Mientras tanto, Curt volvió a paso lento con la jaula de la rana, la caja de zapatos y las macetas amontonadas en los brazos. A medida que se acercaba, Sandy iba enrollando la cuerda para que no tropezara con ella. Cuando volvieron a estar todos fuera, Dicky cogió la jaula y miró la rana toro ciega con cara de sorpresa.

-Esto ya es el no va más.

Curt se quitó el lazo de la muñeca, se arrodilló en el asfalto y abrió la caja de zapatos. Habían acudido cuatro o cinco troopers más. Los grillos saltaron fuera casi en cuanto Curt levantó la tapa, pero antes Curtis y Sandy tuvieron ocasión de pasar lista. Ocho: el número de cilindros del motor inservible del Buick. Ocho: el mismo número de grillos que habían estado dentro.

Curt puso cara de asco y decepción.

-Nada -dijo-. El balance final siempre es el mismo: nada. Si hay alguna fórmula (un teorema del binomio, una ecuación de cuarto grado o algo por el estilo), yo no la veo.

-Señal de que quizá sea mejor no insistir, -dijo Sandy. Curt bajó la cabeza y vio saltar a los grillos por el aparcamiento, cada vez más separados entre sí; seguían caminos diferentes, y su destino no podía predecirlo ninguna ecuación ni teorema inventado por ningún matemático, vivo o muerto. Las gafas de soldador seguían colgadas del cuello de Curt. Las tocó y miró a Sandy. Tenía la boca tensa. Se le había pasado la mirada de decepción, sustituida por la otra, la desquiciada, la de venga, a jugar al bingo hasta que no nos quede ni un duro.

-No sé si quiero -dijo-. Tiene que haber...

Sandy le dio tiempo de acabar la frase, y al ver que no lo hacía preguntó:

-¿Tiene que haber qué?

Curtis, sin embargo, se limitó a sacudir la cabeza como si no lo supiera. O no quisiera decirlo.

Pasaron tres días. Estuvieron pendientes de si aparecía otra cosamurciélago, u otro ciclón de hojas, pero el espectáculo de luces no tuvo secuelas inmediatas. El Buick se estuvo quieto. En el sector de Pensilvania, el correspondiente a Troop D reinaba la tranquilidad, sobre todo en el segundo turno, para satisfacción de Sandy Dearborn. Un día más y tendría dos libres. Luego, al volver, estaría Tony Schoondist en la silla grande, la que le correspondía. La temperatura del cobertizo B todavía no se había igualado con la exterior, pero estaba en vías de hacerlo. Había superado los quince, valor que en Troop D se asociaba con falta de peligro, Durante las primeras cuarenta y ocho horas después del gran espectáculo de luces hubo vigilancia continua. Pasadas veinticuatro horas sin

novedad, algunos empezaron a quejarse del trabajo extra, y Sandy no se lo criticaba. Horas extras sin pagar, por supuesto. Qué remedio. ¿Cómo iban a enviar a Scranton partes de horas extras por vigilancia del cobertizo B? ¿Cómo habrían rellenado el encabezado MOTIVO DE LA ACTIVIDAD SUPLEMENTARIA. A Curt Wilcox no le entusiasmaba la idea de renunciar a la vigilancia continua, pero se daba cuenta de que no había más remedio. En una breve reunión con el sargento jefe en funciones, se inclinaron por una semana de inspecciones periódicas, compitiendo la mayoría de ellas a los troopers Dearborn y Wilcox. Y si a Tony, al volver de la soleada California, no le gustaba, que lo cambiara.

Llegamos así a las ocho de una tarde de verano, rondando el solsticio; no se ha puesto el sol, sino que rojo y abotargado reposa en las Short Hills proyectando sus últimos rayos de larga y melancólica luz. Sandy estaba en el despacho, enfrascado en la lista de turnos para el fin de semana. En ese momento se encontraba muy a gusto en la silla grande. Había veces en que se imaginaba ocupándola de modo más o menos permanente, y uno de ellos era aquella tarde de verano. Me parece que me amoldaría bien al cargo, fue la idea que le cruzó por la cabeza en el momento en que George Morgan aparecía por el camino de entrada al volame de la unidad D-11. Sandy le saludó con la mano, y al verle contestar con un toque en la visera de la gorra, sonrió.

Durante ese turno George estaba de patrulla, pero resultó que pasaba por ahí y había entrado a llenar el depósito. En los noventa, la policía estatal de Pensilvania ya no tendría esa posibilidad, pero en 1983 aún se podía ir a casita a buscar la gasolina y ahorrarle unos centavos al estado. Puso el surtidor en automático lento y se acercó tranquilamente al cobertizo B para echar un vistazo.

Dentro había luz (siempre la dejaban encendida) y, cómo no, el niño mimado de Troop D: el modelo del cincuenta y cuatro con sus brillos de cromo, tan pancho, como si no se hubiera comido a ningún trooper, cegado a ninguna rana ni engendrado ningún murciélago deforme. George, a quien todavía le quedaban algunos años para cruzar su meta personal (dos latas de cerveza y luego la pistola bien metida en la boca, pasado el velo del paladar para no correr riesgos; cuando un poli toma la decisión de morir, casi siempre hace las cosas bien), se había puesto al lado de la puerta de persiana como lo hacían todos en uno u otro momento, adoptando la postura de todos, un poco floja, con las piernas separadas a la manera del típico mirón de obras que hay en todas las ciudades, con las manos en las caderas (postura A) o cruzadas en el pecho (postura B) o, si hacía un día de mucho sol, tapándose los lados de la cara (postura C). El significado de esa postura es que el referido mirón es alguien que tiene respuestas para casi todo, un experto de tomo y lomo a quien le sobra tiempo para hablar de impuestos, de política o del corte de pelo de los jóvenes.

Cumplido el vistazo, y a punto George de dar media vuelta, de repente se produjo dentro un impacto, sordo y pesado. Siguió una pausa (lo bastante larga, le contó después a Sandy, para pensar que el ruido se lo había imaginado), y a continuación otro golpe. George vio que la tapa del maletero del Buick se abollaba hacia arriba por el centro, solo una vez y deprisa. Se dirigió a la puerta lateral con la intención de investigar, hasta que se acordó de con qué se las tenía: con un coche que a veces se comía a la gente. Entonces se detuvo y buscó a alguien más con la mirada, algún apoyo, pero no vio a nadie. Ya se sabe que la poli nunca está cuando hace falta. Se planteó entrar solo en el cobertizo, pero se acordó de Ennis -cuatro años y seguía sin volver a casa a comer- y prefirió ir corriendo al cuartel.

-Sandy, que tendrías que venir. -George en la puerta con cara de susto y sin aliento-. Creo que algún idiota de esos ha encerrado a otro idiota en el maletero del trasto que hay en el cobertizo B. De broma, como quien dice.

Sandy se le quedó mirando estupefacto. Le parecía imposible, o se resistía a creer, que hubiera alguien capaz de algo así, ni siquiera el gilipollas de Santerre. Aunque en el fondo sabía que sí.

Y sabía otra cosa: que, por increíble que parezca, en muchos casos es sin mala intención.

George confundió la sorpresa del sargento jefe en funciones con incredulidad.

-No sé, igual me equivoco, pero te juro que no te tomo el pelo. Hay algo dando golpes a la tapa del maletero. Desde denrtro. Por el ruido es con el puño. Iba a entrar solo, pero al final me lo he pensado.

-Bien hecho -dijo Sandy-. Vamos.

Salieron deprisa, parando lo justo para que Sandy pudiera mirar en la cocina y pegar cuatro berridos a la sala de estar del piso de arriba. Nadie. El cuartel nunca estaba vacío, pero ahora sí.

¿Por qué? Pues porque la poli nunca está cuando la necesitas. Esa noche Herb Avery se ocupaba de la radio; ya era alguien, y se les unió.

-Sandy, ¿quieres que llame a alguien de patrulla? Si quieres puedo,

-No. -Sandy miraba alrededor intentando acordarse de dónde había visto el rollo de cuerda por última vez. Probablemente en la barraca. A menos que se lo hubiera llevado a casa algún majadero para subir algo al piso de arriba, que en el fondo sería lo más normal-. Venga, George.

Los dos cruzaron el aparcamiento al resplandor rojo de 1a puesta de sol, arrastrando unas sombras prácticamente infinitas. Primero fueron a la puerta de persiana para echar una ojeada. El Buick estaba en el mismo sitio donde lo había metido Johnny Parker a la zaga de su grúa (ahora Johnny estaba jubilado y pasa las noches con una bombona de oxígeno al lado de la cama, pero seguía fumando). También proyectaba su sombra en el suelo cemento.

Sandy empezó a volverse para ir a ver si la cuerda estaba la barraca, y justo entonces se oyó otro golpe. Fuerte, sordo y con énfasis. La tapa del maletero vibró, se abolló hacia arriba y al rato volvió a descender. No solo eso, sino que Sandy tenía impresión de que el Roadmaster había oscilado un poco en sus muelles.

-¡Mira! ¿Lo ves? -dijo George.

Iba a decir algo más, pero en ese momento se abrió el cierre del maletero del Buick, la tapa saltó en sus goznes y el pez cayó al suelo.

Claro que era tan poco pez como murciélago la cosa-murciélago, pero enseguida supieron que no era nada hecho para vivir tierra firme; no una, sino cuatro agallas alineadas le aparecieron, rajas paralelas en la piel, que tenía un color de plata ennegrecida. Su cola era recortada y membranosa. Salió del maletero con un estertor de agonía. Su parte inferior se curvó a medias, se dobló, y Sandy vio cómo podía haber provocado el ruido de golpes. Eso estaba bastante claro, sí, pero lo que ya excedía el entendimiento de los dos era que algo de un tamaño así pudiera haber llegado a caber en el maletero cerrado del Buick. Lo que cayó contra el suelo de cemento del cobertizo B con un ruido a mojado tenía el tamaño de un sofá.

George y Sandy, como niños, se cogieron mutuamente y chillaron. Durante unos instantes lo fueron, fueron niños, expulsado del cerebro cualquier pensamiento adulto. Dentro del cuartel Mr. Dillon empezó a ladrar.

Estaba tirado en el suelo, con tan poco de pez como un lobo de mascota, aunque pueda parecerse un poco a un perro. En todo caso aquel pez solo tenía de pez las rajas

violetas de las branquias. Donde tendría que haber habido una cabeza de pez -algo que como mínimo ofreciera la cordura tranquilizadora de unos ojos y una boca- había una masa enredada y desnuda de cosas rosadas, demasiado finas y rígidas para ser tentáculos y demasiado gruesas para ser cabello. Terminaba cada una en un bulto negro, y la primera idea coherente de Sandy fue: Una gamba, la parte superior es una especie de gamba, y las cosas negras son ojos.

-¿Qué ha pasado? -vociferó alguien-. ¿Qué pasa? Sandy se volvió y vio a Herb Avery en la puerta de atrás. Tenía la mirada desquiciada y la Ruger en la mano. Sandy abrió la boca, pero lo único que le salió fue un resuello mucoso. George, que estaba a su lado, ni siquiera se había vuelto. Aún miraba por la ventana con cara de idiota y la mandíbula flácida y caída. Sandy respiró hondo y lo intentó otra vez. Lo que pretendían ser palabras enérgicas se quedaron en resuello de puñetazo en la barriga, pero algo era algo.

-No pasa nada, Herb. Todo controlado. Vuelve a entrar. -Pues ¿por qué...?

-¡Entra! -Vamos mejorando, pensó Sandy-. Venga, Herb. Y mete eso en la funda.

Herb bajó la mirada hacia la pistola, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta de haberla sacado. La devolvió a su funda y miró a Sandy como queriendo preguntarle si estaba seguro. Sandy hizo una especie de aleteo con las manos y pensó: ¡ yaya Dearborn te ha dicho que vuelvas a entrar, pillastre! Herb se marchó gritándole a Mr. D que dejase de ladrar como un tonto.

Sandy volvió a girarse hacia George, que había palidecido. -Respiraba, Sandy; o lo intentaba. Se le movían las branquias, y el flanco le subía y bajaba. Ahora ha parado. -Tenía 1os ojos como platos, ojos de niño que ha participado en un accidente de coche-. Me parece que está muerto. -Le temblaban los labios-. Jo, tío, espero que lo esté.

Sandy miró dentro. Al principio creyó que George se había equivocado: la cosa aún estaba viva. Seguía respirando, o intentando respirar. Luego se dio cuenta de qué estaba viendo y le dijo a George que fuera a la barraca a buscar la cámara de vídeo. -¿Y la cu...?

-La cuerda no la necesitaremos, porque no vamos a entrar; de momento no entramos, pero tú trae la cámara. ¡Deprisa! George rodeó la esquina del garaje moviéndose con cierta dificultad. Del susto se había vuelto patoso. Sandy volvió a mirar dentro del cobertizo con las manos en los lados de la cara para protegerse del resplandor rojo del crepúsculo. Dentro del cobertizo se movía algo, en efecto, pero no era un movimiento de vida. Era vaho subiendo del flanco plateado de la cosa, así como de 1as rajas moradas de las branquias. La cosa-murciélago no se había descompuesto, pero las hojas sí, y deprisa. Aquella cosa empeza a pudrirse igual que ellas, y Sandy tenía la intuición de que una vez el proceso estuviera encarrilado, no sería largo.

Incluso estando fuera, con la puerta entre él y la cosa, lo olí. Un hedor rancio y acuoso, mezcla de col, pepino y sal, como podría oler un caldo administrado a una persona a quien no se quierá curar sino poner más enferma.

Le salía más vapor del costado. También le goteaba del amasijo de filamentos rosas enredados que tenía aspecto de servirle de cabeza. Sandy tuvo la impresión de que oía un siseo apagado, pero era consciente de que podían ser imaginaciones suyas. Entonce apareció una hendidura negra en las escamas plateadas, que arrancaba en los jirones de nailon de la cola y subía hasta la agalla trasera. Empezó a gotear un fluido negro que debía de ser el mismo que habían encontrado Huddie y Arky alrededor del cadáver de la cosa-murciélago; al principio se derramaba muy lentamente, pero poco a poco fue animándose. Ahora Sandy veía crecer un bulto de mal agüero detrás de la hendidura de la piel. No era ninguna alucinación, ni lo era el ruido sibilante. El pez experimentaba algo más radical que descomposición, estaba deshinchándose, vencido por algún cambio inimaginable de presión, o de todo, del entorno en general. Se acordó de algo que había leído (o visto por la tele, en un documental de National Geographic) sobre que ciertos bichos de las

profundidades, al sacarlos de su hábitat, explotaban. Sandy pensó que quizá estuviera a punto de ver lo mismo.

-¡George!-Berreaba a pleno pulmón-. ¡Date prisa, joder! George llegó volando por la esquina del cobertizo con el trípode en alto, cogido por la parte donde se juntaban las patas de aluminio. Encima de su puño brillaba el objetivo de la cámara de vídeo, que a la luz roja de la puesta de sol parecía un ojo de borracho.

-No he podido desmontarla del trípode -jadeó-. Hay algo, un seguro. Si hubiera tenido tiempo de buscarlo... Eso si no he intentado girarlo al revés, al muy jodido...

-No te preocupes.

Sandy le arrebató la cámara. De hecho el trípode no planteó ningún problema, porque ya hacía varios años que tenía ajustadas las patas a la altura de las ventanas de las dos puertas de persiana del cobertizo. El problema surgió al apretar el botón de on y mirar por el visor. En vez de imagen solo había letras rojas formando las palabras BATERÍA BAJA.

-¡Me cago en Judas Iscariote! Vuelve, George. Mira en el estante de al lado de la caja de cintas vírgenes y trae la otra batería. -Es que quiero ver...

-¡Me da igual! ¡Muévete!

Fue corriendo. Se le había inclinado el sombrero en la cabeza, dándole un curioso toque de desenfado. Sandy pulsó el botón de la cámara sin saber qué pasaría, pero esperando algo. Sin embargo, el volver a mirar por el visor se estaban borrando hasta las letras BATERÍA BAJA.

Curt me matará, pensó.

Volvió a mirar por la ventana del cobertizo justo a tiempo de ver la pesadilla. La cosa reventó por toda la extensión de su flanco, y ya no le salía un hilillo sino un chorro del mismo licor negro dE antes, que se derramó por el suelo como el rebufo de una bañera atascada. Lo siguiente fue una efusión hedionda de tripas, bolas fofas de gelatina entre amarilla y roja, la mayoría de las cuales se partieron y empezaron a soltar vapor al contacto con el aire.

Sandy se volvió tapándose la boca con el dorso de la mno hasta que estuvo seguro de que no vomitaría. Entonces vociferó -¡Herb! ¡Si aún quieres mirar, es el momento! ¡Corre y ve. Posteriormente Sandy no se explicaría que su primera idea hubiera sido avisar a Herb Avery pero en ese momento le pareció lo más normal. Si hubiera llamado a su madre, le habría sorprendido igual de poco. Hay veces en que simplemente el cerebro pasa la frontera del control racional y lógico. En ese moment quería que viniera Herb. Siempre tiene que haber alguien en comunicaciones; es una regla que en los cuerpos de seguridad rural conoce todo el mundo. Sin embargo, las reglas son para romperlas, y ni Herb ni nadie volvería a ver algo así en toda su vida. Ya que Sandy no podía filmarlo, al menos contaría con un testigo o dos, suponiendo que volviera George.

Herb salió deprisa como si llevara todo el rato esperando al lado de la puerta trasera y mirando por la mosquitera. Bajo el atardecer rojo, cruzó corriendo el aparcamiento, casi vacío. Ponía cara a la vez de susto y de impaciencia. Llegó justo cuando George aparecía por la esquina a toda prisa enseñando una batería nueva para la cámara de vídeo. Parecía un concursante que acaba ganar el premio gordo.

-¡Caray! ¿Qué es esta peste? -preguntó Herb tapándose boca y la nariz con una mano, con el resultado de que después, el caray le salió todo en sordina.

-Lo peor no es la peste -dijo Sandy-. Te aconsejo que respires ahora que puedes.

Miraron los dos, y profirieron gritos casi idénticos de repugnancia. El pez ya se había reventado de arriba abajo, y se desinflaba bañado en la extraña sustancia negra de su propia sangre: el cuerpo, y las entrañas que ya se habían derramado por el boquete en la piel, desprendían una humareda blanca. El vapor tenía la densidad de cuando se le prende fuego

a una montaña de pan mojado. Tapaba el Buick a partir del maletero abierto, hasta convertir el modelo del cincuenta y cuatro en un fantasma.

Si hubiera habido algo más que ver, quizá Sandy se hubiera entretenido más con la cámara; quizá al primer intento hubiera metido la batería al revés, o con las prisas lo hubiera tirado todo al suelo y se le hubiera roto. El hecho de que por muy deprisa que actuara, fuera a haber muy poco que filmar, tuvo efectos calmantes, e introdujo bien la batería a la primera. Al volver a mirar por el visor se le ofreció una imagen nítida de muy poquito: una cosa anfibia desapareciendo, algo que tanto podía haber sido un espectacular monstruo marino varado en tierra como la versión en pez del gigante de Cardiff sobre un bloque de hielo seco escondido. En la cinta que grabó aquella tarde, la masa rosa que hacía de cabeza del anfibio se ve bastante clara durante unos diez segundos, al igual que una serie de bultos rojos en rápida licuefacción repartidos a lo largo del cuerpo; se ve algo con aspecto de espuma sucia de mar rezumando de la cola y formando un arroyuelo pastoso en el suelo. Después la criatura que había salido retorciéndose del maletero del Roadmaster se queda en simple sombra a través de la niebla. De hecho casi no se ve ni el coche. Con todo, la niebla deja ver el maletero abierto, que parece una boca. Niños, acercaos a ver al cocodrilo vivo.

George, que tenía arcadas, se apartó sacudiendo la cabeza. Sandy volvió a pensar en Curtis, que para variar se había marchado justo al acabar el turno. Con Michelle tenían grandes planes: cenar en el Cracked Platter de Harrison y luego al cine. A esa hora ya debían de haber acabado de cenar, y seguro que estaban en el cine. ¿Cuál? Que quedaran cerca había tres. Si hubiera habido hijos, y no una simple posibilidad de embarazo, Sandy podría haber telefoneado a casa de Curt para consultar a la niñera. Aunque ¿habría llamado? Quizá no. Probablemente no, la verdad. Hacía unos dieciocho meses que Curt había empezado a calmarse un poco, y Sandy confiaba en la continuidad del proceso. Más de una vez le había oído a Tony que en lo relativo a la policía estatal de Pensilvania (o a cualquier cuerpo de seguridad digno de ese nombre) la mejor manera de evaluar a una persona es que conteste sinceramente a una sola pregunta: ¿en casa qué tal? No sólo era un trabajo peligroso, sino una verdadera locura, con muchas oportunidades de ver lo peor del ser humano. A largo plazo, hacerlo bien, hacerlo rectamente, requería que el poli tuviera un ancla. Curt tenía a Michelle, y ahora (quizá) al niño. Era conveniente que sólo volviera corriendo al cuartel en caso de absoluta necesidad, sobre todo teniendo que mentir sobre el motivo. La cantidad de zorros rabiosos y de cambios inesperados en la línea de turnos que puede tragarse una esposa es limitada. Curt se enfadaría por no haber sido avisado, y más al ver aquella birria cinta, pero ya lo arreglaría Sandy. No tenía más remedio. Con ayuda de Tony, que estaba a punto de volver.

El día siguiente fue templado, con brisa fresca. Subieron las dos puertas de persiana del cobertizo B y lo dejaron airearse unas seis horas. Luego cuatro troopers, encabezados por Sandy y un trooper Wilcox inescrutable, entraron con mangueras. Limpiaron cemento y arrojaron los últimos trozos pútridos de pez a la hierba alta de detrás del cobertizo. Lo cierto es que fue una repetición del cuento del murciélago, pero con más porquería y menos que enseñar al final de la jornada. A1 final los protagonistas, más que 1os despojos del gran pez desconocido, fueron Curtis Wilcox y Sandy Dearborn.

Confirmando las expectativas, Curt se enfadó por que no hubieran avisado, y los dos agentes de la ley sostuvieron una discusión en extremo acalorada acerca de ese y otros temas. Esperaron a encontrarse donde no pudiera oírles nadie de guardia: el lugar en cuestión resultó ser el aparcamiento de detrás del Tap, adonde habían ido a tomar una cerveza al final de la operación saneamiento. En el bar solo hablaron, pero al salir empezaron a levantar la voz. Tardaron poco en intentar hablar a la vez, y claro, acabaron gritándose. Casi siempre pasa.

Tío, es que alucino de que no me avisaras.

No estabas de guardia, habías salido con tu mujer y encima había nada que ver.

Eso preferiría que me lo dejaras decidir,.. ¡No había.. ,

... decidir a mí, Sandy... ... tiempo! Pasó todo...

Lo mínimo que podrías haber hecho es adjuntarle al info un vídeo más o menos potable...

¿Qué informe ni qué leches? ¿Eh, Curtis? A esas alturas estaban con las narices casi tocándose y los puños cerrados, a punto de pasar a mayores. Sí, francamente a punto de pasar a mayores. La vida tiene momentos que no importan, otros que sí y unos cuantos decisivos -puede que una docena en que nos lo jugamos todo. Allá en el aparcamiento y con ganas de darle un puñetazo al chaval que ya no era ningún chaval, al novato que ya no era novato, Sandy se dio cuenta de que estaba viviendo uno de esos momentos. Curt le caía bien, y él a Curt. Llevaban varios años trabajando bien juntos. Sin embargo, como siguiera aquello, la situación cambiaría. Dependía de lo siguiente que dijera.

-Apestaba como una cesta llena de visones. -Fue lo que dijo. Era un comentario como caído del cielo, cuya procedencia ignoraba-. Hasta de fuera.

-¿Y tú cómo sabes a qué huele una cesta de visones? Curt empezaba a sonreír. Solo un poco.

-Digamos que es una licencia poética.

Sandy también empezaba a sonreír, pero igual de poco. Habían tomado la dirección correcta, pero aún no habían salido del bosque.

Entonces Curtis preguntó:

-¿Olía peor que los zapatos de aquella puta? ¿La de Rocksburg?

Sandy se echó a reír, y Curt le imitó. Así de fácil pasó el momento crítico.

-Vamos dentro -dijo Curt-. Te invito a otra cerveza.

A Sandy no le apetecía, pero dijo que vale. Porque ya no se trataba de la cerveza, sino de minimizar los daños. De dejar atrás la mierda.

Una vez dentro, sentados en un reservado de la esquina, Curt dijo:

-Sandy, yo he metido las manos en el maletero. He dado golpes en el fondo.

-Yo también.

-Y he estado debajo. No es ningún truco de magia como esas cajas que tienen fondo falso.

-Aunque lo fuera. Ayer lo que salió no era ningún conejo blanco.

Curtis dijo:

-Para que desaparezca algo solo hace falta que esté cerca. En cambio, cuando aparecen cosas, siempre salen del maletero. ¿Estás de acuerdo?

Sandy lo meditó. En realidad nadie había visto salir la cosa-murciélago del maletero, pero sí, la tapa estaba abierta. En cuanto a las hojas... en efecto, Phil Candleton las había visto salir arremolinadas.

-¿Estás de acuerdo? -Ahora el tono era de impaciencia, que Sandy no podía no estar de acuerdo, de que era evident caray.

-Parece probable, pero considero que aún no tenemos bastantes pruebas para estar seguros al cien por cien -acabó por contestar Sandy. Sabía que diciéndolo quedaba como un pesado a ojos de Curtis, pero era lo que creía-. «Una golondrina no hace verano.» ¿Lo habías oído?

Curt adelantó el labio inferior y se sopló en la cara de exasperación.

-A ver si has oído tú esto: «Más claro que el agua.» -Curt...

Curt levantó las manos como diciendo que no, que no, que hacía falta que volvieran a salir al aparcamiento y retomarlo donde lo habían dejado.

-No, si ya te entiendo, aunque no esté de acuerdo. Vale -Vale.

-Solo quiero saber una cosa: ¿cuándo tendremos bastante para sacar conclusiones? No digo de todo, ¿eh? Digo de algo de las cosas más gordas. Por ejemplo, de dónde salían el murciélago y el pez. Yo: -Si solo pudiera elegir una respuesta, sería esta: Sospecho que nunca.

Curt levantó las manos hacia el techo con manchas de humo y volvió a dejarlas caer sobre la mesa.

¡Aaah! ¡sabía que lo ibas a decir! ¡Te estrangularía, D born!

Se miraron por encima de la mesa y de las cervezas que no apetecían a ninguno los dos, y Curt se echó a reír. Sandy sonrió. La sonrisa se ensanchó hasta descubrir los dientes, y luego él también rió.

AHORA: SANDY

Aquí Ned me hizo parar. Dijo que quería entrar a telefonear a su madre. Decirle que no le había pasado nada, que sólo se había quedado a cenar en el cuartel con Sandy Shirley y un par más. Decirle mentiras, vaya. Como se las había dicho su padre antes de él.

-No os mováis -dijo desde la puerta-. No os mováis ni un milímetro, ¿eh, tíos?

Cuando se fue Huddie me miró. Su cara ancha estaba pensativa.

-¿Tú crees que es buena idea contarle todo esto?

-Lo próximo que querrá es ver todas las cintas -dijo Arlty apesadumbrado. Bebía un refresco de hierbas-. La sesión del infierno.

-No sé si es buena o mala idea -dije con un deje de mal humor-. Solo sé que ya es un poco tarde para echarse atrás. Me levanté y también entré.

Ned estaba colgando el auricular. -¿Y tú adónde vas? -preguntó.

Se le habían juntado las cejas, y me acordé del enfrentamiento con su padre fuera del Tap, el bar pequeño y mugriento que se había convertido en el segundo hogar de Eddie J. Por la noche las cejas de Curt se habían juntado de la misma manera.

-Al lavabo -dije-. Tranquilo, Ned, que no vas a quedarte con las ganas. Pero lo que no puedes seguir haciendo es esperar una conclusión, porque no hay ninguna.

Me metí en el lavabo y cerré la puerta sin darle tiempo de contestar. Y pasé unos quince segundos de puro alivio. El té frío es como la cerveza: solo se puede alquilar, no comprar. Cuando volví a salir, el banco de fumadores estaba vacío. Se habían acercado al cobertizo B y miraban dentro cada uno por una venta de la puerta de persiana que daba a la parte trasera del cuartel, todos con la misma postura de mirón de obras que tan familiar me resultaba. Lo que pasa es que ahora se me han invertido los té menos. Es justo al revés. Cada vez que paso al lado de gente que mira encima de una valla, o de los caballetes que rodean el ajetreo de una excavación, lo primero que me pasa por la cabeza es el cobertizo B y el Buick 8.

-¿Qué? ¿Veis algo dentro que os guste más que vosotros mismos? -les pregunté.

Parecía que no. Arky fue el primero en volver, seguido de cerca por Huddie y Shirley. Phil y Eddie se quedaron un poco más y el hijo de Curt fue el último en volver al aparcamiento del cuartel. De tal palo tal astilla. Curtís también se quedaba más que nadie en la ventana. Eso si tenía tiempo, claro. Tomárselo no se tomaba, porque el Buick nunca tuvo prioridad. Si no, casi seguro que la noche del Tap, en vez de encontrar una manera de retirarnos y ceder terreno, habríamos llegado a los puños. Encontramos la manera porque tener un altercado habría sido malo para Troop D, y Curt anteponía el cuerpo a todo: al Buick, a su mujer y, cuando tuvo familia, a su familia. Una vez le pregunté de qué estaba más orgulloso. Era más o menos en 1986, y supuse que diría que de su hijo. Contestó que del uniforme. Yo lo entendí; reaccioné bien, pero mentiría si negara que la respuesta también me horrorizó un poco. Por otra parte, es verdad que le salvó el orgullo de trabajar en esto, y llevar el uniforme le proporcionaba equilibrio; si no, el Buick podría haberle

desquiciado y habría degenerado todo en una locura obsesiva. ¿Lo que le mató no fue lo mismo, el trabajo? Supongo que sí, pero con una diferencia de años, de varios años buenos. Y ahora aquel chaval, que me ponía nervioso porque le faltaba el equilibrio del trabajo. Lo único que tenía eran muchas preguntas, y la seguridad ingenua de que yo tendría las respuestas sólo porque tenía la sensación de que las necesitaba. Su padre quizá le hubiera dicho: Pamplinas.

-Dentro ha bajado un poco más la temperatura -dijo Huddie cuando volvimos a estar todos sentados-. Lo más seguro es que no tenga importancia, pero puede que aún nos reserve alguna que otra sorpresita. Más vale estar atentos.

-¿Qué pasó después de que tú y mi padre estuvierais a punto de pelearos? -preguntó Ned-. Y no me vengas con historias de llamadas y códigos. Las llamadas y los códigos ya me los conozco. Acuérdate de que estoy aprendiendo a llevar las comunicaciones.

Pero ¿en el fondo qué había aprendido? Después de un mes en el cubículo, con autorización oficial y rodeado por la radio, los ordenadores y los módems, ¿en el fondo qué sabía? Las llamadas y los códigos, sí; aprendía deprisa, y había que ver la voz de profesional que le salía al coger el teléfono rojo y decir Policía estatal de Statler, Troop D, al habla el agente de comunicaciones Wilcox, ¿en qué puedo ayudarle?, pero ¿sabía que cada llamada y cada código son un eslabón de una cadena? ¿Que había cadenas en todas partes, y que cada eslabón era más fuerte o más débil que el anterior? ¿Cómo esperar que lo supiera un simple chaval, por muy listo que fuera? Son las cadenas que forjamos en la vida, citando mal a Jacob Marley, el del Cuento de Navidad de Dickens. Las hacemos, las llevamos y a veces las compartimos. Bien pensado, no es verdad que George Morgan se pegara un tiro en su garaje; lo que pasa es que se enredó en una cadena de esas y se ahorcó. Pero no sin habernos ayudado a cavarle la tumba a Mr. Dillon, un día de esos de verano en que hizo un calor tan asfixiante después de la explosión del camión cisterna en Poteenville.

No había llamada ni código para el hecho de que Eddie Jacubois pasara cada vez más tiempo en el Tap, ni de que Andy Colucci engañara a su mujer, le pillaran in fraganti, suplicara otra oportunidad y no se la dieran; tampoco tenía código la marcha de Matt Babicki, ni la llegada de Shirley Pasternak. Ocurre que hay cosas que solo te las explicas si reconoces la existencia de esas cadenas, algunas hechas de amor, otras de pura casualidad. Como Orville Garrea con una rodilla en el suelo al pie de la tumba recién abierta de Mr. Dillon, llorando, dejando en el suelo el collar de D y diciendo: Perdona, socio, perdona.

¿Todo eso era importante para mi relato? Yo consideraba que sí. En cuanto al chico, estaba claro que no compartía mi opinión. Yo insistía en querer darle un contexto, y él en rechazarlo como

rechazaban los neumáticos del Buick la menor invasión; la menor, hasta el trocito más ínfimo de piedra, que no había manera de se le quedara entre los surcos. Podías encajarlo, pero a los cinco, diez o quince segundos se caía. El experimento lo había hecho Tony, lo había hecho yo y lo había repetido muchas veces el padre del chaval, a menudo con la cámara de vídeo en marno. Ahora estaba aquí el chaval en persona, vestido de civil, sin uniforme gris que compensara su interés por el Buick; sentado y embarrándose en banda en las mismísimas narices del milagro de 8 cilindros de su padre, cuya peligrosidad no estaba en duda; queriendo oír la historia fuera de contexto, sin cadenas, inmaculada. Quería lo que le convenía. Y dado como estaba, le parecía que tenía derecho. Yo consideraba que se equivocaba, y la verdad es que también tenía un poco cabreo, pero pongo mi corazón por testigo de que también le tenía afecto. Es que entonces se parecía tanto a su padre... En todo, hasta en la mirada de vamos-a-gastarnos-la-paga-en-el-bingo

-La parte siguiente no puedo contártela --dije-. Yo no estaba.

Me giré hacia Huddie, Shirley y Eddie J. Los tres ponían cara de nerviosos. Eddie ni siquiera me miró a los ojos.

-¿Qué, tíos, qué decís? -les pregunté-. El agente de comunicaciones Wilcox no quiere llamadas ni códigos, solo quiere la toria. -Observé a Ned con una mirada burlona que, una de dos, o bien no entendió o no quiso entender-. A saber si lo que de verdad quiere es una chuletita, con la historia resumida en puntos-Sandy, ¿qué...? -empezó Ned, pero le enseñé la palma de la mano como un guardia de tráfico.

Yo acababa de abrir la puerta. Probablemente fuera la primera vez que la abría desde el momento de llegar al cuartel, encontrármelo a él cortando el césped y no mandarle a casa. Quería sólo la historia. Pues bien, adelante y a acabar lo antes posible.

-El chaval está esperando. ¿Quién de vosotros va a ayudarle? Y sin saltarse nada, ¿eh? Eddie.

Eddie se sobresaltó como si le hubiera metido mano, y miró nervioso.

-¿Cómo se llamaba el tío ese? ¿El de las botas de vaquero y el collar nazi?

Eddie parpadeó escandalizado. Sus ojos me preguntaban, estaba seguro. Del tío en cuestión nadie hablaba nunca. Al menos hasta ahora. A veces comentábamos el día de lo del camión cisterna, y nos reíamos de cuando Herb y el otro tío habían intentado hacer las paces con Shirley cogiéndole un ramo de flores en el patio de atrás (eso antes de que empezara a salpicar la mierda), pero del de las botas de vaquero no. De él nunca. ¿Ah, no? Pues ahora se iba a hablar por narices.

-¿Leppler? ¿Lippman? ¿Lippier? ¿A que era algo así?

-Se llamaba Brian Lippy -acabó diciendo Eddie-. Ya nos conocíamos de antes.

-¿Ah, sí? -pregunté-. No lo sabía.

Lo siguiente empecé a explicarlo yo, pero la sorpresa fue lo mucho que acabó contando Shirley Pasternak (sobre su participación, en todo caso); le ponía muchas ganas, miraba en todo momento a los ojos de Ned y tenía una mano encima de la de él. No me sorprendió que fuera ella, ni que en un momento dado interviniera Huddie y se turnaran para contarlo. Lo que me sorprendió fue que Eddie J empezara a meter baza, primero en forma de simples detalles, luego de aspectos más sustanciosos, hasta acabar asumiendo la voz cantante. Al principio hablaba en voz baja y dubitativa, pero al llegar a la parte donde se descubría que el cabrón de Lippy había reventado la ventana, su voz, firme y enérgica, era la de alguien que se acuerda de todo y ha tomado la decisión de no esconder nada. Hablaba sin mirarnos a Ned, a mí ni a nadie. Miraba el cobertizo, el que de vez en cuando paría monstruos.

ENTONCES: SANDY

En verano de 1988 el Buick 8 se había convertido en parte asumida de la vida de Troop D, igual que cualquier otra. Y ¿por qué no? Con tiempo y una dosis razonable de buena voluntad, cualquier bicho raro puede entrar a formar parte de cualquier familia. Era lo que había pasado durante los nueve años desde la desaparición del hombre de la gabardina negra («¡Solo gasolina!») y de Ennis Rafferty.

De vez en cuando había otro espectáculo de luces, y de vez en cuando Curt y Tony seguían haciendo experimentos. En 1984 Curt probó una cámara de vídeo que se podía poner en marcha por control remoto dentro del Buick (no pasó nada). En el ochenta y cinco Tony intentó más o menos lo mismo con una grabadora Wollensak último modelo (aparte de un zumbido discontinuo, y del graznido lejano de los cuervos, no consiguió nada). Hubo algunos experimentos más con animales vivos. Murieron unos cuantos, pero ninguno desapareció.

En general la cosa iba a menos. Cuando había algún espectáculo de luces no podía compararse con los tres o cuatro primeros (ni con aquel tan bestia del ochenta y tres, se entiende). En esa época, el mayor problema de Troop D tenía por causante a una persona que del Buick no sabía nada. Edith Hyams (alias el Dragón) seguía hablando con la prensa

(claro que sólo cuando la prensa le hacía caso) sobre la desaparición de su hermano. Seguía insistiendo en que no era una desaparición normal (con el resultado de que Sandy y Curt, en cierta ocasión, se preguntaron qué sería eso de una «desaparición normal»). También seguía insistiendo en que los colegas de Ennis «sabían más de lo que contaban.» Por supuesto que en eso tenía toda la razón. Curt Wilcox repetía que si el Buick llegaba a dar problemas a Troop D sería por culpa de ella. Sin embargo, de puertas afuera los colegas de Ennis seguían apoyándola. Todos se daban cuenta de que era su mejor garantía. Tras una de las incursiones de Edith en la prensa, Tony dijo: «Tranquilos, chavales, que el tiempo juega a nuestro favor. Tenedlo presente y no perdáis la sonrisa». Y tenía razón.

A mediados de los ochenta los representantes de la prensa casi nunca le devolvían las llamadas. La mismísima WKML, una emisor independiente con difusión en tres condados cuyo informativo de las cinco solía dar noticias como que se había visto un sasquate, en el bosque de Lassburg, y comunicaciones médicas tan rigurosas como ¡CÁNCER EN EL AGUA DEL GRIFO! ¡EL PRÓXIMO PUEBLO AFECTADO PUEDE SER EL SUYO!, había perdido interés por Edith.

En otras tres ocasiones aparecieron cosas en el maletero del Buick. Una vez fueron media docena de escarabajos grandes y verdes que no se parecían a ningún escarabajo de que se tuviera noticia.

Troop D. Curt y Tony se pasaron toda una tarde en la Universi de Horlicks, hojeando montones de manuales de entomología, y en los libros tampoco figuraba nada parecido a aquellos bichos verdes. El tono de verde, sin ir más lejos, no le sonaba a nadie de Troop D, a pesar de que tampoco eran capaces de explicar en qué se diferenciaba. Carl Brundage lo bautizó Verde Jaqueca, Dijo que porque algunos bichos tenían el mismo color que las migrañas que padecía de vez cuando. Apareció muerta toda la media docena. A1 darles golpecitos de destornillador en el caparazón, hacían un ruido como el de algo de metal chocando con un bloque de madera.

-¿Quieres que intentemos una disección? -le preguntó Tony a Curt.

-¿Y tú? ¿Tú quieres? -contestó Curt. -No, no especialmente.

Curt miró los escarabajos del maletero -casi todos patas arriba y con las patas a la vista- y suspiró.

-Yo tampoco. ~De qué serviría?

Por lo tanto, en lugar de clavar los bichos en un tablero de corcho y diseccionarlos con la cámara de vídeo en marcha, metieron en una bolsa, adjuntaron una etiqueta (dejando en blanco una parte, claro) y los guardaron en el sótano, en el archivador verde abollado. Dejar que los bichos extraterrestres viajaran del maletero del Buick al archivador verde sin examinar, era otro peldaño en el camino de Curt hacia la aceptación. No obstante, había veces en que sus ojos recuperaban la mirada de fascinación de otros tiempos. Tony o Sandy le veían al lado de las puertas de persiana, mirando dentro, y la mayoría de las veces estaba presente aquella luz. Sandy acabó poniéndole un nombre: la mirada de Curtis del gato loco (por el personaje de Krazy Kat), aunque sin decírselo a nadie, ni siquiera al sargento. Los demás perdieron interés por los partos malogrados del Buick, pero nunca fue el caso del trooper Wilcox.

Curtis era una excepción a la regla de que acostumbrarse a algo es quitarle valor.

Un frío día de febrero de 1984, más o menos a los cinco meses de la aparición de los escarabajos, Brian Cole asomó la cabeza en el despacho del sargento jefe. Tony Schoondist estaba en Scranton intentando explicar por qué no había gastado todo su presupuesto para 1983 (nada como uno o dos sargentos tacaños para hacer quedar al resto mal), y la silla grande la ocupaba Sandy Dearborn.

Jefe, te recomiendo darte una vueltecita por el cobertizo de atrás -dijo Brian-. Código D.

-¿De qué código D se trata, Bri? -El maletero está abierto.

-¿Seguro que no se ha soltado? No ha habido fuegos artificiales desde antes de Navidad. Normalmente... -Normalmente hay fuegos, ya lo sé; pero la temperatura lleva una semana rondando los doce o trece grados. Además, veo algo.

Esto último hizo levantarse a Sandy. Ya se notaba en el corazón los dedos de salchicha del miedo de siempre, y empezaban a apretar. Otra porquería que limpiar, quizá. Probablemente. Por favor, que no sea otro pez, pensó. Que no tengan que sacarlo a manguerazos hombres con máscaras.

-¿Crees que puede estar vivo? -preguntó. Consideró que su voz sonaba serena, aunque él no lo estaba demasiado-. Lo que has visto, tiene pinta de...?

-Parece una especie de planta con las raíces fuera -dijo Brian-. Una parte cuelga encima del parachoques trasero. ¿Sabes a qué se parece un poco? A un lirio de Pascua.

-Que Matt llame a Curtis y le diga que venga. Total, le queda poco de patrulla.

Curt dio el recibido al código D, informó a Matt de que estaba en Sawmill Road y dijo que en quince minutos habría vuelto al cuartel. Con ello, Sandy dispuso de tiempo para ir a buscar el rollo de cuerda amarilla a la barraca y examinar a fondo el interior del cobertizo B con los prismáticos baratos pero bastante potentes que también estaban guardados dentro de ella. Estaba de acuerdo con Brian. La cosa que colgaba del maletero, de consistencia membranosa y color blanco sucio con virajes hacia el verde oscuro, se parecía a un lirio de Pascua. De los que se ven por la ruta cinco días después de fiestas, decaídos y marchitándose.

Apareció Curt, aparcó mal delante del surtidor de gasolina y acudió al trote junto a Sandy, Brian, Huddie, Arky Arkanian y un par más, pegados a las ventanas del cobertizo con aquellas posturas de mirón. Sandy le pasó los prismáticos, y Curt los cogió. Estuvo casi un minuto entero, al principio haciendo ajustes míni en la ruedecilla de enfoque, y después solo mirando.

-Qué? -le preguntó Sandy cuando hubo terminado. -Yo entro -repuso Curt, respuesta que a Sandy no le sorprendió; ¿por qué, si no, se habría molestado en ir por la cuerda?-. Y, si no se encabrita e intenta morder, le haré fotos, la tomaré en vídeo y la meteré en una bolsa. Solo necesito cinco minutos para prepararme.

Ni siquiera fueron tantos. Salió del cuartel con guantes de cirujano -lo que en la PSP ya empezaba a conocerse como «guantes de sida-, bata de barbero, botas de goma y una gorra de baño tapándole el pelo. Del cuello le colgaba una mascarilla Pak de plástico para respirar. El suministro de aire daba para unos cinco minutos. Tenía en una mano una cámara Polaroid, y u bolsa de basura verde metida en el cinturón.

Huddie, que había puesto en marcha la cámara de vídeo, enfocó a Curt, quien con aspecto trés fantastique cruzaba el aparcamiento virilmente con su gorra azul de baño y sus botas (un raro aspecto que quedó acentuado al atarle Sandy la cuerda amarilla a la cintura).

-¡Qué guapo estás! -exclamó Huddie mirando por la cámara de vídeo-. ¡Saluda a tus rendidos fans!

Curtis Wilcox, obediente, saludó a sus rendidos fans, algunos de los cuales, en los días posteriores a su muerte repentina (diecisiete años después), mirarían la cinta intentando no llorar al mismo tiempo que se reían de su simpática facha de tonto.

A su paso, por la ventana abierta del despacho de comunicaciones, Matt cantó con una voz de tenor que sorprendía por su potencia:

-Hug me... you sexy thing! Kiss me... you sexy thing! Curt se tomó bien todas las bromas, pero no les daba importancia. Las risas de sus colegas eran como algo oído en otra habitación. Tenía la luz de siempre en los ojos.

-La verdad es que esto no es muy inteligente -dijo Sandy, apretando el nudo al máximo en la cintura de Curt (pero con nulas esperanzas de convencerle). Seguro que sería mejor esperar a ver qué pasa. Asegurarnos de que haya terminado y no salga nada más. -No va a pasarme nada -dijo Curt.

Su tono era ausente. Apenas escuchaba. Casi todo él estaba dentro de su propia cabeza, repasando una lista de cosas por hacer. -Puede ser-dijo Sandy-, y puede que estemos empezando a perderle el respeto a esa cosa. -No estaba seguro de que fuera verdad, pero quería decirlo en voz alta para ver cómo quedaba-. Estamos empezando a creernos en serio que si hasta ahora no nos ha pasado nada es que ya no nos pasará. Es como acaban mal los polis y los domadores de leones.

-No pasa nada -dijo Curt.

Luego -por lo visto sin darse cuenta de la contradicción, les dijo a los demás que se apartaran. Así lo hicieron. Él le cogió la cámara a Huddie, la montó en el trípode y pidió a Arky que le abriera la puerta. Arky usó el mando a distancia que tenía en el cinturón, y la puerta subió traqueteando por sus guías.

Curt dejó resbalar hasta el codo la correa de la Polaroid para coger el trípode de la cámara de vídeo y entró en el cobertizo B. Se quedó un rato entre la puerta y el Buick, tocándose la masca rilla Puff-Pak que tenía debajo de la barbilla para subírsela si el aire estaba tan cargado como el día del pez.

-Se puede aguantar -dijo-. Lo único que se nota es un poco de olor dulzón. Igual sí que es un lirio de Pascua.

No lo era. Las flores en forma de trompeta -que eran tres- tenían la palidez de las manos de un cadáver, y casi eran traslúcidas. Dentro de cada una había una mancha de algo azul oscuro que parecía gelatina, y de lo que colgaban pepitas pequeñas. Los tallos, más que partes de una planta en flor, tenían aspecto de corteza de árbol, y presentaban una red de grietas y muescas en sus superficies verdes. Había manchas marrones que parecían brotes de hongos, y que se propagaban. Los tallos se unían en una masa de tierra negra llena de raíces. Cuando Curt se inclinó hacia él (a nadie le gustaba verle acercarse así al maletero, se parecía demasiado a ver a un insensato metiendo la cabeza en la boca de un cocodrilo), dijo que volvía a notar el mismo olor a col. Poco pronunciado, pero inconfundible.

-Y te digo una cosa, Sandy: también huele a sal. Seguro. He pasado muchos veranos en Cape Cod, y es un olor que no se puede confundir.

-Por mí como si huele a trufas y caviar---contestó Sandy. Sal enseguida, coño.

Curt rió (¡La tonta de la yaya Dearborn!), pero retrocedió. Dejó la cámara de vídeo en el trípode y enfocando el maletero, encendió y para asegurarse hizo unas cuantas polaroids.

-Entra, Sandy. Míralo tú mismo.

Sandy se lo pensó. Mala idea, muy mala idea. Una idea estúpida. No cabía duda. Una vez tuvo eso claro, le pasó a Hudd e rollo de cuerda y entró. Miró las flores deshinchadas que había en el maletero del Buick (y la que colgaba por el borde, la que ha visto Brian Cole) y no pudo evitar un escalofrío.

-Ya, ya-dijo Curt, bajando la voz para que no le oyeran 1os troopers de fuera-. ¿Verdad que da repelús hasta mirarlo? Es el equivalente visual de oír a alguien rascando una pizarra con uñas.

Sandy asintió. En efecto. Diana.

-Pero qué desencadena la reacción? -preguntó Curt-. no se me ocurre nada. ¿Y a ti?

-No. -Sandy se pasó la lengua por los labios, que se le habían secado-. Y me parece que es porque está todo junto. En gran parte es por el blanco.

-El blanco. El color.

-Exacto. Asqueroso, como de barriga de sapo.

-Como telarañas hechas dentro de flores -dijo Curt.

Se miraron un rato intentando sonreír, pero sin conseguirlo demasiado. El trooper Frost y el trooper Sandburg, poetas de la policía estatal. Solo les faltaba comparar aquella cosa del carajo con un día de verano, como Shakespeare. De todos modos había que intentarlo, porque daba la impresión de que lo que estaban viendo solo se podía comprender mediante un proceso mental semejante a la poesía.

En la cabeza de Sandy chocaban y danzaban otros símiles de menor coherencia. Un blanco como de hostia en la boca de un cadáver de mujer. Un blanco como de infección de aftosa debajo de la lengua. Un blanco, quizá, como la espuma de la creación justo al otro lado del borde del universo.

-Esto sale de algún sitio que no podemos ni imaginar-dijo Curt-. En el fondo no pueden captarlo nuestros sentidos. Y ríete tú de las palabras. Sería como querer describir un triángulo de cuatro lados. Mira, Sandy. ¿Lo ves?

Señaló con un dedo, guante interpuesto, una mancha marrón justo debajo de una de las flores del cadáver de lirio.

-Sí, sí que lo veo. Parece una quemadura.

-Y está haciéndose más grande. Ésta y todas las manchas. Fíjate aquí, sobre la flor. -Era otra mancha marrón que se propagaba, un agujero en constante crecimiento que consumía la piel frágil y blanca de la flor-. Es descomposición. No pasa exactamente de la misma manera que con el murciélago y el pez, pero pasa. ¿Verdad que sí?

Sandy asintió.

-Por favor, saca la bolsa de basura de mi cinturón y ábrela. Sandy lo hizo. Curt metió la mano en el maletero y cogió la planta por encima del bulbo con raíces. En el acto subió hacia ellos una racha de peste aguada a col y pepino podrido. Sandy retrocedió un paso con una mano en la boca, intentando contener las arcadas sin éxito.

-¡Pero no cierres la bolsa, animal! -exclamó Curt con voz ahogada. Sandy pensó que parecía la de alguien que le ha dado una calada larga a un porro de primera y procura retener el humo-. ¡Joder, qué asco tocarlo! ¡Hasta con guantes!

Sandy mantuvo abierta la bolsa y sacudió el borde. -¡Pues date prisa!

Curt depositó en el interior la planta en putrefacción de cadáveres de lirio, y hasta el ruido que hizo al bajar por la bolsa de plástico tuvo algo que no cuadraba, una especie de susurro ronco y agónico, algo prensado sin piedad entre dos planchas ahogándose casi en silencio. Ninguno de los símiles era el correspondiente, pero daban la impresión de iluminar con breves fogonazos lo que en esencia era incognoscible. Los cadáveres de lirios eran tan repulsivos y turbadores que Sandy Dearborn ni siquiera podía expresarlo en su fuero interno. Como todos los abortos del Buick. Pensar en ellos demasiado tiempo era exponerse a acabar loco de verdad.

Curt hizo el gesto de limpiarse las manos en la camisa, pero se lo pensó mejor y prefirió meterlas en el maletero del Buick, en cuya alfombrilla las restregó enérgicamente. Después se quitó los guantes, le indicó a Sandy que volviera a abrir la bolsa de plástico y los tiró dentro, sobre la planta muerta. El olor se reavivó, recordándole a Sandy el día en que su madre, devorada por el cánser y quedándole menos de una semana de vida, le había eructado en la cara. De nada sirvió su esfuerzo instintivo, pero débil, cerrarle el paso al recuerdo antes de que hubiera penetrado todo en su conciencia.

Que no vomite, por favor, pensó Sandy. No, por favor. Curt comprobó que aún tuviera en el cinturón las polaroid que había hecho, y cerró el maletero del Buick.

-¿Qué, Sandy? ¿Te parece que salgamos?

-Me parece la mejor idea que has tenido en todo el año. Curt le guiñó el ojo. Fue un guiño perfecto de listillo, malogrado únicamente por su palidez y el sudor que le corría por mejillas y la frente.

-Solo estamos en febrero, o sea que no es mucho.

-Venga.

Catorce meses después, en abril de 1985, el Buick protagonizó el espectáculo de luces breve pero feroz, el mayor y más luminoso desde el Año del Pez. Su intensidad contradecía la idea de Curt y Tony de que la energía que emanaba del Roadmaster, o que atravesaba, se estaba disipando, mientras que su brevedad, por contrario, abogaba a favor de ella. Al final era cuestión de elegir cada cual lo que quisiera. En otras palabras, lo que siempre fue. A los dos días, con la temperatura del cobertizo B estabilizada entre quince y dieciséis grados, la tapa del maletero saltó y salió disparado un palo rojo, como si lo impulsara un chorro de aire comprimido. Resultó que Arky Arkanian estaba dentro del cobertizo, volviendo a colgar el plantador, y se llevó un susto de muerte. El palo rojo chocó contra una viga del techo, volvió a caer ruidosamente sobre el techo del coche y resbaló al suelo.

La nueva incorporación tenía unos veintitrés centímetros de largo y era irregular, con el grosor de una muñeca de hombre y un par de agujeros en la punta, como de nudos en la madera. Fue Andy Colucci quien a los cinco o diez minutos, mirándolo con los prismáticos, determinó que los citados agujeros eran ojos, y que lo que parecían surcos o hendiduras en un lado correspondían, en realidad, a una pierna, contraída quizá en su agonía final. Andy era del parecer de que no se trataba de ningún palo, sino de una especie de lagarto rojo. Estaba tan muerto como el pez, el murciélago y el lirio.

Esta vez el encargado de entrar y recoger el espécimen fue Tony Schoondist, y por la noche, en el Tap, les dijo a varios troopers que le había costado una barbaridad tocarlo.

-Me miraba, el muy jodido -dijo-. Al menos lo parecía. Aunque estuviera muerto. -Se sirvió un vaso de cerveza y se lo bebió de un trago-. Espero que sea lo último -dijo-. Ojalá, ojalá.

Naturalmente, no lo fue.

SHIRLEY

Es curioso, pero a veces se te queda grabado un día en la cabeza por detalles. Aquel viernes debe de haber sido el peor día de mi vida; tardé seis meses en poder dormir bien, y perdí más de once kilos porque al principio no podía comer, pero tengo localizada la fecha por algo agradable. Fue el día que Herb Avery y Justin Islington me trajeron el ramo de flores recogidas en el campo. Eso antes de empezar la locura, claro.

Les tenía a los dos en mi lista negra. Haciendo el burro en la cocina me habían estropeado una falda de lino recién comprada, y eso que yo no pintaba nada, que solo había ido a por una taza de café. Ni fijarme en ellos, oye, que es cuando te fastidian. ¿Verdad que sí? Me refiero a los hombres. A la que llevan una temporadita sin hacer trastadas, vas y te relajas, te confías tanto que hasta te crees que en el fondo están bien de la cabeza. Y claro, es justo cuando vuelven a las andadas. Herb e Islington entraron corriendo en la cocina como dos caballos, pegando gritos sobre no sé qué apuesta. Justin se dedicaba a pegar a Herb en la cabeza y los hombros, chillando todo el rato: ¡Paga, mal nacido, paga! Y Herb: ¡Era una broma, ya sabes que jugando a cartas nunca apuesto, suéltame! Todo eso riéndose como pirados. Justin casi se le había subido a Herb a la espalda y le tenía cogido el cuello como si le estrangulase. Herb intentaba sacudírsele de encima, y ninguno de los dos me miraba; de hecho ni siquiera se habían dado cuenta de que estuviera al lado de la máquina de café con la falda nueva. Nada, ya se sabe; la agente de comunicaciones Pasternak, que es como otro mueble.

-¡Cuidado, par de bestias! -grité, pero era demasiado tarde. Chocaron conmigo sin darme tiempo a dejar la taza, y ya m ves tú con todo el café encima. La blusa me daba igual manchármela, porque era vieja, pero la falda acababa de comprármela. Y era buena. Por la noche me había pasado media hora arreglando el dobladillo.

Pegué un grito y al final interrumpieron los empujones y puñetazos. Justin aún tenía una pierna enroscada en la cadera de Herb, y las manos en su cuello. Herb me miraba con la boca abierta. Era buen chaval (sobre Islington no puedo pronunciarme porque le trasladaron a Troop K sin darme tiempo de conocerlo bien), pero así, con la boca tan abierta, tenía una cara de tonto que tumbaba de espaldas.

-Caramba, Shirley-dijo. ¿Sabes que acabo de acordarme que hablaba bastante como Arky? Tenían el mismo acento, aunque Herb un poco menos marcado-. Ni siquiera te había visto.

-No me extraña-dije yo-. Con este queriendo montarte encima como si fueras un caballo en el Derby de Kentucky. -¿Te has quemado? -preguntó Justin.

-Tú dirás si me he quemado -repliqué-. La falda me costó treinta y cinco dólares en J.C. Penny; es la primera vez que la traigo al trabajo, y ahora está para tirar. ¡Que si estoy quemada, digo!

-Mujer, no te pongas así, que lo sentimos -dijo Justin. Hasta tuvo la jeta de poner voz de ofendido. Perdón por la filosofía, pero es otra cosa que he descubierto de los hombres: dicen que lo sienten y se supone que tienes que ponerte como corderito, porque lo arregla todo. ¿Que han roto una ventana, han cargado la lancha motora o han perdido los ahorros para la universidad de los niños jugando al blackjack en Atlantic City, da igual. Es como si dijeran: Oye, que te he dicho que lo siento. Tampoco hay que ponerse así.

-Shirley... -empezó Herb.

-Ahora no, ahora no, majete --dije-. Venga, fuera, que no os quiero ni ver.

Mientras tanto el trooper Islington había cogido unas cuantas servilletas de papel y me empezaba a limpiar la blusa por la pechera.

-¡Eh, eh, para! -dije cogiéndole la muñeca-. ¿Qué te has creído, que hay permiso para meter mano?

-No, es que pensaba que... si aún no hubiera traspasado... Le pregunté si su madre tenía algún hijo vivo, y me salió con Bueno, bueno, si te pones así, con morros de ofendido. -Haceos un favor a vosotros mismos -dije- y salid enseguida, no sea que acabéis con la cafetera de collar.

Se fueron con el rabo entre las piernas, y luego me evitaban, Herb con cara de vergüenza y Justin Islington con la misma de ofendido de antes, de Ya te he dicho que lo siento, ¿qué quieres, que te lo ponga por escrito?

Una semana después -o sea, el día que pasó todo- se me presentan en comunicaciones a las dos del mediodía, Justin con el ramo y Herb detrás como escondiéndose. Parecía tener miedo de que empezara a tirarles pisapapeles.

Yo el caso es que no sé estar enfadada mucho tiempo. Lo sabe cualquiera que me conozca. Un día o dos me dura el enfado sin problemas, pero luego es como si se me deshiciera entre los dedos. Además estaban muy monos, parecían niños pequeños yendo a pedirle perdón a la maestra por haber hecho el gamberro al fondo de la clase durante la hora de sociales. Es otra de las cosas de los hombres que dan rabia: que tan pronto son unos patanes que se echan bronca en los bares por cualquier tontería -¡resultados de béisbol, pero habráse visto!- como unas peritas en dulce que ni salidas de un cuadro de Norman Rockwell, y sin transición. Luego ni te enteras y ya les tienes dentro de las bragas, o intentando meterse.

El ramo lo llevaba Justin. No era nada especial, lo que habían cogido en el campo de detrás del cuartel: margaritas, rudbeckias... Cosas por el estilo. Me acuerdo de que hasta

había un poco de diente de león, pero era una de las razones de que fuera tan mono y no te pudieras resistir. Si en vez de aquel ramo de críos hubieran traído rosas de invernadero, podría haberme durado un poco más el enfado. Porque la falda era buena, y yo hacer el dobladillo es una cosa que odio.

Justin Islington iba delante porque era guapo, con ojos azules y planta de jugador de fútbol americano. No le faltaba ni el rizo castaño en la frente. La intención era ablandarme, y no puedo decir que no funcionara. Allí dándome el ramo como un par de críos delante de la seño... Hasta había un sobrecito blanco metido entre las flores.

-Shirley -dijo Justin (bastante serio, pero con un brillo pícaro en los ojos}-, queremos hacer las paces contigo.

-Sí -dijo Herb-. Me da mucha rabia que estés enfadada con nosotros.

-Y a mí -dijo Justin.

En su caso no estuve muy segura de que fuera sincero, pero me pareció que Herb sí, lo cual ya era bastante.

-Vale -dije, y cogí las flores-; pero como volváis a hacerlo...

-¡Jamás! -dijo Herb-. ¡Ni muertos!

Que es lo que dicen todos, claro. Y no me vengáis con que soy dura, que lo que digo es puro realismo.

-La próxima vez os dejo bizcos de un puñetazo. –Miré a Islington con una ceja arqueada-. Y a ti te digo una cosa que debió de enseñarte tu madre: las manchas de café en faldas de lino, no se van con disculpas.

-No te olvides de mirar dentro del sobre -dijo Justin, quien seguía intentando impresionarme con esos ojos suyos tan azules. Dejé el florero encima de mi mesa y extraje el sobre de margaritas.

-No saldrán polvos para estornudar, ni nada parecido, ¿no’ -le pregunté a Herb.

Lo decía en broma, pero él sacudió en serio la cabeza. Viéndolo así te preguntabas cómo era capaz de parar a alguien y ponerle una multa por exceso de velocidad o por conducción imprudente sin que le supiera mal a él. Pero claro, en la carretera los troopers son diferentes. No tienen más remedio.

Abrí el sobre esperándome una tarjetita Hallmark con versión de Lo siento, esta vez en floridas rimas, pero había un papel doblado. Lo saqué, lo desdoblé y vi que era un vale de J. C. Penny por la suma de cincuenta dólares.

-Eh, no. -dije. De repente tuve ganas de llorar. Aprovecho para decir que es lo otro que tienen los hombres: justo cuando más rabia te dan, son capaces de dejarte alucinada con algún acto gratuito de generosidad, y de repente, aunque parezca una tontería, en vez de estar enfadada te da vergüenza haber pensado de ellos de manera malévola y cínica-. Tíos, que no hacía falta.

-Sí, sí que hacía falta -dijo Justin-. Lo de hacer el bea de aquella manera en la cocina era una chorrada como una casa.

-Como dos -dijo Herb. Asentía con la cabeza sin quitarme los ojos de encima.

-¡Pero esto es demasiado!

-Según nuestros cálculos, no -dijo Islington-. Es que hemos tenido que incluir el factor disgusto, más el dolor de la quemadura...

-Que no me quemé, que el café estaba tibi...

-Quédatelo, Shirley -dijo Herb con firmeza. No volvía a ser del todo el poli modelo anuncio de Marlboro, pero le faltaba poco-. Y no se hable más.

Me alegro mucho de que tuvieran el gesto, y nunca se me olvidará. Es que fue tan horrible lo siguiente que pasó... Se agradece tener algo que compense un poco aquel espanto, un gesto de amabilidad normal como que dos tontainas no solo te paguen la falda que te han estropeado, sino también las molestias, la exasperación y haber perdido un rato

la tranquilidad. Y encima darte flores. Cuando me acuerdo de la otra parte, también intento acordarme de ellos dos. Sobre todo de las flores cogidas en la parte de atrás.

Les di las gracias y subieron al piso de arriba, probablemente a jugar al ajedrez. A finales de verano solía haber un torneo, y al ganador le daban un pequeño váter de bronce que se llamaba Copa Scranton. Después de que se jubilara el teniente Schoondist no se celebró más. Salieron los dos con cara de haber cumplido su deber. Supongo que según cómo era verdad. A mí, en todo caso, me parecía que sí. Ahora faltaba poner mi grano de arena comprándoles una caja grande de bombones o unos calientamanos de invierno con lo que sobrara del vale después de comprarme una falda nueva. Los calientamanos serían más prácticos, pero quizá demasiado domésticos, teniendo en cuenta que yo era su agente de comunicaciones, no su jefa de los boy scouts. Para comprarles calientamanos ya tenían esposas.

La tontería de ramito de la paz estaba bien arreglado, y hasta había algunas ramitas verdes para darle el toque crucial de floristería de verdad, pero se les había olvidado poner agua. Arreglar las flores y olvidarse del agua: típico de tíos. Cogí el florero para ir a la cocina, que fue cuando salió por la radio George Stankowski tosiendo y con voz de estar muerto de miedo. Os voy a decir algo para que lo archivéis con el resto de lo que os parezcan las grandes verdades de la vida. A un agente de comunicaciones de la polis solo hay una cosa que le dé más miedo que oír por la radio a un trooper de patrulla con voz de miedo: que comunique un 29-99. El código 99 es Petición de respuesta general. El código 29... Consultad el libro y debajo de 29 solo veréis una palabra. Esta: catástrofe.

-Base, aquí 14. Código 29-99. ¿Me recibes? Dos nueve nueve nueve.

Volví a dejar el florero en mi escritorio con cuidado, y en momento tuve un recuerdo muy nítido: oír por la radio que había muerto John Lennon. Ese día yo estaba haciéndole a mi padre el desayuno. Pensaba servírselo y salir pitando porque llegaba tarde al colegio. Tenía un cuenco de cristal con huevos apretado en la barriga. Estaba batiéndolos con un batidor. Cuando el de la radio dijo que le habían pegado un tiro a Lennon en Nueva York, dejé el cuenco de cristal con el mismo cuidado con que acababa de hacerlo con el florero.

-¡Tony! -exclamé, y al oír mi voz (o lo que había en ella) todos interrumpieron lo que hacían. Otra cosa que se interrupió fue la conversación del piso de arriba-. ¡Tony, Geor Stankowski tiene un 29-99!

No esperé, sino que cogí el micrófono y le dije a George recibido, que vale, que hablara.

-Mi 20 es County Road 46, Poteenville -dijo él. Oí que la transmisión tenía un chisporroteo irregular de fondo. Parecía fuego. Para entonces ya estaba Tony en la puerta, y Sandy Dearb de civil con los zapatos de poli colgando de una mano-. Un camión cisterna ha chocado con un autobús escolar y se ha incendiado. Lo que se ha incendiado es el camión, pero también está afectada la parte delantera del autobús. ¿Recibido?

-Recibido -dije. Mi voz era serena, pero se me habían puesto los labios insensibles.

-Es un camión cisterna de productos químicos, Norco W ¿Recibido?

-Recibido, Norco West, 14. -Dicho apuntándolo en la libreta al lado del teléfono rojo, en mayúsculas grandes-. ¿Placas? Me refería a los rombos con símbolos de fuego, gas, radiacivo y un par de peculiaridades más.

-Pues... No las veo, hay demasiado humo, pero sale algo blanco que corre por la cuneta y cruza la carretera, y mientras tanto se incendia. ¿Recibido?

George volvía a toser por el micro.

-Recibido -dije-. ¿Inhalas gases, l4? Te noto mala voz. Cambio.

-Ah, recibido, afirmativo, inhalo pero no me pasa nada. El problema... -La tos no le dejó terminar.

Tony me cogió el micro y me dio una palmadita en el hombro queriéndome decir que lo había hecho bien, pero que ya no soportaba quedarse escuchando. Sandy estaba poniéndose los zapatos. El resto acudía al despacho de comunicaciones. Había bastante gente, dada la proximidad del cambio de turno. Hasta había salido Mr. Dillon de la cocina para ver a qué venía tanto lío.

-El problema es el colegio -añadió George en cuanto pudo-. La primaria de Poteenville solo queda a doscientos metros.

-14, que casi falta un mes para que empiece el colegio. Ya... -Puede, pero yo veo niños.

Alguien murmuró a mis espaldas.

-Por esa zona, agosto es el Mes de la Artesanía. Mi hermana da clases de cerámica a niños de nueve y diez años.

Me acuerdo de la opresión angustiosa que noté en el pecho al oírlo.

-No sé qué sale del camión, pero tengo el viento de cara -dijo George cuando pudo-, El colegio no. Repito, el colegio no. ¿Recibido?

-Recibido, l4 -dijo Tony-. ¿Te ayudan los bomberos? -Negativo, pero oigo sirenas. -Más tos-. Como ha pasado estando yo tan cerca, bastante para haber oído el choque, he sido el primero en llegar. Se ha incendiado la hierba y el fuego va hacia el colegio. Dentro está sonando la alarma, o sea que deben de haber evacuado. No sé si han llegado tan lejos los vapores, pero ya llegarán. Movilízalo todo, jefe. Esto es un 29 como la copa de un pino.

Tony:

-14, ¿hay víctimas del autobús? ¿Ves heridos? Cambio, Miré el reloj. Eran las dos menos cuarto. Con suerte el autobús estaría haciendo el trayecto de ida, no el de vuelta. Estaría yendo a buscar a los críos para llevarles a casa después de habe hecho sus cacharros.

-El autobús, aparte del conductor, parece vacío. Veo que está, el conductor (o conductora) caído encima del volante. Es la mitad que se ha incendiado, y para mí que el conductor está muerto. ¿Recibido?

-Recibido, 14 -dijo Tony-, Puedes llegar a donde están los niños?

Tos, tos, tos. Por el ruido, le había cogido fuerte. -Afirmativo, base. Hay una carretera de acceso paralela al campo de fútbol. Va directamente al edificio. Cambio.

-Pues arranca -dijo Tony.

Fue el día en que mejor estuvo, con la rapidez de decisión de un general en el campo de batalla. Al final resultó que los vapores no eran tóxicos, y que casi todo el fuego se debía a gasolina derramamada, pero claro, eso entonces no lo sabíamos. Por lo que a George Stankowski respectaba, Tony podía estar mandándole a una muerte segura. Y es que el trabajo, a veces, consiste en eso.

-Recibido, base. Voy para allá.

-Si respiran gas, tú mete a todos los que quepan en el coche patrulla. Repártelos por el capó y el maletero, y en el techo, entre las barras de luces. Llévate el máximo. ¿Recibido? -Recibido, base. Corto.

Clic. El último clic pareció muy fuerte. Tony miró alrededor.

-29-99. Ya lo habéis oído. Que se pongan en marcha todas las unidades asignadas. Los que estéis esperando para salir en turno de las tres, sacad luces Kojak del almacén y coged los coches personales. Shirley, desvía a todos los agentes de patrulla que puedas encontrar.

-A la orden. ¿Empiezo a avisar a los demás? -Aún no. ¿Dónde está Huddie Royer? -Aquí, sargento.

-Tú coordinas.

Huddie no salió con ninguna protesta peliculera, ni dijo que ardiera en deseos de estar con el resto combatiendo las llamas, gas venenoso y rescatando niños. Se limitó a contestar que a la orden.

-Ponte en contacto con los bomberos de Pogus County, a ver qué hacen. Entérate de lo que hacen los de Lassburg y Statler. Avisa al OER de Pittsburgh y a todos los que se te ocurran. -¿Y a Norco West?

Tony no se dio una palmada en la frente, pero casi. -¡Claro, hombre!

Después se dirigió a la puerta con Curt al lado y los demás usto detrás. Cerraba la comitiva Mr. Dillon.

Huddie lo cogió por el collar.

-Hoy no, chaval. Tú te quedas aquí conmigo y Shirley. Mr. D se sentó enseguida. Estaba bien entrenado. Aun así, vio marcharse a los hombres con mirada de pena.

De repente, como sólo quedábamos dos -tres, contando a D-, se notaba todo muy vacío. Tampoco es que tuviéramos tiempo de prestarle mucha atención, porque había trabajo de sobra. Es posible que me fijara en que Mr. Dillon se levantaba, iba hacia la puerta trasera, olisqueaba la mosquitera y soltaba un gañido gutural. Yo creo que sí, la verdad, pero también podría ser una deducción a posteriori. Si es verdad, si me fijé, debí de atribuirlo a la decepción de que no lo hubieran llevado. Mi opinión actual es que notó que empezaba a pasar algo en el cobertizo B. Yo creo que hasta puede que intentara avisarnos.

No tuve tiempo de entretenerme con el perro. Por no tener, no tuve tiempo ni para levantarme y encerrarlo en la cocina, donde pudiera beber un poco de agua de su cuenco y calmarse. Ojalá se lo hubiera dedicado. Quién sabe si así el pobre Mr. D habría vivido algunos años más. Claro que yo no lo sabía. En ese momento, lo único que sabía era que tenía que enterarme de quién estaba patrullando y dónde. Dentro de mis posibilidades, y de las suyas, tenía que dirigirles al oeste. Mientras yo estaba en ello, Huddie hablaba por teléfono en el despacho del sargento jefe, encorvado en el escritorio y con la misma intensidad que si estuviera haciendo el negocio de su vida.

Localicé a todos mis agentes activos menos a la unidad 6, que casi había llegado (lo último que les había oído era « 20-dentro de nada en la base»). George Morgan y Eddie Jacubois tenían pendiente una entrega antes de poner rumbo a Poteenville. Pero claro, ese día la 6 no llegó a Poteenville. No, Eddie y George no llegaron a Poteenville.

EDDIE

Es curiosa la manera que tiene de funcionar la memoria. No reconocí al tío que salía de la camioneta Ford, al menos al principio. Para mí era un gamberro como cualquier otro, con los ojos rojos, un crucifijo invertido de pendiente y una esvástica de plata colgando del cuello. Me acuerdo de las pegatinas. Aprendes a leer las pegatinas que lleva la gente en el coche. A veces son reveladoras. Ya sé que suena raro, pero es verdad. Que se lo pregunten a cualquier poli que patrulle por la carretera. A la izquierda del parachoques trasero, HAGO LO QUE ME DIGAN LAS VOCECITAS; a la derecha, ME COMO A LOS AMIS. No se tenía muy bien de pie, por causas que probablemente no se limitaran al hecho de llevar botas de vaquero con bordados y tacones altos. Los ojos enrojecidos que asomaban por debajo de sus greñas negras me hicieron sospechar que se había metido algo en el cuerpo. La sangre que tenía en la mano derecha, y salpicándole la manga derecha de la camiseta, sugerían que algo fuerte. Yo habría dicho que polvo de ángel, que entonces era el no va más, al menos por la zona. Lo siguiente era el crank, la metanfetamina. Ahora es el éxtasis, que al menos te pone a gusto. Supongo que también es posible que hubiera esnifado gasolina, lo que los chavales de ahora llaman buf fing. Pero no creía conocerle hasta que me dijo:

-¡Hostia, si es Eddie el gordinflón!

Bingo. Me vino a la cabeza de repente. Brian Lippy. Nos conocíamos del instituto de Statler, donde él iba un curso por encima. Entonces ya se había especializado en Venta y Servicio de Drogas, Ahora volvía a tenerle delante, al borde de la carretera y balanceándose en los tacones altos de sus elegantes botas de vaquero, con el Cristo boca abajo colgado de la oreja, la cruz nazi al cuello y las pegatinas de descerebrado en el parachoques de su camioneta.

-Hola, Brian. ¿Me haces el favor de apartarte de la cuneta? -dije.

La camioneta, que era de esas enormes, estaba aparcada en el arcén sin asfaltar de Humboldt Road a menos de dos kilómetros y medio de donde quedaba la gasolinera Jenny... que ese verano ya llevaba cerrada dos años. La verdad es que casi estaba en la cuneta. A1 poner George las luces, mi viejo amigo Brian Lippy había apartado de la carretera a lo bestia, otra señal de que no iba del todo fino.

Me alegré de tener conmigo a George Morgan. En general pasa nada si patrullas solo, pero cuando te sale un tío que va en medio de la carretera porque se dedica a zurrar a la persona que lleva de copiloto en su camioneta, se agradece ir con alguien. Puñetazos se veían, tío. Primero al adelantar Lippy al nuestro y luego al aparcar nosotros detrás: una silueta de conductor, el brazo derecho igual que un martillo, chocando repetidamente con el lado de la cabeza de la silueta del pasajero, demasiado dopado para darse cuenta de que la pasma se le estaba pegando al tubo de escape hasta que George puso las rojas. Sigue, sigue; me da gusto, pensé. Genial. Luego de eso ya tienes a mi amigo Brian pasándose del arcén y a punto de caerse en la cuneta como si llevara toda la vida esperándoselo, lo cual, en cierto grado, debía de ser verdad.

Tratándose de marihuana, o de tranks, no suelo preocuparme tanto. Es como con el éxtasis. Te salen con «¿Qué pasa, tío? hecho algo mal? Te quiero». En cambio con el rollo polvo de ángel o fenciclidina la gente se vuelve loca. Hasta esnifando cola puede pasar que se desquicien. Yo lo he visto. Factor añadido, el pasajero. Era una mujer, lo cual podía empeorar mucho las cosas. Que hubiera estado zurrándola a base de bien no quería decir que el vernos esposar a su marciano favorito, no se volviera peligrosa.

Mientras tanto Brian, mi antiguo compañero, no hacia lo le pedían, apartarse de la camioneta. Se quedaba plantado dándome con una sonrisa, y cómo podía ser que no le hubiera reconocido a la primera, caray, si en el instituto de Statler era donde si se fijaban en ti te hacían la vida imposible. Sobre todo si: estabas un poco rellenito o tenías granos, requisitos que yo reunía. E sobrepeso se lo llevó el ejército -es el único programa de adelgazamiento que conozco donde te pagan por participar-. y los granos se me fueron solos, como suele pasar la mayoría de las veces, pero en el instituto de Statler el tío ese me comía vivo siempre que le daba el punto. Otra razón para alegrarme de tener conmigo a George. Estando yo solo, a mi viejo amigo Brian podría habérsele ocurrido que aún podía dejarme seco con una mirada. Cuanto más Hipado, más posibilidades de que lo pensara.

-Oiga, apártese de la camioneta -dijo George con su voz inexpresiva de trooper.

Oyéndole hablar en el arcén con el fulano de turno, a nadie se le habría pasado por la cabeza que fuera capaz de quedarse ronco en los partidos de la liga de infantiles a base de gritarles a los críos que tocaran la bola y agacharan la cabeza al correr las bases. Ni de hacerles bromas en el banquillo antes de empezar el partido, para que se relajaran.

Lippy nunca le había arrancado a George la tira para colgar la camisa durante la cuarta hora, la de sala de estudio. Puede que por eso se apartara de la camioneta al oírselo decir, mirándose las botas y perdiendo la sonrisa. En el caso de tíos como Brian Lippy, la sonrisa, al borrarse, siempre deja paso a una cara entre de tonto y de enfadado.

-¿Va a darnos problemas? -preguntó George. No había desenfundado la pistola, pero tenía la mano en la culata-. En ese caso, dígamelo ahora y nos ahorrará disgustos a los dos.

Lippy no dijo nada. Se limitó a mirarse las botas. -¿Se llama Brian? -me preguntó George. -Brian Lippy.

Yo estaba mirando la camioneta. Veía a la mujer por la ventana trasera. Aún estaba sentada en medio, sin mirarnos y con la cabeza inclinada. Pensé que quizá Brian la hubiera dejado inconsciente, hasta que se llevó una mano a la boca y salió humo de cigarrillo.

-Brian, quiero saber si va a haber problemas. Venga, contesta, que te oiga yo. Demuestra que eres mayor.

-Depende -dijo Brian levantando el labio superior para conseguir un buen tono de desprecio.

Me acerqué a la camioneta para hacer mi papel del trabajo, el momento en que mi sombra pasaba por la punta de las botas Brian, él dio un paso hacia atrás como si en vez de sombra fueuna serpiente. Sí que iba Hipado, sí, y yo cada vez me convencía más de que de algo como fenciclidina o polvo de ángel. -Enséñame el carnet de conducir y el registro-dijo George. Brian no le hizo caso enseguida. Volvía a mirarme a mí. -Ed-die JACK-you-BOYS -dijo con el mismo sonso con que él y sus amigos se burlaban de mí en el instituto, convirtiendo el nombre en un chiste.(1)

La diferencia era que entonces no llevaba Cristos invertdos ni esvásticas nazis. Si lo hubiera intentado le habrían expulsado. Bueno, el caso es que me puso furioso oírle decir así mi nombre.

Era como si Brian hubiera encontrado un interruptor viejo, polvoriento y escondido detrás de una puerta, pero que aún tenía corriente. Que aún quemaba.

Él también lo sabía. Lo vio y empezó a sonreírse.

-El gordinflón de Eddie JACK-you-BOYS. Oye, Eddie, ¿a cuántos tíos les hiciste pajas en las duchas? ¿0 te ponías de rodillas y se la mamabas? Hasta el momento cumbre.

-¿Y si cerraras la boca, Brian? -dijo George-. A ver entran moscas.

Se sacó las esposas del cinturón.

Brian Lippy las vio y empezó a borrársele otra vez la sonrisa. -Para qué te crees que vas a usarlas?

-Para ponértelas si no me das ahora mismo tus papels, Brian. Y si te resistes te garantizo dos cosas: la nariz partida, dieciocho meses en Castlemora por resistencia a la autoridad. Podrían ser más, dependiendo del juez que te toque. ¿Qué, cómo ves?

Brian se sacó la cartera del bolsillo trasero. Era una cartera vieja y sucia, con el logo de algún grupo de rock -me parece Judas Priest- grabado de manera inexperta. Me imagino que la punta de un soldador. Fue pasando compartimientos con el dedo.

-Brian -dije.

1.Juego de palabras con la pronunciación de Jacubois: Jack you boys vendría a significar «os hago pajas, chavales. (N, del T.)

Levantó la vista.

-Mi apellido es Jacubois, Brian. Un apellido francés muy bonito. Y ya hace bastante que no estoy gordo.

-Ya volverás a engordar -dijo él-. Es lo típico de los gordinflones.

Se me escapó la risa. No pude aguantármela. Brian hablaba como los memos que entrevistan por la tele, en los programas nocturnos. Me miró con mala leche, pero su expresión traicionaba inseguridad. Había perdido la ventaja, y lo sabía.

-Te voy a contar un secreto -dije-. Ya se ha acabado el instituto. Esto es tu vida real. Ya sé que te cuesta creértelo, pero más vale que te acostumbres. Ya no es que te castiguen. Esto cuenta de verdad.

La reacción fue mirarme boquiabierto y con cara de memo. No lo captaba. Casi nunca lo captan.

-Brian. Quiero ver tus papeles ahora mismo -dijo George-. Venga, pónmelos en la mano.

Y la enseñó con la palma hacia arriba. Quizá no fuera lo más prudente, pero George Morgan llevaba mucho tiempo de trooper y a su juicio aquella situación ya estaba bien encarrilada. Al menos bastante para decidir que no había necesidad de ponerle las esposas a mi viejo amigo Brian solo para demostrarle quién mandaba.

Me acerqué a la camioneta y consulté mi reloj. Era temprano, sobre la una y media del mediodía. Calor. Grillos cantando canciones secas en la hierba contigua a la carretera. Algún coche cuyo conductor reducía un poco la velocidad para mirar bien. Siempre da gusto que la poli pare a alguien y que no seas tú. Te alegra el día. La mujer de la camioneta estaba sentada con la rodilla izquierda apoyada en la palanca de cambios cromada Hurst. Para mí que los tíos como Brian las instalan para poder pegar una calcomanía Hurst en la ventanilla, al lado de las de Fram y Pennzoil. Aparentaba unos veinte años, con pelo castaño hasta los hombros, estirado y no muy limpio. Vaqueros y un top blanco de tirantes. Sin sostén. Granos gordos y rojos en los hombros. Un tatuaje en un brazo donde ponía TE QUIERO. Las uñas pintadas de un rosa caramelo, pero mordidas y hechas polvo. Y había sangre, en efecto. Sangre y mocos colgándole de la nariz. Más sangre salpicándole las mejillas como manchitas de nacimiento. Y todavía más en los labios partidos, la barbilla y el top; cabeza inclinada, para que las crenchas le taparan una parte de la cara. El cigarrillo subiendo y bajando, tic tac, seguro que Marlboro o Winston, porque era antes de que subieran los precios y todos los colgados se apuntasen a las marcas baratas. Y si es Marlboro, siempre es el cartón entero. He visto la tira. A veces hay un crío y el tío se reforma, pero lo más normal es que se la cargue el crío.

-Tenga -dijo ella, levantando un poco el muslo izquierdo. Debajo había un papelito amarillo-. El registro. Yo le digo se guarde el carnet en la cartera o la guantera, pero siempre iba de un lado para otro con la demás porquería.

No tenía voz de flipada, ni había latas de cerveza o botellas de alcohol por los asientos de la camioneta. No por eso tenía estar sobria, claro, pero era un paso en la buena dirección. Tampoco se la veía a punto de insultar. Claro que eso puede cambiar muy deprisa.

-¿Cómo se llama? -Sandra.

-¿Sandra qué?

-McCracken.

-¿Lleva algún documento identificativo, señora McCracken?

-Sí.

-Enséñemelo, por favor.

Tenía un bolsito de piel sintética al lado, en el asiento, abrió y metió la mano. Se lo tomaba con calma, pero no creeo que fuera porque estuviera drogada. Con la cabeza inclinada hacia el bolso, ya no se le veía nada de la cara. Aún se veía la sangre pero la de la cara no; no se veían los labios hinchados que convertían la boca en una ciruela partida, ni el ojo morado. A mis espaldas:

-Y una mierda. Yo no entro. ¿Por qué te crees que tienes derecho a obligarme a entrar?

Volví la cabeza. George tenía abierta la puerta trasera del coche patrulla. Ni un chófer de limusina lo habría hecho con más cortesía. Claro que el asiento trasero de las limusinas no tienen puertas que no se pueden abrir desde dentro, ventanillas que no se pueden bajar ni malla entre la parte delantera y la de atrás y no hablemos del tufillo a

vómito. Nunca he conducido ningún coche patrulla -bueno, menos la primera o segunda semana de recibir los Caprice nuevos- que no oliera un poco así.

-La razón de que me crea con derecho, Brian, es que estás detenido. Acabo de leerte tus derechos. ¿Qué pasa, que no me has oído?

-Coño, y ¿eso por qué? ¡Si no iba deprisa!

-Es verdad. Estabas demasiado ocupado zurrando a tu chavala para darle en serio al pedal, pero conducías temerariamente y de manera peligrosa. Luego está la agresión, no lo olvidemos. O sea que adentro.

jo, tío, no puedes...

-Entra, Brian, o te arrimo al coche y te pongo las esposas. Fuerte, para que duela.

-Eso me gustaría verlo.

-¿Sí? -preguntó George, con una voz tan grave que hasta en aquella hora de silencio y modorra fue difícil de oír.

Brian Lippy vio dos cosas. Lo primero, que George era capaz. Lo segundo, que George tenía como quien dice ganas de hacerlo. Y Sandi McCracken lo presenciaría. No es buena cosa que tu putita te vea esposado. Ya es bastante malo que te vea detenido. -Ya hablaréis con mi abogado -dijo Brian Lippy antes de subir a la parte trasera del coche patrulla.

George cerró de un portazo y me miró. -Se ve que hablaremos con su abogado. -Qué marrón, ¿no? -dije.

La mujer me pinchó con algo el brazo. Me volví y vi que era la esquina plastificadora de su carnet de conducir.

-Tenga -dijo.

Me miraba. Solo tardó un momento en volver a apartar la cara y buscar algo en el bolso, del que esta vez sacó un par de kleenex, pero bastó aquel momento para convencerme de que estaba serena. Muerta por dentro, pero serena.

-Trooper Jacubois, el conductor del vehículo afirma que tiene el registro dentro de la camioneta-dijo George.

-Sí, lo tengo yo.

George y yo nos reunimos al lado del parachoques trasero de la camioneta, el del adhesivo ridículo TEXACO, LO QUE ME DICEN LAs VOCECITAS, ME COMO A LOS AMIS-, y le entregué el documento. -¿Ella querrá? -preguntó George en voz baja.

-No -dije yo. -¿Seguro? -Casi seguro.

-Inténtalo -dijo George, y volvió al coche patrulla. En cuanto metió la cabeza por la ventanilla del lado del conductor para coger el micro, mi ex compañero de colegio empezó a pegarle gritos. Sin hacerle caso, George estiró al máximo el cable para poder ponerse al sol.

-Base, aquí 6. ¿Me recibes?

Volví a la puerta abierta de la camioneta. La mujer había aplastado el cigarrillo en el cenicero, que estaba a rebosar, y había encendido otro. El nuevo subía y bajaba. Entre las dos crenchas de pelo, casi juntas, salía humo a chorro.

-Señora McCracken, nos llevamos al señor Lippy a nuestro cuartel; el de Troop D, en la colina, ¿sabe? Le agradecería que siguiera.

Ella negó con la cabeza y empezó a usar el kleenex, pero que levantarlo hacia la cara lo que hacía era bajar la cabeza, cerrando aún más las cortinas de su pelo. Ahora la mano del cigarrillo estaba apoyada en una pernera de los vaqueros, y el humo salía en vertical.

-Le agradecería que nos siguiera, señora McCracken. Lo más suave que pude. Procurando adoptar un tono de complicidad, de tú a tú. Es como dicen que hay que tratarlos los psiquis y los terapeutas familiares, pero ¿ellos qué saben?! el fondo, y aunque me esté mal decirlo, les tengo bastante a los muy hijos de puta. Vienen de su clase media

oliendo a brillantina de pelo y desodorante y nos hablan de malos tratos conyugales de baja autoestima, pero no han visto en su vida un sitio Lassburg County, que ya se fue a pique una vez al acabarse el carbón, y luego otra al marcharse lo gordo del acero a Japón y China. De hecho una mujer como Sandra McCracken, ¿no que es suave y atento, lo que no es agresivo? Antes puede que sí, pero creo que ya no. Por otro lado, si le cogía el pelo, a puñetazos se lo apartaba de la cara para obligarla a mirarme y le gritaba SÍ VIENES! ¡TÚ VIENES Y LE PONES UNA DENUNCIA POR AGRESIÓN! ¡TÚ VIENES, ZORRA DE MIERDA, QUE Si RECIBES HOSTIAS! ¡PUTA CONSENTIDA! ¡TE DIGO VIENES! ¡JODER QUE SI VIENES!», quizá cambiara la cara, quizá funcionara. Tienes que hablarles en su idioma. Eso los psiquis y los terapeutas no quieren oírlo. Ni siquiera quieren creerse que haya un idioma que no sea el suyo.

Volvió a negar con la cabeza. Sin mirarme. Fumando y sin mirarme.

-Me gustaría que nos acompañara y presentara una denuncia por agresión contra el señor Lippy. Piense que lo tiene que hacer. Lo digo porque le hemos visto pegándola, mi compañero y yo íbamos justo detrás y lo hemos visto claramente.

-Mentira -dijo ella-. Ni tengo que hacerlo ni pueden obligarme.

Seguía usando aquella pelambrera castaña apelmazada para taparse la cara, pero lo cierto es que su tono, aun siendo tranquilo, poseía cierta autoridad. Sabía que no podíamos obligarla a presentar denuncia, porque lo tenía muy visto.

-¿Qué, cuánto tiempo piensa seguir aguantándolo? -le pregunté.

Nada. La cabeza inclinada. La cara tapada. La misma manera de bajar la cabeza y taparse la cara de los doce años, cuando la profe le hacía una pregunta difícil en clase o cuando las demás niñas se burlaban de que estuvieran saliéndole tetas (tetas grandes) antes que a ellas, lo cual la convertía en un polvazo. Las chicas así se dejan el pelo largo para eso, para esconderse. Saberlo, sin embargo, no me hacía tener más paciencia con ella. Al contrario. Es que en este mundo hay que cuidarse. Sobre todo si no eres guapa.

-Sandra.

Un ligero movimiento de los hombros al oírme llamarla por el nombre de pila. Aparte de eso nada. Me ponen histérico, la verdad. Con qué facilidad se rinden. Son como pájaros en tierra. -Sandra, mírame.

No quería, pero acabaría haciéndolo. Estaba acostumbrada a obedecer a los hombres. 0bedecer a los hombres se había convertido un poco en su trabajo.

-Vuelve la cabeza y mírame.

Volvió la cabeza, pero sin levantar la vista. Aún tenía casi todas las manchas de sangre en la cara. La cual no estaba mal. Probablemente cuando no la zurraban sí era un poco guapa. Tampoco se la veía tan tonta como parecía que tuviera que ser. Tan tonta como quería ser ella.

-Quiero ir a casa -dijo con voz débil de niña-. Me ha sangrado la nariz, y tengo que lavarme.

-Sí, claro. ¿Por qué? ¿Te has dado un golpe con alguna puerta? Seguro que es por eso. ¿A que sí?

-Exacto. Una puerta. -Su expresión ni siquiera era desafiante. Ni rastro de la actitud ME COMO A LOS AMIS de su novio. Ella sólo esperaba a que acabara. Aquella conversación en el arcén era la vida real. La vida real era que le pegaran. Sorberse los mocos, la sangre y las lágrimas y tragárselo todo junto como jarabe pare tos-. Iba por el pasillo, hacia el lavabo, y no sabía que estaba Brian; total, que de repente sale el tío muy deprisa y la puerta... -¿Hasta cuándo, Sandra? -¿Hasta cuándo qué? -¿Hasta cuándo piensas ir tragando?

Se le abrieron un poco los ojos. Nada más. -¿Hasta que te deje sin dientes? -Quiero irme a casa.

-Si te busco en el registro del Statler Memorial, ¿cuántas veces encontraré tu nombre? Porque chocas mucho con las puertas. -¿Por qué no me deja en paz? Yo no le hago nada. -¿Hasta que te parta el cráneo? ¿Hasta que te mate? -Agente, que quiero irme a casa.

Me gustaría decir que fue cuando supe que se me iba de las manos, pero sería mentira, porque no se puede ir lo que nunca ha estado. Iba a quedarse sentada hasta que se helara el infierno, hasta que me cabreara bastante para hacer algo que luego se viera en mi contra. Como pegarle. Porque tenía ganas de pegarle. A1 menos pegándole me haría caso.

Siempre llevo un tarjetero en el bolsillo trasero. Lo saqué y pasando tarjetas y encontré la que buscaba.

-Es una mujer que vive en Statler Village. Ha hablado con centenares de chicas como tú y a muchas las ha ayudado. Si necesitas que te asesore gratis, no habrá problema. Alguna solución encontraréis. ¿De acuerdo?

Le puse la tarjeta delante de la cara, sosteniéndola con los primeros dedos de la mano derecha, y como no la cogía la dejé caer al asiento. Luego volví al coche patrulla por el registro. Brian Lippy estaba sentado en medio del asiento trasero con la barbilla apoyada en el cuello de la camiseta, y me miraba fijámente debajo de las cejas. Parecía una especie de Napoleón pirado y agresivo.

-¿Qué, ha habido suerte? -preguntó George. -Qué va -dije-. Aún tiene ganas de juerga.

Volví a la camioneta con el registro. Ella se había puesto al volante. El motor V-8 de la camioneta estaba en marcha. Había apretado el embrague y tenía la mano derecha en el cambio de marchas. Contraste de uñas mordidas y metalizado. Si los sitios como la Pensilvania rural tuvieran bandera, se le podría poner ese dibujo. O un pack de seis cervezas Iron City y una cajetilla de Winston.

-Conduzca con cuidado, señorita McCracken-dije al darle el papel amarillo.

-Sí -dijo ella, y arrancó.

Con ganas de ponerse descarada, pero sin atreverse, porque la habían adiestrado bien. Al principio la camioneta sufrió algunas sacudidas -no dominaba tanto la transmisión manual como debía de creerse-, y ella igual. Adelante y atrás, volándole el pelo. De repente volvió a aparecérseme todo, él por el medio de la carretera conduciendo una de sus dos propiedades con una sola mano y dándole unas hostias que te cagas a la segunda con la otra mano, y me entraron náuseas. Justo antes de que ella consiguiera poner la segunda, algo blanco salió volando por la ventanilla del lado del conductor. Era la tarjeta que le había dado yo.

Volví al coche patrulla. Brian aún estaba sentado y con la barbilla en el pecho, mirándome a lo Napoleón pirado por debajo de las cejas. O a lo Rasputín. Subí por el lado del copiloto con una sensación de mucho calor y cansancio. Para redondearlo, Brian inició una cantinela.

-El gordinflón de ED-die JACK-you-BOYS. ¿A cuántos tíos...?

-Cállate -dije.

-Ven tú detrás y hazme callar, gordinflón. ¿Por qué no vienes y lo intentas?

En otras palabras: otro día maravilloso en la PSP A las siete de la tarde volvería a estar el tío en su mierda de casa, bebiéndose una cerveza y mirando La rueda de la f ortuna. Eché un vistazo a mi reloj -13.44- y a continuación cogí el micrófono. -Base, aquí 6.

-Recibido, 6.

Shirley con la voz tranquila, como una brisa fresca. Shirley a punto de recibir las flores de Islington y Avery. En la CR 46 Poteenville, a unos treinta kilómetros de nuestro 20, un camión¡ cisterna de Norco West acababa de chocar con un autobús escolar matando a la conductora del autobús, una tal Esther May George Stankowski estaba bastante cerca

para haber oído el impacto de la colisión. ¿Quién dice que la poli nunca está cuando hace falta?

-Código 15 y 17-base. ¿Recibido?

Dicho de otra manera, que llevábamos detenido a un gillipollas y volvíamos.

-Recibido, 6. ¿Cuántos elementos detenidos? ¿Uno? C -Uno, afirmativo.

-Aquí Gordinflón Uno, corto y cambio -dijo Brian desde el asiento de atrás.

Y empezó a reírse -una risa aguda y espasmódica de drogata veterano-. También empezó a dar golpes en el suelo con las botas de vaquero. Íbamos a tardar media hora en volver al cuartel. Sospeché que el viaje se haría largo.

HUDDIE

Colgué el teléfono del sargento jefe y fui casi corriendo a comunicaciones, donde Shirley seguía muy ocupada dirigiendo hacia el oeste a los troopers en activo.

-Norco dice que es cloro líquido -le expliqué-. Qué alivio. El cloro es asqueroso, pero no suele ser mortal.

-¿Están seguros de que es eso? -preguntó Shirley.

-Al noventa por ciento. Es lo que tienen circulando por la zona. Los camiones que van a la depuradora de aguas se ven constantemente. Corre la voz, empezando por George S. Oye, ¿se puede saber qué le pasa al perro?

Mr. Dillon estaba en la puerta trasera con el morro en la base de la mosquitera y sin quedarse quieto ni un momento. Casi daba brincos, y soltaba gañidos guturales. Tenía las orejas hacia atrás. Mientras yo lo miraba, se pegó tal golpe de mosquitera en el morro que la abolló. Luego hizo un ruido agudo como diciendo jo, tío, duele.

-Ni idea -dijo Shirley con voz de no tener tiempo para fijarse en Mr. Dillon.

Yo en realidad tampoco, pero me quedé mirándolo un rato más. Había visto el mismo comportamiento en perros de caza que localizaban el rastro de algo grande por el bosque (un oso, o a saber si un lobo gris), pero en las Short Hills no había lobos desde antes de Vietnam, y los osos se contaban con los dedos de una mano. Al otro lado de la mosquitera, lo único que había era el aparcamiento. Y el cobertizo B, naturalmente. Levanté la vista hacia el reloj de la puerta de la cocina. Eran las 14.12. No me acordaba de haber estado nunca en el cuartel y verlo tan vacío.

-Unidad 14, unidad 14, aquí base, ¿me recibes? Contestó George, que aún tosía.

-Aquí unidad 14.

-14, es cloro; dice Norco West que casi seguro. Cloro líquido -Shirley me miró, y le hice la señal del pulgar-. Irrita, pero mata.Corta, corta.

Y tos, tos.

-Te escucho, l4.

-Base, puede ser cloro y puede no serlo. El caso es que veo que vienen nubes blancas muy grandes hacia aquí. Mi 20 es final del camino de acceso, el que pasa al lado del campo de futbol. Los niños tosen más que yo, y veo bastante gente en el suelo, incluida una adulta. Hay dos autobuses aparcados en el corral. Voy a intentar usar uno para llevarme a la gente. Corto: Le cogí el micro a Shirley.

-George, soy Huddie. Los de Norco dicen que el fuego debe ser una capa de gasolina sobre el cloro. En principio no debería ser peligroso llevarte los niños a pie. Cambio.

Lo siguiente fue la típica respuesta de George S, rotunda e impávida. A la larga obtuvo una de esas menciones por haber ido más allá del simple deber -me parece que del gobernador y salió su foto en el periódico. Su mujer enmarcó la mención y la colgó en la pared del cuarto de jugar. No tengo muy claro si George llegara a entender a qué venía tanto ruido. Desde su punto de vista se había limitado a seguir el dictado de la prudencia.

Ha habido algún caso de persona adecuada en el lugar adecuado; George Stankowski en el colegio de Poteenville.

-Mejor el autobús -dijo-. Más rápido. l4, estoy 7. Faltaba poco para que a Shirley y a mí se nos fuera Poteeville de la cabeza un buen rato, debido a que habían surgido ocupaciones. Por si te interesa, el trooper George Stankow subió a uno de aquellos autobuses por el procedimiento de r tar una puerta abatible con una piedra. Lo puso en marcha el Blue Bird de cuarenta plazas, gracias a una llave de recambio que estaba pegada con celo detrás del parasol del conductor, y consiguió meter dentro a veinticuatro niños que tosían, lloraban y tenían los ojos enrojecidos, además de a dos profesoras. Había muchos niños que aún llevaban los potes y los ceniceros de cerámica torcidos de la clase de la tarde. Tres estaban inconscientes; uno por reacción alérgica a las emanaciones del cloro; los otros dos habían sufrido un simple desmayo, por sobredosis de miedo y de nervios. La que lo pasaba peor era una de las profesoras de manualidades, Rosellen Nevers: estaba tumbada en el suelo, jadeando, medio inconsciente e hincándose los dedos cada vez con menos fuerza en el cuello hinchado. Los ojos se le salían de las órbitas como yemas de huevos escalfados.

-Es mi mamá -dijo una niña. Le rebosaban de lágrimas los ojos (enormes y marrones), pero no soltó en ningún momento el florero de barro que sostenía, ni lo inclinó bastante para que se cayera la flor que había puesto dentro-. Tiene asma.

Para entonces George ya estaba de rodillas al lado de la mujer y le había puesto el antebrazo debajo del cuello para inclinarle la cabeza hacia atrás y que tuviera lo más abiertas posibles las vías respiratorias. El pelo de la profesora colgaba en el suelo de cemento.

-En su bolsillo -dijo la niña del florero-. ¿Va a morirse mi mamá?

-No te preocupes -dijo George.

Sacó el inhalador Flovent del bolsillo de la señora Nevers y le disparó un buen chorro en la garganta. Ella, con la respiración convulsa, tiritó y se incorporó.

George la llevó en brazos al autobús, precedido por los niños que tosían y lloraban. Depositó a Rosellen en el asiento contiguo al de su hija, se puso al volante, arrancó y cruzó el campo de fútbol dando bandazos. Cuando volvió a encarrilar el Blue Bird por la carretera 46 del condado, los niños cantaban Row, Row, Row Your Boat. Y así fue cómo el trooper George Stankowski se convirtió en un héroe de tomo y lomo, mientras los pocos que nos habíamos quedado en el cuartel nos limitábamos a intentar no perder la cordura. Ni la vida.

SHIRLEY

El último comunicado por radio de George fue 14, estoy 7 (aquí la unidad 14, estoy fuera de servicio). Lo registré, mirando el reloj para anotar la hora. Eran las 14.23. Me acuerdo perfectamente, como de tener a Huddie al lado y de que me apretó un poco el hombro (supongo que intentando decirme que no iba a pasarles nada a George y los críos, pero indirectamente, sin palabras). Las 14.23. Fue cuando empezó un verdadero infierno. Y lo digo en el sentido más literal.

Mr. Dillon empezó a ladrar. No eran los ladridos profundos que solía reservar a los ciervos que se internaban por el campo de detrás del cuartel, o a los mapaches que se atrevían a husmear en el umbral, sino una serie de ladridos agudos que hasta entonces nunca le había oído. Como si se hubiera clavado algo puntiagudo y no consiguiera quitárselo.

-¿Y ahora qué coño...? -dijo Huddie.

D, muy tieso, retrocedió cinco o seis pasos de la mosquitera, un poco a la manera de un caballo de rodeo en un lazado de becerros. Me parece que supe qué iba a pasar, y que

Huddie también, pero ninguno de los dos podíamos creérnoslo. Y, aunque nos lo hubiéramos creído, no podríamos haberle detenido. Yo creo que si lo hubiéramos intentado, Mr. Dillon, hasta con lo buen perro que era, nos habría mordido. Aún soltaba los mismos ladriditos agudos de dolor, y había empezado a salpicarle saliva por los lados de la boca.

Me acuerdo de que justo entonces mis ojos quedaron deslumbrados por una luz refleja. Al parpadear, la luz se apartó de mí y corrió por toda la pared. Era la unidad 6, Eddie y George llegan con su detenido, pero casi no me di ni cuenta. Yo miraba a Dillon.

Corrió hacia la mosquitera, y en cuanto estuvo lanzado no dudó ni una vez. Ni siquiera redujo la velocidad. Solo bajó la cabeza y pasó a través, arrancando la puerta del pestillo y arrastrándola al cruzar, mientras seguía soltando aquellos ladridos de dolor que casi eran como gritos. Al mismo tiempo noté un olor muy fuerte: a agua de mar y alguna planta podrida. Se oyó un chirrido de frenos y de goma, un bocinazo, y a alguien exclamando; -¡Cuidado! ¡Cuidado!

Huddie corrió hacia la puerta, y yo le seguí.

EDDIE

Estábamos amargándole el día llevándole al cuartel. Le habíamos impedido seguir pegando a su novia, al menos de momento. Tenía que quedarse sentado detrás con los muelles pinchándole el culo y apoyando aquella filigrana de botas en nuestras alfombrillas especiales a prueba de vómitos. Pero Brian nos lo estaba haciendo pagar. En especial a mí, aunque claro, George tampoco podía dejar de oírle.

Primero recitaba su versión de mi nombre, y luego, con todas sus fuerzas, daba golpes rítmicos con los pedazos de tacones de su mierda de botas, hechos de varias capas. El efecto general era como de cheerleaders de fútbol americano. Encima se pasaba todo el rato mirándome a través de la malla, con la cabeza inclinada y los ojos de drogado brillantes. Yo le veía por el retrovisór enganchado al parasol.

-¡JACK-you-BOYS! -¡Pum pum pum!-. ¡JACK-you-BOYS! -¡Pum pum pum!

-Oye, Brian, ¿no podrías parar? -preguntó George. Estábamos llegando al cuartel. Un cuartel prácticamente vacío: para entonces ya sabíamos lo que pasaba en Poteenville. Una parte nos la había explicado Shirley, y el resto lo habíamos deducido de lo que se decían las unidades al converger-. Empieza a dolerme el tímpano.

A Brian solo le faltaba que le animasen. -¡JACK-you-BOYS!

PUM PUM PUM

Como lo hiciera más fuerte atravesaría la carrocería con los pies, pero George no se tomó la molestia de volver a pedirle que parara. Cuando les tienes encerrados en la parte trasera del coche patrulla, aparte de ponerte de los nervios no pueden intentar gran cosa. Yo ya lo había vivido otras veces, pero oírle canturrear aquella versión tan odiosa de mi nombre a aquel pedazo de animal, que en la cafetería del instituto me hacía caer los libros y en la sala de estudio me arrancaba las tiras del cuello de las camisas... Jo, daba repelús. Como viajar en la máquina del tiempo.

No dije nada, pero estoy bastante seguro de que George se daba cuenta. Y cuando cogió el micro y avisó -«20-dentro nada en la base»-, supe que hablaba conmigo más que con Shirley. Primero ataríamos a Brian al sillón del rincón de detenido, si quería ver la tele se la encenderíamos, y haríamos una revisión preliminar de los papeles. Luego saldríamos para Poteenville, a menos que de repente la situación hubiera mejorado. Shirley mientras tanto, que llamara a la cárcel del condado de Statler y avisara de que íbamos a enviarles a uno de sus folloneros favoritos. Pero hasta entonces...

-¡JACK-you-BOYS! -¡Pum pacm pum!-. ¡JACK-ya BOYS!

Ahora pegaba unos berridos tan bestias que tenía rojas las mejillas, y se le marcaban los tendones en los lados del cuello. Ya algo más que tomarme el pelo a mí. Ahora Brian estaba en pleno desahogo emocional. Qué gusto iba a dar quitárselo de encima. Subimos por Bookin's Hill, yendo George un poco más prisa de lo estrictamente necesario, y en la cima estaba Troop. George puso el intermitente y entró. Es posible que siguiera yendo un poco más deprisa de lo que en rigor habría sido conveniente. Lippy, comprendiendo que se le acababa el tiempo de dar la lata, empezó a sacudir la malla que nos separaba de él al mismo tiempo que daba patadas en el suelo con sus botas de J Wayne.

-¡JACK-you-BOYS! -¡Pum pum pum! ¡Zaca zaca! Subíamos por el camino de entrada en dirección al aparcamiento trasero. George tomó una curva cerrada a la izquierda, dobló la esquina del edificio con la intención de aparcar la unidad 6 de culo al lado de los escalones traseros del cuartel, para que pudiéramos meter dentro enseguida al amigo Brian sin escándalos y con las menores molestias.

Y, al doblar George la esquina, tuvimos delante a Mr. Dillon. -¡Cuidado! ¡Cuidado! -exclamó George, imposible saber si a mí, al perro o, lo más probable, a sí mismo,

Ahora que me acuerdo de todo esto, me choca el parecido con el día que atropelló a la mujer en Lassburg. Un parecido tan grande que casi era como un ensayo previo, pero con una diferencia capital. Me pregunto si en las últimas semanas antes de chupar el cañón de su pistola no le vino a la cabeza machaconamente la siguiente idea: Esquivo al perro y atropello a la mujer. Es posible que no, pero sé que a mí, en su lugar, me habría pasado. Esquivo al perro y atropello a la mujer. ¿Cómo vas a creer que existe Dios, habiendo pasado así y no al revés?

Pisó el freno con los dos pies y apretó la bocina con la base de la mano izquierda. Yo me vi arrojado hacia delante, y se me trabó el arnés del hombro. En el asiento trasero había cinturones, pero nuestro prisionero no se había molestado en ponerse ninguno porque estaba demasiado ocupado con el numerito de Jacubois, y la cara se le estampó en la malla que sacudía. Oí ruido de partirse algo, como cuando se hacen crujir los nudillos. También oí que se aplastaba otra cosa. El chasquido debía de haber sido un dedo suyo. Lo aplastado solo podía ser su nariz. Las he oído romperse otras veces, y siempre suena igual, como partir huesos de pollo. Brian soltó un grito ahogado de sorpresa. Un chorro de sangre a la temperatura de una botella de agua caliente aterrizó en la hombrera de mi uniforme.

Ese día Mr. Dillon debió de salvarse por quince centímetros, o por menos, por cinco, pero siguió corriendo sin mirarnos ni una vez, con las orejas aplastadas en el cráneo, gañendo, ladrando y lanzado hacia el cobertizo B. Su sombra corría al lado de él por el asfalto, negra y bien delineada.

-¡hieda, mecho daño! -exclamó Brian por su nariz tapada-, ¡Joder, que estoy yeno de shangre.~

Y a continuación empezó a pegar gritos contra la brutalidad policial.

George abrió su puerta. Yo me quedé sentado un rato, mirando a D y previendo que al llegar al cobertizo se detendría. Qué va. Chocó a todo trapo con la puerta de persiana, dándose un coscocorrón en la cabeza. Se cayó de lado y soltó un grito. Hasta ese día no sabía yo que los perros pudieran gritar, pero sí. No me sonó a grito de dolor, sino de frustración. Se me puso carne de gallina en los brazos. D se levantó y corrió en redondo como persiguiéndose la cola. Lo hizo dos veces, sacudió la cabeza como para despejársela y volvió a chocar de frente contra la puerta de persiana.

¡D, no! -vociferó Huddie desde el umbral de la puerta trasera. Shirley estaba justo al lado protegiéndose los ojos con la mano-. ¡Para, D! ¡Hazme caso ahora mismo!

La atención que les prestaba Mr. D era nula. Para mí que ese día, si llega a estar Orville Garrea, tampoco le habría hecho caso, y eso que Orv era lo más parecido a un jefe de manada que tenía D. Repitió varias veces lo de lanzarse contra la puerta de

persiana, ladrando como loco y soltando otro de esos gritos angustiosos de frustración cada vez que chocaba con la sólida superficie. A la tercera vez, su hocico dejó una mancha de sangre en la madera pintada de blanco.

Mientras pasaba todo esto, el tonto de mi amigo Brian berret gritaba como un poseso.

-¡Ayúdame, Jacubois, que sangro que parezco un puto cerdo. El capullo de tu colega cómo se sacó el carnet, ¿por correspondencia? ¡Sácame de aquí, coño! ¡Mi nariz!

Salí del coche sin hacerle caso y con la intención de preguntarle a George si le parecía que D podía tener la rabia, pero antes de abrir la boca me llegó la peste: aquel olor a agua de mar, como rancia y algo más, algo muchísimo peor.

De repente Mr. D salió corriendo hacia la derecha, hacia la esquina del cobertizo.

-¡No, D, no! -exclamó Shirley.

Estaba viendo lo que yo tardé un segundo en ver: la puerta lateral, la que no se abría hacia arriba y con guías, sino con pomo normal, estaba abierta unos centímetros. No tengo ni idea de alguien la había dejado así, puede que Arky,

ARKY

Yo no fui, esa puerta yo siempre la cierro. Llego a olvidármela y el sargento me hace un culo nuevo. Y Curt puede que también.

Querían que estuviera siempre muy bien cerrada. Insistían mucho

EDDIE

o si la había abierto algo desde dentro. Alguna fuerza originada en el Buick; supongo que a eso me refiero. No sé si era el caso. Lo único que sé es que la puerta estaba abierta. Era de donde salía más concentrada la peste, y adonde iba Mr. Dillon.

Shirley bajó corriendo por los escalones con Huddie detrás, los dos pegándole gritos a Mr. D para que volviera. Nos adelantaron. George les siguió corriendo, y yo a él.

Hacía dos o tres días que el Buick había protagonizado un espectáculo de luces. Yo no estaba, pero me lo había contado alguien, y la temperatura del cobertizo B se había pasado una semana baja, aunque no mucho, solo tres o cuatro grados. Vaya, que indicios había algunos, pero en el fondo nada espectacular. Nada como para levantarse en plena noche y escribirles a tus padres. Nada que pudiera habernos hecho sospechar qué encontraríamos al entrar.

La primera fue Shirley, que pasó de gritar el nombre de D a... gritar a secas. Al segundo siguiente también gritaba Huddie. Mr. Dillon, para entonces, ladraba en un registro más grave, una mezcla de ladridos y gruñidos. Es el ruido que hacen los perros cuando tienen algo acorralado o en un árbol. George Morgan exclamó: -¡Dios mío! ¡Por todos los santos! ¿Qué es?

Yo entré en el cobertizo, pero no llegué muy lejos, Shirley y Huddie estaban codo con codo, y George inmediatamente detrás. Entre los tres no dejaban pasar. Olía fatal -se te nublaban los ojos y se te cerraba la garganta-, pero casi no me fijé.

El maletero del Buick volvía a estar abierto. Detrás del coche, en el rincón del fondo del cobertizo, había una pesadilla amarilla, flaca y arrugada con una cabeza que en realidad no era tal, sino un manojo de filamentos rosados agitándose. Debajo se veía más carne amarilla y arrugada. Era muy alta, como mínimo dos metros y pico, Algunos filamentos golpearon una viga del techo. Hacían un ruido de revoloteo, como mariposas nocturnas chocando contra el cristal cuando intentan llegar a la luz que ven o sienten que hay detrás, Tengo el ruido grabado. A veces, soñando, vuelvo a oírlo.

En el interior del amasijo formado por aquellas cosas rosas temblando y retorciéndose había algo en la carne amarilla que se abría y se cerraba. Algo negro y

redondeado. Podía ser una boca, Podía estar intentando gritar. Lo de debajo no puedo describirlo. Era como si mi cerebro no pudiera encontrar coherencia a lo que veían mis ojos. De lo que estoy seguro es de que no eran piernas, y me parece que en vez de dos había tres., Acababan en garras negras y curvadas. Las garras estaban sembradas de matas sueltas de pelo muy recio; a mí me parece que era pelo, y que en los mechones había bichos saltando, como piojos o pulgas. El pecho de la cosa tenía colgando una manguera gris de carne palpitante, con redondeles de carne brillantes y negros. Quizá fueran ampollas: 0, Dios no lo quiera, sus ojos.

La cosa tenía delante a nuestro perro, que ladraba, gruñía y soltaba baba por el morro. Hizo ademán de ir a embestir, pero la cosa le pegó un chillido por el agujero negro. La manguera gris se sacudió como un brazo sin hueso o una pata de rana al someterla a una descarga eléctrica. Salieron gotas de algo por la punta y aterrizaron en el suelo del cobertizo. Empezó a salir humo de 1as manchas, y vi que corroían el cemento.

El chillido hizo retroceder un poco a Mr. D, que sin embargo siguió ladrando y gruñendo con las orejas pegadas a la cabeza y los ojos saliéndosele de las órbitas. La cosa volvió a chillar. Shirley gritó y se tapó las orejas con las manos. Yo entendí su impulso, pero dudé que sirviera de algo. Parecía que los chillidos no se te metieran en la cabeza por los oídos, sino al revés: como si empezaran dentro de la cabeza y luego salieran por las orejas, escapándose como vapor. Tuve ganas de decirle a Shirley que no se 1as tapara, que como siguiera guardándose dentro aquel chillido tan horrible se provocaría una embolia o algo, pero bajó las manos por iniciativa propia.

Huddie la rodeó con un brazo, y ella

SHIRLEY

Noté que Huddie me ponía un brazo alrededor, y le cogí la mano. Tenía que hacerlo. Tenía que poder aferrarme a algo humano. Tal como lo ha explicado Eddie, lo primero vivo que había engendrado el Buick parece demasiado humano: que si tenía una boca entre todas aquellas cosas rosas que se movían, que si tenía un pecho, que si tenía algo que le servía de ojos... No digo que sea mentira en ningún caso, pero tampoco puedo afirmar que sea verdad. Ni siquiera estoy segura de que llegáramos a verlo, al menos tal como se enseña a ver y mirar a los policías. Era una cosa demasiado rara, demasiado ajena no solo a nuestra experiencia sino a nuestro marco común de referencia. ¿Era humanoide? Un poco. Al menos nosotros lo percibimos así. ¿Era humano? En absoluto, no te lo creas. ¿Era inteligente, consciente? No se puede saber del todo, pero sí, yo creo que lo más probable es que sí. Tampoco tenía importancia. Era tan raro que el efecto que produjo fue algo más que aterrorizarnos. Más allá del terror (o quizá quiera decir dentro, como una nuez en una cáscara) había odio. Una parte de mí tenía ganas de ladrarle y gruñirle igual que Mr. Dillon. Me despertaba rabia, aversión, además de miedo y repugnancia. Las otras cosas habían llegado muertas. Aquella no, pero teníamos ganas de que lo estuviera. ¡Que si teníamos ganas!

A1 segundo grito pareció mirarnos. La manguera del medio se levantó como un brazo estirado, como si intentara decirnos con señas. Ayudadme, llamad a este monstruo que ladra.

Mr. Dillon arremetió por segunda vez. La cosa del rincón soltó otro chillido, el tercero, y retrocedió. La trompa, o brazo, o pene, o lo que fuera, salpicó más líquido. A D le cayeron encima un par de gotas, y empezó a salirle humo del pelo. Soltó una serie de ruidos agudos de dolor, pero en vez de apartarse le saltó encima.

La cosa se movió tan deprisa que parecía arte de magia, corno si se deslizara. Mr. Dillon le clavó los dientes en un pliegue de la piel arrugada y fofa, y de repente la cosa ya no estaba. Apareció dando bandazos por el lado del Buick más alejado, chillando po el

agujero que tenía en la piel amarilla y agitando la manguera. Por donde le había clavado los dientes Mr. D salían gotas de una especie de de pasta negra, como la que había salido del murciélago y del pez.

Chocó contra la puerta de persiana y soltó un chillido de dolor, frustración o las dos cosas. Enseguida volvió a echársele encima Mr. Dillon, esta vez por detrás. Saltó y lo cogió por los pliegues sueltos que colgaban de lo que supongo que podría llamarse la espalda. La carne se desgarró con una facilidad nauseabunda. Mt. Dillon cayó al suelo con las mandíbulas apretadas. Se desprendió más piel de la cosa, desenrollándose como papel de pared suelta. D recibió en el morro baba negra... sangre.,. o lo que fuera. El contacto le arrancó un aullido, pero no solo no soltó lo que tenía cogido, sino que sacudió la cabeza para desgarrar más, la sacudió como los terriers cuando tienen cogida una rata.

La cosa chilló, y a continuación soltó una especie de farfulle que casi eran palabras. Y es verdad, tenías la impresión de que tanto los gritos como aquello otro parecido a palabras te salían de en medio de la cabeza, casi como si hubieran puesto huevos. La cosa usó la trompa para dar golpes en la puerta de persiana, comd si exigiera que la dejaran salir, pero eran golpes sin fuerza.

Huddie había desenfundado la pistola. Hubo un momento en que tuvo en la mira los filamentos rosas y el bulto negro de debajo, pero entonces la cosa giró sobre sí, sin dejar de quejarse por el agujero negro y le cayó encima a Mr. D. La cosa gris que le salía del pecho rodeó el cuello de D; que empezó a gañir y aullar de dolor. Vi que empezaba a salir humo de donde lo tenía cogido la cosa, y al poco rato noté olor tanto de pelo quemado como verdura podrida y agua de mar. El intruso yacía sobre nuestro perro sacudiéndose y chillando mientras sus piernas (suponiend que fueran eso, piernas) daban golpes en la puerta de persiana que dejaban manchas que parecían de nicotina, Y Mr. Dillon encadenaba largos aullidos de angustia.

Huddie levantó la pistola. Yo le cogí la muñeca y le obligué a bajarla.

-¡no! ¡Que vas a darle a D!

Entonces Eddie me empujó para pasar, y estuvo a punto de derribarme. Había encontrado unos guantes de goma en unas bolsas al lado de la puerta, y se los había puesto.

EDDIE Te advierto de que no tengo un recuerdo normal, como el que se suele tener de las cosas. En mi caso se parece más a acordarse del final de una mala borrachera. El que cogió los primeros guantes de goma del montón que había encima de las bolsas de abono para el césped, al lado de la puerta, no era Eddie Jacubois. Era alguien soñando que era Eddie Jacubois. Al menos ahora lo parece. Me parece que entonces también.

¿Pensaba en Mr. Dillon? Me gustaría creer que sí, chaval. Es lo máximo que puedo decir. Porque acordarme, acordarme de verdad, no me acuerdo. Lo más probable es que sólo tuviera ganas de hacer callar a aquella cosa amarilla y gritona, sacármela de dentro de la cabeza. Odiaba tenerla dentro. Lo detestaba. Tenerla dentro era como que te violasen.

Aunque ¿sabes qué? Que debía de pensar. Seguro que en algún nivel sí pensaba, porque me puse los guantes de goma antes de coger el pico de la pared. Recuerdo que los guantes eran azules. En el montón de encima de las bolsas había una docena de pares, y de todos los colores del arco iris, pero los que cogí eran azules. Me los puse deprisa, tanto como los médicos de aquella serie, Urgencias. Luego descolgué el pico y pasé al lado de Shirley, empujándola tan fuerte que casi la tiro al suelo. De hecho creo que la habría tirado, pero Huddie la sostuvo a tiempo.

George gritó algo, creo que «Cuidado con el ácido». No me acuerdo de haber tenido miedo, y menos de sentirme valiente. De lo que me acuerdo es de estar indignado y asqueado. Como te sentirías si despertaras con una sanguijuela en la boca chupándote la

sangre de la lengua. Una vez se lo dije a Curtis, y usó una expresión que se me ha quedado grabada: Lo horrible de la transgresión. Era eso, lo horrible de la transgresión.

Mr. D aullando, pataleando, gruñendo y queriendo escaparse; la cosa encima de él, con los filamentos rosados que le salían, moviéndose cada uno por su lado como algas en una ola; el olór a pelaje quemándose; la peste a sal y col; la pasta negra brotando del mordisco del perro, corriendo como barro por las arrugas de la piel amarilla y goteando al suelo; mi necesidad de matarla, borrarla, hacerla desaparecer del mundo: lo tenía todo en la cabeza como un remolino, un verdadero remolino, igual que si la impresión de lo que habíamos encontrado en el cobertizo B me hubiera batido los sesos, los hubiera hecho puré y, de tanto removerlos, hubiera creado un furibundo ciclón ajeno a la cordura, locura, el trabajo de policía, el de vigilante o Eddie Jacubois. Te digo que me acuerdo, pero no como te acuerdas de las cosa normales. Se parece más a un sueño. Y me alegro. Ya es bastan malo el hecho de acordarse. Pero no puedes no acordarte. Así que bebas, lo único que consigues es alejarlo un poco, y cuando paras vuelve a echársete encima. Como si te despertaras con una sanguijuela en la boca.

Llegué hasta la cosa, descargué el pico y la punta se clavó el medio. La cosa chilló y se lanzó de espaldas contra la puerta de persiana. Mr, Dillon quedó libre y retrocedió arrastrando la barriga. Ladraba de rabia y aullaba de dolor, una mezcla de los sonidos. Tenía una tira quemada en el pelaje, detrás del collar le había chamuscado medio morro, como si lo hubiera metido una hoguera. Salían hilillos de humo.

La cosa, apoyada de espaldas contra la puerta de persiana, levantó del pecho la manguera gris, y sí, tenía ojos incrustados. Miraban, y yo no lo aguantaba. Giré el pico y le asesté un golpe con la parte de cuchilla. Se oyó ruido de cortar, y una parte de la manguera rodó por el suelo. También había hecho un agujero en la zona del pecho. Salieron nubes de algo como espuma de afeitar de color rosa, a chorro, como si estuviera a presión. A lo largo de la trompa gris -me refiero a la parte cortada- los ojos giraban espasmódicamente, como si miraran a todas partes a la vez. Salieron gotas de un líquido claro, supongo que el veneno la cosa, y quemaron el cemento.

Luego estaba George a mi lado. Tenía una pala. La clavó por el centro de los zarcillos de la cabeza del ser. La hundió en la carne amarilla de la cosa hasta el mango de madera de fresno. La cosa gritó. Lo oí en mi cabeza con tanta intensidad que fue como si me empujara los ojos fuera de las órbitas, como cuando coges una rana con la mano, le aprietas el cuerpo fofo y se le abultan los ojos.

HUDDIE

Yo también me puse unos guantes, y cogí otra herramienta; me parece que un rastrillo, pero no estoy seguro. La cuestión es que la cogí y me puse al lado de Eddie y George. Pasados unos segundos (o puede que un minuto, no lo sé, el tiempo ya no quería decir nada) miré hacia atrás y también estaba Shirley. Se había puesto su correspondiente par de guantes y había cogido el plantador de Arky. Se le había soltado el pelo y lo tenía por toda la cara. Me recordaba a Sheena, la reina de la selva.

Todos nos habíamos acordado de ponernos guantes, pero estábamos locos. Pirados por completo. La pinta de la cosa, aquellos chillidos y gemidos, aquella especie de palabras, y hasta la manera que tenía de aullar y quejarse Mr. D... todo junto nos había enloquecido. A mí se me había borrado de la cabeza el camión volcado, George Stankowski y sus esfuerzos por meter a los niños en el autobús y ponerles a salvo, y el tío cabreado que habían traído Eddie y George Morgan. Me parece que se me olvidó hasta que hubiera algo más aparte de aquel cobertizo pequeño y apestoso. En el momento de dar golpes de rastrillo y de clavarle las púas varias veces a la cosa del suelo, gritaba. Los otros igual. Formábamos un círculo alrededor, dándole golpes, aporreándola y cortándola en

trocitos; le gritábamos que se muriera, pero nada, que no se moría. Parecía que no fuera a morirse nunca.

Si pudiera olvidarme de algo, de alguna parte en concreto, sería de esto: al final, justo antes de morirse (porque a la larga se murió), levantó el muñón de la cosa del pecho. Le temblaba como una mano de viejo. En el muñón había ojos, y para entonces algunos colgaban de hilos brillantes de cartílago. Quizá los hilos fueran nervios ópticos, no sé. El caso es que se levantó el muñón y durante un momento muy corto me vi a mí mismo en medio del cerebro. Nos vi a todos de pie formando un círculo y mirando hacia el suelo, como un grupo de asesinos al pie de la tumba su víctima, y vi lo raros y diferentes que éramos. Lo horribles que éramos. En ese momento sentí la perplejidad angustiada de la cosa. No su miedo, porque no estaba asustada. Su inocencia tampoco, porque no era inocente. Ni inocente ni culpable. Lo que estaba era perpleja. ¿Sabía dónde estaba? No creo. ¿Sabía por que la había atacado Mr. Dillon, y por qué la matábamos? Sí, eso sabía. Lo hacíamos por lo diferentes que éramos, tan diferentes tan horribles que a sus múltiples ojos les costaba vernos, les costaba concentrarse en las imágenes de nosotros tres rodeándo chillando, cortando y pegando. Hasta que al final ya no se movió. El muñón del pecho, lo que parecía una trompa, volvió a bajar. Los ojos se le quedaron fijos, sin temblar.

Eddie y George estaban juntos, jadeando. Shirley y yo les veíamos enfrente -al otro lado de la cosa-, y a Mr. D detrás, jadeando y gañendo. Shirley soltó el plantador, y cuando cayó en el suelo vi que se le había quedado enganchado un grumo de carne amarilla, como un trozo de tierra enferma: La cara de Shirley estaba blanca como hueso, menos dos marchitas muy rojas en las mejillas y otra en el cuello, como de nacimiento,

-Huddie -susurró,

-¿Qué? -pregunté. Casi no podía hablar, de lo seca que sentía la garganta.

-¡Huddie!

-¿Qué pasa, coño?

-Podía pensar -susurró. Sus ojos, muy abiertos y espantados, nadaban en lágrimas-. Hemos matado a un ser pensante. Eso es asesinato.

-Qué asesinato ni qué mandangas -dijo George-. Y que fuera verdad, ¿de qué carajo sirve pensarlo? Quejándose -pero no con la misma urgencia de antes-, Dillon nos apartó a mí y a Shirley para pasar por en medio. Tenía calvas bastante grandes en el pelaje del cuello, la espalda y pecho, como si tuviera sarna. Por lo visto se le había caídó la punta de una oreja, de tan chamuscada. Estiró el cuello y husmeó el cadáver de la cosa caída al lado de la puerta de persiana. -Cogedlo y sacadlo -dijo George.

-No, si está bien -dije yo.

A1 olisquear el revoltijo de filamentos rosados de la cabeza de la cosa, que ahora estaban fofos y ya no se movían, D volvió a gañir. Luego levantó la pata y se meó en el trozo cortado de trompa, cuerno o lo que fuera. Hecho esto, retrocedió entre gañidos. Oí una especie de silbido muy flojo. El olor a col empeoraba, y la carne de la cosa iba perdiendo su color amarillo y poniéndose blanca. Empezaban a salir hilillos casi invisibles de vapor. Era donde se concentraba la peste, en el vapor que salía. La cosa había empezado a descomponerse, como el resto de lo que había pasado a través.

-Shirley, vuelve dentro -dije-. Tienes un 99.

Ella pestañeó deprisa, como cuando alguien vuelve en sí. -El camión cisterna -dijo-. George. ¡Dios mío! Se me había olvidado.

-Llévate al perro -dije.

-Vale. -Hizo una pausa-. ¿Y...?

Señaló con gestos las herramientas desperdigadas por el suelo de cemento, las que habíamos usado para matar al ser cuando estaba contra la puerta, mutilado y gritando. ¿Gritando qué? ¿Que nos apiadáramos? Estando él (u otros de su especie) en la posición

contraria, ¿se habría apiadado de nosotros? No creo... claro que ¡qué voy a creer, si primero hay que pasar una noche, luego otra, luego todas las de un año, luego las de diez! Tienes que poder apagar la luz y quedarte a oscuras en la cama. Tienes que creerte que solo hiciste lo que te habrían hecho a ti. Tienes que organizar tus ideas, porque sabes que con las luces encendidas sólo puedes vivir una parte limitada del tiempo.

-No sé, Shirley-dije. Me encontraba cansadísimo, y el olor a col podrida me estaba mareando-.Joder, ¿qué más da? Tampoco es que vaya a haber un juicio, una investigación ni nada oficial. Tú entra. Comunícate, que para algo eres la agente de comunicaciones.

Shirley asintió con gesto tembloroso. -Ven, Mr. Dillon.

Yo no estaba muy seguro de que D fuera a seguirla, pero sí: se le pegó obediente a los zapatos marrones planos. Ahora seguía gimiendo, y justo antes de que salieran por la puerta 1ateral tuvo una especie de temblor por todo el cuerpo, como si hubiera cogido frío.

-También deberíamos salir nosotros-le dijo George a Ed. Empezó a frotarse los ojos, se dio cuenta de que llevaba guantes y se los quitó-. Tenemos que ocuparnos de un prisionero.

Eddie puso la misma cara de sorpresa que Shirley al recordar yo que tenía trabajo con lo de Poteenville.

-Se me había olvidado el hijoputa del gritón -dijo-, Se roto la nariz. Lo he oído, George.

-¿Ah, sí? -dijo George-. Qué pena.

Eddie sonrió. Se le notaba el esfuerzo de aguantarse la sonrisa, pero se le ensanchó. Siempre pasa, hasta en las peores circunstancias. Sobre todo en las peores circunstancias.

-Venga -dije-, ve por él.

-Acompáñanos -dijo Eddie-. Mejor que no te quedes aquí solo.

-¿Por qué? Está muerto, ¿no?

-Sí, pero esto no. -Eddie movió la barbilla hacia el Buick. Aún está nerviosillo, el seudocoche este de mierda. ¿No notáis que está a punto de saltar?

-Algo noto -dijo George-. Debe de ser la reacción de tener delante el... -Señaló el ser muerto-. Lo que sea.

-No -dijo Eddie-. Lo que notas viene del puto Buick, no de la cosa muerta. Yo lo que creo es que respira. No sé qué pero respira. Hud, para mí que quedarse aquí es peligroso. Peligroso para todos.

-Exageras.

-Y un cojón. Respira. Al sacar el aire le ha salido de chispa el bicho de la cabeza rosa, como cuando estornudas y te sale moco. Ahora se está preparando para volver a chuparlo. En que lo noto.

-Oye -dije-, que solo quiero echar un último vist ¿vale? Luego cojo la lona y la echo encima de... esto. -Señaló con el pulgar lo que habíamos matado-. Si hay que hacer algo más complicado, ya vendrán Tony y Curtis, que son los expertos.

Pero era imposible calmarle. Estaba poniéndose histérico, -Mientras no haya vuelto a chuparlo el falso coche, hay que impedir que se acerquen. -Eddie miró el Buick con mala cara-. y ya os podéis ir preparando para discutir. El sargento querrá entrar, y Curt aún más, pero no podemos permitirlo. Porque...

-Sí, ya lo sé -dije-. Notas que se está preparando para volver a chuparlo. Deberíamos ponerte un número ochocientos solo para ti, Eddie. Podrías hacerte millonario leyendo manos por teléfono.

-Sí, sí, tú ríete. ¿Qué te crees, que Ennis Rafferty se está riendo donde esté? Yo te digo lo que sé, tanto si te gusta como si no te gusta. Respira. Es lo que ha estado haciendo desde el principio.

Esta vez, cuando vuelva a aspirar, será muy fuerte. ¿Sabes qué? Que George y yo te ayudamos con la lona. Tapamos la cosa entre los tres y luego salimos juntos.

Me pareció mala idea, aunque sin saber muy bien por qué. -Eddie, que ya puedo solo. Te lo juro por Dios. Además, quiero hacerle un par de fotos al amigo E.T. antes de que se pudra y sólo quede sopa de cangrejo.

-Ya basta -dijo George. Se le veía un poco verde. -Perdona. Salgo en menos que canta un gallo. Venga, tíos, ocupaos de vuestro detenido.

Eddie miraba fijamente el Buick con sus neumáticos de franja blanca, tan grandes y elegantes, y el maletero abierto, que hacía que la parte trasera pareciera las fauces de un caimán.

-Odio este trasto -dijo-. Por dos centavos...

George ya se encaminaba hacia la puerta, y Eddie le siguió dejando en el aire lo que haría por dos centavos. No costaba mucho imaginárselo, la verdad.

El olor del ser en putrefacción empeoraba por minutos, y me acordé de la mascarilla Puff-Pak que se había puesto Curtis al entrar a investigar la planta que parecía un lirio. Me pareció que aún estaba en la barraca. También quedaba como mínimo una cámara Polaroid, al menos la última vez que había mirado yo.

Oí la voz lejana de George en el aparcamiento, llamando a Shirley y preguntándole si estaba bien. Ella contestó que sí. Un segundo o dos después, Eddie Jacubois exclamó «¡MIERDA!» a pleno pulmón y con voz de cabreado. Deduje que su prisionero, que debía de ir Hipado y encima se había roto la nariz, había vomitado en el asiento trasero de la unidad 6. ¿Y qué? Hay cosas bastante peores que un detenido te ponga perdido el coche. Una vez fui por la zona de Patchin a ayudar en un accidente de tres coches y como tenía que poner balizas en la carretera encerré en el asiento trasero de mi noche al conductor borracho que lo había empezado. A1 volver vi que el detenido se había quitado la camisa y había cagado dentro. Luego había usado una manga como si fura un embudo de pastelería -para captar bien lo que cuento hay imaginarse a un pastelero adornando un pastel- y había escrito su nombre en las dos ventanillas traseras. Intentaba hacer lo mismo con la luna de detrás, pero se le había acabado el glasea marrón especial. Al preguntarle por qué había hecho algo tan asqueroso, me miró con esa mezcla de arrogancia y cara de extraviado que solo les sale a los borrachos veteranos y me dijo: que este mundo da asco, trooper».

Bueno, el caso es que no les di importancia a los berridos de Eddie y fui a la barraca de los suministros sin molestarme en averiguar qué pasaba. No tenía demasiadas esperanzas de encontrar la mascarilla, pero aún estaba en el estante, entre la caja de cintas vírgenes y una pila de revistas Field Stream. Es más: algún amante del orden la había protegido del polvo metiéndola en una bolsa de plástico de las de pruebas. Al bajarla me acordé de la de pirado de Curt el primer día de llevarla, junto con una bata barbero de plástico, una gorra azul de baño y botas rojas: Yo le había dicho: ¡Qué guapo estás! ¡Saluda a tus rendidos fans.

Me puse la mascarilla tapándome la boca y la nariz, casi seguro de que lo que saliese sería irrespirable, pero no, era aire; pasado que un pan de una semana, pero sin moho, no sé si me explico. Mejor que la peste a col y agua de mar del cobertizo, seguro. Cogí la Polaroid vieja del clavo donde colgaba. Luego salí de la barraca, y me parece -también puede que me lo invente, soy el primero en reconocerlo- que vi movimiento: en la zona del cobertizo no había sido, porque era donde miraba y la sensación era como cuando te parece ver algo con el rabillo del ojo. En el campo de atrás, entre las hierbas altas. Debí de pensar que era Mr. Dillon rodando por el suelo para quitarse el olor de la cosa. Pues no. Para entonces Mr. Dillon no estaba para dar ni para nada. Para entonces estaba ocupado muriéndose el pobre.

Volví a entrar en el cobertizo respirando por la mascarilla; aunque antes no había notado lo que decía Eddie, esta vez estaba clarísimo. Era como si haber salido un rato me hubiera refrescado o me hubiera vuelto más receptivo. No es que el Buick estuviera disparando relámpagos violetas, ni que brillara o zumbara, porque se estaba tan quieto como antes, pero se le notaba una animación imposible de pasar por alto. Era la sensación de tener algo casi tocándote la piel, como una brisa muy suave soplándote en el vello de los brazos. Entonces pensé... es una locura, pero pensé: ¿Y si el Buick sólo es otra versión de lo que llevo puesto yo en la cara? ¿Y si solo es una mascarilla Puff-Pak? ¿Y si la cosa que lo lleva ha respirado hacia fuera, y ahora se le ha parado el pecho, pero dentro de uno o dos segundos... ?

Hasta con el Puff-Pak puesto me hacía llorar el olor del ser muerto. Brian Cole y Jackie O'Hara, que en esa época eran dos de los mejores manitas de la plantilla, habían instalado el año anterior un ventilador. Al pasar al lado lo encendí.

A la tercera foto la máquina se quedó sin carrete. Ni siquiera había comprobado que hubiera película. Qué idiota. Me metí las fotos en el bolsillo trasero, dejé la cámara en el suelo y fui a buscar la lona. Justo al agacharme y levantarla me di cuenta de que había cogido la cámara, pero que al salir de la barraca había visto el rollo de cuerda amarilla y no me lo había llevado. Debería haberlo cogido y haberme enganchado el nudo corredizo en la cintura. Y haber atado la otra punta al gancho grande que había clavado Curtís a la izquierda de la puerta lateral del cobertizo B, exclusivamente para ese fin. No se me había ocurrido. La cuerda era demasiado amarilla para no verla, pero yo había pasado de largo. Qué curioso, ¿verdad? Ahora estaba donde no tenía ningún sentido entrar solo, y sin embargo estaba solo. Y sin cuerda de seguridad. Puede que hubiera pasado de largo por influencia de algo. Había un extraterrestre muerto en el suelo, y el aire estaba cargado de una sensación espeluznante y viva de algo concentrándose. Se me ocurrió, creo, que si desaparecía, mi mujer y la hermana de Ennis Rafferty podrían hacer causa común. Es posible que me riera. No me acuerdo bien, pero sí de que algo me hizo gracia. Puede que lo absurdo de la situación en general.

La cosa que habíamos matado se había puesto completamente blanca, y soltaba una humareda como de hielo seco. Los ojos de la parte cortada aún parecían mirarme, aunque ya habían empezado a derretirse. Fue la ocasión de mi vida en que he pasado más miedo, el típico miedo de estar en una situación donde puedes morirte de verdad y saberlo. La sensación de que había algo a punto de respirar, de aspirar, era tan fuerte que me hacía cosquillas en la tripa. Ahora bien, también sonreía, y mucho. No llegaba a reírme, pero casi. Tenía una sensación de comicidad. Tiré la lona encima del amigo E.T. y empecé a salir del cobertizo de espaldas. Ni siquiera me acordaba de la Polaroid, La había dejado en el suelo. Faltándome poco para llegar a la puerta, miré el Buick. Y alguna fuerza me atrajo hacia él. Estoy seguro de que fuera sólo del Buick? La verdad es que no. Quizá sólo fuera la fascinación que ejercen en nosotros las cosas mortales: el borde y la caída; la manera de mirarnos la boca de un arma al orientarla de tal y cual manera... Cuando es tarde, y duerme todo el mundo en la calle, hasta la punta de un cuchillo empieza a verse de otra manera. Todo esto que digo era a nivel inconsciente, el mismo nivel en donde acababa de decidir que no podía salir y dejar el Buick con el maletero abierto. Parecía demasiado... no sé, como demasiado a punto de respirar. O de morder. Algo por el estilo. Yo aún sonreía. Hasta puede que me riera un poco.

Di ocho pasos, o quizá una docena. Sí, imagino que pudiera llegar a la docena. Me decía que mis actos no tenían nada de imprudentes, que Eddie J era un cagado y confundía sensaciones con hechos. Acerqué la mano a la tapa del maletero. Mi intención era cerrarla y salir pitando (al menos eso me dije), pero luego veo dentro y solté una de esas palabras de cuando se está sorprendido, no recuerdo cuál: ¡anda!, o ¡caray! Porque dentro había algo

en la moqueta marrón del maletero. Parecía una radio de tractores de finales de los cincuenta o de los sesenta. Hasta se veia la punta brillante de algo que podía ser una antena.

Metí la mano y cogí el aparatejo. Aparte de cogerlo me dio risa. Tenía la sensación de estar soñando o colgado de alguna cosa química. Y todo con la sensación constante de que lo que se acercara estaba a punto de pillarme. No sabía si a Ennis le había pillado igual que como estaba a punto de pillarme a mí, pero imaginé sí. Y me dio igual. Estaba plantado delante del maletero sin cuerda ni nadie para sacarme de allí, y había algo a punto de arrastrme hacia dentro, de chuparme como humo de cigarrillo. Pero importaba un carajo. Lo único que me importaba era lo que había encontrado en el maletero.

Podía ser tanto alguna clase de dispositivo de comunicación, que era de lo que tenía pinta- como cualquier otra cosa: donde el monstruo guardaba los medicamentos, algún tipo de instrumento musical, o puede que hasta un arma. El tamaño era de paquete de cigarrillos, pero pesaba mucho más. También pesaba más que un transistor o un walkman. No tenía diales, botones ni interruptores. El material no tenía aspecto ni tacto de metal o de plástico. Tenía una textura de grano fino que, sin ser del todo repelente, era orgánica, como piel de vaca curtida. Toqué la varilla que sobresalía, y se metió en un agujero de la parte de encima. Toqué el agujero y volvió a salir la varilla. Volví a tocarla y esta vez no pasó nada. Ni entonces ni nunca. Aunque nunca, en el caso de lo que llamábamos «la radio», no llegó a ser mucho tiempo: más o menos una semana después empezó a agujerearse y corroerse la superficie. El hecho de estar metida en una bolsa de pruebas cerrada con cremallera no enlentenció el proceso. A1 mes, «la radio» parecía algo que llevara unos ochenta años expuesto al viento y la lluvia. Y la primavera siguiente solo quedaban trozos grises en la bolsa de plástico. La antena, suponiendo que lo fuera, no volvió a moverse. Ni un puñetero milímetro.

Me acordé de Shirley diciendo Hemos matado a un ser pensante, y de George contestando que qué asesinato ni qué mandangas. Pero de mandangas nada. El murciélago y el pez no se habían presentado con ningún accesorio que pareciera un transistor, porque eran animales. El nuevo visitante -al que habíamos despedazado con herramientas descolgadas de unos ganchos- no era ningún animal. Por aborrecible que nos pareciera, por muy instintivamente que lo hubiéramos -¿cuál era la palabra?- repudiado, Shirley tenía razón: había sido un ser pensante. Lo cual no nos había impedido matarlo y dejarlo hecho pedazos en el suelo, mientras alzaba la trompa seccionada en señal de rendición y pedía a gritos la piedad que debía de saber que no le concederíamos. Que no podíamos concederle. Y no me produjo ningún horror. Lo que me lo produjo fue una visión de la otra cara. De Ennis Rafferty cayendo entre otros seres como aquel, cosas que en vez de cabeza tuvieran bultos amarillos entre masas enredadas de filamentos rosas que quizá fueran cabellos. Le vi muriéndose entre golpes de trompas llenas de ácido, y de garras curvadas, intentando pedir piedad a gritos y asfixiándose con un aire que casi no podía respirar. A1 tenerle muerto delante, muerto y empezando a pudrirse, ¿le había desenfundado alguno la pistola? ¿Se habú quedado mirándola debajo de otro cielo de color inimaginable? ¿Tan perplejos como yo por «la radio»? ¿Había dicho algo? Acabamos de matar a un ser pensante, y contestado otro que menos mandangas? A la vez que pensaba en todo aquello, también pensé que me convenía marcharme lo antes posible. A menos, por supuesto, que quisiera indagar personalmente en esas pregunta. En definitiva, ¿qué pasó? Nunca se lo he contado a nadie, pero ahora más vale que lo cuente; parece una tontería llegar tan lejos y quedarse a medias.

Decidí meterme en el maletero.

Me vi haciéndolo. Espacio no faltaría; ya sabes lo grandes que eran los maleteros de los coches de esa época. De niños decíamos en broma que los Buicks, los Cadillacs y los Chryslers eran afiches de mafiosos, porque en el maletero cabían dos polacos o italianos.

No faltaría espacio, no. El amigo Huddie Royer iba a entrar, echarse de lado, levantar los brazos y cerrar el maletero. Suavemente. Para que hiciera un clic lo más suave posible. Luego se quedaría a oscuras respirando el aire enrarecido de la carilla y con «la radio» en el pecho. En la bombona, que era 1igera, quedaría poco aire, pero sería suficiente. El amigo Huddie se quedaría acurrucado, con la sonrisa en la cara, y luego... poco tiempo...

Pasaría algo interesante.

Todo esto hace años que no lo pienso, solo en esos sueños al despertarte no te dejan ningún recuerdo, los que sabes que han sido pesadillas sólo porque te late deprisa el corazón, tienes la boca seca y la lengua te sabe como a fusible quemado. La última vez que me acordé conscientemente de estar de pie delante maletero del Buick Roadmaster fue al enterarme de que Geo Morgan se había suicidado. Le imaginé en su garaje, sentado el suelo y puede que escuchando jugar a béisbol a los críos en su campo iluminado de McClurg, a la vuelta de la esquina; lueg lo imaginé con la lata de cerveza vacía, levantando la pistola y mirándola. Entonces ya habíamos cambiado a la Beretta, pero George se mantenía fiel a su Ruger. Decía que se le amoldaba bien en la mano. Le imaginé cambiándola de ángulo y mirando el agujero del ojo. Todas las pistolas tienen ojo. Lo sabe cualquiera que, haya mirado así. Le imaginé metiéndose el cañón entre los dientes y notando el bultito de la mira en el paladar. Y el gusto a aceite. Puede que hasta metiendo la punta de la lengua en el cañón, como cuando se está a punto de tocar la trompeta y se mete la lengua en la boquilla. Sentando en el rincón del garaje y con el sabor de la última lata de cerveza en la boca, más los del aceite y el acero de la pistola, lamiendo el agujero del cañón, el ojo por donde sale la posta al doble de la velocidad del sonido, sobre un cojín caliente de gases en expansión. Sentado, notando el olor de la hierba pegada debajo de la segadora y el de un poco de gasolina caída por el suelo. Oyendo gritos de niños a la vuelta de la esquina. Pensando en la sensación de atropellar a una mujer con dos toneladas de coche patrulla, el golpe sordo, el giro brusco, ver aparecer gotas de sangre en el parabrisas como el principio de una maldición bíblica, y oír el traqueteo seco, como de calabaza, de algo que se ha quedado metido en el hueco de la rueda y que resulta ser una de las zapatillas de la mujer. Me imaginé todo eso, y creo que él lo vivió de esa manera, porque sé que en mi caso fue así. Sabía que iba a ser horrible, pero no me importaba, porque al mismo tiempo tendría cierta gracia. Por eso sonreía. No quería marcharme. Creo que George tampoco. A1 final, cuando te decides en serio a hacerlo, es como enamorarse. Es como tu noche de bodas. Y yo estaba decidido.

El dicho es «salvado por la campana», pero a mí me salvó un grito: el de Shirley. Al principio solo fue un chillido agudo, y luego llegaron las palabras:

-¡Socorro! ¡Por favor! ¡Socorro! ¡Ayuda, por favor, por favor!

Era como salir de un trance por efecto de una bofetada. Me aparté del Buick con dos zancadas, tambaleándome como un borracho y casi sin poder creerme lo que había estado a punto de pasar. Luego Shirley volvió a gritar, y oí vociferar a Eddie: -George, ¿qué le pasa? ¿Qué le está pasando? Di media vuelta y salí por la puerta del cobertizo. Eso, salvado por un grito. Fue mi caso.

EDDIE

Fuera era mejor, tanto que al seguir corriendo tras George casi tuve la sensación de que todo lo del cobertizo B había sido un sueño. ¿Cómo iba a haber monstruos con hilos rosas saliéndoles de la cabeza, y trompas con ojos, y garras con mechones de pelo? Lo real era el detenido del asiento trasero de la unidad 6, aquel cabrón zurranovias tan majo, señoras y señores, recibamos con una gran ovación a Brian Lippy. Seguía dándome miedo el Buick -más que cualquier otra cosa en mi vida-, y estaba convencido de que había muy

buenas razones para estar asustado, pero ya no me acordaba de cuáles. Lo cual era un alivio.

Apreté el paso para reunirme con George.

-Oye, que puede que dentro haya exagerado un poco. Si me he pasado...

-Mierda, dijo él sin levantar la voz, pero indignado. Estaba al borde del aparcamiento con los brazos en jarras-. Mira. -Luego llamó-: ¡Shirley! ¿Estás bien?

-Sí, muy bien --contestó ella-. En cambio Mr. D... perdona, rey, pero es que está sonando la radio y tengo que cogerlo. -Esto es para pillar un cabreo gordo -dijo George en voz baja.

Me detuve a su lado y vi el motivo de su enfado. La ventanilla trasera de la 6 estaba reventada por completo. Seguro que lo habían hecho unas botas de vaquero con tacones de varias capas.

No podía conseguirse con dos o tres patadas, y puede que ni siquiera con una docena, pero es que le habíamos dado tiempo de sobras a mi antiguo compañero de colegio Brian. El sol sacaba reflejos de fuego a mil trocitos de cristal amontonados en el falto. De monsieur Brian Lippy, ni rastro.

-¡MIERDA! -exclamé, y hasta hice gestos con los puños hacia la unidad 6.

Teníamos un camión cisterna lleno de productos químicos quemándose en Pogus County, teníamos un monstruo pudriéndose en el cobertizo de detrás, y ahora también teníamos a un hijo de puta neonazi que se había escapado. Más una ventanilla rota de un coche patrulla. Comparado con el resto te parecerá poca cosa chaval, pero es porque nunca has tenido que rellenar los formularios, empezando por el 24-A-24 y acabando por el Informe Completo del Incidente («Rellenar todas las casillas pertinentes). Me gustaría saber una cosa: por qué nunca se tienen varios días buenos seguidos donde sólo pase una cosa mala. Nunca es así, al menos por mi experiencia. Los marrones se van acumulando hasta que te llega el día de recibirlo todo de golpe. El que te cuento de esos, puede que el que más.

George fue hacia la 6, conmigo al lado. Se agachó, sacó el wakie-talkie de la funda de la cadera y removió los trozos del cristal de seguridad con la antena de goma. Luego recogió algo. Era el pendiente-crucifijo de nuestro amigo. Debió de perderlo al salir por la ventanilla rota.

-Mierda -volví a decir, ahora en voz más baja-. ¿Dónde crees que se habrá ido?

-Pues... Con Shirley no está. Menos mal. Puede haber bajado por la carretera, subido por la carretera, cruzado la carretera o cruzado el campo de atrás y haberse metido en el bosque.

Elige la opción que prefieras. -Se levantó y miró el asiento seco vacío-. Eddie, esto puede ser grave. Podría ser una cagada monumental. Te das cuenta, ¿no?

Perder un detenido nunca era buena noticia, pero Brian Lippy no era precisamente John Dillinger, y así lo dije.

George sacudió la cabeza como si no le hubiera entendió -No sabemos qué ha visto. ¿Verdad?

-¿Eh?

-Puede que nada -prosiguió mientras pasaba el zapato por los cristales rotos. Los trocitos chirriaron entre sí. Algunos tenían gotitas de sangre-, Puede que se las haya pirado en dirección contraria al cobertizo. Claro que eso sería ir hacia la carretera. Por muy Hipado que vaya, dudo que le interesara ir por ese camino, no fuera a sorprenderle algún poli de regreso al cuartel, y al ver a un tío con sangre y trozos de cristal en el pelo, volver a detenerle.

Yo tenía un día lento, lo reconozco. O eso, o que aún me duraba el shock.

-No veo por dónde...

George tenía la cabeza inclinada y los brazos cruzados en el pecho. Seguía arrastrando el pie por los cristales y removiéndolos como si fuera un guiso.

-Yo de él habría ido por el campo de atrás. Habría intentado llegar a la carretera cortando por el bosque. Puede que hubiera aprovechado para lavarme en uno de los arroyos, y luego habría hecho autostop. Pero imagínate que al escaparme algo me llama la atención. Imagínate que oigo gritos y golpes en el cobertizo. -Ah-dije-. Ah, ya. ¡Dios mío! ¿Lo dices en serio? ¿Crees que puede haberse parado a mirar qué hacíamos dentro? No, ¿verdad?

-Supongo que no, pero posible es. La curiosidad es poderosa.

Me recordó lo que decía Curt tan a menudo sobre el gato y la curiosidad.

-Vale, pero ¿a ese tío quién se lo va a creer?

-Si llega a salir en el American -dijo George, cariacontecido-, podría creérselo la hermana de Ennis. Que ya sería un primer paso, ¿no?

-Mierda -dije. Me lo pensé-. Más vale que Shirley dé la alerta general para cazar a Brian Lippy.

-Primero que se arregle un poco el follón de Poteenville. Luego, cuando llegue el sargento, se lo contamos todo (incluido lo que puede haber visto Lippy) y le enseñamos lo que queda en el cobertizo B. Si Huddie ha hecho alguna foto más o menos correcta... -Volvió la cabeza-. Oye, ¿dónde está Huddie? Ya tendría que haber salido. Jo, espero que...

Con la frase en ese punto empezaron los gritos de Shirley. -¡Socorro! ¡Por favor! ¡Socorro! ¡Ayuda, por favor, por ,favor!

Antes de que tuviéramos tiempo de dar un paso hacia el cuartel, Mr. Dillon salió por el agujero que había hecho previamente en la puerta mosquitera. Se tambaleaba como ebrio y tenía la cabeza inclinada. Le salía humo del pelo, y de la cabeza parecía que también, aunque al principio no supe ver su procedencia. Mi prlmera impresión fue que le salía por todas partes. Apoyó las patas delanteras en el primero de los tres escalones que bajaban de la puerta hacia el aparcamiento. Luego perdió el equilibrio y cayó, de lado. A1 caerse torció la cabeza varias veces de manera convulsiva, un movimiento como de actor de cine mudo. Vi salirle columnas gemelas de humo por las ventanas de la nariz, y me recordó a la pasajera de la camioneta de Lippy, al humo del cigarrillo subiendo como una cinta y desapareciendo antes de llegar al techo. A Mr. D le salía más humo por los ojos, que se le habíab puesto rnuy raros, blancos y como arrugados. Vomitó un chorro de sangre humeante, tejidos medio disueltos y cosas blancas triangulares. Después de un rato me di cuenta de que eran sus dientes.

SHIRLEY

La radio estaba saturada de mensajes, pero ninguno dirigido a la base. Lógico, porque toda la acción estaba o en el colegio de Poteenville o de camino hacia él. Me enteré de que al menos George Stankowski ya había alejado a los niños del humo. Los voluntarios de Poteenville, con la ayuda de coches de bomberos de Statler Country, controlaban la hierba incendiada alrededor del colegio. Era verdad que el desencadenante de esos incendios había sido el combustible en llamas, no algún producto químico inflamable. Lo del camión cisterna estaba confirmado que era cloro líquido. No dejaba de ser grave, pero mucho menos de lo que podría haber sido.

George me llamó desde fuera para saber si estaba bien. Me pareció un gesto muy amable, y contesté que sí. Un par de segundos después, Eddie soltó una palabra malsonante en voz muy alta. Mientras pasaba todo eso me notaba rara, como si no fuera yo sino alguien que hacía lo de cada día, la rutina cotidiana, después de haber vivido un cambio muy grande.

Mr. D estaba en la puerta del despacho de comunicaciones con la cabeza inclinada y gimiendo. Supuse que le dolían las zonas quemadas. Tenía más quemaduras puntuales a ambos lados del morro. Me dije que cuando volvieran las aguas a su cauce alguien debía llevarlo al veterinario (el candidato más lógico era Orville Garrett). Habría que inventarse algún cuento, seguramente chino, sobre la causa de las quemaduras.

-¿Qué, machote, quieres agua? -pregunté-. Seguro que sí. Soltó otro gañido agudo como queriendo decir que el agua era muy buena idea. Fui a la cocinita, cogí su cuenco y lo llené en fregadero. Le oía detrás haciendo clic clic por el linóleo, pero me volví hasta tener lleno el cuenco.

-Toma tu...

A media frase me fijé en Mr. D, se me cayó el cuenco al suelo y me salpiqué los tobillos. Le temblaba todo el cuerpo, no como si tuviera frío sino como si le estuvieran aplicando electricidad. Y le salía espuma por los dos lados de la boca.

Tiene la rabia, pensé. No sé qué tendría aquella cosa, pero ha contagiado la rabia.

Pero D no parecía rabioso, sólo confuso y pasándolo mal. Sus ojos parecían suplicarme que solucionara el problema. Yo era humana, la que mandaba, y tenía que arreglarlo.

-¿D? -dije. Apoyé una rodilla en el suelo y le puse una delante. Ya sé que parece una tontería, y peligrosa, pero en ese momento pensé que era lo que tenía que hacer-, ¿Qué pasa, ¿Qué te pasa, pobrecillo?

Se acercó, pero muy lentamente, quejándose y temblando a cada paso. Cuando estuvo cerca vi algo espantoso: le salian líos de humo por los orificios del morro. También salian por las partes quemadas del pelaje, y por las comisuras de los ojos, que empezaban a aclarársele como si se empañaran por dentro.

Estiré el brazo y le toqué la cabeza por arriba. Cuando noté lo caliente que estaba, solté un gritito y aparté la mano como cuando tocas un fuego creyendo que está apagado y resulta que no. Mr. D hizo como si fuera a morder pero no creo que fuese en serio; es que no se le ocurría nada más que hacer. Luego dio media vuelta y salió de la cocina con dificultad.

Yo me levanté y por un momento todo me dio vueltas. Creo que si no llego a cogerme del mármol me habría caído. Después le seguí (tampoco caminaba yo muy fina) diciendo:

-D, vuelve, cariñín.

D había cruzado media sala. Se volvió una vez para mirar hacia donde oía mi voz- y vi... vi humo saliéndole por la trompa y la nariz, y por las orejas también. Se le contrajo la boca, y durante unos segundos pareció querer enseñarme los dientes con esas sonrisas que tienen los perros cuando están contentos. Luego vomitó. Casi todo lo que salió no era comida, eran sus tripas. Y soltaban humo.

Fue cuando grité.

-¡Socorro! ¡Por favor! ¡Socarro! ¡Ayuda, por favor, por favor.

Mr. D se alejó, como si con tantos gritos le dolieran las orejas, el pobre, y siguió adelante tropezando. Debía de ver el agujero en la puerta mosquitera; vista para eso sí que debía de quedarle, porque tomó esa dirección y pasó a través.

Yo, que aún gritaba, le seguí.

EDDIE

-George, ¿qué le pasa? -dije con todas mis fuerzas. Mr. Dillon había conseguido volver a levantarse. Estaba volviéndose poco a poco, mientras le salía humo del pelo y la boca, una humareda gris-. ¿Qué le está pasando?

Shirley salió con las mejillas mojadas de lágrimas. -¡Ayudadle! -gritó-. ¡Se está quemando!

Entonces llegó Huddie, jadeando como si acabara de participar en una carrera.

-¿Qué pasa, joder?

Hasta que lo vio. Mr. Dillon había vuelto a caerse. Nos acercamos con precaución. Shirley, desde el otro lado, bajó los escalones de la entrada. Como estaba más cerca, llegó antes.

-¡No lo toques! -dijo George.

Shirley no le hizo caso. Puso una mano en el cuello de D, pero tuvo que apartarla. Nos miró con los ojos llenos de lágrimas. -Se está quemando por dentro -dijo.

Mr. Dillon intentó volver a levantarse entre gemidos. Lo hizo a medias, con las patas delanteras, y empezó a moverse lentamente hacia el fondo del aparcamiento, donde estaba aparcado el Bel-Aire de Curtis al lado del Toyota de Dicky-Duck Eliot. A esas alturas era imposible que no estuviera ciego. Lo único que le quedaba de los ojos era gelatina hirviendo dentro de las órbitas. Se movía como remando, con el impulso de las patas delanteras y arrastrando el culo. -Dios mío -dijo Huddie.

Ahora a Shirley le resbalaban lágrimas por la cara, y se le atragantaban tanto las palabras que costaba entenderla.

-Por amor de Dios -dijo-, ¿no puede ayudarle nadie? ¡por favor!

Entonces tuve una imagen muy nítida y brillante. Me vi a mí mismo cogiendo la manguera, la que Arky siempre guardaba enrollada debajo del grifo del lado del edificio. Me vi dándole a la llave, corriendo hacia Mr. D, enchufándole el pitorro frío de metal en la boca y echando agua a presión por la chimenea en que se 1e había convertido el cuello. Me vi apagándole.

Entonces George fue hacia la ruina moribunda que había sido el perro del cuartel, y de camino desenfundó la pistola. D, mien tras tanto, seguía remando mecánicamente hacia un punto sin nada especial entre el Bel-Aire de Curt y el Toyota de Dicky-, Duck, envuelto en una nube cada vez más densa de humo. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en salirle el fuego de dentro hasta hacerlo arder como aquellos monjes budistas suicidas que salían por la tele durante la guerra de Vietnam.

George se quedó parado y levantó la pistola para que la viera Shirley.

-Es lo único, cariño. ¿No crees?

-Sí, date prisa -dijo ella atropelladamente.

AHORA: SHIRLEY

Me volví hacia Ned, que estaba sentado con la cabeza inclinada y el pelo sobre la frente. Le puse una mano en la barbilla y se la levanté para que tuviera que mirarme.

-No podíamos hacer nada más -dije-. ¿Verdad que lo comprendes?

Se quedó un rato callado, y tuve miedo. Luego asintió. Miré a Sandy Dearborn, pero él no me miraba. Miraba al hijo de Curtis, y pocas veces le he visto una expresión tan preocupada.

Entonces Eddie siguió hablando, y me dispuse a escuchar. Es raro lo cerca que puede llegar a estar el pasado. A veces parece que estirando el brazo puedas tocarlo. Claro que...

Claro que, en el fondo, ¿le apetece a alguien?

ENTONCES: EDDIE

A1 final se acabó el melodrama y solo había un trooper de uniforme gris con la sombra de la gorra en los ojos, agachándose y estirando el brazo como cuando se toca a un niño que llora para consolarle. Aplicó el cañón de su Ruger a la oreja humeante del perro y

apretó el gatillo. Se oyó un ¡pum! muy fuerte, y D se desplomó de lado, muerto. Aún le salía humo del pelo. Parecía que se hubiera tragado una fuente termal.

George enfundó el arma y retrocedió. Luego se cubrió la cara con las manos y exclamó algo, no sé qué. Con la boca tapada no se le entendía. Nos acercamos Huddie y yo; Shirley también, y unimos nuestros brazos en su espalda. Estábamos en medio del aparcamiento, con la unidad 6 detrás, el cobertizo B a la derecha y nuestro perro del cuartel, tan bonito y que nunca molestaba a nadie, muerto a nuestros pies. Le olíamos cocerse, y sin mediar palabra nos movimos todos un poco a la derecha, contra el viento, más que caminando arrastrando los pies, porque aún no estábamos dispuestos a soltarnos. No nos dijimos nada. Esperamos a ver si se cumplía nuestra expectativa de que D se incendiara, pero al fuego por lo visto no le interesaba, o no le era útil muerto. Se hinchó un poco e hizo un ruidito bastante horrible por dentro, casi como cuando revientas una bolsa de papel. Quizá fuera un pulmón. El caso es que a partir de ese momento empezó a salir menos humo.

-Le ha envenenado la cosa del Buick, ¿verdad? -preguntó Huddie-. Le ha envenenado al morderla.

-Y un cojón, envenenado -dije-. El hijo de puta del pelo rosa lo que ha hecho es tirarle una bomba incendiaria. -Entonces me acordé de que estábamos con Shirley, a quien nunca le había gustado según qué lenguaje, y dije-: Perdón.

Tuve la impresión de que no me oía. Aún miraba fijamente al suelo, a Mister D.

-¿Ahora qué hacemos? -preguntó-. ¿Se os ocurre algo? -A mí no -dije-. La situación está descontrolada. -Quizá no -dijo George-. Hud, ¿has tapado la cosa de dentro?

-Sí.

-Por algo se empieza. Shirley, ¿lo de Poteenville cómo va? -Los niños ya están fuera de peligro. Hay un muerto, la conductora del autobús, pero, teniendo en cuenta lo mal que pintaba al principio, yo diría que... -Calló y apretó tanto los labicos que casi desaparecieron, mientras hacía movimientos con la garganta. Luego dijo-: Con permiso.

Se alejó muy tiesa hacia la esquina del cuartel, tapándose ia boca con el dorso de la mano, y aguantó hasta que no pudiéramos verla, solo su sombra. Entonces se oyeron tres arcadas. Nosotros estábamos callados, al lado del cadáver humeante del perro. Shirley tardó pocos minutos en volver, limpiándose la boca con un kleenex, y en reanudar sus explicaciones en el punto en que las había dejado. Parecía que sólo se hubiera callado para carraspear o ahuyentar una mosca.

-Yo diría que el balance es bueno. Ahora falta saber cuál será el balance de lo nuestro.

-Llama a Curt o al sargento por la radio -dijo George. Si es Curt, perfecto, pero prefiero a Tony, porque se toma todo lo del Buick con más serenidad. ¿Estáis de acuerdo?

Huddie y yo asentimos. Shirley también.

-Dile que tenemos un código D y que venga pitando. Que sepa que no es una emergencia, pero que se le parece mucho. Y otra cosa: dile que quizá tengamos un Kubrick.

Se trataba de otra expresión coloquial característica (que yo sepa) de nuestro cuartel. Un Kubrick es un 2001, y 2001 es el código de «prisionero escapado». Yo lo había oído mencionar, pero transmitir la verdad es que no.

-Kubrick. Recibido -dijo Shirley. Ahora que tenía órdenes se la veía más tranquila-. ¿Te...?

Se oyó un golpe muy fuerte. Shirley soltó un gritito, y los tres nos volvimos hacia el cobertizo llevándonos la mano a la pistola. Entonces Huddie rió. La brisa había cerrado la puerta del cobertizo.

-Venga, Shirley -dijo George-, avisa al sargento. Esto hay que activarlo.

-¿Y Brian Lippy? -pregunté-. ¿No habrá orden de búsqueda?

George suspiró. Se quitó la gorra y se frotó la nuca. Miró el cielo y volvió a ponerse la gorra.

-No sé -dijo-. Pero si hay, no será porque lo haya emitido ninguno de nosotros. Eso es trabajo del sargento. Para eso le pagan un sueldazo.

-Bien dicho -dijo George.

Ahora que veía que la responsabilidad caería en manos ajenas, parecía un poco más relajado.

Shirley dio media vuelta para ir al cuartel, pero volvió la cabeza. -Tapadlo, por favor -dijo-. Pobre Mr. D. Ponedle algo encima. Me duele en el alma verlo así.

-Buena idea -dije, y me encaminé hacia el cobertizo. -Eddie-dijo Huddie.

-¿Qué?

-En la barraca hay una lona que por tamaño da para eso. Úsala. No te metas en el cobertizo.

-Por qué no?

-Porque al Buick sigue pasándole algo. No lo sé explicar, pero si entras es posible que no salgas.

-Vale -dije-. No hace falta que me insistas.

Salí de la barraca con la lona, que era azul; servir serviría, aunque era muy delgada. Yendo a cubrir el cadáver de D, me paré en la puerta de persiana para mirar dentro del cobertizo, poniéndome una mano en un lado de la cara para que no me molestase la luz. Mi intención era mirar el termómetro y comprobar que el gilipollas de Brian, mi ex compañero de colegio, no se hubiera escondido dentro. No estaba, y resultó que la temperatura había subido más o menos un grado. El panorama solo presentaba un cambio. El maletero estaba cerrado.

El cocodrilo había cerrado la boca.

AHORA: SANDY

Shirley, Huddie y Eddie: oír sus voces alternadas me producía una extraña sensación de belleza, como los personajes de alguna obra rara de teatro recitando sus papeles. Eddie dijo que el cocodrilo había cerrado la boca. Luego se interrumpió su voz, y esperé a que tomara el relevo alguna de las otras. Como no se decidían, y como tampoco seguía hablando Eddie, supe que era el final. Lo supe yo, pero Ned Wilcox no. A menos que lo supiera pero no quisiera reconocerlo.

-¿Qué? -dijo.

Volvía a poner voz de impaciencia mal disimulada.

¿Qué pasó cuando diseccionasteis el murciélago? Contadme lo del pez. Contádmelo todo. Pero (ojo, que es importante) contadme una historia, que tenga principio, desarrollo y un final donde se explique todo. Porque me lo merezco. No me sacudáis en las narices la matraca de vuestra ambigüedad. Le niego su lugar. Rechazo sus pretensiones. Quiero una historia.

Era joven, y eso en parte lo explicaba; se enfrentaba con algo que, como suele decirse, no era de este mundo, lo cual lo explicaba todavía más... pero había otra cosa, y no muy agradable. Una especie de obstinación egoísta en seguir escarbando. Y se creía con derecho. No sé si os habéis fijado, pero cuando a alguien le ha pasado una desgracia se tiende a mimarle demasiado. Y se acostumbran a que les traten así.

-¿Qué de qué? -pregunté, adoptando el menos alentador de los tonos. Para lo que iba a servir...

-¿Qué pasó cuando volvieron el sargento Schoondist y mi padre? ¿Cogisteis a Brian Lippy? ¿Había visto algo? ¿Lo contarán? ¡Jo, tíos, no podéis parar aquí!

Falso, podíamos parar donde quisiéramos, pero ese hecho lo guardé (al menos de momento) y le dije que no, que a Brian Lippy no llegamos a pillarle. Hasta el día de hoy sigue en código Kubrick.

-¿Quién redactó el informe? -preguntó Ned-. ¿Tú, Eddie' ¿0 el trooper Morgan?

-George -dijo Eddie insinuando una sonrisa-. Esas cosas siempre se le daban mejor. Había tomado clases de escritura creativa en el instituto. Siempre decía que un poli estatal digno de ese nombre tenía que saber los fundamentos de la escritura creativa. Ese día, cuando empezamos a ponernos de los nervios, el que no calmó fue George. ¿Verdad, Huddie?

Huddie asintió con la cabeza.

Eddie se levantó, apoyó las manos en la base de la espalda se desperezó hasta que oímos crujirle los huesos.

-Tíos, que tengo que irme a casa. De camino igual paso por el Tap y me tomo una cerveza. Una o dos, a saber. De tanto hablar me he quedado seco.

Ned le miró con cara de sorpresa, enfado y reproche. -¡No puedes marcharte así por las buenas! –exclamó. ¡Quiero oír toda la historia!

Y Eddie, que poco a poco iba saliendo perdedor en su batalla por no volver a ser «Eddie el gordinflón», dijo lo que todos sabíamos. Lo dijo mirando a Ned de una manera no precísame amigable.

-Ya la has oído, chaval. Lo que pasa es que no lo sabes. Ned le vio marcharse y se volvió hacia los demás. La única que le miraba con simpatía de verdad era Shirley, y creo que en su la simpatía estaba atemperada por el hecho de que le daba pena. -¿Qué ha querido decir con que ya lo he oído todo? -Sólo quedan unas pocas anécdotas-dije-, y son variaciones sobre el mismo tema. Vienen a ser igual de interesantes que los granos de maíz que se quedan al fondo del cucurucho de palomitas. -Respecto a Brian Lippy, en el informe que hizo George ponía: "Los troopers Morgan y Jacubois hablaron con el detenido y llegaron a la conclusión de que estaba sobrio. El detenido no podía haber agredido a su novia, y el trooper Jacubois comprobó que en ese aspecto la joven le apoyaba. A continuación se procedió a dejar en libertad al detenido".

-¡Pero si Lippy les reventó la ventanilla del coche patrulla! -Sí, y las circunstancias ponían un poco difícil que George y Eddie le demandaran por daños y perjuicios.

-Entonces ¿qué?

-Entonces debieron de sacar el dinero para cambiarla del fondo de imprevistos. El fondo de imprevistos del Buick 8, si quieres que lo diga con pelos y señales. Sigue estando escondido donde entonces, en una lata de café de la cocina.

-Sí, de allí salió -confirmó Arky-. Con los años, a la pobre lata de café ya le han dado unos cuantos pellizcos. -Se levantó y también estiró la espalda-. Bueno, nenes, tengo que marcharme. Resulta que tengo amistades, no como algunos de aquí. Lo que en los magazines de la tele llaman vida personal. Neddie, ¿quieres saber algo más antes de que me vaya? ¿Algo sobre aquel día?

-Lo que quieras contarme.

-Enterraron a D. -Lo dijo con ese acento suyo tan peculiar-. Y al lado enterraron las herramientas que habían usado con la cosa que le envenenó. ¡Incluido mi plantador, y eso no me lo compensaron echando mano a la lata de café!

-Claro, porque no rellenaste ningún LM I -dijo Shirley-. Ya sé que el papeleo no hay quien lo aguante, pero... -Se encogió de hombros, como diciendo las cosas son así.

Arky la miraba receloso y con el ceño fruncido. -¿LM 1? ¿Qué formulario es ese?

-La lista de marrones -le dijo Shirley completamente seria-. La que rellenas cada mes para enviársela al párroco. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Habráse visto tío más cuadrado! ¿A ti en el ejército no te enseñaron nada?

Arky le hizo gestos con las manos, pero sonreía. Lo que son bromas, en tantos años, os aseguro que no le habían faltado. Su acento era toda una invitación.

-¡Qué tía más bicho! -Has caído, Arky -dije.

También sonreía. Ned no. Ned ponía cara de no captar la guasa que nos traíamos, nuestra manera de devolverlo todo a la normalidad.

-Tú, Arky, ¿dónde estabas? -preguntó-. ¿Dónde estabas al pasar todo eso?

Delante, Eddie Jacubois arrancó la camioneta y se encendieron los faros.

-De vacaciones -dijo Arky-. En Wisconsin, en la granja de mi hermano. Vaya, que por una vez tuvo que limpiar otro la porquería -dijo lo último con gran satisfacción.

Pasó Eddie y nos saludó con la mano. Le devolvimos el saludo, incluido Ned, aunque seguía poniendo cara de preocupación. -Yo también tengo que ir tirando -dijo Phil. Arrojó la colilla, se levantó y se subió el cinturón-. Quédate con esto, chaval: tu padre era un poli estupendo, y un orgullo para el cuartel de Troop D, Statler.

-Pero es que quiero saber...

-Da igual lo que quieras saber-repuso Phil amablemente. Está muerto, y tú no. Son los hechos, que decía Joe Friday Dragnet. Buenas noches, sargento.

-Buenas noches -dije.

Les vi alejarse a los dos, Arky y Phil, por el aparcamiento. A esa hora ya alumbraba mucho la luna, y pude ver que ninguno de los dos volvía la cabeza hacia el cobertizo B.

Quedábamos Huddie, Shirley y yo. Además del chaval, naturalmente. El hijo de Curtis Wilcox, que había venido a cortar césped, rastrillar las hojas y quitar la nieve amontonada cuando hacía demasiado frío para que saliera Arky; el hijo de Curt, que se había borrado del equipo de fútbol y había preferido venir a hacer el esfuerzo de que su padre estuviera vivo un poco más. Me acordé de cuando había levantado la carta de aceptación de la Universidad como un juez enseñando una puntuación en las olimpiadas, y me dio vergüenza estar irritado con él, teniendo en cuenta todo lo que le había pasado y lo mucho que había perdido. Muy bien, no era el único chaval del mundo que se quedaba sin padre; al menos había habido entierro, y el nombre de su padre estaba en el monumento de mármol de delante del cuartel junto a los del cabo Brady Paul, el trooper Albert Rizzo y el trooper Samuel Stamson, muerto en los años setenta, y que en la PS a veces recibe el apodo de «el Pistolero». Antes de morir Stamson llevábamos las armas en el techo, en un soporte especial. Si necesitabas la pistola solo tenías que levantar la mano hacia atrás° para cogerla. Un día el trooper Stamson estaba aparcado en el arcén de la autopista, rellenando una multa de tráfico, y otro coche chocó contra el suyo por detrás. El conductor iba borracho, y en el momento del impacto conducía a unos ciento setenta. El coche patrulla se plegó como un acordeón. No explotó el depósito, pero al trooper Stamson le decapitó su propio portapistolas. Desde 1974 llevamos las pistolas debajo del salpicadero, y desde 1973 está grabado el nombre de Sam Stamson en el monumento. Nosotros decimos «en la piedra». Como Ennis Rafferty consta como desaparecido, no está en la piedra. La versión oficial sobre el trooper Morgan es que murió limpiando la pistola (la misma Ruger que acabó con los sufrimientos de Mr. Dillon), y como no murió estando de servicio tampoco está su nombre en la piedra. En la piedra no te ponen por haberte muerto de resultas del trabajo. Me lo explicó un día Tony Schoondist, al verme leyendo los nombres. Dijo: «Seguramente sea mejor, porque si no tendríamos una docena delante del cuartel».

Actualmente, el último nombre de la piedra es Curtis K. Wilcox, julio de 2001. En acto de servicio. Tener el nombre de tu padre grabado en una losa de granito, cuando lo que quieres -necesitas- es al padre, no es que sea muy bonito, pero es algo. También debería haber estado grabado el nombre de Ennis, para que pudiera venir la bruja de su hermana y mirar cuando le apeteciera, pero no estaba. ¿Ella qué tenía? Fama de vieja insoportable y punto, de persona que si te ve quemándote por la calle no te mearía encima

para apagar las llamas. Hacía muchos años que la teníamos clavada como una espina, y era imposible tenerle aprecio, pero no era imposible tenerle compasión. Se había quedado con menos que el chaval, porque al menos él estaba seguro de que su padre estaba muerto, de que no volvería el día menos pensado con una sonrisita avergonzada y un cuento chino para explicar sus bolsillos vacíos y su bronceado de Tijuana, y por qué le dolía una barbaridad cada vez que tenía que echar una meadita.

Yo no estaba nada satisfecho con el trabajito de la noche. Había albergado la esperanza de que la verdad tuviera efectos beneficiosos (os hará libres, dijo alguien, probablemente un tonto), pero sospeché que lo había empeorado todo. Quizá la satisfacción hubiera resucitado al gato, pero no veía ninguna satisfacción en la cara de Ned Wilcox. Lo único que veía era una especie de curiosidad obstinada y cansada. A veces había visto la misma expresión en la cara de Curt, sobre todo cuando estaba delante de una de las puertas de persiana del cobertizo B con aquella pose de mirador de obras: las piernas separadas, la frente contra el cristal, los ojos un poco cerrados y la boca pensativa. Pero de lo que se transmite, la sangre es la cadena más fuerte. ¿0 no? La malla que se va formando con el paso de las generaciones, por aquí algo bueno, por allí algo malo, y más allá un desastre completo.

-Que se sepa -dije-, Brian Lippy se largó y punto. Hasta es posible que sea verdad. No podemos asegurar lo contrario. Además, no hay mal que por bien no venga. Puede que desaparecer de esa manera le salvara la vida a su novia.

-Lo dudo -dijo Huddie con voz cavernosa-. Para mí que el siguiente con el que se lió era clavado a Brian Lippy, sólo que con el pelo de otro color. Van con tíos que les pegan, como si los morados en la cara y los brazos fueran una manera de unirse.

-Lo que está claro es que no denunció su desaparición -dijo Shirley-. Al menos que pasara el parte por mi mesa, y yo los veo todos, los de la ciudad y los del condado. Tampoco hubo ninguna denuncia de la familia de él. A la chica no sé qué le pasó, pero el tío era un caso clarísimo de mierda que nadie echa en falta. -¿Verdad que tú no crees que saliera por la ventanilla y se fuera corriendo? -le preguntó Ned a Huddie-. Habiendo estado allí...

-No -dijo Huddie-, la verdad es que no. Pero da igual qué piense. La conclusión es la misma que ha estado intentan meterte toda la noche el sargento en esa cabezota tan dura que tienes: no lo sabemos.

El chaval pareció no oírle. Volvió a mirarme.

-Sandy, ¿y mi padre? ¿Él qué opinaba de lo de Brian Lipp? -Él y Tony creían que había acabado en el mismo sitio que Ennis Rafferty y que el jerbo Jimmy. En cuanto al cadáver de la cosa que mataron ese día...

-Se pudrió enseguida, el muy cabrón -dijo Shirley con tono tajante-. Hay fotos, puedes mirarlas cuanto quieras, pero la mayoría son de algo que podría ser cualquier cosa, incluido un fraude total. No sale la manera que tenía de mirarte al intentar escapar de Mr. D, ni lo deprisa que se movía, ni lo fuerte que chillaba. La verdad es que no sale nada. Tampoco podemos explicártelo bien, para que lo entiendas. Cariño, ¿tú sabes por qué el pasado es pasado?

Ned negó con la cabeza.

-Porque no funciona. -Miró el interior de su paquete de cigarrillos, y debió de gustarle lo que veía, porque asintió con la cabeza, se lo metió en el bolso y se levantó-. Me voy a casa. Tengo dos gatos que hace tres horas que tendría que haberles dado de comer.

Shirley en estado puro: «la típica chica americana», como la llamaba Curt cuando le apetecía provocarla un poco. Sin marido (había tenido uno, recién salida del instituto), sin hijos, con dos gatos y unos diez mil ositos Beanie Babies. Estaba casada con Troop D. Un tópico ambulante, en otras palabras, y al que no le gustara, peor para él.

-¿Shirl?

El toque lastimero de la voz de Ned la hizo volverse. -¿Qué pasa, cariño?

-¿Mi padre te caía bien?

Shirley le puso las manos en los hombros, se agachó y le plantó un beso en la frente.

-Le quería mucho. Y a ti también te quiero. Te hemos contado todo lo que podíamos, y no ha sido fácil. Espero que sirva de algo. -Hizo una pausa-. Espero que sea suficiente.

-Yo también lo espero -dijo él.

Shirley le dio un apretón en los hombros y se levantó, -Hudson Royer, ¿acompañarías a una dama hasta su coche? -Faltaría más -dijo el aludido, y la cogió del brazo-, ¿Nos vemos mañana, Sandy? ¿Aún estarás de servicio? -A primera hora -dije.

-Pues entonces más te vale irte a casa y dormir. -Es lo que pienso hacer.

Shirley y él se marcharon. Ned y yo nos quedamos sentados en el banco y les vimos alejarse. Cuando pasaron en sus respectivos coches -el New Yorker de Huddie, un cochazo viejo, y Shirley en su Subaru pequeñito, con una pegatina en el parachoque: MI KARMA HA ATROPELLADO A MI DOGMA-, levantamos las manos. Una vez hubieron desaparecido sus luces traseras por la esquina del cuartel, saqué los cigarrillos y también miré el fondo del paquete. Quedaba uno. El último que fumaría antes de dejarlo. Llevaba como mínimo diez años contándome el mismo cuento de hadas.

-¿En serio que no hay nada más que puedas contarme? -preguntó Ned con vocecita de desilusión.

-No. ¿Verdad que no daría para una obra de teatro?. En los cinco años siguientes Tony y tu padre hicieron algunos experimentos más, hasta que avisaron a Bibi Roth. Debe de pasar lo de siempre, que tu padre convenció a Tony y yo me encontré en medio sin comerlo ni beberlo. Además, te digo una cosa: después de desaparecer Brian Lippy, y de morir Mr. Dill, yo me oponía a cualquier medida que no fuera vigilar el Buick, rezar de vez en cuando por que se cayera a trozos o volviera a su lugar de origen. Ah, y matar todo lo que saliera del maletero y estuviera bastante vivaracho para levantarse y ser capaz de correr por el cobertizo buscando una salida.

-¿Pasó alguna vez?

-¿Que si salió otro extraterrestre con la cabeza rosa? No. -¿Y Bibi? ¿Qué dijo?

-Escuchó a Tony y a tu padre, echó otro vistazo y se marchó. Les dijo que ya era demasiado mayor para vérselas con algo tan alejado de su manera de entender el mundo y sus reglas. Les dijo que tenía intención de borrar el Buick de su memoria, y aconsejó a ellos lo mismo.

-¡Pero bueno! ¿Y ese tío era científico? ¡Jo, si lo normal habría sido quedarse fascinado!

-El científico era tu padre -dije-. Aficionado, sí, pero de los buenos. Las cosas que salían del Buick, y la curiosidad de tu padre por el propio Buick: fue lo que le convirtió en científico.

Por ejemplo la disección de la cosa-murciélago, Era una locura; pero al mismo tiempo tenía algo de noble, como los hermanos Wright despegando en su avioncito de pega. En cambio Bibi Roth... Bibi era un mecánico del microscopio. A veces lo decía él mismo, y con todo el orgullo del mundo. Era alguien que había reducido su visión a un sector del conocimiento, sistemáticamente y a conciencia, y que iluminaba al máximo una parte pequeña. Los mecánicos odian los misterios. Los científicos -sobre todo los aficionados- los asumen. Tu padre era dos personas a la vez. Como poli, odiaba los misterios. Como especialista en el Roadmaster... digamos que cuando era esa persona, tu padre era muy diferente.

-¿Tú qué versión preferías? Reflexioné.

-Eso es como cuando un niño les pregunta a sus padres si le quieren más a él o a su hermana. No es justo preguntarlo. No obstante, el Curt aficionado solía darme miedo. A Tony un poco también.

Se quedó pensativo.

-Aparecieron algunas cosas más -dije-. En 1991 salió un pájaro con cuatro alas.

-¡Cuatro...

-Sí. Voló un poquito, chocó contra una pared y cayó al suelo muerto. En otoño de 1993, luego de uno de esos espectáculos de luces, el maletero se llenó y estaba medio lleno de tierra. Curt quería que la dejáramos, para ver qué pasaba, y al principio Tony estuvo de acuerdo, pero empezó a oler mal. Yo no sabía que la tierra pudiera descomponerse, ni yo ni nadie, creo, pero supongo que es cuestión de que sea tierra del lugar indicado. Así que... es una locura, pero enterramos la tierra. ¿Te lo crees?

Asintió.

-¿Y mi padre? ¿Vigilaba el sitio donde estaba enterrada? Seguro que sí. Solo para ver qué crecía.

-Para mí que esperaba que salieran unos cuantos de aquellos lirios raros.

-¿Y tuvo suerte?

-Supongo que depende de lo que consideres suerte. Puedo decirse que no ha florecido nada. La tierra del maletero acabó bastante cerca de donde habíamos enterrado a Mr. D y las herramientas. En cuanto al monstruo, lo que no se hizo pasta lo quemamos en el incinerador. Encima de la tierra sigue sin crecer nada. Cada primavera intentan salir algunas cosas, pero hasta ahora siempre se marchitan. Supongo que a la larga cambiará.

Me puse el último cigarrillo en la boca y lo encendí.

-Más o menos un año y medio después de que apareciera la tierra, salió otro lagarto de esos como palos rojos. Muerto. Ha sido lo último. Dentro sigue siendo zona de terremotos, pero el suelo ya no se mueve tanto. Tendría tan poco sentido descuidar el Buick como descuidar un rifle viejo sólo porque esté oxidado y tenga el cañón obstruido de suciedad, pero lo más probable es que tomando precauciones sensatas haya poco peligro. Y un día (lo creía tu padre, lo creía Tony y yo también lo creo) el coche acabará cayéndose a trozos. Así, de repente, como el carruaje del poema. (7)

Ned me miró con inseguridad, y me di cuenta de que no sabía a qué poema me refería. El mundo ha empeorado mucho, Luego dijo:

-Yo lo noto.

Su tono tenía algo que me dio un susto de muerte. Le miré con dureza. Pensé que seguía sin representar los dieciocho años que tenía. Solo era un crío, un simple crío con zapatillas deportivas, cruzado de piernas y con la luz de las estrellas en la cara. -¿En serio? -pregunté. -Sí. ¿Tú no?

Supuse que todos los troopers que habían pasado por Troop D en tantos años habían experimentado la atracción. Es como la gente que vive en la costa, que al final nota el movimiento del mar y el corazón se le sincroniza con las mareas. La mayoría de los días y las noches lo notábamos tan poco como se puede notar conscientemente la nariz, un bulto en la base de todo lo que vemos. En cambio a veces aumentaba la atracción, y entonces no sé cómo pero te dolía.

-Bueno, vale -dije-, digamos que sí. En el caso de Huddie está clarísimo. ¿Tú qué crees que habría pasado si ese día no llega a gritar Shirley? ¿Qué crees que le habría pasado si llega a meterse en el maletero, que es la intención que al parecer tenía? -Sandy, ¿en serio que antes de esta noche nunca lo habías oído contar?

Negué con la cabeza.

-Pues no se te veía muy sorprendido.

7.Se trata del poema de Oliver Wendell Holmes «The Deacon's Masterpiece, or the Wonderful One-Hoss Shay», cuyo protagonista inventa un carruaje tan perfecto, sin puntos débiles, que al caerse de viejo lo hace por todas sus partes. (N, del T.)

-Ya no me sorprende nada que tenga que ver con el Buick. -¿Crees que pensaba hacerlo en serio? ¿Meterse y cerrar la tapa?

-Sí. Lo que no creo es que fuera cosa suya. Es el tirón, la atracción que ejerce el coche. En esa época era más fuerte, pero aún existe.

No contestó. Se quedó sentado y mirando el cobertizo B. -No has contestado mi pregunta, Ned. ¿Qué crees que habría pasado si llega a meterse?

-No lo sé.

Supongo que como respuesta era sensata -está claro que es la típica respuesta de los críos, porque la dicen una docena de veces al día-, pero me dio rabia. Ned se había borrado del equipo de fútbol, pero no parecía habérsele olvidado todo lo aprendido sobre fintar. Chupé un humo que tenía sabor a heno caliente y lo volví a exhalar.

-No lo sabes. -No.

-Después de lo de Ennis, lo de Jimmy (probablemente) lo de Brian Lippy, no lo sabes.

-Es que no se va todo a otra parte, Sandy. Piensa en el otro jerbo, por ejemplo; Rosalie, o Rosalynn, o como se llamara. Suspiré.

-Bueno, piensa lo que quieras. Yo me voy al Country Way a comerme un cheeseburger. Si quieres venir, encantado, pero sólo si cambiamos de tema.

Se lo pensó y negó con la cabeza,

-Me parece que me voy a casa. A pensar.

-Vale, pero a tu madre no le comentes nada de lo que pienses.

Puso una cara de susto casi cómica. -¡No, claro!

Me reí y le di una palmada en el hombro. Habían desaparecido las sombras de su rostro, y de repente era posible volver a tenerle simpatía. En cuanto a sus preguntas, y a su insistencia infantil en que la historia tenía que tener final, ya se encargaría el tiempo de solucionarlas. Es posible que yo hubiera esperado demasiado de mis respuestas. Las vidas de imitación que vemos por la tele y en el cine nos susurran la idea de que la existencia humana consiste en revelaciones y cambios bruscos en la manera de ver la cosas. En el momento en que nos hacemos adultos del todo, y, creo que solemos acabar aceptando esa idea a algún nivel. Puede que de vez en cuando pasen cosas así, pero me parece que en general es mentira. En la vida los cambios son lentos. Son como la respiración de mi sobrino pequeño cuando duerme profundamte, que a veces tengo ganas de ponerle una mano en el pecho sólo para cerciorarme de que sigue vivo. Vista en ese contexto, la idea de gatos curiosos que alcanzan la satisfacción resultaba un poco absurda. El mundo casi nunca acaba sus conversaciones. Si veintitrés años de convivencia con el Buick 8 me habían enseñado algo, debería ser como mínimo eso. En aquel momento, el aspecto del hijo de Curt era de haber dado un paso hacia la recuperación Puede que hasta dos. Y si yo no era capaz de conformarme con haberlo conseguido en una noche, es que también tenía mis problemas.

-Mañana vienes, ¿no? -pregunté. -A primera hora, sargento.

-Pues no sé, pero te convendría dejarlo de pensar para más tarde y dormir un poquito.

-Supongo que se puede intentar. -Me tocó brevemente la mano-. Gracias, Sandy.

-De nada, hombre.

-Si me he puesto pelma en algún momento... -No, qué va -dije.

La verdad es que sí, que había estado un poco pelma, pero consideré que no había podido evitarlo. Además, seguro que a su edad yo me habría puesto muchísimo más pelma. Le vi caminar hacia el Bel-Aire restaurado que había dejado su padre, un coche más o

menos de la misma época que el de nuestro cobertizo pero bastante menos vivaracho. Se detuvo a medio aparcamiento, mirando el cobertizo B, y yo quedé en suspenso, con la colilla ardiente colgando de los labios, atento a lo que hiciera.

Siguió caminando en la misma dirección, sin acercarse. Mejor. Di la última calada al delicioso tubo de la muerte, pensé en aplastarlo en el asfalto y acabé por encontrarle sitio en el cubo de las colillas, donde habían sido sepultadas en posición vertical más o menos otras doscientas colillas. Los demás, si querían y estaba lleno el cubo, podían apagar los pitillos en el suelo -ya los barrería Arky sin quejarse-, pero a mí me convenía no hacerlo. Para algo era el sargento, la persona que ocupaba la silla grande. Entré en el cuartel. Stephanie Colucci estaba en comunicaciones, bebiendo una Coca-Cola y leyendo una revista. Al verme dejó el refresco y se cubrió las rodillas con la falda.

-¿Qué, maja, qué novedades hay? -pregunté.

-Poca cosa. Están aclarándose las comunicaciones, aunque no tan deprisa como suele pasar después de... de eso. Se recibe bastante bien para estar al corriente.

-¿Al corriente de qué?

-9 se encarga de un coche incendiado en la salida 9 de la I-87. Mac dice que el conductor es un representante que iba a Cleveland, que está como una cuba y que se niega a pasar el control de alcoholemia. l b tiene una posibilidad de robo en Statler Ford. Jeff Cutler, un caso de vandalismo en el instituto de enseñanza media de Statler, pero solo ayuda, porque ya se encarga la poli local.

-¿Ya está?

-Paul Loving está 10-98 a casa en el coche patrulla. Su hijo tiene un ataque de asma.

-Eso podrías olvidarte de ponerlo en el informe.

Steffie me miró con cara de reproche, como diciendo que me ahorrara mis lecciones sobre lo que era evidente.

-¿Qué pasa en el cobertizo B?

-Nada -dije-. Vaya, no gran cosa. Normalizándose. Yo me marcho. Si pasa algo a... -Del susto no acabé la frase. -¡Sandy! ~dijo ella-. ~Te pasa algo?

Había estado a punto de decir Si pasa algo avisa a Tony Schoondist, como si no hubieran pasado veinte primaveras y el sargento de antes no babeara con la mente en blanco en una residencia de Statler, con viejas series de polis en la tele.

-No, nada-dije-. Si pasa algo avisa a Frank Soderberg. Es su turno,

-Descuida. Y buenas noches. -Gracias, Steff, igualmente.

Cuando salí, el Bel-Aire rodaba lentamente hacia el camino de entrada con uno de los grupos que le gustan a Ned -Wilco, o puede que los Jayhawks- a todo trapo por los altavoces de encargo. Levanté la mano y él me devolvió el saludo. También me sonrió. Encantadoramente. Volvió a costarme entender que me hubiera enfadado tanto con él.

Me acerqué al cobertizo y adopté la pose de piernas abiertas... la de mirón de obras, que no sé por qué, pero siempre te da las sensación de ser un republicano a punto de arrojar todo su desprecio a los que se aprovechan de las prestaciones sociales, y a los extranjeros quemabanderas. Miré dentro. Ahí estaba el lastre de Troop D, silencioso debajo de la luz del techo, proyectando su sombra como si fuera algo cuerdo, bien gordote y lujoso, con sus neumáticos de franja blanca. Un volante muchísimo más grande de lo normal. Una piel que repelía el polvo y cicatrizaba sola (ahora menos deprisa que antes, pero seguía pasando). ¡Sólo gasolina! Lo había dicho aquel hombre antes de doblar la esquina, había sido su última palabra al respecto, y el Buick seguía donde siempre, una obra de arte que por alguna razón se ha quedado en una galería que ya no funciona. Se me puso piel de gallina en los brazos, y noté que se me apretaban los huevos. La boca me sabía a pelusa seca, como siempre que sé que está la cosa jodida. Con la mierda hasta la rodilla y subiendo, como decía Ennis Rafferty. No zumbaba ni brillaba, y la temperatura volvía a estar por

encima de quince, pero noté que me arrastraba, que me susurraba que fuera a mirar. Me susurraba que podía enseñarme cosas, sobre todo ahora, estando los dos a solas. Viéndolo así se me aclaró una cosa: que me había enfadado con Ned porque tenía miedo por él. Claro. Verlo así, sentir aquel tirón como de marea en medio de la cabeza -latiéndome en las tripas, y en la entrepierna también -era todo más fácil de entender. El Buick criaba monstruos. Sí, pero a veces seguías queriendo acercarte, como cuando estás en una altura y te apetece asomarte al borde, o cuando tienes ganas de mirar por el cañón de la pistola y ver el agujero del fondo convertido en un ojo. Un ojo que te mira, exclusivamente a ti. Esos momentos no tenía sentido interpretarlos de manera racional, ni intentar comprender aquella atracción neurótica. Lo mejor era apartarse del borde, volver a enfundar la pistola, subir al coche y alejarse del cuartel. Y del cobertizo B. Hasta quedar fuera del alcance de aquella voz susurrante y sutil. Hay ocasiones en que huir es una reacción totalmente razonable.

Sin embargo, me quedé un poco más, notando la vaga pulsación en la cabeza y alrededor del corazón, y mirando el Buick Roadmaster azul oscuro. Después retrocedí, respiré hondo el aire de la noche y levanté la vista hacia la luna hasta volver a sentirme yo del todo. Entonces caminé hacia mi coche, subí y arranqué.

En el Country Way no había demasiada gente. Hace una temporada que nunca está lleno, ni siquiera los viernes y sábados por la noche. Los restaurantes del Wal-Mart y del centro comercial nuevo de Statler están cargándose a los del centro, como cuando la nueva multisala de la 32 se cargó al Gem del centro, el cine de toda la vida.

Como siempre, me miraron al entrar. Claro que en realidad lo que miran es el uniforme. Un par de tíos -uno ayudante del sheriff, y el otro fiscal del condado- me saludaron y me dieron la mano. El fiscal me invitó a tomar algo con él y su mujer, pero dije que no, gracias, que había quedado con alguien. La idea de estar con gente, de tener que hablar más de lo que había hablado (aunque solo fuera por dar conversación), me daba náuseas.

Me senté en un reservado de los pequeños al fondo de la sala principal, y Cynthia Garris vino a tomarme el pedido. Era una rubia muy mona, de ojos muy grandes y bonitos. Al entrar la había visto haciéndole a alguien un sundae, y valoré que entre el momento de servirlo y el de traerme la carta se hubiera desabrochado el primer botón del uniforme, con el resultado de que se le veía el corazoncito de plata que llevaba en la base del cuello. No sabía si era por mí personalmente, o solo otra reacción al uniforme. Esperé que lo primero.

-Hombre, Sandy, ¿dónde te habías metido? ¿En el Oliver Garden? ¿En el Outback? ¿En el Macaroni Grille? ¿En alguno de esos? -Hizo ruido por la nariz, fingiendo desprecio.

-No, es que comía en casa. ¿Qué tienes del día?

-Pollo guisado, conchas rellenas con salsa de carne (las dos cosas un poco pesadas para una noche así, en mi humilde opinión) y bacalao frito. Por un dólar más comes todo lo que quieras. Ya conoces el sistema.

-Me parece que me conformo con un cheeseburger y una Iron City para bajarlo.

Lo apuntó en la libreta y luego me observó. -¿Te encuentras bien? Tienes cara de cansado.

-Es que lo estoy. Aparte de eso, bien. ¿Esta noche has visto a alguien de Troop D?

-Antes ha pasado George Stankowski. Aparte de ti ha sido el único. Digo de polis. Bueno, los de allá, pero...

Se encogió de hombros, como queriendo decir que no eran polis de verdad. Yo, dicho sea de paso, estaba de acuerdo. -Pues nada, si entran atracadores les pararé los pies solito. -Mira, héroe, si dan el quince por ciento de propina, que roben, que roben -dijo ella-. Ahora te traigo la cerveza.

Y se fue, meneando su culito respingón debajo del nailon blanco.

Ya hacía tiempo que había muerto Pete Quinland, el primer dueño del garito, pero aún estaban los mini juke-boxes que había instalado en las paredes de los reservados. Las canciones estaban en una especie de librito, y encima había palanquitas cromadas para pasar de página. Eran aparatos antiguos, que ya no funcionaban, pero costaba resistirse a la tentación de toquetear las palancas, pasar las páginas y leer las canciones en las etiquetitas rosas. Más o menos la mitad eran del ídolo de Pete, la Voz: temas de los que hacen chasquear los dedos, como «Witchcraft» y «Luck Be a Lady Tonight». FRANK SINATRA, ponía en las etiquetitas rosas. El resto era rock and roll, de esos éxitos del año de la castaña que se descuelgan de las listas y caen en el olvido; las típicas canciones que en las emisoras de canciones antiguas nunca acaban de ponerlas, aunque lo lógico sería que les hicieran un rinconcito; porque, bien pensado, ¿cuántas veces se puede escuchar «Brandy (You're a Fine Girl)» sin ponerse a chillar? Fui hojeando las páginas del juke-box y mirando canciones que ya no sonarían al meter una moneda de veinticinco centavos. Que pása el tiempo, chaval. Estándote quieto puedes oír su paso arrastrado y tristón.

Si pregunta alguien por el Buick 8 decid que está incautado. Lo había dicho Tony la noche de la reunión en la sala del fondo del local. Era después de haberse marchado las camareras, cuando ya nos servíamos solos las cervezas, llevábamos solos la cuenta y lo apuntábamos todo escrupulosamente, hasta el último centavo. Libertad bajo palabra. Y ¿por qué no? Éramos gente de honor cumpliendo nuestro deber tal como lo veíamos nosotros. Éramos y somos. La policía estatal de Pensilvania, vaya. Guerreros de la carretera, pero de los de verdad. Como decía Eddie -de más joven, y de más delgado-, más que un simple trabajo es una aventura, coño.

Pasé la página y encontré «Heart of Glass», de BLONDIE. En este tema toda la discreción es poca. Más sabias palabras de Tony Schoondist, dichas mientras subían al techo las nubes azules de humo de cigarro. En esa época fumaba todo el mundo, con la posible excepción de Curt, y ya ves tú cómo acabó. Sinatra cantaba «One For My Baby» por los altavoces de arriba, y de las mesas empezaba a llegar un olor delicioso de cerdo a la brasa. Fe en la discreción, al menos en lo tocante al Buick, Tony la había tenido hasta la despedida a la francesa de su cerebro: primero simples pelotones de células grises huyendo al amparo de la noche, luego secciones enteras, y luego regimientos a pleno sol. Una vez me había dicho: Lo que no consta en acta no puede hacerte daño. Era la época, más o menos, en que ya estaba claro que el sucesor de Tony, el que se sentaría en su despacho, iba a ser yo, no Curt. ¡Abuelito, qué silla más grande tienes! ¿Y yo qué acababa de hacer? Pues pasar de discreciones, ¿no? Hasta el fondo. Abrir la boca y soltar la historia entera. Con una ayudita de mis amigos, with a little hele from my friends, que dice la canción. Se lo habíamos contado a un chaval que aún estaba perdido en el parque de atracciones de la pena. Que a pesar de esa pena se moría de una curiosidad naturalísima. ¿Un chaval perdido? Es posible. En la tele las historias como las de Ned acaban bien, pero soy testigo de que en Statler, Pensilvania, la vida no se parece un carajo a los telefilmes lacrimógenos. Yo me había dicho que conocía los riesgos, pero ahora me preguntaba hasta qué punto. Porque nunca hacemos nada pensando que saldrá mal. No. Lo hacemos con la convicción de arreglar el puto día, y seis veces sobre diez pisamos la punta de un rastrillo escondido entre la hierba, se levanta el mango y ¡taca! Justo entre los ojos.

¿Qué pasó cuando diseccionasteis el murciélago? Contadme lo del pez.

Otra: «Pledging My Love», de JOHNNY ACE. Despreciando todos mis esfuerzos -míos y de los demás en el sentido de dar a entender que la clase no versaba sobre aprendizaje, sino sobre renuncia. Nada, él adelante caiga quien caiga. Qué raro que no nos hubiera leído los derechos, porque en el fondo la sesión había tenido tanto de interrogatorio como de contar historias de cuando aún vivía su padre. Vivo y joven ¿0 no?

Aún me duraban las náuseas. Podía beberme la cerveza que me iba a traer Cynthia, y hasta era posible que me sentaran bien las burbujas, pero ¿comerme un cheeseburger? Lo dudaba. Desde la noche de la disección de la cosa-murciélago por Curtis habían pasado muchos años, pero ahora me acordaba. De cuando había dicho Esto se averigua deprisa y le había clavado el escalpelo en el ojo. El ojo había hecho ruido de reventarse, y luego se había deshinchado, cayéndose de la órbita como una lágrima negra. Tony y yo habíamos gritado. Con eso en la memoria, ¿cómo se suponía que tenía que comerme un cheeseburger? Ya basta. Esto no tiene sentido, había dicho yo; pero él ni caso. El padre era tan impermeable como el hijo a las verdades como puños. Ahora miramos el abdomen y ya está, había dicho; pero no, nunca estaba. Cortaba, pinchaba, investigaba, y el Buick había pagado sus desvelos con la muerte.

Me pregunté si el chaval lo sabía. Me pregunté si comprendía que el Buick Roadmaster había matado a su padre, igual que Huddie, George, Eddie, Shirley y Mr. Dillon a la monstruosidad que había salido gritando del maletero en 1988.

Otra: «Billy Don't Be a Hero», de BO DONALDSON ANIAI THE HEYWOODS. Desaparecida de las listas, y de nuestros corazones.

Contadme lo del murciélago, contadme lo del pez, contadme lo del extraterrestre con cabeza de hilos rosas, la cosa pensante, la cosa que apareció con algo parecido a una radio. Y habladme de mi padre, porque con él aún tengo cuentas pendientes. Cómo no voy a tenerlas, si cada vez que me pongo delante del espejo para afeitarme veo su vida en mi cara y su fantasma en mis ojos. Conotádmelo todo... pero no me digáis que no hay respuesta. No os atreváis, Lo rechazo. Lo niego.

-Sólo gasolina -murmuré, y toqueteé un poco más deprisa las palanquitas metálicas del mini juke-box. Tenía la frente sudada, y el estómago peor que antes. Ojalá hubiera podido echarle la culpa a la gripe, o a haberme sentado algo mal, pero sabía que no se trataba de esas cosas-. Con gasolina va que te cagas. Salieron «Indiana Wants Me», « Green-Eyed Lady» y «Love Is Blue». Canciones que se habían caído por alguna rendija, no sé cómo. «Surfer Joe», de los Surfaris.

Contádmelo todo, decidme las respuestas, decidme la única respuesta.

Había que reconocer que el chaval había sido claro sobre lo que quería. Lo había pedido con el egoísmo puro y sin contaminar de los perdidos, de los que están de luto.

Menos una vez.

Había empezado a preguntar algo del pasado... y de repente había cambiado de idea. ¿De qué se trataba? Lo busqué a tientas y noté que el muy pillo rehuía mis manos. En esos casos no vale la pena perseguirlo. Hay que apartarse y dejar que acuda el recuerdo por su propia voluntad.

Fui pasando al derecho y al revés las páginas del juke-box que ya no funcionaba. Etiquetitas rosas como lenguas.

«Polk Salad Annie», de TONY JOE WHITE, y «Cuéntame lo del Año del Pez».

«When», de THE KALIN TWINS, y «Cuéntame lo de la reunión, cuéntamelo todo, cuéntamelo todo menos lo único que podría agitar bandera roja en tu desconfiado cerebro de poli...».

-Toma, tu cerveza... -empezó Cynthia Garris, pero se le cortó la respiración.

Yo aparté la mirada de las palanquitas metálicas (el movimiento de páginas detrás del cristal casi había acabado hipnotizándome). Cynthia me miraba con una mezcla de espanto y fascinación.

-Sandy, cariño... ¿Tienes fiebre? Porque estás chorreando sudor.

Entonces se me ocurrió. Al contarle lo del picnic del día del Trabajo de 1979. Cuanto más hablábamos, más bebíamos, había dicho Phil Candleton. Tuve dolor de cabeza dos días, -¿Sandy?

Cynthia con una botella de Iron City y un vaso. Cynthia con el primer botón del uniforme desabrochado, para enseñarme su corazón. Es una manera de decir Presente, pero sin estarlo. En ese momento estábamos separados por varios años de distancia.

Tanto hablar y ni una conclusión, había dicho yo. Luego habíamos pasado a otro tema -entre ellos al de la granja de los O'Day-, hasta que de repente el chaval había preguntado ... había empezado a preguntar...

Sandy, ¿el día del picnic alguien dijo algo de... ?

Y había dejado la pregunta a medias.

-¿Alguien dijo algo de destruirlo? -dije yo-. Es la pregunta que no ha acabado de hacer. -Miré la cara asustada y preocupada de Cynthia Garris-. Ha empezado a preguntarlo pero se ha callado.

¿Qué me había creído, que al final de la sesión de cuentos el hijo de Curt se iría a casa? ¿Que renunciaría tan fácilmente? Cuando llevaba recorridos más o menos dos kilómetros de carretera, me había cruzado con unos faros en dirección contraria, la de vuelta al cuartel, y a bastante velocidad, aunque sin pasarse del límite. ¿Detrás de los faros iba el Bel-Aire de Curt Wilcox? ¿Y al volante el hijo de Curt Wilcox? ¿Había vuelto nada más estar seguro de que nos habíamos marchado?

Pensé que sí.

Cogí la botella de Iron City de la bandeja de Cynthia, y vi mi brazo extenderse, y mi mano cogiendo el cuello, como se ve uno mismo en sueños. Noté entre los dientes la fría anilla del cuello de la botella, y pensé en George Morgan en su garaje, sentado en el suelo y oliendo la hierba cortada con su cortacésped. Aquel olor verde tan agradable. Me bebí entera la cerveza. Luego me levanté y dejé un billete de diez en la bandeja de Cynthia.

-¿Sandy?

-No puedo quedarme a comer-dije-. He olvidado algo en el cuartel.

Tenía una luz Kojak de pilas en la guantera de mi coche. La monté en el techo nada más salir del pueblo, puse el coche a ciento treinta y confié en que la luz roja hiciera apartarse a los demás. No había casi nadie. Los días laborables, la gente del oeste de Pensilvania suele volver temprano a casa. El cuartel solo quedaba a seis kilómetros, pero tuve la sensación de que tardaba una hora. No se me iba de la cabeza mi eterno sobresalto al ver entrar en el cuartel a la hermana de Ennis -el Dragón-, debajo de aquella montaña de pelo que parecía un pajar, con cantidades industriales de henna. Siempre pensaba: Sal, que estás demasiado cerca. Y ni siquiera me caía bien. ¡Cuánto peor sería tener que dar la cara con Michelle Wilcox, sobre todo si estaban con ella las gemelas!

Enfilé demasiado deprisa el camino de entrada, igual que Eddie y George diez años antes, cuando querían desembarazarse de su desagradable prisionero para poder ir a Poteenville, donde al parecer se quemaba medio mundo. Mi cabeza era un absurdo guirigay de títulos de canciones viejas («I Met Him On a Sunday», «Ballroom Blitz», «Sugar Sugar»...). Era una tontería, pero más valía eso que preguntarme qué haría si había vuelto el Bel-Aire pero estaba vacío; qué haría si Ned Wilcox había desaparecido de la faz de la tierra.

Sí que estaba el Bel-Aire. Lo sabía. Ned lo había aparcado donde antes había estado la camioneta de Arky. Y estaba vacío. Me di cuenta al iluminarlo con los faros. Entonces se me cayeron de la cabeza los títulos de canciones, sustituidos por una frialdad y un estar dispuesto a todo. Es la típica sensación que se presenta sola, con las manos vacías y sin planes, dispuesta a improvisar.

El Buick se había apoderado del hijo de Curt. En el mismísimo instante en que estábamos con él en el banco, dedicándole a su padre un peculiar velatorio de nuestra cosecha y haciendo esfuerzos por ser amigos suyos, el Buick había tendido su mano

invisible y se había apoderado de él. Si quedaba alguna posibilidad de recuperarle, me convenía no cagarla pensando demasiado.

Steff, que debía de haberse alarmado al ver solo un faro Kojak en vez de las luces habituales, sacó la cabeza por la puerta trasera.

-¿Quién es? ¿Quién es?

-Yo, Steff. -Salí del coche dejándolo aparcado tal cual, con la luz roja parpadeando en el techo, del lado del conductor. Al menos si venía alguien por detrás no me lo abollaría-. Vuelve a entrar.

-¿Qué pasa? -Nada.

-Él ha dicho lo mismo.

Señaló el Bel-Aire y se marchó indignada.

Fui corriendo hacia la puerta de persiana del cobertizo B, a la luz intermitente del Kojak. ¡Cuántos momentos de mi vida iluminados por luces de sirena! Cuando paras o iluminas a alguien con ellas, siempre se asusta. No tiene ni idea del efecto que pueden llegar a producirnos a nosotros. Ni de lo que hemos visto a su luz,

Siempre dejábamos luz encendida en el cobertizo, pero ahora, dentro, había más que la de una simple bombilla, y la puerta lateral estaba abierta. Pensé desviarme hacia ella, pero al final no, cambié de trayectoria. Lo primero era echarle un vistazo al campo de juego.

Lo que más miedo había tenido de ver era el Buick y nada más que el Buick. Al mirar descubrí algo merecedor de aún más miedo. El chaval estaba sentado al enorme volante del Roadmaster, con el pecho hundido. En vez de camisa solo había una ruina sanguinolenta. Empezaron a fallarme las piernas, hasta que me di cuenta de que lo que veía no era sangre. Quizá no fuera sangre. La forma era demasiado regular. Justo debajo del cuello redondo de la camiseta azul de Ned había una línea recta roja... y esquinas... ángulos rectos,..

No, no era sangre.

El bidón de gasolina que tenía Arky para el cortacésped. Detrás del volante, Ned cambió de postura, y apareció una de sus manos. Se movía lenta, soñadoramente. Tenía cogida una Berecta. ¿Se había paseado en coche con la pistola de su padre en el maletero del Bel-Aire? ¿En la guantera, incluso?

Decidí que no importaba. Estaba sentado en aquella trampa mortal con gasolina y una pistola. O te cura o te mata, pensé. Nunca se me había ocurrido que pudiera intentar las dos cosas, a la vez.

No me veía. Lo lógico habría sido que sí -desde donde estaba sentado, mi cara blanca de susto llenando el espacio de una de las ventanillas debía de ser muy visible-, y que también viera la luz roja intermitente que se proyectaba desde el techo de mi coche. No veía nada. Estaba igual de hipnotizado que Huddie Royer al tomar la decisión de meterse en el maletero del Roadmaster y cerrar la tapa. Hasta de fuera lo notaba yo. Aquella pulsación de marea. Aquella vivacidad. Contenía palabras, incluso. Supongo que es posible que me las inventara, pero casi no tiene importancia, porque lo que las engendraba era la pulsación, el latido que todos habíamos notado alrededor del Buick desde el principio. Un latido que algunos -entre ellos el padre de aquel joven- habían acusado con más fuerza que otros.

Entra o quédate fuera, me dijo la voz de mi cabeza, con un indiferencia total, escalofriante. Yo voy a llevarme a uno o dos, y luego duermo. Es el último daño que haré. A uno o dos, me da igual. Levanté la vista hacia el termómetro redondo montado en la viga. Antes de marcharme al Country Way, la aguja roja indicaba dieciséis, pero ahora había bajado a catorce. Seguí mirando con la impresión de que la veía bajar aún más, y de repente surgió un recuerdo tan nítido que me dio miedo.

Había sido en el banco de fumadores. Yo fumaba, y Curt solo estaba sentado. En los seis años desde que la prohibición de fumar se había hecho extensiva al mismísimo cuartel, el banco de fumadores había ido revistiendo una importancia singular. Era donde íbamos a comparar notas sobre los casos que llevábamos, resolver problemas de turnos y reflexionar sobre los planes de jubilación. En el banco de fumadores me había dicho Carl Brundage que su mujer se separaba y se llevaba a los niños. No le había temblado la voz, pero hablaba con lágrimas en las mejillas. Tony, sentado entre Curt y yo («Jesucristo y los dos ladrones», había dicho con una sonrisa sardónica), nos había explicado que cuando se jubilara y dejara el cargo vacante me ascendería a mí a sargento jefe. Si quería, claro. Con una chispita en los ojos, señal de que sabía de sobra que sí. Curtis y yo habíamos asentido con la cabeza y no habíamos dicho gran cosa. El banco de fumadores también había sido el escenario de la última discusión entre Curt y yo sobre el Buick 8. ¿Cuánto faltaba para que muriera? Me di cuenta con un escalofrío de que podía haber sido el mismo día. Era una manera de explicar que me desasosegara tanto la nitidez del recuerdo.

¿Piensa?, había preguntado Curt, refiriéndose al Buick. Me acordé de que el sol de la mañana le daba mucho en la cara, y de que tenía -creo- una taza de café en la mano. ¿Observa y piensa? lEspera la oportunidad? ¿Escoge los momentos?

Estoy casi seguro de que no, había contestado yo, pero no las tenía todas conmigo. Porque “casi”, cubre mucho territorio, ¿verdad? Es posible que la única palabra que cubra más sea “sí”.

Pero se reservó la función más terrorífica para cuando aquí no había casi nadie, había dicho el padre de Ned. Pensativo. Dejando el café para girar entre las manos su Stetson, vieja costumbre suya. Si era verdad lo del día, al sombrero le faltaban menos de cinco horas para salir volando de la cabeza de Curtis y aterrizar ensangrentado entre las malas hierbas, donde posteriormente lo encontrarían entre envoltorios de McDonald's y latas vacías de Coca-Cola. Como si lo supiera. Como si fuera capaz de pensar. De observar. De esperar.

Yo me había reído. De esas risas bruscas, ja ja, que en el fondo no son humorísticas. Le dije que el tema le había trastornado. Le dije: Pronto me dirás que mandó un rayo o no sé qué para que aquel camión cisterna de Norco chocara con el autobús escolar. No contestó verbalmente, pero su manera de mirarme contenía una pregunta: ¿Cómo sabes que no?

Yo, entonces, le había hecho la pregunta del chaval. Le había preguntado...

Una alarma se disparó en mi cabeza, muy difusa y muy al fondo. Me aparté de la ventana y me tapé la cara con las manos, como si no ver el Buick fuera una manera de no sentir aquel dolor. Y de no ver a Ned, tan blanco y perdido detrás del enorme volante. Se había apoderado de él, y justo ahora, durante unos segundos, se había apoderado de mí. Había intentado distraerme con muchos recuerdos inservibles, viejos. Daba igual que hubiera esperado conscientemente la oportunidad de ir por Ned, o que no. Lo importante era que dentro la temperatura bajaba deprisa, casi en caída libre, y si mi intención era actuar había llegado el momento.

Quizá te conviniera buscar refuerzos, susurró aquella voz en mi cabeza. Sonaba igual que la mía, pero no lo era. Por ejemplo, alguien del cuartel. Yo de ti iría a mirar. No es que me importe, ¿eh? Lo que me importa es volver a hacer daño antes de dormir. En el fondo es lo único que me importa. ¿Por qué? Pues porque puedo, tío. Así de simple,

Lo de los refuerzos parecía buena idea. La idea de entrar solo en el cobertizo B, y de acercarme al Buick en su presente estado, me daba un miedo atroz. Lo que me puso en marcha fue saber que yo era el causante de todo, el que había abierto la caja de Pandora.

Fui corriendo a la barraca sin detenerme en la puerta lateral, y eso que noté un olor muy fuerte y cargado a gasolina. Ya sabía lo que había hecho Ned, Solo quedaba por saber

cuánta gasolina había derramado debajo del coche, y cuánta había dejado en el bidón. La puerta de la barraca estaba cerrada con candado. El candado había pasado muchos años abierto, con la pieza curvada de acero un poco metida en el orificio, lo justo para que no se abriera con un golpe de viento. Ahora volvía a estar abierto. Juro que es verdad. En el exterior no es que fuera mediodía, pero por la puerta lateral del cobertizo, que estaba abierta, salía bastante luz Para ver bien el candado. Justo cuando iba a tocarlo la barra se insertó en el cuerpo principal, oyéndose un clic muy ligero. Lo vi... y también lo noté. Por breves instantes, la pulsación de mi cabeza se agudizó y se concentró. Había sido como un esfuerzo físico brusco.

Yo tengo dos llaveros: uno de llaves de poli y otro con las personales. En el «oficial» había unas veinte, y recurrí a un truco que me había enseñado hacía mucho tiempo Tony Schoondist.

Dejé caer las llaves en la palma de una mano, tal cual, como Palillos chinos, y luego las palpé sin mirar. No siempre funciona, pero esta vez sí, supongo que porque la llave del candado de la barraca era más pequeña que todas las demás, menos la de mi armario de la planta baja, y la llave del armario tiene cabeza cuadrada.

Oí que empezaba el zumbido, muy débil. Se oía muy lejos, como el ruido de un motor enterrado, pero se oía.

Cogí la llave que habían encontrado mis dedos y la encajé en el candado. La barra de acero saltó. Retiré el candado y lo arrojé al suelo. Luego abrí la puerta de la barraca y entré.

El pequeño espacio de almacenaje contenía un calor inmóvil y explosivo, como sólo se encuentra en los desvanes, los cobertizos y los cubículos que se quedan cerrados mucho tiempo en época de calor. Últimamente no entraba casi nadie, pero las cosas que se habían acumulado con los años (entre las que se había tenido la prudencia de renovar los artículos inflamables, con la excepción de la pintura y el diluyente) seguían en su sitio. Las distinguí con la poca luz que había. Pilas de revistas, casi todas de las que leen los hombres (las mujeres se creen que nos gusta mirar mujeres desnudas, pero sospecho que disfrutamos más mirando herramientas). El taburete de cocina con el asiento arreglado con cinta aislante. La cámara de vídeo, que seguro que tenía gastada la batería, en el estante de siempre, al lado de la vieja caja de cintas vírgenes. En una pared había un adhesivo de coche: APOYE A LOS DISMINUID05 PSÍQUICOS. INVITE A COMER A UN AGENTE DEL FSI. Noté olor a polvo. En mi cabeza no dejaba de fortalecerse la pulsación que era la voz del Buick.

En la pared había una bombilla y un interruptor, pero ni siquiera lo probé, intuyendo que o la bombilla estaba fundida o el interruptor aún daba bastante guerra para meterme en el cuerpo un calambre del copón.

Se cerró la puerta a mis espaldas, obstruyendo la luz de la luna. Era imposible, porque cuando la dejabas a su aire siempre basculaba hacia afuera. Lo sabíamos todos. Por eso trabábamos el cierre con el candado. Sin embargo, estaba siendo una noche de dos imposibles al precio de uno. La fuerza que habitaba el Buick quería dejarme a oscuras. Quizá lo considerara una manera de ponerme obstáculos.

Craso error. Yo ya había visto lo que me hacía falta: el rollo de cuerda amarilla, que aún colgaba de la pared, debajo del adhesivo del chiste y al lado de unos cables de arranque olvidados.

También vi algo más, algo que había puesto Curt Wilcox cerca de la cámara de vídeo poco después de la aparición del extraterrestre de los filamentos rosas.

Lo cogí, me lo metí en el bolsillo trasero y descolgué el rollo de cuerda de la pared. Luego salí escopeteado. Estuve a punto de gritar, porque delante tenía un bulto negro. Durante un momento de locura, estuve seguro de que era el hombre de la gabardina y el

sombrero negros, el de la oreja deforme y el acento ruso. Sin embargo, cuando habló, el coco tenía un acento cien por cien Lawrence Welk.

-Ha vuelto el puto crío -susurró Arky-. Ya estaba a medio camino de casa y ¡zas! Doy media vuelta. No sé cómo, pero lo sabía. Ha si...

Le interrumpí en ese punto, le dije que no me siguiera y volví corriendo al cobertizo B, cuya esquina rodeé con la cuerda enrollada en el brazo.

-¡No entres, sargento! -dijo Arky. Es posible que quisiera gritar, pero tenía demasiado miedo para hacer grandes proezas en cuestión de volumen-. Ha echado gasolina y tiene una pistola. Lo he visto.

Me planté delante de la puerta y con la cuerda empecé a atar un cabo en el gancho que había, y que era muy fuerte. En vez de seguir le pasé el rollo a Arky.

-¿Tú lo notas, Sandy? -preguntó él-. Y ha vuelto a joderse la radio; solo se oye estática. He oído a Steff por la ventana, insultándola.

-Da igual. Haz un nudo con la punta de la cuerda. Usa el gancho.

-¿Eh?

-Ya me has oído.

Yo, que tenía sujeto el bucle del otro extremo de la cuerda, me lo pasé por el cuerpo, me lo subí hasta la cintura y lo ajusté. Era un nudo corredizo que había hecho Curt, y que se cerró sin dificultad.

-Sargento, no puedes hacerlo.

Arky intentó cogerme por el hombro, pero la verdad es que sin fuerza.

-Tú haz el nudo y aguanta-dije-. No entres pase lo que pase. Si... -Pero no, no iba a decir si desaparecemos; esas palabras no quería oírlas de mi boca-. Si pasa algo, dile a Steff que emita un código D en cuanto se despeje la estática.

-¡Pero bueno! -En boca de Arky se parecía más a «¡Bero bueeeno!»-. ¿Tú estás loco o qué? ¿No lo notas?

-Sí que lo noto -dije.

Y entré. De camino iba sacudiendo la cuerda para que no se enganchara. Me sentía como un buzo bajando a profundidades desconocidas, y vigilando el tubo del aire no porque crea en serio que sirva de algo vigilarlo, sino como una manera de estar ocupado y no pensar en lo que pueda estar nadando en la oscuridad de alrededor, justo donde no alcanza tu luz.

El Buick 8, nuestro secretito, tan gordo y lujoso con sus neumáticos de franja blanca, zumbaba muy adentro, en sus cavernas interiores. La pulsación era más fuerte que el zumbido, y yo, ahora que estaba dentro, noté que interrumpía sus tibios esfuerzos por no dejarme entrar. Ahora, en vez de empujar con su mano invisible, estiraba.

El chaval estaba sentado al volante con el bidón de gasolina en el regazo, las mejillas y la frente blancas, y la piel tersa y brillante en esas mismas zonas. Al acercarme, su cabeza pivotó en su cuello con lentitud de robot, y me miró. Tenía los ojos muy abiertos y negros. Era la mirada estúpidamente serena de los que están muy drogados, o de los que tienen el cuerpo destrozado. La única emoción que quedaba en sus ojos era una tozudez tremenda, cansada; la misma insistencia adolescente en que tenía que haber una respuesta, y él tenía que saberla. Tenía derecho. Que era, claro, lo que había usado el Buick. Lo que había usado contra él.

-Ned.

-Yo de ti saldría, sargento. -Pronunciando bien cada sílaba, pausadamente-. No queda mucho tiempo. Ya viene. Parecen pasos.

Y tenía razón. De repente fui presa del pánico. Quizá el zumbido fuera de alguna clase de maquinaria. Casi seguro que la pulsación era una especie de telepatía. Aquello, sin embargo, era otra cosa, la tercera.

Venía algo.

-Ned, por favor. No puedes entender qué es, y matarlo está claro que menos. Lo único que puedes hacer es que te chupe como una aspiradora aspirando el polvo. Entonces tu madre y tus hermanas se quedarían solas. ¿Es lo que quieres? ¿Dejarlas solas con mil preguntas que nadie puede contestar? Me cuesta creer que pueda ser tan egoísta el mismo chaval que vino aquí con tantas ganas de buscar a su padre.

La última frase le hizo mover un poco los ojos, como cuando alguien está muy concentrado y oye un ruido fuerte en el edificio de al lado. Después recuperaron su anterior serenidad:

-Este jodido coche mató a mi padre -dijo. Con calma. Con paciencia, incluso.

Yo no pensába discutírselo.

-Vale, puede que sí. Puede que en cierto sentido tenga tanta culpa de lo que le pasó a tu padre como Bradley Roach. Pero ¿eso quiere decir que también tiene permiso para matarte a ti? ¿Qué es, Ned, una oferta de dos por uno?

-Voy a matarlo -dijo. Por fin aparecía algo en sus ojos, quebrando su superficie serena. Era más que rabia. Me pareció una especie de locura. Levantó las manos. En una tenía la pistola, y en la otra un encendedor de cocina-. Antes de que me chupe le incendiaré el puto transportador. Así no volverá a abrirse la puerta por este lado. Paso número uno. -Lo dijo con la temible, la inconsciente arrogancia de la juventud, con la convicción de que la idea no se le había ocurrido a nadie antes que a él-. Y si sobrevivo a la experiencia mataré a lo que esté esperando al otro lado. Será el paso número dos.

-Esperando? -Caí en la cuenta de la barbaridad de sus premisas, y me quedé pasmado-. ¡Pero Ned, por Dios!

Ahora la pulsación era más fuerte. El zumbido también. Noté que se me pegaba a la piel el frío anómalo que distinguía los períodos de actividad del Buick. Y vi luz púrpura, una luz que al principio brotaba en el aire justo encima del volante gigante, y que luego empezó a resbalar por su superficie. Venía. Sí, venía. Diez años antes ya habría llegado. Puede que hasta cinco. Ahora tardaba un poco más.

-¿Qué crees, Ned, que habrá una fiesta de bienvenida? ¿Esperas que manden al Excelentísimo Presidente del Pueblo de la Piel Amarilla y el Pelo Rosa? ¿0 al Emperador del Universo Alternativo, a decirte hola y entregarte las llaves de la ciudad? ¿Tú crees que se molestarían? ¿Para qué? ¿Por un chaval que es incapaz de aceptar el hecho de que su padre ha muerto, y seguir con su propia vida?

-¡Cállate! -¿Sabes qué creo? -¡Me da igual lo que creas!

-Creo que lo último que verás será muy poca cosa, justo antes de asfixiarte con lo que respiren.

Volvió a encendérsele una chispa de duda en la mirada. Una parte de él quería imitar a George Morgan y acabar de una vez, pero también había otra parte, a la que quizá ya no le importara tanto Pitt, pero que seguía teniendo ganas de vivir. Y por encima de las dos, por encima, por debajo y alrededor, atándolo todo, la pulsación y la voz queda llamando. Ni siquiera era seductora. Se limitaba a arrastrarte.

-¡Sargento, sal! -dijo Arky.

Yo no le hice caso y seguí mirando al hijo de Curt a los ojos. -Ned, usa el cerebro que te ha llevado a donde estás. Por favor.

Sin gritarle, pero levantando la voz para que me oyera por encima del zumbido, cada vez más intenso. A1 mismo tiempo toqué lo que me había guardado en el bolsillo trasero.

-Puede que la cosa donde estás sentado esté viva, pero sigue sin ser una razón para que pierdas tu vida. ¿No te das cuenta de que en el fondo es como cualquier planta carnívora? Contra algo así no hay venganza posible. Cero. No tiene cerebro.

Empezó a temblarle la boca. Era un inicio, pero pensé que ojalá soltara la pistola, o que como mínimo la bajara. Luego estaba el encendedor de cocina, con menos peligro que la automática, pero que también tenía el suyo; yo, junto a la puerta del conductor, pisaba gasolina, y había bastantes emanaciones para que me lloraran los ojos. El resplandor violeta había empezado a tejer perezosos hilos de luz por los mandos del falso salpicadero, y a llenar el dial del indicador de velocidad, haciendo que pareciera la burbuja del nivel de los carpinteros.

-¡Mató a mi padre! -exclamó Ned con voz de niño, pero no me lo decía a mí. No conseguía encontrar al objetivo de sus acusaciones. Era, precisamente, la causa de su desespero.

-No, Ned. Mira, te digo una cosa: si este coche, esta tontería, pudiera reírse se estaría riendo. A1 final no cazó al padre de la manera que quería (como a Ennis y Brian Lippy), pero ahora tiene al hijo muy a tiro. Si Curt lo sabe, si lo ve, debe de estar revolviéndose en su tumba. Todo lo que le daba miedo, todo lo que luchó por impedir. Vuelve a pasar todo igual. Y a su propio hijo.

¡Cállate, cállate!

Le rebosaban lágrimas por los párpados.

Me agaché y acerqué la cara al resplandor violeta (que aumentaba), al frío que brotaba. Acerqué mi cara a la de Ned, donde por fin la resistencia se desmoronaba. Solo faltaba otro golpe. Me saqué del bolsillo trasero el tubo que había cogido en la barraca, me lo aguanté en la pierna y dije:

-Debe de oírlo reírse, Ned; debe de saber que es demasiado tarde, ..

¡No!

-... que no puede hacer nada. Nada de nada.

Levantó las manos para taparse las orejas, con la pistola en la izquierda, el encendedor de cocina en la derecha, el bidón de gasolina en equilibrio entre los muslos y una niebla de color lavanda borrándole las piernas por debajo de las espinillas; el resplandor, mientras tanto, subía como el agua en un pozo, y no es que lo que yo había conseguido fuera fabuloso -no le había desequilibrado tan completamente como me habría gustado-, pero tendría que servir. Quité la tapa del spray con el pulgar, solo tuve una fracción de segundo para preguntarme si después de tantos años de desuso en el estante de la barraca quedaba algún resto de presión, y luego se lo disparé a la cara. Era de esos de defensa personal.

Ned pegó un alarido de sorpresa y dolor al recibir el spray en los ojos y la nariz. Su dedo apretó el gatillo de la Beretta de su padre. Dentro del cobertizo la detonación fue ensordecedora.

-¡Hos-TIA! -oí exclamar a Arky, con los oídos zumbándome.

Cogí el tirador de la puerta, y en ese momento bajó solo el pitorro del seguro, igual que la barra del candado en la puerta de la barraca. Entonces metí el brazo por la ventanilla abierta y di un puñetazo al lateral del bidón de gasolina. Saltó del regazo del chaval, que estaba en plenas convulsiones, se hundió en la brumosa luz violeta que subía del suelo del coche y desapareció. Tuve la sensación fugaz de que rebotaba, como cuando tiras algo desde muy arriba. Volvió a dispararse la pistola, y noté la bala. La verdad es que no había pasado cerca -Ned seguía disparando a ciegas al techo del Buick, y hasta dudo que fuera consciente de disparar-, pero cuando notas moverse el aire por el paso de una bala es que ha pasado demasiado cerca.

Palpé la puerta por dentro, acabé encontrando el tirador interior y lo estiré. Si no se levantaba, no sabría muy bien qué hacer -Ned era demasiado grande y pesado para sacarle por la ventanilla-, pero se levantó, y la puerta se abrió. Entonces brotó un fogonazo violeta de donde habían estado las planchas del suelo del Roadmaster, saltó ruidosamente la tapa

del maletero y empezó el estirón de verdad. Como una aspiradora aspirando el polvo, había dicho yo, pero sin saber de la misa la mitad. De repente el latido pegó un acelerón y se convirtió en un martilleo feroz y arrítmico, como olas precursoras antes del tsunami que lo destruirá todo. La sensación era de un viento que procedía del interior, y que en vez de empujar estiraba; un viento que quería sacarte los ojos de las órbitas y despellejarte la cara, pero a mí no se movía ni un pelo de la cabeza.

Ned chilló. De repente se le bajaron las manos, como si tuviera atadas cuerdas invisibles en las muñecas y alguien las estirara desde abajo. Empezó a hundirse en el asiento, con la salvedad de que éste ya no existía con precisión. Estaba desapareciendo, disolviéndose en la burbuja borrascosa de luz violeta ascendente. Le agarré por las axilas, tiré de él y retrocedí a trompicones, primero un paso y luego dos. Combatiendo la increíble tracción de la fuerza que intentaba chuparme por la garganta morada en que se había convertido el interior del Buick. Caí de espaldas con Ned encima. Las perneras de los pantalones se me empaparon de gasolina.

-¡Tira! -le grité a Arky.

Me impulsé con los pies, intentando alejarme a rastras del Buick y de la luz que salía. Mis pies no acababan de conseguir buen agarre. Resbalaban con la gasolina.

Ned sufrió un estirón hacia la puerta abierta del conductor con tanta fuerza que casi me fue arrebatado de las manos. Al mismo tiempo noté que la cuerda me apretaba la cintura. Los dos sufrimos un tirón muy brusco hacia atrás, mientras yo afianzaba las manos en el pecho de Ned. Aún tenía cogida la pistola, pero el brazo se le extendió y el arma le resbaló de la mano. Se la tragó la luz morada y palpitante del interior del coche, y me pareció oír que en plena desaparición se disparaba sola otras dos veces. A1 mismo tiempo pareció debilitarse un poco la succión que sentíamos nosotros. Quizá bastante para aprovechar el momento y escapar, abandonar el escenario sin perder más tiempo.

-¡Tira! -le grité a Arky.

-¡Jefe, que ya tiro todo lo que...! -¡Tira más fuerte!

Se produjo otro tirón brutal que me cortó la respiración, porque el lazo de Curtis me comprimía el estómago. Lo siguiente fue ponerme de pie y retroceder con pasos torpes, sujetando al chaval. Ned intentaba respirar con los ojos hinchados y apretados, como los de un boxeador que lleva doce de los quince rounds recibiendo leña. Me parece que no vio lo que pasaba luego.

El interior del Buick había desaparecido. Lo había vaciado la luz violeta. Acababa de abrirse algún conducto imposible de describir y de conocer. Mis ojos veían una garganta infectada que se comunicaba con otro mundo. Estuve a punto de quedarme paralizado el tiempo suficiente para que volviera a captarme la succión y me absorbiera -a mí y a Ned-, pero entonces Arky pegó un grito estridente:

-¡Ayúdame, Steff! ¡Ven pitando y ayúdame, por lo que más quieras!

Steff debió de hacerle caso, porque no habían pasado ni dos segundos cuando a Ned y a mí nos estiraron hacia atrás como a dos peces con el anzuelo bien clavado.

Volví a caerme y me di un golpe en la cabeza, notando que la pulsación y el zumbido se habían combinado en un bramido que a juzgar por la sensación debía de estar taladrándome el cerebro.

El Buick había empezado a parpadear como un letrero luminoso, y la luz cegadora del maletero vomitó una oleada de escarabajos con el caparazón verde, que al caer en el suelo corrieron un poco y murieron. Una vez más, la succión sacó ventaja, y empezamos a movernos otra vez hacia el Buick. Era como estar a merced de unas corrientes de fondo tremebundas. Adelante, atrás, adelante, atrás...

-¡Ayúdame! -le berreé a Ned en la oreja-. ¡0 me ayudas o estamos perdidos!

Para entonces ya pensaba que probablemente estábamos perdidos, con o sin la colaboración de Ned.

Ned estaba ciego, pero no sordo, y había decidido que quería seguir viviendo. Apoyó en el suelo de cemento sus zapatillas y se impulsó hacia atrás con todas sus fuerzas, salpicando gasolina con los patinazos de los talones. A1 mismo tiempo, Arky y Stephanie Colucci dieron otro estirón vigoroso a la cuerda. Salimos disparados casi metro y medio hacia la puerta, pero luego volvió a campar por sus fueros la corriente de fondo. Conseguí pasarle a Ned por el pecho un poco de cuerda suelta, atándole a mí para bien o para mal. Después el Buick recuperó el terreno que le habíamos ganado, y más. Nos desplazaba lentamente, pero con una persistencia terrorífica. Yo notaba en el pecho una presión claustrofóbica que me impedía respirar. En parte se debía a tener la cuerda enrollada, y en parte a la sensación de que me pellizcaba, me manoseaba y me zarandeaba una gigantesca mano invisible. No quería acabar en el sitio que había visto, pero si nos acercábamos más al coche no me salvaba nadie. Ni a mí ni a Ned. Cuanto más cerca estábamos, más fuerte se volvía la atracción. Pronto partiría la cuerda amarilla de nailon como si fuera hilo mojado, y los dos saldríamos bien atadnos. Directos a aquella asquerosa garganta morada, y a lo que hubiera al fondo.

-¡Última oportunidad! -berreé-. ¡Tirad a la de tres! Uno.., dos.,. ¡TRES!

Arky y Stephanie, que estaban fuera hombro con hombro, justo al lado de la puerta, se emplearon a fondo. Ned y yo empujamos con los pies. Salimos disparados hacia atrás, y esta vez llegamos a la puerta antes de que volviera a atraparnos la fuerza tan inexorablemente como el imán a las limaduras de hierro.

Rodé de costado.

-¡Ned, el marco de la puerta! ¡Cógete al marco!

Ned extendió el brazo izquierdo en toda su longitud, sin mirar. Su mano tanteó.

-¡A tu derecha, chaval! -exclamó Steff-. ¡Tu derecha! Ned encontró la jamba de la puerta y se aferró a ella. A nuestras espaldas, el Buick soltó otro fogonazo morado descomunal, y yo noté que la atracción subía un grado más. Era como una especie de gravedad nueva y horrible. La cuerda que tenía atada al pecho se había convertido en una cinta de acero, y no había manera de respirar ni gota de aire. Se me hinchaban los ojos y los dientes me palpitaban en las encías. Parecía tener los intestinos hechos un nudo en la base de la garganta. La pulsación me llenaba la cabeza, expulsando el pensamiento consciente. Empecé otra vez a resbalar hacia el Buick con los tacones de los zapatos derrapando en el cemento. Dentro de nada me deslizaría, y después volaría, como un pájaro chupado por la turbina de un avión. Y arrastraría a Ned conmigo, seguro que con astillas de la jamba clavadas debajo de las uñas. No tendría más remedio que acompañarme. Mi metáfora sobre las cadenas se había convertido en realidad literal.

-¡Sandy, cógeme la mano!

Estiré el cuello para mirar, y no acabó de sorprenderme ver a Huddie Royer con Eddie detrás. Habían vuelto. Tardando sin la celeridad de Arky, pero habían vuelto. Y no porque Steff les hubiera transmitido un código D, porque iba cada uno en su propio coche y encima las comunicaciones radiofónicas del cuartel estaban escacharradas, al menos de momento. No, venían porque... pues porque venían.

Huddie estaba de rodillas en la puerta, cogido con una mano para no ser absorbido. No se le movía el pelo, ni se le arrugaba la camisa, pero se tambaleaba como alguien resistiendo un vendaval. Eddie estaba detrás, en cuclillas y mirando por encima del hombro de Huddie. Debía de tenerle cogido por el cinturón, aunque eso yo no lo veía. La otra mano me la tendía a mí. La cogí como alguien ahogándose. Que era como me sentía: como alguien ahogándose.

-Ahora tirad, coño -les gruñó Huddie a Arky, Eddie y Steff Colucci. Sus ojos reflejaban los chispazos rojos del Buick-. Hasta que reventéis.

A ese extremo quizá no llegaran, pero tiraron mucho y salimos rodando por la puerta como el corcho de una botella. Aterrizamos hechos un amasijo, con Huddie debajo. Ned jadeaba con la cara apoyada en mi cuello. El contacto de su mejilla y su frente quemaba como brasas. Noté sus lágrimas.

-¡Sargento, por lo que más quieras, sácame el codo de la nariz! -exclamó Huddie con voz ahogada de enfado.

-¡Cerrad la puerta! -dijo Steff-. ¡Deprisa, antes que salga algo malo!

Lo único que había eran unos cuantos escarabajos inofensivos de caparazón verde, pero tenía razón. Porque la luz ya era bastante mala. Aquellos parpadeos de luz morada.

Aún estábamos hechos una pelota en el suelo, con brazos inmovilizados por rodillas y pies por troncos; Eddie, no sé cómo, se había enredado en la cuerda, igual que Ned, y le gritaba a Arky que la tenía enrollada en el cuello, que se asfixiaba; Steff estaba de rodillas al lado de él, intentando aflojar una de las cuerdas amarillas, mientras Ned intentaba respirar y manoteaba debajo de mí. No había nadie que pudiera cerrar la puerta, pero el caso es que se cerró. Volví la cabeza en un ángulo sólo posible por el puro pánico. De repente estaba seguro de que había sido uno de ellos, de que había pasado a través sin verlo nosotros y de que ahora estaba fuera, a saber si con ganas, después de tantos años, de hacernos pagar la muerte del otro. Hasta lo vi: una sombra en el lateral blanco del cobertizo. Luego la sombra se movió, se acercó su dueño, y vi las curvas de un pecho y una cadera femeninas.

-He tenido un presentimiento a medio camino de casa -dijo Shirley con voz temblorosa-. Un mal presentimiento, y he decidido que los gatos podían esperar un poco más. Ned, no te sacudas tanto, que lo empeoras.

Ned paró de golpe. Shirley se agachó, y con un movimiento habilidoso de la mano le soltó a Eddie el nudo del cuello. -Listo, nene -dijo.

Entonces se le doblaron las piernas. Shirley Pasternak se quedó sentada en el suelo y rompió a llorar.

Metimos a Ned en el cuartel y le mojamos los ojos con el chorro del grifo de la cocina. La piel de alrededor estaba hinchada y roja, y los ojos muy inyectados en sangre, pero dijo que veía más o menos bien. Cuando Huddie le enseñó dos dedos, él dijo que eran dos. Ídem con cuatro.

-Lo siento -dijo con voz pastosa y ronca-. No sé por qué lo he hecho. Bueno, sí, porque quería, pero ahora no... esta noche no...

-Chist -dijo Shirley. Cogió más agua del grifo y le mojó los ojos-, No hables.

Pero a Ned no se le podía hacer callar.

-Quería irme a casa. Para hacer lo que había dicho, pensar. -Sus ojos, hinchados y con una cantidad de sangre que impresionaba, me miraron a mí. Luego, al echarle Shirley más agua caliente con la mano, desaparecieron-. De repente no me había ni enterado y volvía a estar aquí. Lo único que me acuerdo de haber pensado es: «Tengo que hacerlo esta noche, esto se tiene que acabar de una vez». Luego...

Pero Ned no sabía qué había pasado luego. El resto lo tenía todo borroso. No lo dijo así de claro, pero tampoco hacía falta. Ni siquiera me hizo falta ver la mirada de perplejidad de sus ojos inyectados en sangre. Le había visto a él, sentado al volante del Roadmaster con el bidón de gasolina entre las piernas, la cara blanca y la expresión alucinada, perdida.

-Se ha apoderado de ti -dije-. Siempre poseyó una especie de atracción, lo que pasa es que nunca tuvo a nadie para practicarla como en ti. Aunque, cuando te llamaba, el resto

también lo hemos oído. Cada cual a su manera. En cualquier caso la culpa no es tuya, Ned. Si la tiene alguien soy yo.

Se apartó del fregadero, se irguió, tanteó y me cogió los antebrazos. La cara le goteaba y tenía el pelo pegado a la frente. La verdad es que presentaba un aspecto bastante risible. Como un bautismo de cine cómico.

Se acercó Steff, que había estado vigilando el cobertizo por la puerta trasera del cuartel.

-Vuelve a apagarse. Qué rápido, ¿no? Asentí con la cabeza.

-Ha perdido la oportunidad. Puede que haya sido la última. -De hacer daño --dijo Ned-. Es lo que quería. Lo he oído en mi cabeza. Eso si no me lo invento, que todo puede ser. -Ya seríamos dos.

No tuve tiempo de decir nada más, porque entonces salió Huddie del lavabo con un kit de primeros auxilios. Lo dejó en la repisa, lo abrió y sacó un tubo de pomada.

-Ponte esto alrededor de los ojos, Ned. Si se te mete un poco no te preocupes. Prácticamente no lo notarás.

Nos quedamos mirando cómo Ned se aplicaba la pomada alrededor de los ojos, con círculos que reflejaban los fluorescentes de la cocina. Terminada la operación, Shirley le preguntó si se encontraba mejor. Asintió.

-Pues entonces vuelve a salir-dije-. Aún tengo que contarte otra cosa. Te lo habría dicho antes, pero la verdad es que sólo me acordaba de pasada hasta que te he visto sentado en ese coche del demonio. Debe de haberse desprendido por la impresión.

Shirley me miró frunciendo el ceño. Nunca había sido madre, pero en la cara tenía una severidad de madre.

-Esta noche no -dijo-. ¿No ves que ya ha tenido bastante? Que le acompañe alguien a casa, se invente alguna excusa para su madre (supongo que si coincidís en los detalles se la creerá, porque las de Curtis siempre se las creía), y luego le metéis en la cama,

-Perdona, pero considero que esto no puede esperar -dije. Me miró muy seria, y debió de ver que yo, como mínimo, creía haber dicho la verdad. Por lo tanto, volvimos a salir todos al banco de fumadores, y mientras veíamos apagarse los fuegos artificiales del cobertizo -la segunda función de la noche, aunque no era gran cosa, al menos a esas alturas- le conté a Ned otra historia de hace años. Esta me la imaginaba como una escena de una obra de teatro: dos personajes en un escenario prácticamente vacío, dos personajes sobre cuyas cabezas sólo hay un foco muy potente, dos hombres sentados

ENTONCES: CURTIS

Dos hombres sentados en el banco de fumadores, a la luz de un sol de verano, y pronto se habrá muerto uno de los dos -tratándose de vidas humanas, al final de cada cadena hay un dogal, y Curtis Wilcox casi ha llegado al suyo-. Lo del mediodía será lo último que coma, pero ninguno de los dos lo sabe. Este hombre condenado mira al otro, que está encendiendo un cigarrillo, y piensa que ojalá también pudiera fumarse uno, pero lo ha dejado. Salen caros, como no se cansaba de criticarle Michelle, pero más que nada son las ganas de ver crecer a sus hijos. Quiere verles graduarse, quiere ver el color del pelo de sus hijos. También tiene planes para la jubilación, él y Michelle lo han comentado mil veces, la autocaravana que les llevará al Oeste, donde puede que acaben instalándose, pero se jubilará bastante antes, y solo. En cuanto a fumar, no hacía falta que hubiera renunciado a ese placer, pero eso no se puede saber. De momento el sol de verano es agradable. Más tarde hará calor, mucho calor para morir, pero ahora es agradable, y lo del otro lado del camino se está quieto. Ha estándolo por intervalos cada vez más largos. Cuando hay lucimotos son más moderados. El trooper condenado es de la opinión de que está gastándose. A veces, sin embargo, Curtis sigue oyendo los latidos del corazón de la cosa,

su llamada en voz baja, y sabe que conviene no bajar la vigilancia. Es su trabajo; para hacerlo ha rechazado cualquier otro que no sea el de simple trooper. A quien se llevó el Buick 8 fue a un colega suyo, pero entiende que de alguna manera también se quedó con todo lo que le hacía falta de Curtis Wilcox. Nunca se ha encerrado en el maletero, como estuvo a punto de hacer Huddie Royer en 1988, ni ha sido devorado vivo por el Buick, como es probable que le sucediera a Brian Lippy, pero da igual, está en su poder. Siempre lo tiene rondando en la cabeza. Lo oye susurrar como los pescadores, que aunque estén durmiendo en casa oyen el susurro del mar. Y un susurro es una voz, y algo con voz puede...

Se gira hacia Sandy Dearborn y pregunta:

-¿Piensa? ¿Observa y piensa? ¿Espera la oportunidad?

A Dearborn -los veteranos, a escondidas, aún le llaman el sargento nuevo- no le hace falta preguntar a qué se refiere su amigo. Tratándose de la cosa del cobertizo B están todos en sintonía, y a veces Curtis sospecha que hasta los que se han ido de Troop D por un traslado, o que han cambiado el trabajo en la PSP por otro más seguro, sienten su llamada; a veces sospecha que les ha marcado a todos, igual que los amish con la ropa negra y las calesas negras, o como te mancha la frente el cura el Viernes de Ceniza, o como los presos que trabajan en la carretera, encadenados los unos a los otros, cavando una zanja de longitud infinita.

-Yo estoy casi seguro de que no -dice el sargento nuevo. -Pero se reservó la función más terrorífica para cuando aguí no había casi nadie -dice el hombre que ha dejado de fumar para poder ver crecer a sus hijos y darle nietos-. Como si lo supiera. Como si fuera capaz de pensar. De observar. De esperar.

El sargento nuevo ríe. La risa tiene una cáscara finísima de desdén.

-Curt, en este tema estás pirado. Pronto me dirás que mandó un rayo o no sé qué para que aquel camión cisterna de Norco chocara con el autobús escolar.

El trooper Wilcox ha dejado el café en el banco para quitarse el sombrero, que es grande, un Stetson. Empieza a hacerlo girar entre las manos, vieja costumbre suya. En diagonal de donde están los dos, Dicky-Duck Eliot frena al lado del surtidor de gasolina y empieza a llenar el D-12, cosa que no podrán hacer mucho más tiempo. Al verles en el banco les saluda con la mano. Ellos le devuelven el saludo, pero el hombre del sombrero -el Stetson gris de trooper que acabará el turno entre hierbajos, rodeado de latas de refresco y envoltorios de fast food- casi no aparta la mirada del sargento nuevo. Sus ojos preguntan si se puede descartar, eso o cualquier otra cosa.

El sargento, a quien irrita esto último, dice:

-Pues entonces ¿por qué no nos lo cargamos y santas pascuas? ¿por qué no lo remolcamos al campo de detrás, le metemos gasolina hasta que le chorree por las ventanillas y le prendemos fuego?

Curtis le mira con una serenidad que no consigue esconder lo escandalizado que está.

-Podría ser la opción más peligrosa -dijo-. Hasta es posible que es lo que quiera hacernos hacer. Para lo que lo han enviado. ¿Cuántos niños han perdido dedos encontrando algo entre las hierbas y dándole una pedrada sin saber que era un detonador? -No es lo mismo.

-¿No? ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

Y el sargento nuevo, que más tarde pensará El sombrero tirado con sangre en la cuneta debería haber sido el mío, no tiene respuesta. Casi parece irreverente llevarle la contraria. Además, ¿quién sabe? Puede que tenga razón. Es verdad que los críos se revientan dedos con detonadores, o matan a su hermano pequeño con pistolas encontradas en los cajones del despacho de sus padres, o incendian la casa con cualquier mechero viejo que hayan encontrado en el garaje. Porque no se dan cuenta de con qué están jugando.

-Yo supongo -dice el hombre que hace girar el Stetson que el 8 es una especie de válvula. Como las de los reguladores de los buzos. A veces chupa y otras expulsa, dependiendo de lo que pretenda el usuario. Pero lo que hace siempre está limitado por la válvula.

-Sí, pero...

-También se puede ver de otra manera. Imagínate que respira como alguien que está al fondo de un pantano y usa una caña de bambú para chupar aire sin que lo vea nadie.

-Dale, pero,..

-En los dos casos entra y sale todo en respiraciones cortas; tienen que ser cortas, porque el canal por donde pasan es pequeño, Puede que la cosa que usa la válvula o la caña se haya guedado en una especie de suspensión, como el sueño o la hipnosis, para poder sobrevivir más tiempo. Imagínate que luego viene un infeliz y tira bastante dinamita al pantano para secarlo y que ya no haga falta caña. 0, volviendo a lo de la válvula, que la revienta. ¿Tú querrías correr ese riesgo? ¿Arriesgarte a darle todo el aire que necesita?

-No -dice el sargento nuevó con un hilo de voz. Y Curtis dice:

-Hace una temporada, Buck Flanders y Andy Colucci decidieron hacer justamente eso.

-¿Ahora con qué coño me sales?

-Con la verdad -contesta Curtis con sosiego-. Dijo Andy que si dos troopers no podían incendiar un cochecito es que más les valía devolver la placa. Hasta tenían un plan. Pensaban echarles la culpa a la pintura y el diluyente que hay en la barraca. Combustión espontánea: pof, ni rastro. Buck dijo que además a ver quién era el listo que avisaba a los bomberos. ¡Si solo es un cobertizo viejo con un Buick del año de la pera dentro!

El sargento jefe de Statler no tiene palabras, La sorpresa le embarga.

-Yo creo que es posible que el Buick les hubiera hablado -dice Curt.

-Hablado. -El sargento nuevo intenta encontrarle algún sentido-, Que les hubiera hablado.

-Sí. -Curt vuelve a ponerse el sombrero en la cabeza (el que llaman el sombrero grande), se pasa la cinta por la nuca a la manera de cuando hace calor y ajusta el ala nada más que con el tacto. A continuación le dice a su viejo amigo: ¿Tú puedes decir que nunca te haya hablado, Sandy?

El sargento nuevo abre la boca para decir que qué va a haberle hablado, pero los ojos del otro están fijos en los suyos, y muy serios. Al final el sargento jefe no dice nada.

-No puedes. Porque habla. Contigo, conmigo y con todos. Con el que ha hablado en voz más alta fue con Huddie el día que salió el monstruo, pero lo oímos hasta cuando susurra. ¿Verdad que sí? Y habla todo el rato. Incluido cuando duerme. O sea que es importante no escuchar.

Curt se levanta,

-Sólo vigilar. Es nuestro trabajo. Ahora ya lo sé. Si tiene que respirar mucho tiempo por esa válvula, o caña, o lo que sea, acabará ahogándose. Asfixiándose. Muriéndose. Y puede que en el fondo no le importe. Puede que se muera más o menos durmiendo. Eso si no le provoca nadie, y la manera de no provocarle es no hacer nada, sólo quedarse fuera de su alcance. Pero también otra cosa: dejarlo en paz.

Se marcha, con la vida escapándosele de debajo de los pies como arena, y sin que lo sepan ninguno de los dos. Luego se para y mira por última vez a su amigo. No llegaron a coincidir de novatos, pero han crecido profesionalmente, y ahora el trabajo les va clavado, como un guante. Una vez, estando borracho, el sargento de antes definió las fuerzas de seguridad como buena gente haciendo trabajos malos.

-Sandy.

Sandy le mira como diciendo y ahora qué.

-¿Ya te he dicho que este año mi hijo juega en los juveniles? -Sólo unas veinte veces.

-El entrenador tiene un crío de unos tres años. La última semana, al ir a recoger a Ned, me lo encuentro apoyado en una rodilla, jugando a tirarle la pelota al nene. Y oye, Sandy, que volví a enamorarme de mi hijo. Igual de fuerte que la primera vez que le cogí en brazos, envuelto en una manta. ¿A que tiene gracia? A Sandy no le parece que tenga gracia. Lo que le parece es que quizá sea la única verdad sobre los hombres que necesita el mundo. -El entrenador les había dado los uniformes, y Ned ténía puesto el suyo. Le tiraba al crío la pelota sin levantar el brazo, con una rodilla en el suelo, y te juro que nunca ha habido nada más blanco ni más puro debajo de un cielo de verano.

Y luego dice

AHORA: SANDY

En el cobertizo hubo un chispazo, poca cosa, y tan claro que casi era lila. Fue seguido por oscuridad... otro chispazo... otra vez oscuridad... esta vez una oscuridad ininterrumpida.

-¿Ya está? -preguntó Huddie, y se contestó a sí mismo-: Sí creo que sí.

Ned no le hizo caso. -¿Qué? -me preguntó-. ¿Entonces qué dijo?

-Lo que dice cualquier hombre cuando en casa va bien todo.

-le expliqué-. Dijo que tenía suerte.

Steff había ido a ocuparse de su micro y su pantalla de ordenador, pero fue la única que se marchó. Ned no se fijaba en nadie más. Sus ojos, hinchados y con los párpados enrojecidos, estaban fijos en mí.

-¿Dijo algo más?

-Que la semana anterior habías hecho dos home runs contra el Rocksburg Railroad, y que después del segundo, cuando ibas por la tercera base, le habías saludado con la mano. Estaba muy contento. Me lo contó riendo. Dijo que tú, en tu peor día, veías mejor la pelota que él en el mejor. También dijo que si querías ser tercer base en serio tendrías que empezar a lanzar pelotas bajas.

El chaval bajó la mirada y puso cara de contrariedad. Dejamos de mirarle para que tuviera cierto grado de intimidad. Después de un rato dijo:

-A mí me decía que nunca me rajara, pero es lo que hizo él con el coche, con el puto 8. Se rajó...

-Eligió -dije-. No es lo mismo. Se lo pensó y asintió con la cabeza. -Vale.

Arky dijo:

-Me voy a casa. Ahora sí, ¿eh? -Pero antes de marcharse hizo algo que nunca se me olvidará: agacharse y darle un beso a Ned en la mejilla hinchada. Me impresionó la ternura del gesto-. Buenas noches, chaval.

-Buenas noches, Arky.

Le vimos alejarse en su cacharro de camioneta, y luego Huddie dijo:

-Voy a llevar a Ned a casa en su Chevy. ¿Quién quiere seguirnos y volver conmigo aquí a recoger mi coche?

-Yo mismo -dijo Eddie-. Pero con una condición: cuando lleguemos a su casa espero fuera. Prefiero estar fuera de la zona de lluvia radiactiva, por si Michelle Wilcox se pone atómica.

-No pasará nada -le dijo Ned-. Le contaré que he visto el spray en la estantería, que lo he cogido para ver qué era y que, burro de mí, se me ha disparado en la cara.

Me gustó. Tenía la virtud de ser simple. Era justo el tipo de excusa que habría dado el padre del chaval.

Ned suspiró.

-La pega es que mañana a primera hora estaré sentado en la silla del optometrista de Statler Village.

-Daño no te hará -le dijo Shirley. También le dio un beso, ella en la comisura de los labios-. Buenas noches, chicos. Esta vez se marcha todo el mundo y no vuelve nadie.

-Santas palabras -dijo Huddie.

La vimos alejarse caminando. Tenía unos cuarenta y cinco años, pero cuando ponía en movimiento la retaguardia seguía siendo un espectáculo. Hasta con luz de luna (sobre todo con luz de luna).

Ya pasaba de largo con su coche; un sucinto hasta luego con la mano y después nada, solo las luces traseras.

En el cobertizo B, oscuridad. En ese caso no había luces traseras. Fuegos artificiales tampoco. Se había acabado la función nocturna, y llegaría el día en que todas. Pero aún no. Yo, en lo mas profundo de mi cabeza, seguía notando su pulsación adormecida, un susurro de marea que si querías podían ser palabras.

Lo que había visto.

Lo que había visto teniendo abrazado al chaval, cegado por el spray.

-Sandy, ¿quieres venir? -preguntó Huddie.

-No, gracias. Me quedo aquí sentado un rato más y luego vuelvo a casa. Si hay problemas con Michelle, le decís que me llame. Aquí o a casa, da igual.

-Mamá no va a poner problemas -dijo Ned. -¿Y tú? -pregunté-. ¿Pondrás alguno más? Vaciló y dijo:

-No lo sé.

Me pareció que en algunos aspectos era la mejor respuesta que podía haber dado. También había que reconocerle su sinceridad. Se marcharon, Huddie y Ned hacia el Bel-Aire y Eddie hacia su coche. Antes se paró al lado del mío, se tomó la molestia de bajar la luz Kojak del techo y la arrojó dentro.

Ned se quedó al lado del parachoques trasero de su coche y se giró hacia mí.

-Sandy... -¿Qué pasa?

-¿En serio que no tenía ni idea de dónde salía? ¿Ni de qué era? ¿0 de quién era el hombre de la gabardina negra? ¿Vosotros tampoco?

-No. De vez en cuando fantaseábamos, pero nadie llegó a tener una idea que diera la sensación de ser verdad, o de acercarse a la verdad. Para mí que el que acertó fue Jackie O'Hara cuando dijo que el Buick era como una pieza que no cabía en ninguno de los huecos del puzzle. La miras, le das vueltas, pruebas a meterla en todas partes, y un día la giras y ves que por detrás es roja, mientras que las demás piezas, por detrás, son verdes. ¿Ves por dónde voy?

-No -dijo él.

-Pues piénsatelo -dije-, porque es algo con lo que tendrás que convivir.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo lo hago?

Su voz no era de enfado. El enfado se lo habían cauterizado. Ahora solo quería instrucciones. Mejor.

-¿Verdad que tú, personalmente, tampoco sabes ni de dónde vienes ni adónde vas? -le pregunté-. Pero convives con ese hecho. No protestes demasiado. No dediques más de una hora al día a levantar el puño al cielo y maldecir a Dios.

-Pero...

-Buicks hay por todas partes -dije.

Después de marcharse los demás, Steff salió y me ofreció una taza de café. Le dije que gracias, pero no. Le pregunté si tenía un cigarrillo. Ella me miró con remilgo -casi indignada- y me recordó que no fumaba. Como si fuera su peaje, con letrero incluido: A

PARTIR DE ESTE PUNTO DESVIACIÓN OBLIGATORIA PARA TODOS Los BUICK ROADMASTER. Anda, que si viviéramos en un mundo así... Ojalá.

-¿Te vas a casa? -preguntó. -Sí, dentro de un rato.

Entró. Me quedé solo en el banco de fumadores. Tenía cigarrillos en el coche, como mínimo medio paquete en la guantera, pero me parecía demasiado fatigoso levantarme, al menos de momento. A1 final me levanté, pero entonces pensé que más valía aprovechar el ímpetu. Ya fumaría de camino, y al llegar a casa me calentaría cualquier cosa y cenaría delante de la tele; a esas horas el Country Way ya estaba cerrado, además de que dudé que Cynthia Garris se alegrara mucho de volver a verme hasta pasados unos días. Antes le había dado un buen susto; aunque para susto el mío al decantarse la moneda y darme cuenta de lo que planeaba Ned casi con toda seguridad. Y eso que mi miedo de entonces no había sido nada en comparación con el terror de mirar dentro de la luz morada con el chaval ciego en brazos y aquel pum pum pum constante en las orejas, un ruido como de pasos acercándose. Miraba a la vez como desde el borde de un pozo y como desde un avión ascendiendo como si me hubiera dividido la visión algún artilugio prismático. Había sido como mirar por un periscopio forrado de relámpagos. Lo que había visto era muy nítido -nunca se me olvidará-, e increíblemente raro. Hierba amarilla con las puntas parduscas, cubriendo una cuesta pedregosa que desde donde estaba yo subía y acababa de repente en un borde escarpado. Por la hierba se agitaban escarabajos con el dorso verde, y en un lado crecía una mata de aquellos lirios como de cera. El fondo de la escarpadura no había podido verlo, pero el cielo sí.

Tenía un color rojo oscuro saturadísimo, y estaba cargado de nubes y relámpagos. Un cielo prehistórico. Lo cruzaban cosas voladoras que formaban bandadas desiguales y volaban en círculos. Quizá pájaros. O murciélagos como el que había intentado diseccionar Curtis. Estaban demasiado lejos para verlo bien. Y os recuerdo que pasó todo muy deprisa. Me parece que al pie del acantilado había un mar, pero no sé por qué me lo parece; puede que solo por el pez que aquella vez salió disparado del maletero del Buick. O por el olor a sal. Cerca del Roadmaster siempre se notaba un vago olor a sal que hacía picar los ojos.

En la hierba amarilla, cerca del borde inferior de mi ventana (suponiendo que fuera una ventana), había un adorno plateado con una cadenita: la esvástica de Brian Lippy. Los años a la intemperie le habían quitado brillo. Un poco más lejos había una bota de vaquero, de las que tienen bordados y tacones de varias capas. El cuero tenía trozos muy grandes tapados con un musgo entre gris y negro, parecido a telarañas. Un lado de la bota estaba desgarrado, y por la boca formada por los dos jirones vi un brillo amarillo de hueso. Sin carne; la habrían descompuesto veinte años de aire cáustico. Y no sé si la ausencia de carne no se debía a algo más que a simple podredumbre. Mi teoría es que al compañero de colegio de Eddie J se lo habían comido. Vivo, probablemente. Y chillando, siempre que hubiera tenido bastante aire para eso.

Y dos cosas más, cerca del confín superior de mi ventana momentánea. La primera era un sombrero, que también tenía costras peludas de musgo negruzco. Le habían crecido por todo el ala, y en la hendidura de la copa. El sombrero no era exactamente el que llevamos ahora, porque desde los años setenta ha cambiado el uniforme, pero era un Stetson de la PSP, eso seguro. El sombrero grande. No se había ido volando porque alguien o algo lo había clavado al suelo con una estaca de madera astillada. Como si el asesino de Ennis Rafferty hubiera tenido miedo del intruso alienígena incluso después de su muerte, y hubiese clavado la parte más llamativa de su indumentaria para estar seguro de que no se levantaría y se pasearía de noche como un vampiro hambriento,

Cerca del sombrero estaba la pistola de Ennis, oxidada y casi cubierta por los hierbajos. No la Beretta automática que llevamos hoy en día, sino la Ruger. Como la que

usaba George Morgan. ¿Ennis también había usado la suya para suicidarse? ¿0 había visto venir algo y se había muerto pegándole tiros? ¿Había llegado a haber tiros?

No se podía saber, y tampoco tuve tiempo de fijarme, porque entonces Arky había gritado a Steff que le ayudara y me habían sacado hacia atrás con Ned colgándome de los brazos como una muñeca muy grande. No vi más, pero al menos quedaba contestada una pregunta. Sí que habían acabado allí, tanto Ennis Rafferty como Brian Lippy.

Donde fuera ese allí.

Me levanté del banco y me acerqué por última vez al cobertizo. Estaba donde siempre, azul oscuro y no del todo como tenía que ser, echando sombra como si fuera cuerdo. Sólo gasolina, le había dicho a Bradley Roach el hombre de la gabardina negra, antes de hacer mutis y dejar aquella tarjeta de visita de metal tan insólita.

En algún momento de la última -y lánguida- tormenta de luz el maletero se había cerrado solo. Había una docena de escarabajos muertos desperdigados por el suelo. Ya los limpiaríamos mañana. No tenía sentido guardarlos, hacerles fotos ni nada de eso. Ya no nos tomábamos tantas molestias. Acabarían en el incinerador de atrás. Yo mismo delegaría la faena en dos hombres. Estar sentado en la silla grande también tiene que ver con delegar, y al final le coges el gusto. A este la mierda y al otro el bombón. ¿Pueden quejarse? No. ¿Pueden ponerlo en su lista de marrones y pasársela al párroco? Sí. Para lo que va a aprovecharles...

-Te ganaremos a esperar -le dije a la cosa del cobertizo-. Podemos.

Se limitó a quedarse donde estaba, con sus neumáticos de franja blanca, y muy dentro de mi cabeza la pulsación susurró: Tal vez... y tal vez no.

MÁS TARDE

¿A que son recatadas las esquelas? Sí. La camisa siempre bien metida, y la falda por debajo de la rodilla. Murió inesperadamente. Podría ser cualquier cosa, desde un infarto en el váter hasta el navajazo de un ladrón en el dormitorio. Pero los polis casi siempre saben la verdad. No siempre quieres saberla, y menos cuando era de los tuyos, pero qué remedio. Porque la mayoría de las veces somos los primeros que nos presentamos, con las luces rojas puestas y los walkie-talkies de los cinturones soltando un chisporroteo que al ciudadano de a pie le suena a chino. Casi siempre que muere alguien inesperadamente, somos las primeras caras que no pueden ver sus ojos abiertos.

Cuando Tony Schoondist nos dijo que pensaba jubilarse, recuerdo que pensé: Mejor, mejor, porque ya va para viejo. Y de reflejos no es que ande muy fino, la verdad. Ahora estamos en 2006 y el que está a punto de coger la puerta soy yo. Seguro que algunos más jóvenes que yo ya están pensando lo mismo: va para viejo y no anda muy fino de reflejos. Y eso que yo, en el fondo, me noto igual que siempre, con cuerda para rato y ganas de hacer turno doble cuando haga falta. La mayoría de los días, cuando me fijo en el pelo gris que ahora domina sobre el negro, o en la cantidad de frente que hay desde su nacimiento, pienso que es un equivocación, un error administrativo que acabará solucionándose al llamarles la atención a las autoridades competentes. Pienso que es imposible que alguien que aún se siente tan de veinticinco años tenga tanta pinta de cincuenta y cinco. Luego viene una temporadita de días malos, y sé que no es ningún error, que solo es el tiempo avanzando, con su paso arrastrado y tristón. Pero ¿llegó a haber otro momento igual de malo que el de ver a Ned al volante del Buick Roadmaster?

Sí, uno.

La llamada pilló a Shirley de servicio: un accidente en la S.R. 32, cerca del cruce con Humboldt Road. Vaya, donde antes estaba la gasolinera Jenny. Cuando apareció en la puerta de mi despacho, Shirley tenía la cara como de ceniza.

-¿Qué pasa? -le pregunté-. ¿Por qué pones esa cara, mujer?

-Sandy... el que ha llamado dice que el coche es un Chevrolet viejo rojo y blanco. Dice que el conductor está muerto. -Tragó saliva-. Hecho picadillo. Es lo que ha dicho.

A esa parte no le di importancia, aunque cuando tuviera que mirarlo ya se la daría. Mirarle a él,

-Y el Chevrolet... ¿sabes el modelo?

-No lo he preguntado. No he podido, Sandy -Tenía los ojos más que llorosos-. No me he atrevido. Pero ¿tú cuántos Chevrolets viejos rojos y blancos crees que puede haber en el condado de Statler?

Fui al lugar del accidente con Phil Candleton, rezando por que el Chevy que había chocado fuera un Malibu o un Biscayne, cualquier cosa menos un Bel-Aire con matrícula personalizada MY 57. Que es lo que era.

-Mierda -masculló Phil con contrariedad,

Se había pegado la hostia en el puente de cemento que cruza el arroyo Redfern, a menos de cinco minutos a pie de donde había aparecido el Buick 8, y de donde habían matado a Curtis. El Bel-Aire tenía cinturones de seguridad, pero él no llevaba puesto el suyo. Tampoco había marcas de derrape.

-Dios santo -dijo Phil-. Esto no es normal.

Ni era normal, ni había sido un accidente. Aunque en la esquela, donde se meten las camisas en los pantalones y se llevan faldas discretas, por debajo de la rodilla, sólo pondría Murió inesperadamente, lo cual era verdad. Caray si era verdad.

Para entonces ya habían empezado a aparecer mirones que frenaban para contemplar lo que había boca abajo en la estrecha acera del puente. Creo que hasta hubo un hijo de puta que hizo una foto. Me dieron ganas de perseguirle y hacerle tragar su mierda de camarita desechable.

-Pon un par de señales de desvío -le dije a Phil-. Que te ayude Carl. Desvía el tráfico por County Road. Ya le cubro yo. ¡Pero cómo está, por Dios! ¡Por Dios! ¡A ver quién se lo dice a su madre!

Phil rehuía mi mirada. Los dos sabíamos quién iba a decírselo a su madre, Unas horas después, haciendo de tripas corazón, me encargué de uno de los trabajos menos apetitosos quecom porta la silla grande. Luego bajé al Country Way con Shirley, Huddie, Phil y George Stankowski. No sé ellos, pero yo no me anduve con rodeos; el bueno de Sandy se puso directamente trompa.

De esa noche solo conservo claros dos recuerdos. El primero, haber intentado explicarle a Shirley lo raros que eran los jukebox del Country Way, y que las canciones eran justo las que se te habían olvidado hasta que volvías a leer los títulos. No lo captó. El otro recuerdo es haber ido a vomitar al lavabo. Después, al remojarme la cara con agua fría, me miré en uno de los espejos irregulares de acero; y tuve claro que la cara de ir envejeciendo que vi mirándome no era ningún error. El error era creerse que fuera real el tío de veinticinco años que por lo visto vivía en mi cerebro.

Me acordé de Huddie gritando ¡Sandy, cógeme la mano!, y de caer los dos en el cemento, Ned y yo, a salvo con todos los demás. Al pensarlo me puse a llorar.

Murió inesperadamente. El County American publica esa parida y se queda tan fresco, pero los polis saben la verdad. Limpiamos la mierda, y siempre sabemos la verdad.

Al entierro, como es normal, asistieron todos los que no estaban de servicio. No era poli, pero era de los nuestros. Al acabar, George Stankowski llevó a casa a la madre del muerto, y yo y Shirley volvimos en mi coche al cuartel. Le pregunté si pensaba ir a la recepción -supongo que un irlandés lo llamaría velatorio-, y sacudió la cabeza.

-Me dan grima.

Lo que hicimos fue fumarnos el último cigarrillo en el banco de fumadores y mirar tranquilamente al trooper joven que espiaba el Buick. Estaba en la misma postura de piernas separadas, demócratas de mierda, ya sabes el chiste del viajante que adoptábamos al mirar dentro del cobertizo B. Había cambiado el siglo, pero lo demás venía a ser más o menos lo de siempre.

-Qué injusticia -dijo Shirley-. Tan joven...

-Pero ¿qué dices? -le pregunté-. Mujer, que Eddie J ya iba para los cincuenta. Eso si no los había cumplido. ¡Y su madre casi tiene ochenta!

-Ya me entiendes. Era demasiado joven para haber hecho eso.

-George Morgan también -dije. -¿Fue por...?

Señaló el cobertizo B con la cabeza.

-No creo. La vida en general. Hizo un esfuerzo serio para no seguir bebiendo y la cagó. Fue justo después de cuando le compró a Ned el Bel-Aire viejo de Curt. Siempre le había gustado, la verdad, y Ned en Pitt no podía tenerlo, al menos el primer año. Se habría quedado en el camino de entrada de su casa...

-... y a Ned le hacía falta el dinero.

-¿Un huérfano que va a la universidad? Tú dirás. Por eso al pedírselo Eddie dijo enseguida que sí. Eddie pagó tres mil quinientos dólares...

-Tres mil doscientos -corrigió Shirley con la seguridad de cuando se sabe algo.

-Tres mil doscientos, tres mil quinientos... qué más da. La cuestión es que Eddie, para mí, veía la compra como hacer borrón y cuenta nueva. En vez de ir al Tap empezó a ir a reuniones de Alcohólicos Anónimos. Fue la parte buena. Para Eddie la parte buena duró unos dos años.

A1 fondo del aparcamiento, el trooper que había estado mirando dentro del cobertizo B dio media vuelta, nos vio y se acercó. Noté un cosquilleo en los brazos. De uniforme gris, el chaval -que la verdad es que ahora de chaval nada- tenía un parecido impresionante con su padre muerto. Supongo que no tiene nada de raro; es simple genética, una correspondencia que se lleva en la sangre. El toque sobrecogedor lo daba el sombrero grande. Lo sujetaba con las manos y no cesaba de darle vueltas.

-La recaída de Eddie coincidió más o menos con cuando uno que me sé decidió que la universidad no era lo suyo.

Ned Wilcox se marchó de Pitt y volvió a Statler. Durante un año hizo el trabajo de Arky, que ya se había jubilado y vuelto a Michigan, donde debían de hablar todos como él (espeluznante idea). Al cumplir los veintiuno, Ned pidió el ingreso e hizo las pruebas. Ahora tenía veintidós y le teníamos en la casa. Hola, novato.

Cuando llevaba cruzado medio aparcamiento, el hijo de Curt se giró para mirar el cobertizo sin dejar de girar el Stetson entre las manos.

-¿A que está guapo? -murmuró Shirley.

Yo puse mi cara de sargento de antes, un poco distante y un poco desdeñoso.

-Arregladillo. Shirley, ¿tú sabes la de gritos que pegó su madre al enterarse de sus planes?

Shirley rió y apagó el cigarrillo.

-No tantos como al enterarse de que pensaba venderle el Bel-Aire de su padre a Eddie Jacubois. Al menos por lo que me contó Ned. Vaya, que no exageres, que debía de esperárselo. ¿Cómo no se lo iba a esperar? Habiendo estado casado con uno... Debió de comprender que su hijo estaba hecho para el cuerpo. En cambio Eddie... ¿Para qué estaba hecho? ¿Por qué no era capaz de dejar de beber definitivamente?

-La eterna pregunta-dije-. Algunos dicen que es una enfermedad, como el cáncer o la diabetes. Puede que tengan razón. Eddie había empezado a llegar al trabajo con el aliento a alcohol, y los demás no disimularon mucho tiempo. Era una situación demasiado grave.

Cuando se negó a ponerse en tratamiento y a tomarse cuatro semanas de permiso para ingresar en el centro de secado que recomienda la PSP a los agentes que tienen ese problema, le dieron a elegir: o marcharse discretamente o que le despidieran ruidosamente. Eddie se había ido por su propio pie, y más o menos con la mitad de la jubilación que le habría tocado si hubiera conseguido trabajar otros tres años. Cuando se acumulan las prestaciones es al final. Yo el desenlace lo entendía tan poco como Shirley: ¿por qué no había dejado de beber? Con un incentivo así, ¿por qué no había dicho Paso tres años de sed, luego me jubilo y venga, a usarlo para tomar baños? No lo sabía.

El Tap se convirtió en el hogar de Eddie J cuando no estaba en casa. Sin olvidarse del Bel-Aire. Lo tenía como una patena, tanto dentro como fuera, hasta el mismísimo día de chocar con el contrafuerte de un puente cerca del arroyo Redfern, más o menos a ciento treinta por hora. Razones para hacerlo le sobraban -no era feliz-, pero tuve que preguntarme si no había algunas más cerca de la diana. En concreto, tuve que preguntarme si hacia el final no había oído la pulsación, el susurro de marea que es como una voz en medio del cerebro.

Venga, Eddie. ¿Por qué no? Muchas opciones no tienes. ¿Verdad que no? El resto está bastante agotado. Tú pisa el pedal un poco más y gira el volante a la derecha. Venga, hazlo. Haz un poco de daño, y que tengan que limpiarlo tus colegas.

Me acordé de la noche en que ocupábamos todos el mismo banco que ahora, cuando el joven de delante de mí, con cuatro años menos, bebía de la boca de Eddie la historia de cuando habían parado a Brian Lippy. Me acordé del chaval oyéndole contar a Eddie lo de cuando habían intentado convencer a la chica de Lippy que hiciera algo antes de que su novio la dejara irreconocible a hostias, o la matara, a saber. El que ríe el último ríe mejor, como suele decirse. Que yo sepa, la chica de la sangre en la cara es la única del cuarteto del arcén que sigue viva. Sí, por ahí anda. Yo ya no salgo mucho de patrulla, pero de vez en cuando aparece su nombre y foto en mi escritorio, y cada foto está más cerca de la bruja con aliento de cerveza, nariz partida y polvo a cambio de un paquete de pitis que acabará siendo como no ocurra un milagro. Tenía la tira de antecedentes de conducir drogada y borracha, y un ingreso hospitalario con el brazo y la cadera rotos, de haberse caído por la escalera. Imagino que debió de ayudarla a bajarlas alguien como Brian Lippy ¿Verdad que sí? Porque lo de que siempre eligen a la misma ralea es verdad. Le quitaron la custodia de sus hijos, que no sé si son dos o son tres. Vaya, que lo que es andar anda, pero ¿vive? A1 que conteste que sí le diré que puede que George Morgan y Eddie J tomaran la decisión acertada.

-Voy a hacer lo que las puertas: abrirme-dijo Shirley levantándose-. Tanta risa en un día es mala para la salud. ¿Tú estás bien?

-Sí -dije.

-Bueno, la cuestión es que esa noche volvió. Eso no se lo quita nadie.

No hizo falta que concretara más. Asentí sonriendo. -Eddie era un encanto -dijo Shirley-. Sería incapaz de apartarse de la botella, pero a bueno no le ganaba nadie. Mentira, pensé, viéndola cruzarse con Ned y conversar un poco. Yo creo que a buena ganarías tú, Shirl.

Le dio un hesito a Ned en el moflete, para lo cual tuvo que apoyarle una mano en el hombro y ponerse de puntillas, y fue hacia su coche. Ned vino hacia mí.

-Estás bien? -preguntó. -Sí, muy bien.

-¿Y el entierro...?

Joder, tío, un entierro. Los he visto mejores y peores. Me alegro de que el ataúd estuviera cerrado.

-Sandy ¿me dejas que te enseñe una cosa? Allí. -Señaló el cobertizo B con la cabeza.

-Sí, claro. -Me levanté-. ¿Está bajando la temperatura? Habría sido una noticia. Hacía más de dos años que no bajaba la temperatura más de tres grados respecto a la exterior. Dieciséis meses desde el último espectáculo de luces, que por otra parte solo había consistido en ocho o nueve chispazos flojos y para de contar.

-No -dijo él.

-¿Se ha abierto el maletero? -Cerrado como una caja fuerte. -¿Entonces qué?

-Mejor que te lo enseñe.

Le dirigí una mirada penetrante. Era la primera vez que salía de mis pensamientos como para fijarme en lo agitado que estaba. Luego, con sentimientos encontrados -supongo que los acordes dominantes eran la curiosidad y la aprensión-, crucé el aparcamiento con el hijo de mi viejo amigo. Él adoptó su pose de mirón de obras delante de una ventana, y yo la mía en la contigua.

Al principio no vi nada fuera de lo corriente; el Buick estaba plantado en el suelo de cemento como desde hacía más o menos un cuarto de siglo. No había ni chispazos ni especímenes exóticos. La aguja roja del termómetro indicaba veintitrés anodinos grados.

-¿Qué? -pregunté. Ned rió encantado.

-¡Lo tienes delante de las narices y no te das cuenta! ¡Perfecto! Yo al principio tampoco, Sabía que había cambiado algo, pero no podía concretar.

-¿De qué hablas?

Sacudió la cabeza sin dejar de sonreír.

-No, sargento, no señor. Ni hablar. El jefe eres tú. También eres uno de los tres polis de entonces que aún siguen aquí. Lo tienes delante. Encuéntralo tú.

Volví a mirar dentro. Al principio entrecerré los ojos, y luego me puse una mano a cada lado de la cara. El gesto de siempre ayudó, pero ¿qué estaba viendo? Algo, en eso tenía razón Ned, pero ¿qué? ¿Qué había cambiado?

Me acordé de la noche en el Country Way, pasando páginas del juke-box que no funcionaba e intentando identificar la pregunta más importante, que era la que Ned había decidido no hacer.

La muy huidiza se me había escapado justo cuando estaba a punto de acordarme. Yo seguía pensando lo mismo: que en esos casos no sirve de nada perseguirla.

Por lo tanto, y en vez de insistir en mi escrutinio de poli, desenfoqué la mirada y di libertad a mis ideas, que, como era de esperar, recalaron en títulos de canciones viejas, las que (una vez agotada su breve temporada de popularidad) parece que no pongan ni las emisoras especializadas: «Society's Child», «Pictures of Matchstick Men», «Quick Joey Small»...

Bingo. Ya lo tenía. Y en mis propias narices, tal como había dicho Ned. Me quedé un momento sin respiración.

Había una raja en el parabrisas.

Una especie de relámpago de plata muy fino, que cruzaba el cristal de arriba abajo en el lado del conductor.

Ned me dio una palmada en el hombro.

-¿Lo ves, Sherlock? Estaba seguro de que al final caerías. Claro, teniéndolo delante de las narices...

Me giré hacia él para decirle algo, pero preferí echar otro vistazo para asegurarme de haber visto bien. En efecto. Era como la trayectoria de una gota de mercurio, pero inmóvil.

-¿Cuándo ha sido? -pregunté-. ¿Lo sabes?

-Saco una polaroid cada cuarenta y ocho horas --dijo-. Ya lo comprobaré, pero me apuesto un gato muerto y la cuerda para atarlo a que en la última que hice no había ninguna raja. O sea que ha sido entre el miércoles por la noche y el viernes por la tarde a las... -Consultó su reloj y me sonrió de oreja a oreja. A las cuatro y cuarto.

-Hasta puede que pasara durante el entierro de Eddie -dije. -Sí, es posible.

Volvimos a mirar un rato dentro sin decir nada ninguno de los dos. A continuación Ned dijo:

-Leí el poema que me dijiste. «The Wonderful One-Hoss Shay»

-¿En serio?

-Sí. Está muy bien. Te ríes mucho. Me aparté de la ventana y le miré.

-Ahora pasará deprisa, como en el poema -dijo-. Lo siguiente será reventarse un neumático,.. o caerse el silenciador... o alguna pieza cromada. ¿Sabes cuando estás en un lago helado, en marzo o a principios de abril, y oyes crujir el hielo?

Asentí.

-Pues será así.

Se le habían iluminado los ojos, y se me ocurrió una idea curiosa: estaba viendo a Ned Wilcox feliz de verdad, sinceramente feliz, por primera vez desde la muerte de su padre.

-¿Tú crees?

-Sí. Solo que el ruido, en vez de hielo crujiendo, serán tornillos y cristales partiéndose. Los polis harán cola en estas ventanas, como en los viejos tiempos... pero esta vez será para ver romperse, soltarse y caerse cosas. Hasta que se desmonte entero. Se preguntarán si no habrá un fogonazo final, como la «flor china» del final de los fuegos artificiales del 4 de julio.

-¿Y tú crees que sí?

-Yo creo que los fuegos artificiales se han acabado. Yo creo que lo último que oiremos será un golpe metálico, y que luego se podrán llevar las piezas al desguace.

-¿Estás seguro?

-Qué va -dijo él, y sonrió-. Seguro no se puede estar. Me lo enseñasteis tú y Shirley, y Phil, y Arky, y Huddie. -Hizo una pausa-. Y Eddie J. Pero estaré atento. Y tarde o temprano...

-Levantó una mano, la miró, apretó el puño y volvió a mirar por su ventana-. Tarde o temprano.

Yo volví a mirar por la mía, poniendo una mano a cada lado de la cara para protegerme de la luz, Miré la cosa que parecía un Buick Roadmaster 8. El chaval tenía toda la razón del mundo. Tarde o temprano.

Bangor, Maine Boston, Massachusetts Naples, Florida Lovell, Maine Osprey, Florida

3 de abril de 1999-20 de marzo de 2002

NOTA DEL AUTOR

De vez en cuando me han caído ideas como llovidas del cielo -supongo que se puede decir de todos los escritores-, pero From a Buick 8 fue un caso casi cómico de lo contrario: de caerme yo encima de una idea. Me parece que se merece una nota, sobre todo porque lleva a un agradecimiento importante.

Mi mujer y yo pasamos el invierno de 1999 en Longboat Key, en Florida, donde di los últimos retoques a la versión final de una novela corta (La chica que amaba a Tom Gordon) y no escribí casi nada más interesante. Tampoco tenía planes de escribir en primavera de aquel año.

A finales de marzo, Tabby cogió un vuelo de vuelta de Florida a Maine. Yo fui en coche. Odio ir en avión, me encanta conducir y encima tenía que transportar un cargamento enorme de cosas, libros, guitarras, componentes informáticos, ropa y papeles. Mi segundo o tercer día de carretera me llevó por el oeste de Pensilvania. Tenía que llenar el depósito, y me desvié de la I-87 por una salida rural. A1 final de la salida encontré una gasolinera Conoco (no Jenny). Había, cosa rara, un encargado de verdad que ponía la

gasolina. Hasta me dio un poco de conversación pasablemente agradable sin cobrarme más.

Dejé que hiciera su trabajo y fui al lavabo a hacer yo el mío. Al terminar fui a la parte de atrás de la gasolinera y encontré una cuesta bastante empinada y llena de piezas de coche, con un torrente metiendo mucho ruido al fondo. En el suelo aún quedaba bastante nieve, en manchas y tiras sucias. Di unos pasos cuesta abajo para ver el agua más de cerca, y me resbalaron los pies. Patiné unos tres metros hasta que cogí un eje oxidado de camión y conseguí detenerme. Si no llego a pillarlo podría haber acabado en el agua. ¿Entonces qué? A saber.

Pagué al encargado (que yo sepa no se había enterado de mi percance) y volví a la carretera principal. Conducía pensando en el resbalón, y preguntándome qué habría pasado si hubiese acabado en el torrente (que con tanto caudal extra de primavera se había convertido en río, al menos provisionalmente). ¿Cuánto tiempo se habría quedado delante de los surtidores mi cargamento de cosas de Florida y ropa de colorines antes de que se pusiera nervioso el encargado? ¿Él a quién habría avisado? Si me hubiese ahogado, ¿cuánto habrían tardado en encontrarme?

Este pequeño incidente ocurrió hacia las diez de la mañana. Por la tarde ya estaba en Nueva York. Y para entonces ya tenía bastante dibujada en la cabeza la historia que acabas de leer. Ya he dicho en otras ocasiones que los primeros borradores solo tienen que ver con el argumento; si hay algún significado, debería aparecer más tarde y salir espontáneamente del propio relato. Esta historia -supongo- se convirtió en una meditación sobre lo que tienen de esencialmente indescifrables las cosas que pasan en la vida, y lo imposible que es encontrarles un significado coherente. La primera redacción se hizo en dos meses. Para entonces yo ya era consciente de haberme atraído un sinfín de problemas escribiendo sobre dos cosas de las que no tenía ni idea: el oeste de Pensilvania y la policía estatal de Pensilvania. Antes de abordar ninguno de los dos sufrí mi propio accidente de tráfico, y mi vida dio un giro radical. De hecho salí del verano del noventa y nueve dando gracias porque hubiera vida en sí. Durante más de un año no es que no trabajara en esta historia, es que ni siquiera me acordé.

La coincidencia de haber escrito un libro plagado de percances vehiculares truculentos poco antes de sufrir yo el mío no me ha pasado desapercibida, pero he intentado no exagerarla. Lo que está claro es que no creo que haya nada de premonitorio en las similitudes entre lo que le pasa a Curtis Wilcox en esta novela y lo que me pasó a mí en la vida real (empezando por que yo sobreviví). Ahora bien, puedo dar fe directa de que mi imaginación acertó en casi todo: a mí, como a Curtis, me vaciaron los bolsillos de calderilla y me quitaron el reloj de la muñeca, La gorra que llevaba la encontraron después en el bosque, a unos veinte metros del punto del impacto. Pero no he cambiado nada en el curso de mi historia para reflejar lo que me pasó a mí. Casi todo lo que quería ya estaba en el borrador completo. La imaginación es un arma poderosa.

Nunca me pasó por la cabeza resituar Buick 8. Un coche perverso en Maine, aunque sea el lugar que más conozco (y que más quiero). Paré en una gasolinera de Pensilvania, me caí de culo en Pensilvania, y de Pensilvania saqué la idea. Me pareció que el relato resultante tenía que quedarse en Pensilvania, a pesar de los inconvenientes que planteara. De hecho también tuvo sus ventajas, como la de acabar situando mi población ficticia de Statler a tiro de carretera de Rocksburg, el escenario de la brillante serie de novelas de K. C. Constantine sobre Mario Balzic, jefe de policía rural. Aquel que no haya leído ninguna debería hacerse ese favor. Las historias del jefe Balzic y su familia es como Los Soprano al revés y contadas desde el punto de vista de las fuerzas de seguridad. El oeste de Pensilvania también es donde viven los amish, cuyo estilo de vida me apetecía explorar un poco más a fondo.

Este libro no podría haberse terminado sin la ayuda del trooper Lucien Southard, de la policía estatal de Pensilvania. Lou leyó el manuscrito, consiguió no reírse demasiado de los muchos disparates y me escribió ocho páginas de notas y correcciones que podrían imprimirse sin sonrojo en cualquier manual para escritores (porque, sin ir más lejos, al trooper Southard le han enseñado a escribir en mayúsculas de imprenta grandes y legibles). Me llevó a varios cuarteles de la PSP, me presentó a tres agentes de comunicaciones que tuvieron la amabilidad de enseñarme qué hacen y cómo lo hacen (empezaron investigando la matrícula de mi camioneta Dodge, y me alivia poder decir que salió limpia, sin mandamientos de embargo), y me hicieron varias demostraciones con equipos de la policía estatal.

Más importante aún: Lou y algunos colegas suyos me llevaron a comer a un restaurante de la zona amish, donde consumimos bocadillos enormes, bebimos jarras de té frío y me hicieron pasar un rato buenísimo con anécdotas de la vida de trooper. Algunas eran cómicas, otras espantosas, y otras conseguían ser las dos cosas a la vez. No he incorporado todas a esta novela, pero algunas sí, debidamente ficcionalizadas. Me trataron con amabilidad, y agradecí que nadie se moviera demasiado deprisa. Entonces yo aún daba saltitos con mi muleta.

Gracias, Lou -y gracias a todos los troopers del cuartel de Butler- por ayudarme a que mi libro sobre Pensilvania se quedara en Pensilvania. Y mucho más importante: gracias por ayudarme a entender exactamente qué hacen los troopers estatales.

Y el precio que pagan por hacerlo bien.

S. K.
Noviembre de 2001